



EL CORAJE DEL PETIRROJO

Mauricio Maggiani

Saverio Pascale, hijo de un panadero italiano anarquista y exiliado en Alejandría, encuentra de forma misteriosa un documento del siglo XVI relacionado con la quema en la hoguera por la Inquisición de Pascal, un personaje que se convertirá en el eje central de una infatigable y obsesiva búsqueda de la verdad y la libertad. Siguiendo los caminos de vagabundos, emigrantes, rebeldes y herejes, Saverio desarrolla un apasionante viaje por el tiempo, por las soledades desiertas de Egipto, por la pasión y el amor, en busca de unas raíces que todos llevamos grabadas en el alma. Este recorrido dibujará una historia de persecuciones y fracasos que no es sólo la de Saverio, sino la de todo un pueblo que lucha por encontrarse y sobrevivir.

Con una escritura que experimenta con la novela dentro de la novela, *El coraje del petirrojo* de Maggiani alcanza las dimensiones de la gran literatura al recrear en su centro un universo humano que persigue, incansable, la libertad.

La esperanza se alza como el aleteo del petirrojo que, a pesar de la desorientación y la aparente derrota, siempre levanta la cabeza.

Maurizio Maggiani

EL CORAJE DEL PETIRROJO

Traducción de Pilar González Rodríguez

Edición digital: Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

A Franco F.

*Amo mis horas de alucinación y...
también mis horas de vagabundeo,
de perseguido imaginario
en éxodo hacia una tierra prometida.*

G. Ungaretti

*¿Por qué aplastáis a mi pueblo
y machacáis el rostro de los pobres?*

Isaías, 3,15

«... un petirrojo de combate...»

F. de André

PRIMERA PARTE

EL LIBRO DEL DESIERTO

Me llamo Saverio y cuento esta historia porque así lo quiere el doctor Modrian.

Es difícil saber si tiene interés, es difícil también imaginar si lo que escribo saldrá de aquí tarde o temprano; por eso me dirigiré a una segunda persona plural bastante improbable» Iré diciendo: «escuchad ahora esto», o bien, «os estaréis preguntando...», y mientras tanto en mi interior me atenazaré la duda de si habrá algún vosotros. Explicarme así me ayuda, eso es todo; me siento acompañado, y Dios sabe si necesito compañía. Por lo demás, es una actitud a la que, por muchas vías, ya he llegado a acostumbrarme.

Mirad, a mí me gusta, o por lo menos siempre me ha gustado, preparar comidas, cocinar platos. Yo, que he vivido mucho tiempo solo, siempre los he preparado pensando en un vosotros, en uno, al menos, de los improbables invitados a mi cena. No vale la pena, os lo aseguro, cocinar para una sola persona, sobre todo cuando la elaboración requiere tiempo y cuidado. Además, un buen plato de cangrejos al azafrán, o un *ful* de habas, no se puede preparar verdaderamente bien para menos de cuatro comensales; yo creo que esto se debe a los aromas más delicados, que requieren masas consistentes en las que poder desplegar todo su esplendor. Eso sin contar que nadie vendería en el mercado un único cangrejo o un puñadito de arroz: por aquí la soledad, al menos en la mesa, no está muy bien considerada. Además, no es imprescindible despilfarrar cuando se prepara comida para otros. A mí me ha resultado útil saber preparar raciones abundantes siempre que Fatiha ha aceptado mis invitaciones a cenar: no sólo le gustaban las cosas que yo preparaba, sino que se comía una cantidad impresionante.

Pero olvidémonos de la comida, de las maravillas de los grandes platos de estaño que huelen a cosa buena; olvidémonos sobre todo de Fatiha.

Parece que no hay alternativa, debo volver a esta historia, tengo que contarla: es un grave problema de salud. El doctor Modrian sostiene que podría ser la única manera de curarme de la enfermedad que me tiene desde hace meses aquí, en una pequeña habitación casi lujosa del hospital para extranjeros Nabe al Maja, Fuente de la Salud, de Alejandría, en Egipto. Me estoy consumiendo de una especie de abulia para la que todavía no se ha encontrado cura.

Así pues, lo hago como un último intento de salvar la piel y os ruego que consideréis esto razón suficiente. No veo otras razones para ello. Ni siquiera podría sostener que lo que escriba tenga valor de documento histórico. Decir que la mía es una historia verdadera sería mentira. En gran medida la he soñado; más aún, todavía la estoy soñando. Sucede así desde que me encuentro en estas condiciones y es algo inexplicable incluso para la ciencia.

Para ser sincero, no es que en este lugar haya habitualmente muchas explicaciones científicas, pero sí es cierto que todas las mañanas el doctor Modrian me dedica media hora larga. Y eso es mucho en un país donde la gente tiene gran cantidad de problemas terribles y bastante más visibles, cuando no más concretos, que mis sueños. En efecto, la situación no escapa a mi conciencia: sé que soy un privilegiado.

Todas las mañanas a las nueve en punto el doctor Modrian entra en mi habitación, se sienta en el taburete junto a mi cama con un vaso de café en la mano y me sonríe malicioso.

—¿Cómo ha pasado la noche, señor? Cuénteme, se lo ruego, los últimos avatares. Usted ha captado mi interés sin duda. Sobre todo interés humano, ¡ah!, humano y literario, si puedo decirlo. El interés científico, por supuesto, está totalmente orientado a la solución de su caso. Sin embargo, no avanzamos, ¡ay!, no avanzamos. Este antiguo y respetado hospital nuestro no tiene, por así decirlo, pan para su hambre. ¡Ay! ¡La ciencia de los sueños! Quizá en Viena, quizá en Londres, pero no aquí. Aquí no arraiga, señor mío. Yo mismo, como usted ya sabe, he consultado a varios colegas; sin embargo, los

resultados tardan. Pero cuénteme, por favor, antes de que las incidencias de la jornada le ofusquen las facultades.

Todas las mañanas, poco más o menos igual. El doctor Modrian, un armenio de unos setenta años, alto y elegante, gran sanador de sífilis y malarias, dirige su hospital para extranjeros con un escrúpulo y una limpieza encomiables en un país al que sus propios gobernantes consideran todavía en vías de desarrollo. Yo he venido a parar aquí porque me trajeron en estado de inconsciencia, pero no habría podido elegir nada mejor en toda Alejandría. Modrian tiene eso que los europeos llaman «estilo», esa forma de actuar que consigue reducir la enfermedad a nada verdaderamente serio, a algo así como una poco delicada interferencia entre un caballero y su próximo compromiso social. La muerte en el hospital del doctor Modrian acontece aparentemente muy lejos, quizá en el semisótano donde tienen prohibida la entrada los pacientes.

Pues bien, yo sueño una historia.

Pero no es esa la razón de que yo esté ingresado en este lugar. Estoy aquí porque me encontraron mientras mi cabeza se golpeaba contra la escollera del viejo puerto. Embolia: es raro que esté todavía vivo.

No soy submarinista profesional y mi accidente no tiene atenuantes. Peor aún, merezco el justo desprecio de todos allá abajo, entre los astilleros, en mi barrio de Ras el Tin, porque la razón de mis inmersiones es la más estúpida de las muchas posibles: estaba explorando los limos de los cimientos del viejo malecón en busca del puerto sepultado. Es cierto que el antiguo puerto, todavía perfectamente conservado, yace bajo la arena de los cimientos. ¿Quién no lo sabe? Hace casi cien años que incluso circulan planos con muchos detalles de lo que se podría encontrar. Ciertamente es que muchos lo han buscado y ninguno ha conseguido nada verdaderamente interesante.

La flor y nata de las misiones arqueológicas, quiero decir: inglesas, francesas, italianas. Y la flor y nata de los saqueadores de tumbas de todo el Mediterráneo: griegos, sirios y, claro está, los propios egipcios. El puerto existe, lo juro yo, que no soy nadie, y lo han jurado también grandes estudiosos e ilustres delincuentes internacionales. Está ahí en alguna parte, sólo hay que encontrarlo. Y cuando eso suceda, Alejandría volverá a su antiguo

esplendor. Un viejo seguidor de Zoroastro que comercia en telas vaqueras con España me dijo una vez que es una venganza de Alejandro y que por eso había que buscar primero su tumba y, antes de nada, dar paz a su espíritu.

De todos modos no soy un ladrón, ni un arqueólogo aficionado; mucho menos un nigromante. Simplemente he cometido una tontería; una locura, un juego.

Desde que me encontraron en la escollera estoy aquí, vegetando en el hospital del doctor Modrian. Aparentemente la embolia no ha dejado secuelas; ni en el corazón, ni en los pulmones, ni en el sistema nervioso periférico. Incluso han traído de la universidad un modernísimo aparato para el electroencefalograma y parece que todo está en su sitio. Es, simplemente, que me faltan las fuerzas.

Si me levanto, me desplomo; si agito los brazos, se me agarrotan contra el pecho. Sólo puedo dar unos cuantos pasos al día para evacuar mis desechos y para los sencillos trabajos necesarios para acumularlos. Y por la noche sueño, y por la mañana cuento mi sueño a un viejo médico que me escucha con elegante paciencia.

No es mucho para un hombre. No puedo resignarme a este *por mucho tiempo todavía*. Siempre que no empeore. Ahí afuera hay millones de *fellah* que se cambiarían encantados conmigo: holgazanear hasta hartarse en esta habitación entre la cama y el retrete sería para ellos un paraíso. Pero yo no soy ellos.

Y llegamos al meollo de la cuestión. Por supuesto, lo raro, lo preocupante no está en que yo sueñe, sino en que estoy soñando una historia por capítulos. Noche tras noche la recupero más o menos donde la dejé y se me va desarrollando dentro de forma coherente, con personajes y acontecimientos cada vez más complejos. Es magnífico. Es de verdad algo de una emoción inimaginable.

A veces creo que me veo reducido a este estado larvario a causa del excesivo trabajo nocturno. El armenio dice que es una buena excusa pero no una razón, y que es más «clínico» suponer que sueño mucho porque hago poco. También me cuenta que hay algunos santos de la religión musulmana diseminados por todo el desierto desde aquí a Siwa que llevan una vida de contemplación que

les conduce a una facultad semejante a la mía; y por esto son buscados y venerados por los peregrinos. Porque sus historias proceden directamente de Dios, y son, pues, sagradas y fuentes de santidad. «¿No le sucedió eso mismo al profeta Mahoma que recibió durante el sueño una parte del santo Corán?»

Dice igualmente que quizá lo mío sea un camino hacia la santidad. Tras esto se acaricia la barba con su inconfundible gesto y añade que también podría tratarse de un efecto del clima seco del desierto, poco adecuado para mi complexión, que estaría mejor en un ambiente húmedo.

También yo conozco las historias de los anacoretas del desierto, pero mi alma es muy pequeña, demasiado pequeña para albergar una iluminación divina, y mis sueños son, por tanto, sueños humanos y terrenales. Y en lo que se refiere al clima, ¡bah!, yo he nacido y crecido aquí, aunque alguno de mis cromosomas recuerde sin duda el clima suave y húmedo en el que creció mi padre.

Lo cierto es que me he puesto a escribir mis sueños por orden del doctor Modrian.

—Una óptima terapia, caballero —me dijo suavemente una mañana, acercándose a mi cama con una vieja máquina de escribir Remington y un paquete de folios—, aconsejada por los colegas de la universidad, confirmada por la literatura especializada. Una buena cura, eso es. Pero antes cuénteme lo de esta noche, ¡ay!, que no quiero perderme nada mientras esté todavía iluminado por sus sueños, y después entréguese de inmediato al trabajo de curarse.

El doctor Modrian suspira y resopla satisfecho. Es un adulator, un buen viejo médico para las carnes y las almas delicadas de los occidentales.

Pero resulta imprescindible poner un poco de orden antes de empezar. Porque, por ejemplo, no todo es sueño. Algunas cosas han sucedido y han hecho que sucedan otras. Que también tengo una vida, por lo menos la he tenido. Por poco interesante que sea, algo significa.

Pues bien, me llamo Saverio y he nacido en Alejandría, hijo de padres italianos, el 10 de agosto de 1947.

Mi madre murió en junio de 1953 porque fue confundida con quién sabe quién por un grupo de estudiantes enfurecidos que se manifestaban contra el rey Faruk, los ingleses y los extranjeros en general. Salía de un comercio de telas en el Midan Tharir, donde se había endeudado para comprarme el uniforme de la prestigiosa escuela Suisse. Había decidido que yo asistiera a ella a costa de otras deudas venideras. En este exagerado intento suyo de promoción se dejó la piel, apaleada hasta la muerte como un animal.

Salía de una tienda elegante, sí, pero era panadera, mujer de un panadero, de un exiliado que desconocía lo que estaba haciendo ella, lo que tramaba contra su condición proletaria. De otro modo, nunca lo habría permitido. Nunca habría consentido, creo yo, la absurda pretensión de depositar a su único hijo en manos de la mariconería imperialista. Nunca habría permitido que mi madre muriese. Él la quería mucho, eso me decía, y yo siempre lo he creído así. Que ella acabase de modo tan vergonzoso, cuando estaba traicionando sus indómitos principios, no le sirvió de lenitivo para un dolor que, por lo que yo sé, no se extinguió jamás. Supongo que consideraría este último como uno de aquellos ligeros desvaríos del carácter de su mujer que la hacían más bella y fascinante. Sin embargo, él estaba con los estudiantes socialistas y odiaba a los ingleses y creía en el destino y aborrecía la fatalidad.

Por supuesto, jamás pisó la prestigiosa escuela Suisse, sino la menos noble de la colonia italiana, la estúpida escuela Dante Alighieri, y no por elección cuidadosa o por patriotismo, que no

fue nunca el caso de mi padre, sino por la resignación de un panadero que tenía que seguir haciendo el pan todos los días sin su ayudante, materialmente imposibilitado, pues, para convertirse en maestro y profesor de su propio heredero, tal como hubiese querido.

Él —me dijo una vez muy serio—, él y aquellos tres o cuatro compatriotas con los que hacía la vida, aquel grupo y los pocos libros que habían llevado consigo, podrían enseñarme mejor cualquier cosa. Indudablemente mejor que los curas mugrientos y los fascistoides camuflados que constituían entonces el alma de la escuela italiana Dante Alighieri de Alejandría, en Egipto.

Mi padre había escapado de su pueblo nada más terminar la guerra. Aclaro: nada más terminar su guerra, que concluyó un poco después de la de casi todos los demás. Ya era panadero en su pueblo, un joven y robusto panadero, y como todos los panaderos, también él era libertario, anarquista. ¿Por qué todos los panaderos eran anarquistas? Porque de noche se tiene más coraje y más libertad, porque el pan es la medida de la justicia, porque el agua y el fuego no hacen ruido y no aturden el cerebro, y así sucesivamente. Y además, porque en su pueblo lo eran muchos. No sabía explicarlo, pero así era.

Durante el fascismo, a los escuadristas mi padre les traía al fresco, porque de día dormía él y de noche dormían ellos. Cuando no dormía iba a bailar y, como era un bailarín de primera, se llevaba a las mejores chicas. Esto ponía celosos a los fascistas. Esto y su motocicleta, una Bianchi de dos cilindros que no tenía rival. También era un panadero de primera, lo cual, en cambio, complacía a todos, anarquistas y fascistas.

Cuando le quitaron la motocicleta, por envidia o por el motivo que fuese, se sintió tan afectado que dejó el horno apagado toda la noche y a sus paisanos sin su rico pan al día siguiente. Y a continuación desapareció, y los suyos sólo supieron de él muchos días después por medio de unos primos que, a su vez, habían sabido por amigos de confianza que se había ido al monte con los partisanos y que estaba bien y que Camila no debía preocuparse ni por su fidelidad ni por su salud, si es que se le había ocurrido tal cosa. Camila era el nombre de mi madre.

Se echó al monte poco después del 8 de septiembre del 43 y lo sacaron de allí mucho después del 25 de abril del 45. Se había enrolado en el batallón Lucetti, y hay una canción que dice: «... el batallón Lucetti son libertarios y nada más, fieles a Pietro Gori, bajarán ya». Equivale a afirmar que volverían de las guerrillas sólo para la anarquía, nada menos. Les fueron a prender en pleno verano; eran varios cientos entre carabineros y seguidores de Badoglio reformados y llevaban cadenas como para encadenar el monte Scurone. Anarquía, evidentemente.

Un tiempo de cárcel y andando, a mover el culo sin pérdida de tiempo.

Mi padre tenía apenas veinte años cuando, tras haberle pedido excusas por el gran retraso, se embarcó con Camila en un bananero francés, junto con unos parientes de ella que, desde hacía ya dos generaciones, trabajaban en las sentinas de los barcos que se reparaban en los astilleros de Alejandría. Nunca me habló de todo esto como de una tragedia o de un sufrimiento. Para mí sigue siendo un misterio qué representaba Egipto y aquella espantosa ciudad de ultramar en su mente, porque nunca me contó nada interesante sobre el asunto.

A decir verdad, a mí siempre me pareció que mi padre era del lugar donde siempre lo había visto vivir; sin embargo, era muy distinto a todos los demás, se diferenciaba en todo, como podía constatar cada vez que lo comparaba con alguien o con algo.

Lo cierto es que antes de un año era ya de nuevo panadero. Yo nací en una habitación situada sobre un viejo horno, un horno antiguo que había pertenecido durante varias generaciones a panaderos italianos, donde mi padre cocía el pan con las mismas formas que antes le había dado en su pueblo, cuando era un muchacho. Y mi madre vendía aquel pan extranjero a los italianos y a los franceses y a los sirios y a los griegos y a todo aquel que lo quisiera. Pan compacto y oscuro, redondo y grande como una rueda de carretilla. Era un misterio que tuviese tantos clientes, porque a mí su pan nunca me gustó mucho. Tenía demasiada miga y era demasiado pesado en comparación con los panes ligeros y crujientes que vendían los árabes por la calle; y por dos piastras te daban uno, cuando para un pan de mi padre hacían falta diez.

También era un misterio cómo se había hecho con aquel horno; nunca me lo explicó y dudo mucho que se trajese de su tierra el dinero para comprárselo. Por supuesto, en ello tuvieron que ver los amigos hechos allí y los parientes de mi madre, que de inmundos limpiadores de sentinas se habían convertido en pequeños jeques de la mecánica en los talleres de reparación naval. El mejor negocio de Alejandría, Egipto, era reparar los barcos que se rompían a centenares intentando entrar en su puerto. El mayor puerto del mundo —se decía— y el más difícil de franquear.

A mi madre, Camila, la recuerdo buena y severa, bella y vestida de rosa, con el mismo olor a fragancia láctea cuando despachaba en el mostrador de la panadería y cuando paseaba el domingo por la costa de Montaza conmigo de la mano. De ella he heredado el olfato en la cocina: Camila tenía una especial habilidad para saber combinar sin estridencias las antiguas recetas de su casa con los nuevos aromas africanos. Cuando ella y nuestra sirvienta, la señora Aminah, conseguían ponerse de acuerdo, salía siempre algo extraordinariamente bueno de nuestra cocina.

En cambio, no sabría por dónde comenzar para describir a mi padre. Es apuesto, un hombre alto y fuerte, aunque también velludo y áspero. Tan pronto bromea como se encoleriza. Está siempre peleando con los árabes, pero le he oído defenderlos con vehemencia, como si los quisiera. Jamás le vi ponerse una gallabiyya, ni siquiera como disfraz, pero hablaba un árabe fluido y a menudo enfurecido, el árabe de los trabajadores del puerto, mortal como una ametralladora.

En casa usábamos siempre el italiano, pero sólo excepcionalmente me hablaba de su tierra. Nunca compraba un periódico italiano, aunque hablaba de Italia con sus amigos emigrantes. Una vez me dijo que, durante la monarquía, Egipto era un burdel sin trabas, y Alejandría, el lugar más anárquico del mundo, pero cuando el general Naguib ganó su batalla y Nasser tomó el poder, repartió pan gratis entre los combatientes durante tres días y realizó junto con sus compañeros una colecta para los huérfanos de los mártires. Sólo unos días después de la muerte de mi madre.

Ahora que lo pienso, en cierto sentido también yo soy huérfano de una mártir, inmolada a causa de la promoción social y cultural de su pequeño. Si no hubiese tenido en mente la escuela Suisse, por una trivial cuestión de estrechez de horizontes, habría sido una ferviente nasseriana.

¿Le bastó a mi padre Ras el Tin, el barrio del puerto y de todos los tráfugas del mundo, el Diwan Nabil, el café de los camaradas, y su horno y su pan, para seguir siendo un anarquista esperanzado en la revolución mundial? Parece increíble, pero creo que así fue.

Me doy cuenta de que a veces hablo en presente, pero también él murió ya hace tiempo. No fue una muerte terrible como la de su mujer; no. Fue, si se puede decir eso de un panadero grande, gordo y viudo, una chiquillada, un juego que terminó mal. Esta vez yo estaba presente y tenía unos veinte años. Sucedió a la caída de una tarde de verano, calmado ya el ardor del día.

Me había llevado más allá de los depósitos de cemento, a nuestra playa, donde la arena se ha conservado milagrosamente limpia y fina, para nadar juntos, tal como le gustaba. Disfrutamos dando unas brazadas y después encendimos un fuego para hacernos el café que siempre llevaba consigo. Aquella tarde tenía ganas de fanfarronear, de hacer teatro, lo que no era costumbre en él, aunque a veces le gustaba recitar delante de los amigos. En cierto momento quiso volver al agua.

—Ven —me dijo—, ven, que te llevo a mi tierra.

—Me trae al fresco tu tierra —debí de responderle, o algo por el estilo.

Y, encogiéndome de hombros, le dejé irse solo. ¿Quién podía imaginar que éstas serían las últimas palabras que se cruzaran un padre y su único hijo? Se zambulló en el agua y no lo volví a ver.

No pudieron encontrarlo, un hecho explicable si se tienen en cuenta las violentas corrientes de esa playa. Quizá sufrió un repentino malestar, quizá se golpeó la cabeza con uno de aquellos maderos que se desplazan a montones bajo la superficie del agua. Lo que me sigue resultando siniestramente incomprensible son sus últimas palabras, porque a él Italia, su tierra, siempre le importó un comino, de eso estoy seguro.

A propósito, todavía no he dicho su nombre: se llamaba Giovanni, Giovanni Pascale, y nunca tuvo pasaporte, o por lo menos yo no lo he encontrado entre sus cosas después de que se fuera.

Así es que a los veinte años heredé un próspero horno de pan sin tener la más mínima idea de qué hacer con él. Acababa de comenzar los estudios de ingeniería en la Universidad Inglesa —¿has visto, mamá?—, porque también a mí, como a los primos de Camila, me gustaban las reparaciones y la mecánica. Y hacía, además, pequeños negocios de importación-exportación con algunos

amigos más expertos que yo y más metidos en el interesante mundo del contrabando.

Eran los tiempos de la guerra, pero para mi ciudad eran tiempos de un floreciente tráfico de toda clase de mercancías pesadas y ligeras, peligrosas e inocuas, pecaminosas y celestiales. Gasolina y harina, películas pornográficas y libros en francés y alemán, pistolas italianas y checoslovacas, a elegir, y bragas coreanas y quién sabe qué más.

Me gustaban las chicas y andaba loco por una griega de Creta, descendiente, demasiado orgullosa de ello a decir verdad, de una familia de barqueros. Deambulaba por el barrio como un joven pachá, y recorría los hoteles para bailar con las turistas suecas y alemanas que se pasaban la voz unas a otras y esperaban ansiosas al joven políglota y mafiosillo que las entretenía con sensatez y dedicación.

Llevaba una buena vida, si puede decirse así. Y de pronto cambió la música. ¿Qué iba a hacer yo con un horno? ¿Qué iba a hacer yo sin nadie?

Me dirigí a los amigos de mi padre, la gente del Diwan, el café de los viejos libertarios. ¿Eran anarquistas o qué? A saber lo que de verdad eran. Emigrantes, exiliados del 46, del 28, de antes incluso. Alejandrinos de segunda y de tercera generación, hijos y nietos de los primeros expatriados de los movimientos anarquistas del 82 y de las subversiones socialistas de los tiempos de Bava Beccaris. Ahora convertidos en mestizos, medio italianos, medio árabes, cretenses, andaluces, etíopes, libaneses y sirios. Hijos y nietos de agentes infiltrados del OVRA —esto se decía de alguno—, delincuentes, comerciantes fracasados, pobres escapados de Calabria, de Libia, de fábricas reconstruidas al ritmo de las porras de la policía de Génova y Turín. ¿Qué sabía yo de la anarquía, del verdadero ideal, de socialismo y libertad?

Cuando yo era niño, mi padre me hablaba de tal manera que a mí la anarquía me parecía una tía, una tía lejana y bondadosa. Me hablaba sin intención, sin ganas de explicarme y convencerme, incluso cuando alcancé el juicio suficiente para entender algo de todo aquello. Le bastaba con que yo fuese y me sintiese de algún modo diferente de los demás, de una familia que no fuese como aquella perversa de la escuela Dante Alighieri.

Recuerdo un cuentecillo suyo para la hora de dormir, una fábula que me contó durante años —recuerdo también el tono de su voz, las inflexiones de su italiano— para explicarme a su modo cómo éramos «nosotros, los libertarios»; no me cansaba nunca de escucharlo y, por otra parte, creo que era el único cuento que se sabía. Yo era muy pequeño y mis padres esperaban a que me durmiese antes de bajar al horno a preparar el pan de la noche.

Le llamaba desde mi cama y él se quedaba al lado, erguido sobre mí como un eucalipto grande y frondoso. No se le ocurría hacer eso que se ve tan a menudo en las películas: sentarse en la cabecera de la cama de su único hijo, en parte, porque mi cama era muy alta —mi madre estaba siempre preocupada por los animalillos, desconocidos para ella, que se arrastraban, trepaban y picaban por cualquier sitio de la habitación—, en parte, porque la historia era muy breve y no valía la pena sentarse.

—Nosotros somos petirrojos, Saverio.

Empezaba siempre así, susurrándome desde su altura esta constatación que a mí me sonaba misteriosa y exaltante a un tiempo, pues yo no había visto jamás un petirrojo y me lo imaginaba como un pájaro maravilloso.

—Nosotros, los libertarios, somos petirrojos, valientes como aquel pajarillo que hace mucho tiempo fue a ver al halcón. ¿Quieres que te lo cuente otra vez?

Nunca esperaba a que yo le contestase que sí.

—Pues bien, este petirrojo, tan pequeño que cabía en el hueco de la mano, tenía ideas propias que nadie conseguía sacarle de la cabeza. Quería volar aquí y allá y ver mundo, picotear donde encontrase con qué saciarse, y no le gustaba nada que le hubiesen asignado un rincón. Así es que un día se armó de valor y se presentó ante el halcón, el rey de las aves del bosque. «Querría, señorita, permiso para ir por donde me parezca; además, con lo pequeño que soy no molestaré a nadie.» Y mientras decía esto, le temblaban todas las plumas. El halcón se ofendió y con voz engolada exclamó: «Este asunto no me gusta nada. Tienes que sentar la cabeza y no andar molestando con tus pretensiones. Lárgate o llamo a las urracas.» Y diciendo esto, sin más

contemplaciones, le propinó tal zarpazo que le dejó un ala ensangrentada. Muy cara había pagado aquel pajarillo su ansia de libertad. Pero era testarudo y en dos o tres días estaba volando de nuevo. La verdad es que volaba como buenamente podía, contorsionándose a causa de su alita herida, todo retorcido. Parecía un payaso por la forma grotesca en que se las había ingeniado para volar con una sola ala. Y todos los pájaros allí, riéndose. Y también el señor halcón y sus urracas se desternillaban de risa. Así, a fuerza de tanto reír, ninguno notaba que cada día que pasaba el petirrojo volaba un poco más alto y un poco más lejos del rincón que le habían asignado. Cuando el halcón se quiso dar cuenta, el petirrojo volaba ya tan alto que desde arriba empezó a bombardear la cabeza del rey de los pájaros a golpe de cagarrutas.

Creo que aquí está toda la documentación que me queda de la educación política y moral que mi padre me impartió. Estábamos nosotros, petirrojos libertarios, y estaba la anarquía. Tía Anarquía estaba lejos pero su influjo benéfico me haría mejor, más valiente y más guapo, diferente de la masa de los siervos que no se atrevían a levantar la cabeza.

A partir de cierta edad había dejado de hablarme del tema, como si hubiese alcanzado la cuota preestablecida de asistencia paterna y no quisiera perder el tiempo en añadidos superfinos. Y las conversaciones con sus compañeros se habían hecho cada vez más oscuras para mis dotes de comprensión. Como si tía Anarquía se hubiese convertido en una anciana cansada de dar consejos a sus sobrinos tontos y holgazanes y hubiese emprendido la vía de la elevación espiritual, dedicándose ya a cosas etéreas pertenecientes al más allá, lugar de sus últimas preocupaciones.

Por lo demás, entre los coetáneos de mi padre y entre los más viejos, muy pocos anhelaban aún la revolución. Cada uno había encontrado su liberación, al menos la material, y todos habían echado tripa dedicándose de buena gana a la especulación abstracta. En la salita privada del café leían de cuando en cuando opúsculos y periódicos viejos y discutían; parecían una familia variopinta e indescifrable, pero una familia libertaria, de la forma en que le gustaba a mi padre.

A mí, en cambio, me gustaba sobre todo alborotar por el barrio, enamorar a las chicas y nadar en la bahía, por lo menos mientras él estaba todavía vivo para hacer el pan y todo lo demás.

En el Diwan Nabil había horarios de viejos y de jóvenes, y los jóvenes, el sábado por la noche, bailaban en un salón del primer piso con una gramola que a veces estaba fuera de la ley y a veces no, dependiendo de los milicianos que se encargasen de la seguridad y de lo que se les diera para meterse en el bolsillo. Los otros días, los viejos bebían granizados de café con uvas pasas, y los jóvenes, granizados de Pepsi; los viejos escuchaban la radio inglesa, y los jóvenes trataban de ver algo entre la espesa nieve del televisor que Nabil, el druso libanés que llevaba el café, se había hecho traer de Adén.

Cuando murió mi padre fui a hablar con los viejos. Eran ellos quienes habían preparado el funeral, con los estandartes de las asociaciones obreras, con la banda de música, que se vio obligada a aprender la canción del batallón Lucetti. Y a su manera libertaria, todavía lo lloraban mientras, sentados en los viejos sofás de la salita privada, se preparaban para dar una respuesta adecuada a mi pregunta: «¿Qué hago ahora?»

Estaba Guglielmo Dandini, el ex cura comerciante de lana, gordo y jovial como el párroco que nunca fue. Estaba Secondo Filippi, maestro calafateador en los astilleros Mafuh Elj, negro y belicoso y alcoholizado por el nabit. Y estaban los hermanos Rubén y Amos Battistini, tipógrafos, hijos de tipógrafos descendientes de tipógrafos. Rubén, viejo y siempre suspirando, Amos, unos diez años mayor que yo y más veloz que yo en la natación y en el baile. Y estaba también Fernando Venturi, con la fijación de enseñar a los árabes a curar el queso, viejo granuja arrepentido, con más mujeres que ganas de mantenerlas. Todos de los mismos lugares lejanos que mi padre, todos de los mismos ideales.

Me sonreían con la simpatía habitual, pero hablaban sobre todo entre ellos y decían que el horno debía permanecer en manos italianas, como siempre había estado. ¿Pero quién sabía hacer aquel pan? No, desde luego, el hijo de Giovanni. Bebíamos granizados y los sorbetones envolvían tanta cavilación. Así descubrí que aquel horno era muy importante para ellos, por cierta idea de la

fidelidad, por el pan hecho de aquel modo. Aunque sí, yo siempre había preferido el esh que tenía que comprar a escondidas de mi padre. Descubrí otras muchas cosas, aunque entonces no me diera cuenta.

—¿Recordáis quienes fueron los primeros que tuvieron el horno? —preguntaba Rubén.

—La familia del traidor; ellos lo tuvieron los primeros —masculló Guglielmo—. Lo vendieron antes de la otra guerra, cuando el hijo se les fue a Francia. Parece que todavía está vivo. Por aquí no ha vuelto. Imagínate qué recibimiento le harían ahora.

Segundo, que mordisqueaba un trozo de hielo, había lanzado una mirada de suficiencia a Rubén.

Rubén aceptó el desafío:

—Ha traicionado la idea, eso sí. Pero era un muchacho. ¿Cómo se puede llamar traidor a un muchacho? La guerra lo estropeó; la guerra estropeó a muchos.

—Sí, pero fue él el que quiso ir a la guerra —Guglielmo solía mancharse con todo, y en aquel momento la bebida le resbalaba por la barbilla mientras trataba de adoptar su habitual tono sermoneador—. Hubo compañeros que vinieron aquí dentro de las bodegas de carbón para no ir a la guerra. Él, en cambio, hizo el camino al revés y en primera clase, eso es seguro. Fue a la guerra en primera y no ha vuelto. Los que se quedaron aquí, jóvenes como él, murieron casi todos sin poder pisar otra vez su tierra. Él renegó e hizo fortuna. Haría falta más coherencia en los juicios y, sobre todo, sería necesario no olvidar jamás.

Guglielmo era uno de aquellos chicos llegados entre el carbón aunque durante otra guerra, en tiempos de El Alamein. Y el carbón, en realidad, eran los depósitos de combustible de un convoy inglés que abastecía la retaguardia. Capellán castrense del ejército italiano, experimentaba un odio físico por el desierto y, por tanto, por la guerra en el desierto; había llegado a Alejandría de esa forma, llevando consigo, disfrazada de monaguillo o algo parecido, a una eritrea de trece años escasos. Las circunstancias de su deserción fueron tan

poco razonables, o mejor, tan desconcertantes para las geométricas mentes de los ingleses, que lo tuvieron encerrado durante toda la guerra esperando.

Fue en aquella situación de restricción y calor sofocante cuando maduraron sus ideas subversivas y la intención de casarse con la joven que, entre tanto, se había acomodado en un albergue para suboficiales. En Ras el Tin todos lo sabían con absoluta certeza, incluso en el caso de una revolución mundial, el proletariado no tendría modo de librarse de sus sermones.

Amos, el tipógrafo que nadaba más rápido y con más estilo que yo y que desde los doce años imprimía junto con su hermano todos los boletines de información política que circulaban por la ciudad, además de gran parte de las esquelas y los libros de contabilidad para el comercio, se estaba aburriendo y empezó a hablar con cadencia lenta y desgarrada, imitación casi perfecta de un sacerdote copto.

—Bien, bien, Guglielmo, pero Saverio ha venido aquí por una razón precisa y tal vez quiera sacar algo en claro. De todas formas —un inciso—, ése, el traidor como lo llamas tú, es valiente y, además, me gusta. Se hizo fascista, es cierto, y por lo que yo sé, puede seguir siéndolo o puede haber renegado por segunda vez. Pero es valiente y me gusta, no puedo remediarlo. Ha traicionado los ideales por oportunismo o porque se volvió loco o por cualquier razón aún más repugnante, pero lo que ha hecho en su vida no han sido guarradas fascistas. No ha salido a apalear compañeros, no ha escrito más que poesías, y se da la circunstancia de que eran muy anarquistas y muy bellas. Quizá en el fondo pueda seguir siendo anarquista, más aún, no puede dejar de ser anarquista, aunque se baje los pantalones ante Mussolini. Y no es el único. ¿Habéis leído sus poemas? Tendríamos que leerlos aquí un sábado. Y entonces, sólo entonces, discutir sobre quién era realmente. ¿Tú qué dices, Rubén?

Rubén sentía por Amos un amor que sorprendía a todos, ya que no era lógico que dos hermanos de edades tan diferentes se respetaran y confiaran tanto entre ellos. Se decía que quizá se debiera al peculiar trabajo que ejercían y a la sensibilidad especial que derivaba de él. En Alejandría, donde todavía hoy se hace contrabando con cualquier clase de mercancía electrónica, como en todo

puerto franco del mundo, la impresión de un libro o de un billete de lotería clandestina es para la mayoría un asunto de naturaleza inquietante e incierta.

—Digo que ahora hay que pensar en Saverio. Y del viejo Ungaretti ya sabes tú lo que pienso. Estaba loco, como todos los alejandrinos que han estudiado. Mira aquel amigo suyo, Pea, también de los nuestros, ¿es que no estaba también loco, con todos aquellos discursos suyos sobre religión? Anarquista y meapilas. Ungaretti era anarquista por equivocación y fascista por equivocación, sólo era con sensatez poeta. De todas formas, aquí nadie ha sido tan tonto como para fiarse de él en asuntos delicados; por lo tanto, no puede haber causado daños graves. Pero tienes razón en que habría que leer sus poesías. Habría que leérselas a los viejos camaradas de Ras el Tin y a los jóvenes que entendiesen aún suficiente italiano. No sé si quedará alguno y si tendrá ganas de oírlas.

Volvió hacia mí sus ojos:

—A ti, Saverio, ¿te gustaría leer alguna poesía?

La verdad es que estaba harto de todo aquel parloteo. Yo, que no tenía a nadie más, estaba en manos de unas gentes que, salvo Amos, me parecían viejas estatuas de yeso, el pesebre libertario de mi padre. Me habría largado de buena gana, si hubiese sabido qué hacer la mañana siguiente.

—No, no sé nada de poesía ni sé de quién estáis hablando.

Había respondido con tono de fastidio y era explicable que estuviese fastidiado.

Entonces comenzó a hablar Fernando, el viejo cabrón Cuatroesposas, convertido al islam para poder gozarlas y llegado finalmente a la tristísima conclusión de no haber gozado de ninguna, en palabras de mi padre. Hablaba siempre con voz doliente, velada de tristeza, hasta tal punto que provocaba en quien lo escuchaba el respeto debido a quien está dictando el propio testamento:

—Piensa, hijo, que tu padre, cuando todavía vivía en su pueblo, llegó a conocer al tal Ungaretti, que había vuelto de América o que, quizá, iba hacia allí y

estaba recorriendo aquellas regiones cercanas a la suya. Quizá por haber hablado con él, al llegar aquí se las ingenió para hacerse con el horno. Debería leer esas poesías antes de que me idiotice del todo. Porque, Rubén, ¿no hay un libro suyo en la salita?

Rubén era el responsable de la pequeña biblioteca que alineaba desde siempre en un mueble de la sala privada del Diwan.

Había saltado Guglielmo:

—Ese libro no habría durado ni un día entre nosotros sin convertirse en papel para el culo en los retretes de abajo, amigo mío. En fin, Saverio, querrás vender el horno a un compañero y ganar lo justo con la venta. Habrá que buscar un alojamiento adecuado para ti y para las cochinadas que pienses hacer, encontrarte una viuda que te lleve la casa, porque a Aminah no habrá quien la saque de la casa del horno. Y tendremos que quererte, hijo, quererte todos.

Y de este modo se habían puesto a pensar en mi vida, en cómo solucionarla. No era eso lo que yo pensaba cuando fui a verles al Diwan, ni siquiera creo que eso fuera lo que yo quería. Pero les dejé hacer.

Era 1967, la época de la desgraciada guerra de Nasser.

Me encontraron una vivienda pequeña en una vieja casa del barrio. Un segundo piso lleno de persianas venecianas, al que se accedía por una de esas escalinatas de madera taraceada que ahora sólo se ven en los edificios públicos bien conservados. Se

hallaba cerca de la tipografía de los Battistini y a menudo comía con ellos en el taller o venían ellos a mi casa a comer el *ful* de habas, que me salía muy bien.

Para el horno no consiguieron encontrar un italiano. Se lo vendieron a un chipriota griego, un comunista condenado a muerte en rebeldía por los coroneles de Atenas, que era un gran amigo de la colonia italiana. Con el tiempo se descubrió que su simpatía por los italianos era regularmente pagada por los servicios especiales de información de la Unión Socialista. Pero para entonces eso ya no tenía importancia y el pan seguía siendo el establecido,

nunca peor y, por lo que a mí respecta, nunca mejor. Había heredado, tenía mis pequeños negocios: era casi rico.

Y, sobre todo, estaba solo y sin ninguna clase de atadura.

Un día, tiempo después, revisé las cosas dejadas por mi padre y encontré el libro del tal Ungaretti. Me parecía que mi padre no tenía nada suyo, salvo lo necesario para hacer el pan. Cuando vacié las habitaciones donde vivíamos, no encontré nada aparte de su ropa y el sobre con los certificados de crédito del Misr Bank. La tarde en que desapareció de aquel modo tan poco paterno, recogí de la playa sus babuchas, los pantalones y la camisa enrollados con el reloj Perseo y la cafetera que se había traído de Italia. Ni siquiera tenía maquinilla de afeitar: venía a afeitarle al horno un viejo barbero del barrio que, una vez al mes, se entretenía un poco más y le cortaba su siempre negra, rizada y despeinada cabellera. Tampoco había en casa ni un solo retrato suyo o de mi madre, ahora que lo pienso. Sólo recuerdo una fotografía donde aparecían ellos dos con los compañeros de Ras el Tin en una boda, pero ésta no estaba en casa, sino colgada junto con otras en una pared de la salita del Diwan.

Cuando el chipriota se hizo cargo del horno, me pasó un envoltorio con las cosas que había encontrado en el cajón del mostrador. Lo guardé sin echarle ni un vistazo y un par de meses después vino a parar de nuevo a mis manos. Lo abrí, y entre los papeles apareció aquel libro.

Era un libro no muy grande ni muy grueso que se me abrió entre las manos dando a luz páginas rugosas y amarillentas. En la página del frontispicio se leía:

EL PUERTO SEPULTADO

Poesías de

Giuseppe Ungaretti

Mira tú, ése precisamente. Vaya sorpresa, mi padre tiene un libro de ése. Y además lo ha leído. Y releído, a juzgar por lo ajado que está. Mi padre amasa y cuece pan en el horno, y lee poesías de ese fascista. Y leía una y después metía el pan en el horno, y leía otra y se iba a disolver la levadura. Después llegaba mi madre y escondía el libro en el cajón. No, no es posible, porque mi madre revolvía todo el día en aquel cajón; en él metía el dinero de la gente, de él sacaba el cambio, allí apuntaba el pan a crédito y allí escondía los regalos para mí. Entonces, mi madre también había visto ese libro, mi madre, que me quería mandar a la escuela Suisse. Quizá también ella haya leído las poesías de Giuseppe Ungaretti, traidor del proletariado, renegado de la fe libertaria. Pero tal vez la señora Camila no prestaba atención a estas cosas.

Dejé el libro a un lado y unos días después lo metí en el bolsillo y me lo llevé a la playa. Mi padre ya no tenía nada que ver. Sospecho ahora que la idea de echarle una ojeada surgió tratando de encontrar algo eficaz que decirles a las chicas, algo romántico sobre el puerto sepultado, el puerto fantasma de esta ciudad.

Cuando, después del baño y moderada la temperatura, abrí por fin el libro, hacía ya mucho tiempo que se me habían borrado de la memoria las anodinas enseñanzas de la escuela Dante Alighieri. No conservaba el más mínimo recuerdo de una poesía, ni siquiera de una sola, y me sentí vagamente aturdido y airado. Me irritaban las dos o tres poesías que había leído. El libro me produjo un asco inmediato, y de no haber sido porque representaba algo de mi padre y de mi amor por él, lo habría arrojado a las dunas.

Y lo digo porque, cuando lo abrí, mi primera mirada fue a posarse sobre la firma de Benito Mussolini. Ya; era el saludo del jefe del fascismo al poeta. Pensé en mi padre, que había conservado —¿durante cuántas décadas?— aquel libro en el cajón, y decidí que bien podría yo tenerlo al menos en la mano.

¿Sabéis lo que pasa? Lo que pasa es que hay ciertas cosas y hay ciertos muros contra los que uno se estrella continuamente sin remedio. En cambio, otras cosas son puertas siempre abiertas, dispuestas siempre a acogerte. Cosas que producen aburrimiento, cansancio, aflicción y desventura; hay cosas, en

cambio, que existen para la alegría y la gracia, el sosiego y el consuelo. Al primer grupo pertenece, por ejemplo, la guía telefónica de El Cairo —quien la haya tenido en la mano lo puede decir—, mientras que del segundo forma parte, sin duda, la playa a la que yo voy.

Es más, no toda la playa, sino esa parte de arena rosácea, donde el rompeolas resplandece y las olas todavía no han llegado pero han de llegar; allí me sentía aquella tarde dueño y señor. Pues bien, según lo que yo he comprendido, la poesía es un conjunto de cosas de las dos clases. Es carroña jocosa y danzarina, fastidiosa, áspera en la boca como los dátiles amargos, y perfumada como la adelfa rosa del desierto; insoportable y ligera, maldad y nostalgia. Eso pensé y no quise leer más que dos o tres poemas.

Y ni aquella tarde ni ninguna otra he querido leer más poesías. En parte, porque poco después empezó a zumbarme la cabeza, y aún siento el eco de aquel zumbido taponando mis tímpanos, aunque para el doctor Modrian es fácil recordarme que estoy recuperándome de una embolia. Y en parte porque, sinceramente, tenía miedo de terminar desilusionado si seguía leyendo, de que se quebrase la especie de furtivo enamoramiento que había prendido entre aquel montón de palabras y yo, de que desapareciera aquella náusea que me había cogido a traición entre el hígado y el intestino.

Pero, sobre todo, lo digo un poco avergonzado, sentía y detestaba la intromisión en mi interior de un hombre —de aquel hombre, nunca visto ni conocido, que estaba y que no estaba, fascista además— que con una treintena de palabras, e incluso menos, se había permitido el lujo de desquiciarme el cerebro, o quizá el alma, para restregarse en mis pensamientos y en mis sentimientos como si estuviese en su casa.

Como si entre nosotros dos existiera esa clase de amistad que permite todo. ¿Quién le había pedido tanta intimidad? Tenía la sensación de haber caído en la trampa de palabras de un mago hipnotizador. Palabras de las que yo, por otra parte, no debía de haber entendido nada y que, sin embargo, creía comprender. O más bien, si lo preferís, ser comprendido.

Una poesía se titulaba Ventana al mar y otra Puerto sepultado y otra Despertar o Despertares, creo. Me las sé de memoria. No me preguntéis por qué; sólo sé que las leí una vez y desde entonces ya han pasado varios años.

En esta habitación de hospital, las recito cada mañana como si fueran mis oraciones. Después le relato lo que he soñado a esa vieja momia reseca del doctor Modrian. Pero esto sucede mucho después.

Ahora estamos todavía en la época en que yo tenía poco más de veinte años y debo contar algunas cosas que me sucedieron entonces, pues si no, pierdo el hilo y la escasa lucidez que podría ayudarme a comprender finalmente lo que me está pasando.

Me doy cuenta de que he perdido mucho tiempo en toda esta historia de la poesía y de aquel poeta, y de todo lo demás. ¿He dicho estupideces? ¿Me he dejado llevar? Está bien. Pero tened en cuenta que yo era solamente un chico de Ras el Tin, carne de barrio, sin demasiada fantasía ni cultura y con el raquítico barniz de la escuela. Aunque ahora, con todo lo acontecido, he cambiado mucho y he iniciado con los libros, al leerlos y escribirlos, toda una aventura que en el momento adecuado os contaré.

Pero entonces el simple hecho de leer en la playa fue como el éxtasis de un niño, como haber querido —¿cómo se dice?— plagiarlo, confundirlo. Fue algo extraño que después arrastró mi vida en una determinada dirección, por un determinado camino, sin que me diese realmente cuenta y, peor todavía, sin que pudiese mover un dedo.

Y, entre las muchas cosas que ocurrieron, me fui a ver el país de mi padre. Las circunstancias que me decidieron a hacerlo fueron algo raras.

Me había llevado el libro de la playa, pero me desagradaba encontrármelo en casa: tenía la impresión de guardar indebidamente un secreto. Por fin un día me lo eché bajo el brazo y me fui a la tipografía de Battistini que, en el barrio donde yo vivía entonces, era uno de los locales más antiguos y apreciados.

Allí imprimían los italianos desde tiempo inmemorial y todavía se conserva, enmarcado sobre la puerta de entrada, una especie de diploma extendido por el califa turco fechado en el 1102, año musulmán, hace tres siglos. Figura

también sobre la jamba el letrero con el nombre del taller, un nombre que ninguno de sus muchos propietarios ha querido cambiar, el nombre con el que se conoce todavía hoy: El Meskin, El Pobre, el título con el que eran llamados los venerables superiores del monasterio de Abu Makar en el desierto de Uadi Nairun. El lugar santo no lejos de aquí donde, desde hace más de un milenio, los monjes coptos copian y recopian sus misteriosos conocimientos de Dios y de los profetas.

Los hermanos Battistini habían llegado a Alejandría del pueblo de mi padre antes incluso de la guerra. Habían venido con su padre, pues la madre había muerto de difteria poco después del nacimiento de Amos. El viejo traía consigo un par de cajas de flamantes caracteres tipográficos que eran lo nunca visto en la ciudad, y con aquella dote había entrado en la vieja tipografía del barrio. En sólo un par de años se había convertido ya en socio, tal era la fuerza de su arte en los entresijos mecánicos y artísticos del oficio de imprimir. Trabajaba con él su hijo Rubén, mientras que al más pequeño lo dejaba entre las máquinas retozando con las pruebas y los recortes de papel cuando aún no era capaz de mantenerse en pie.

Ahora que el viejo había muerto, también éste acompañado por la banda y las banderas rojas y negras de su fe, los hermanos son los dueños, y yo puedo considerarme su amigo, si no más, por haberlos tratado desde que puedo recordar. En realidad, era con Amos con quien tenía más confianza, por la edad y porque teníamos ganas de hacer las mismas cosas: andábamos juntos por Ras el Tin para bailar con las turistas y juntos tratábamos de que los capitanes de los mercantes nos prestaran las películas que nos gustaban y otras cosas similares. Rubén no sólo era viejo, sino que parecía una especie de sacerdote, un hombre demasiado distante y perdido en sus pensamientos como para poder mantener con él conversaciones normales.

Así es que un día entré en la tipografía y le di el libro a Amos:

—Mira lo que tenía mi padre en el horno —estaba inquieto, casi avergonzado.

Amos cogió el volumen de mis manos con indiferencia, como si estuviera comprando un mújol de la bahía a un mozalbete, y por fin se puso a leerlo con pasión, rechinando los dientes y chasqueando la lengua:

—Bello, muy bello. Sin duda.

Se iba excitando a medida que pasaba las páginas con sus dedos hasta que no pudo más y, como siempre, necesitó a Rubén. Y entonces se pusieron los dos a jugar con las páginas y a parlotear entre ellos y a lanzarse el libro uno al otro como dos niños sin preocuparse de mí, que estaba allí tan incómodo como si hubiese llevado un ratón vivo a una camada de gatos.

Igual que la gata que deja repentinamente de retozar con sus crías para recuperar la compostura y volver a sus cosas, así Rubén dejó de pronto de enredar con su hermano y empezó a hablarme. Y fue aquella conversación la que puso definitivamente patas arriba mi vida, lo que yo había creído que podía ser mi vida en la ciudad, en los estudios de mecánica, en los prometedores tejemanejes del contrabando.

Rubén tenía la misma forma de hablar que un imán árabe. Quiero decir que se mostraba inspirado y hierático, con un tono de voz bajo pero cortante que recordaba a un monje sufí cuando habla a sus discípulos a la sombra del algarrobo en el patio de la mezquita de Abu el At.

—Es verdaderamente hermoso este libro, Saverio. Se trata de una edición muy rara y es la primera vez que tengo ocasión de verla. Conozco estos poemas. ¿Los has leído tú?

—Alguno, el otro día.

Yo no lograba averiguar por qué continuaba avergonzándome de ello.

—¿Y te han gustado?

—Sí. Quiero decir sí y no. No lo sé bien. Es que son muy peculiares. Me han producido un efecto extraño. Debo confesar que he dejado de leerlos porque me estaban confundiendo.

—Sí, comprendo. También me sucede a mí y no sólo con esas poesías, si tengo que ser sincero. Y, sin embargo, son hermosas, ¿verdad?

—Sí, todavía recuerdo algunas palabras y me parecen muy hermosas. Pero, según tú, ¿qué tenía que ver mi padre con esto?

—Bueno, también le gustarían a él, ¿no? Tu padre nunca habló mucho. Yo creo que no tenía mucha confianza en sus propias palabras. Y, en cambio, tal vez sí la tenía en las de Ungaretti.

—¡Pero si era un fascista, Rubén! Me lo has dicho tú. Mi padre, imagínate, que ni siquiera quería que le mencionasen la palabra. No creo que entendiese de poesía como para hacer distinciones. Ya me parece bastante increíble que se hayan conocido, como ha dicho Cuatroesposas en el Diwan.

—Mira, Saverio, ésta no es una historia tan sencilla. La gente nunca ha sido sencilla en nuestra región. Quizá tampoco en las demás regiones.

Llegado a este punto, con sus ademanes píos, el tipógrafo me cogió por el brazo y me empujó al fondo del taller, donde, sobre una vieja mesa de composición, Amos estaba preparando el té para el habitual tentempié. Siempre fueron especiales los tentempiés en la tipografía, sobre todo por lo succulento de los aperitivos. Aquellos dos sabían dónde encontrar las mejores aceitunas, el queso más griego, las anchoas más sabrosas, el pan más crujiente. Y no había café en Alejandría donde se pudiese estar más satisfecho que repantigado en los rimeros de papel de El Meskin.

¡Vaya!, ahora me doy cuenta de que a menudo hablo de ellos en pasado y confundo las vivencias de aquellos años con su existencia, que no ha pasado. Amos y Rubén están vivos y activos y siguen siendo expertos en la imprenta y en la preparación de aperitivos, y —creo— siguen queriéndome como entonces. Incluso han deseado venir a visitarme al hospital. El doctor Modrian me ha dicho que de cuando en cuando van a verle para pedirle noticias mías. Pero yo no he querido verlos: no me encuentro con ánimo de que me compadezcan, no me encuentro con ánimo de que me vean ahora que soy poco más que una ameba. Por esta razón, al hablar de ellos uso el pasado, para mantenerlos un poco distantes. De momento; después ya veremos.

Me había quedado en el té. Sí, Rubén me invita al té. Nos sentamos y Amos nos sirve, como de costumbre. Siempre lo hace, como si tuviese nostalgia de un ama de casa que lo pudiese hacer en su lugar. Comemos, bebemos, se nos hace la boca agua de satisfacción, encendemos cigarrillos americanos traídos desde Singapur. Y Rubén comienza a hablar otra vez.

—Tú no sabes nada del pueblo de tu padre porque él terminó con aquel lugar el día en que se fue. Pasó página y basta. En mi opinión, hizo bien. De otra forma, vivir aquí habría sido una tortura. Nadie de Carlomagno —¿te dijo alguna vez tu padre el nombre de nuestro pueblo? Se llama Carlomagno—, ninguno de nosotros, te digo, ha conseguido vivir bien en el sitio en que se ha ido a instalar. Lo dramático es que tampoco ha conseguido ninguno volver atrás, y andan todos penando por el mundo sin estar verdaderamente en paz en lugar alguno. Debe de ser una cuestión del carácter de nuestro pueblo, una tara. También me sucede a mí. Amos era demasiado pequeño, pero yo sí recuerdo dónde he nacido y puedo decir que soy uno de Carlomagno. Incluso hay una historia sobre este asunto y después, si me lo recuerdas, te la cuento. Ahora quiero hablarte de otra cosa. Te voy a dar una pequeña clase, si te apetece. Amos, que ya conoce parte de este relato, puede irse a nadar un rato.

»El mío y el de tu padre es un pueblo de gente estafalaria, hecha a su aire. Debe de haber muchos lugares así en el mundo, pero Carlomagno se conoce en toda la región por lo extraño de sus gentes. Es un nido de anarquistas, de presuntuosos y de pendencieros. Para los de fuera, es un pueblo al mismo tiempo atractivo y antipático. Un lugar y unas gentes muy especiales. Ese poeta no es de los nuestros; es de un pueblo cercano, pero no es de los nuestros. Nadie de Carlomagno habría traicionado jamás la palabra dada, mucho menos una idea. Sin embargo, si me apuras, se nos parece un poco.

»No lo sé bien, tal vez porque no lo he conocido personalmente, pero sus poesías me dicen algo. Me resuenan dentro como si fuesen algo mío y de mi gente de allí. Bah, será una idea estúpida, pero es lo primero que cruzó por mi mente cuando las leí, hace mucho tiempo ya. Por eso he estado de acuerdo contigo cuando has dicho que te confundían. En resumen, él tenía algo profundo —¿me comprendes?—, algo para compartir con nosotros. La verdad es que en aquel tiempo vino varias veces al pueblo y llegué al convencimiento de que buscaba algo que le faltaba. Yo creo que en el pueblo nadie sabía realmente quién era. Tu padre sí, puesto que tenía ese libro, y también mi padre, que tenía la imprenta y le vio aparecer por el taller más de una vez. Seguramente yo me lo habré encontrado en más de una ocasión, pero era demasiado niño y no le hice caso hasta que mi padre me comentó algo.

»Pero si alguien hubiera reconocido a Ungaretti, el amigo del Duce, ya puedes imaginarte lo poco que le habría importado la poesía de éste. El poeta lo sabía muy bien y creo que venía a nosotros para encontrar una forma de pedir perdón y que nunca la encontró. Cuidado, que esto es una opinión mía; quién sabe qué envidiaba. Porque algo debía de haber. Mi padre lo recordaba bien. Se detenía en la hostería para preguntar a los viejos sobre lo divino y lo humano; iba al taller y tenía a mi padre las horas muertas leyéndole algunos escritos suyos. Le pedía consejos, impresiones.

»Ya ves tú, el poeta más famoso de Italia haciendo caso a un tipógrafo de pueblo; no podía ser. Él buscaba su puerto sepultado, como todos en esta ciudad, y quizá, en un determinado momento de su vida, lo fue a buscar a Carlomagno.

»Me imagino a Ungaretti y a tu padre. Giovanni era un muchacho. Apuesto y descarado, sin pelos en la lengua y sin una brizna de literatura en la cabeza. Ungaretti tenía ya sus años.

Debió de pasar por el pueblo antes de irse a América. Había hecho una guerra, había viajado por el mundo, era famoso, y Mussolini lo tenía como oro en paño. Miraría a tu padre y se diría: «He aquí lo que he sido, he aquí lo que no puedo seguir siendo. Tengo esto y aquello, pero no tengo su motocicleta ni su anarquía.» Tal vez fuera así como pegó la hebra. Giovanni debió de quedarse al principio con la boca abierta. Pero no por mucho tiempo, si es que lo conocí bien. Contestaría a su manera, con pocas palabras pero decidido y sin vergüenza. Al final, le regaló ese libro.

»Debía de llevarlo consigo, porque es una edición rara, y seguro que Giovanni no habría podido encontrarla por sí solo. No tiene dedicatoria, pero es comprensible; no tenía ningún interés en dejar rastro en el pueblo. Y tu padre, después, lo leyó. Y releyó, bien se ve. ¿Sabes lo que te digo? Te parecerá extraño, pero yo creo que esas poesías representaron el recuerdo de Carlomagno para el resto de su vida.

Realmente, Rubén me estaba dando una clase. Tenía el tono de un maestro, de un buen maestro de la calle que ni grita ni pega porque sabe que los chicos del barrio no tienen nada mejor que hacer que escucharle. Amos había

desaparecido y el taller estaba silencioso y fresco. ¿Qué mejor que estar allí escuchando una historia misteriosa y lejana? Sin embargo, me costaba comprender el sentido verdadero, profundo, de lo que Rubén me contaba.

Se lo dije y le pedí que me explicase mejor toda aquella historia del pueblo de mi padre —la verdad es que no sé por qué no me dijo nunca cómo se llamaba— y le rogué que no divagase demasiado porque ya había comenzado a perderme. Y él reanudó su clase.

—Es difícil que tú creas toda esta historia. Has nacido aquí y es lógico que te sientas ajeno. A fin de cuentas, es lo que quería tu padre y yo habría hecho lo mismo. Tener demasiada memoria no le hace a nadie estar mejor. Uno se vuelve melancólico. Se envejece demasiado pronto. Al principio parece que los recuerdos sirven para algo, pero no es verdad. Al final sólo causan daño. Te consumen desde dentro como la silicosis de los picadores. Crees estar bien hasta que una mañana te levantas y te das cuenta de que no te queda ni un trocito de pulmón: por dentro te has convertido en polvo de piedra. Es así. Y, por otra parte, Carlomagno es realmente de otro mundo. Más aún, es, cómo diría yo, el otro mundo.

»Sigue escuchando.

»Lo que en definitiva separaba a aquel poeta de tu padre y del pueblo era una calle, la Vía, como la llamaban. Los de Carlomagno están del lado de acá y todos los demás están del lado de allá. Es como una condena. Nadie de allá puede cruzar realmente la calle, y si lo hace alguien de Carlomagno, es seguro que ya no podrá regresar. Ésta es la leyenda, pero, obviamente, según nuestro modo de pensar, es también la verdad.

»Carlomagno no era una tierra de locos y tampoco creo que lo sea ahora, si todavía existe.

»Yo nací en Carlomagno, y cuando me vine aquí con mi padre, tenía más de veinte años. Conocí bien ese lugar, el paisaje, la gente, los refranes y las frases para burlarse de los pueblos vecinos, y las bromas de los pueblos vecinos para burlarse de Carlomagno.

»Pero, como te iba diciendo, esto no quita que Carlomagno haya sido juzgado siempre como un lugar especial y, en cierto sentido, diferente. Lo es, ante todo, la gente, que disfruta y padece al mismo tiempo de su singularidad. Esto vale también para mí, y probablemente vale también para los que permanecieron allí y para los que todavía nacen allí. También yo he sido educado para reconocer esta especie de separación entre nosotros, los de Carlomagno, y los demás, porque era el sentimiento que se respiraba. Nuestra razón subyacente, la llamarían algunos estudiosos.

»Hay quienes dicen que fue la Vía lo que nos separó de los demás; otros, en cambio, dicen que siempre fuimos diferentes, diferentes de todos los demás de nuestro valle, porque somos el único resto de lo que fue el pueblo apuo, antes de Roma y del cónsul Aurelio. Dicen también que somos necios, crueles y soberbios. Nada de esto es cierto, no lo es. No estamos locos; no hasta ese punto: nadie de Carlomagno ha estado nunca tan loco como para pensar en serio que somos únicos.

»Sí, existió una vez el pueblo apuo y fue aniquilado. Lo dice incluso Estrabón y, si abres el armario de la salita del Diwan, encontrarás todavía el libro en donde habla de estas historias. Pero ahora perdóname un segundo, que voy a orinar.

Mientras Rubén se levantaba, los muecines comenzaban a llamar a la oración. Era tarde y en el taller entraba el olor de los carritos que pasaban vendiendo kebab y las voces de los vendedores, lastimeras como un llanto. ¿Cómo podía Rubén vivir aquí y pensar aún en aquel sitio? No le faltaba razón: tener demasiada memoria no debe de ser algo sosegante.

Igual que sucedía en los otros talleres, el urinario era el canalillo que bordeaba la calzada, y Rubén había dejado la puerta abierta, así es que era como estar en medio del trasiego de Ras el Tin, a la hora en que la calle bullía por la agitación que, desde hacía siglos, provocaban toda aquella gente y todas aquellas lenguas. La conversación sobre el pueblo de mi padre me estaba creando una extraña sensación: la calle me llamaba, pero, por otra parte, las palabras de Rubén me retenían. Y yo en medio. Pero cuando Rubén volvió a su puesto, no me preguntó si quería irme; daba por sentado que tenía que quedarme escuchándolo. Su tono cambió un poco. Recordaba la retahíla

inspirada del sufí cuando se dirige a los pensamientos rebeldes que revolotean sobre las cabezas de sus discípulos. Un sufí sabe verlos y tratarlos como se debe.

—El pueblo apuo habitaba el valle de un gran río tranquilo, con muchos afluentes que desembocaban en él desde los profundos desfiladeros de una cadena de montañas altas y abruptas. Las montañas eran blancas, de un mármol suave y poroso que se convertía en oro escarlata cuando reflejaba el sol bajo del crepúsculo. El valle se abría al mar en una vasta llanura, llena de todo lo necesario para que crecieran en ella plantas y animales. Era un pueblo de brutos, sin una sola ciudad y sin escritura, por eso nunca ha habido nada en ningún sitio que hablase de ellos.

»Jamás quisieron hablar directamente con los representantes del Imperio Romano, que andaban a la caza de nuevas posesiones, cuando —es como si los estuviera viendo— se presentaron con gran pompa y boato para pedir una prueba de vasallaje, tratando de explicar a aquellos cabezotas las ventajas que de ello derivarían.

»Jamás pensaron en parlamentar o en pactar. Y esto lo narran los cronistas de Roma. Y cuentan también que fue una gran locura no comprender por dónde soplaba el viento; una desgracia más que añadir al hecho de que aquel pueblo no era de hombres verdaderos, sino más bien de monstruos asilvestrados e indescifrables.

»Se procedió entonces como era habitual en estos casos de insubordinación. Las legiones aplastaron la fresca hierba de la llanura, los carros de guerra araron el valle en toda su extensión y los caballos secaron los riachuelos con la sed insaciable de los conquistadores. Porque a Roma no la detiene nadie. Y de este modo, los apuos se hicieron aún más lobos de lo que ya eran y se adentraron en las montañas más escarpadas y resistieron.

«Guerrearon durante doscientos cincuenta años, algo inaudito. Para aguantar tanto, tendrían que comer pan hecho con harina molida en las piedras de mármol, comerse entre ellos, o devorar a los lobos, sus primos. O quizá eran lobos, si es cierto lo que dicen los romanos. Que un día llovieron desde el cielo en manadas sobre todos los rincones del campamento fortificado en las faldas

del monte Caprione y despedazaron a cinco mil entre soldados de infantería y jinetes. Robaron cien carros cargados de provisiones, y pertrechos y furcias en tropel, con el cónsul Marcelo escondido entre sus faldas doradas. Y se oía a los bueyes mugir por el dolor de verse comidos vivos. Cinco mil en un solo día: qué gran cólera para el Senado de Roma y qué rabia.

»Y, efectivamente, no se reparó en gastos y, de este modo, los necios apuos, los abominables arrogantes que habían rechazado la clemencia de Roma, fueron debidamente exterminados. Se quemaron los bosques, se envenenaron los manantiales, se peinaron los refugios y los escondites con el peine de las ochenta centurias del cónsul Claudio, la elite del ejército, el escudo inflexible de la sagrada defensa del Imperio. Se dispusieron todo tipo de astucias para que no quedase nadie —niño o viejo— que no hubiese sido tocado por la mano de la venganza. Para quien logró salir vivo de allí, se organizó una caravana de encadenados que enviaron, posiblemente aún con un soplo de esperanza en el alma, a las minas de cobre del Sannio, en el otro extremo de Italia.

«Podemos imaginar aquel desfile de diez mil semihombres atravesando Italia encadenados. Parían, gritaban de dolor, se consumían de rabia, crecían y morían, tal vez hacían el amor. Y comían, dormían y cagaban bajo la escolta de la triunfante Roma. Espectáculo de memoria imperecedera para todos los que lo vieron pasar durante un año, y quizá más, a lo largo de mil millas, y quizá más.

»Se sabe que el Senado invirtió cuatro mil denarios en aquella excursión; ni más ni menos que el costo de una ciudad de provincia provista de templo, teatro y foro. Pero fueron dineros bien gastados, porque nunca más ninguno de los pueblos que asistió al paso de la caravana de los lobos convertidos en esclavos fue tentado por la idea perversa de oponer a la clemencia de Roma la locura del rechazo.

»Sin embargo, retiradas las legiones e interrumpidas las crónicas, algunos todavía seguían allí. Tullidos, miserables de piel curtida embrutecidos y con la razón perdida por las privaciones, mujeres indultadas a causa de sus caricias. Para intentar sobrevivir, eligieron una colina que se elevaba sobre un amplio

páramo pantanoso. Es un lugar sugerente que todavía hoy emociona al recordarlo, pero estrecho y sin vía de escape, aislado de la llanura y del mar por las ciénagas fangosas que el río formaba alrededor de su curso por entonces.

Llegados a este punto, estaba claro que Rubén ya no hablaba conmigo. Miraba con los ojos entrecerrados hacia la gran linotipia y su voz había adquirido el tono profundo y cadencioso de quien recita un poema, algo que se ha sabido de memoria y que, una vez olvidado, se recuerda a medida que se recita. Entretanto, Amos había regresado y forcejeaba en el lavabo con un saco lleno de cangrejos rojos que se le escapaban por todas partes y que él intentaba capturar moviéndose sin interrumpir el relato de Rubén. En el suelo, sobre un gran hornillo de campaña, hervía una cazuela, y allí iban terminando, poco a poco, los cangrejos todavía vivos. Alguno conseguía saltar fuera salpicando de agua hirviendo a Amos, que, aun así, continuaba sin hacer el más mínimo ruido. Y Rubén, mientras los cangrejos se resignaban a acabar cocidos, hablaba.

—Y cuando Roma quiso regalarse una vía cómoda para pasear por su territorio y legársela a la eternidad, llegó a aquellos lugares el cónsul Aurelio. Un cónsul gordo y colérico que empujaba a golpe de espada, con la sabiduría y la crueldad que poseen como dote natural los trazadores de imperios, otra inmensa caravana de diez mil, y más, entre esclavos y picadores y excavadores y porteadores, obreros e ingenieros, y putas y animales de carga y de silla, bailando todos ellos al son que les marcaba la infinita cantilena del camino que avanza. Y el camino avanzaba recto, teniendo como único límite el lejano río Océano, más allá de todas las montañas, de todos los ríos y de todas las llanuras, más allá de todos los pueblos, aún más allá.

»Y cuando llegó al valle de los apuos, se le hizo notar al cónsul que, medio enterrados entre los mirtos de la pradera, afloraban los restos de sus cinco mil compañeros de armas y de su colega el cónsul Marcelo. Doliente y enfurecido, alzó la mirada al cielo de sus dioses vengadores y se encontró con aquella colina desesperada desde donde, a cuatro patas, alguien lo espiaba.

»Entonces hizo que su Vía serpentease en una complicada maniobra para que, desviándose del recorrido establecido, invadiese el terreno pantanoso, saneando cualquier resto de herida romana no vengada. Allí murieron muchos de los suyos, tratando de extraer de entre la papilla malárica un terraplén que sostuviese la estructura de una vía consular destinada a durar para la eternidad, pero, engreído y testarudo, lo consiguió al fin.

»Terminada la obra, obligó a rehacer los cálculos a su conveniencia para colocar, precisamente donde podía verse desde los escondrijos de la colina, un gran cipo miliar en piedra blanca de aquellas montañas con cuatro C grabadas en monumentales letras mayúsculas. Nunca se había llevado tan lejos una calzada en el negro mundo de los bárbaros.

»La noche en que se terminó la obra y se colocó el cipo, desde lo alto de su refugio, ya definitivamente cercado, la poca gente que quedaba veía emerger de la piedra extraída de sus montes una luz más clara que la de la luna, una luz que desconcertaba al cielo e iluminaba cualquier posible camino en el valle. Y, mudos, se mostraban unos a otros aquel resplandor.

Rubén se había detenido de golpe, como mordido por un mal recuerdo. Su hermano había apoyado suavemente la mano en su hombro:

—Tómatelo con calma, Rubén. Tienes la cara tan desencajada que me recuerdas a un derviche en trance. Ya están listos los cangrejos, y si me echáis una mano, ponemos la mesa fuera y cenamos al fresco.

Así es que pusimos la mesa en el callejón, como los demás. Aquella noche había un cielo estrellado y limpio porque el viento del desierto había barrido el humo de las fábricas y de los astilleros y lo había arrastrado hacia el mar, lejos, a Europa.

—De toda la mierda que nos mandan desde allí, algo conseguiremos devolverles —decía siempre Secondo, el más conservador de los compañeros de mi padre—; pero nunca será bastante. Deberíamos hacer fábricas que multiplicasen por cien la porquería que nos envían; mierda fina para la exportación. Y quizá entonces conseguiríamos equilibrar la cuenta.

Siempre se me ha escapado la lógica de su cantinela y, además, tampoco es que Secondo me resulte muy simpático. Pero no me disgustaría, tengo que confesarlo, que alguien triunfase en una empresa tan arriesgada económicamente.

La calle estaba iluminada de forma tenue por las luces que la gente colocaba en las mesitas bajas. El murmullo de los comensales ascendía lentamente en el callejón como el humo grasiento de un kebab; de vez en cuando se oía el vocerío más intenso de alguna charla en particular y se distinguía el griego de Corfú y el dialecto cretense, el español de Andalucía, el árabe de Somalia y el de Siria, el italiano de Génova y el de Sicilia, el ruso. Los dos tipógrafos rebañaban a conciencia sus cangrejos y yo me recreaba con lo que me parecía la armonía del gran caos de Ras el Tin. Un desorden muy organizado, casi con gracia.

Los árabes tienen un sentido de la composición casi sobrenatural, les viene del desierto, de su perfecta estabilidad. No hay una sola duna en el desierto que se mueva un milímetro en mil años, aunque a cada minuto que pasa muda su aspecto. Y el hombre que viene del desierto sabe reducir todo desorden ocasional a su principio regulador.

Después de cenar, Rubén recuperó el hilo del relato con un tono más lento y relajado, dejando que, de tanto en tanto, las palabras se enredasen en el humo de un delgado cigarrillo turco.

—Ese nombre de Carlomagno, obviamente, llegó al pueblo mucho después de los sucesos que te he contado, aunque no está escrito en ningún sitio cómo y por qué aquella gente, encerrada en aquel malhadado pueblo, pudo quedarse prendada de un nombre tan pomposo. Probablemente no tenga nada que ver con el rey, que, aun salvaje como dicen que era, habría encontrado desagradable para su complexión transitar por aquellas colinas. O bien verdaderamente pasó por allí Carlomagno en cuerpo y alma, y fue tan magnánimo como para detenerse lo suficiente y permitir que lo recordásemos. Al fin y al cabo, Alejandro Magno asistió en persona al nacimiento de todas las Alejandrías del mundo, incluso de las más perdidas e inútiles.

»Locos no, nadie puede decir que seamos locos, tarados tal vez. Y en cierto sentido, en un determinado modo, también únicos. Únicos en el sentido de solos. Por lo demás, la vía consular, con aquel absurdo garabato que le impuso la venganza del cónsul Aurelio, aisló la colina de Carlomagno del resto de la llanura; para siempre.

»En los tiempos posteriores, con todo lo que sucedió, Carlomagno permaneció siempre del lado de acá de la Vía y de todo. Del lado de allá, en la fértil llanura abierta al mar, en las colinas meridionales, siguiendo los florecientes remansos del apacible río, el resto del mundo. Del lado de acá de la Vía, tras las ciénagas y los charcos, aplastado sobre los contrafuertes de las montañas de piedra de mármol, Carlomagno. Solo.

»La Vía Romana cortó en dos a las gentes y separó un destino y lo convirtió en singular por los siglos de los siglos. Eso es lo que sucedió, y mi padre, antes de nada, tuvo buen cuidado de enseñarme desde la niñez el metro para medir las distancias y las diferencias. De un lado y del otro. Muy sencillo: de un lado nosotros, los libertarios de la anarquía, los montañeses de gran corazón, los indómitos cavadores, los braceros sin tierra; del otro, los fascistas, los campesinos egoístas y orondos, los abogados de los patrones. Y si yo no había llegado a formarme una opinión, allí estaban los hijos de los de allá para ayudarme a fuerza de pedradas, golpes y burlas. Y aunque para cruzar la Vía bastaban ocho pasos —exactamente ocho—, todos sabíamos que era un abismo.

»La Vía Romana. Había que pensárselo antes de cruzarla porque se tenía que hablar con gente hecha de otra manera, otras tribus, hombres y mujeres con oficios diferentes, niños que no se sabía con qué se entretenían, perros malos y crueles. La Vía Romana, que transportaba toda clase de mercancías cargadas en los distintos modelos de vehículos del mundo, venía de los confines de Italia y llevaba a Roma. Y poco más se podía decir entre nosotros, los jóvenes, excepto que, del otro lado de la Vía, hasta el mar, había muchísima tierra con exquisitas peras y melocotones que entre nosotros nunca se daban tan jugosos. Una fruta dulcísima que sólo podían coger los de allá, porque a nosotros no nos correspondía. De aquel lado, el olor del mar; de éste, los huesos endurecidos por los vientos de tramontana.

»La Vía Romana y el autobús de la Brun & Caprini que la recorría. La primera vez que por fin llegó a nuestro pueblo el coche de línea, alguien le puso delante del radiador una paca de paja para que no se encabritase por el hambre en medio de toda la gente. El coche de línea. Cuando alguien del pueblo se paraba al borde de la carretera para cogerlo en marcha, se podía estar seguro de que en algún lugar lejano le esperaba un médico, un hospital, un abogado, un coronel, un patrón: el poder de Roma te atormentaba eternamente. La parada estaba marcada por el cipo de mármol con las cuatro grandes C mayúsculas grabadas. El bloque de piedra aparecía pulido y brillante por el constante roce de la gente; por la noche resplandecía al paso de los faros como un cometa que podía distinguirse incluso desde el pueblo. Cuando mi padre me llevaba a la Vía, me hacía sentar encima de aquella piedra y yo me quedaba allí como un pajarillo en el pico de una montaña.

»Y me hacía tocar unas pequeñas mellas; cada mella era la vida de un padre de familia o de un joven que el cipo se había cobrado. No había en el pueblo bicicleta, motocicleta o Balilla que no hubiese intentado meterse dentro, sacar el cipo de la Vía. Pero inmediatamente lo volvían a colocar. A muchos de los que lo habían intentado se los había llevado la belúa. Así llamaban en el pueblo a la cruel bestia que habitaba aquel mármol desde el día en que fue erigido por el cónsul Aurelio. La belúa, la bestia astuta y desdeñosa que no se dejaba ver, pero que confundía a la gente con sus ojos y sus hechizos. Conocía a muchos que decían haberla visto o entrevisto y me enseñaron a reconocerla en la noche e incluso de día. Era necesario estar muy atentos y ser astutos como ella para adivinar un fulgor a veces de oro, a veces escarlata, a veces eléctrico, que recorría el mármol y perturbaba el aire a su alrededor.

»A ti, Saverio, te parecerá una fábula y, ahora, me lo parece también a mí, pero yo la he visto alguna vez y por eso puedo atestiguar que aquel cipo tiene alma de bestia, una bestia cruel que monta guardia en la Vía, y cuando se enfurece y le viene en gana, engulle a las personas. Por esta razón, los alrededores de ese mármol han estado siempre llenos de ramos de calas y gladiolos y de tarjetas orladas de negro con los nombres de gente del pueblo que se han dejado allí la piel.

»Tu padre cruzó la Vía y no hubo modo de que pudiese volver atrás. Nosotros hemos hecho lo mismo. Me dirás que son historias estúpidas, y no digo que no. Pero lo que afecta a la gente no es nunca estúpido del todo: basta rebuscar a fondo en su interior y siempre encontrarás un sentido.

»Seguro que Ungaretti, nacido en la otra parte de la Vía, pensaba así, con aquella idea fija que le llevó hasta nosotros aun siendo aparentemente tan distinto. Quien había nacido del otro lado no podía ser un buen anarquista, pero tal vez sintiera la nostalgia de aquellos desgraciados que lo son por la fuerza de las cosas. De todas formas, he terminado. Yo, que he leído y releído esas poesías, no me sorprendo de que tu padre las haya conservado. Más aún, me parece casi natural, aunque no haya descubierto hasta ahora, cuando ya se ha ido, que tenía ganas de leer. Por lo demás, sabes más o menos lo mismo que yo. Si quieres un consejo, haz tu vida y olvídate de las poesías. No encontrarás en ellas nada sobre Carlomagno que pueda ayudarte en lo que quieras llegar a ser.

¿Cambió mi vida por completo después de la clase de Rubén? ¿Se me revolvió todo dentro y ya nada volvió a ser como antes? No, no fue así, no así de fácil.

Aquella noche volví a casa, y al día siguiente, e incluso al siguiente, seguí haciendo las cosas de siempre. Iba a algunas clases, continuaba con mis trapicheos en el puerto, de tarde en tarde me pasaba por el Diwan a la hora de los jóvenes.

Nasser había perdido la guerra. No había duda, porque también a Alejandría iban llegando las caravanas de refugiados del Sinaí. Permanecían unos días en los alrededores de la ciudad y casi todos iban después a desperdigarse por los oasis del desierto. Por cinco dólares o dos libras esterlinas o doce guineas egipcias, a elegir, se podía comprar a los marineros noruegos o coreanos o libaneses o argentinos un disco de 45 r.p.m. de los Beatles o de Sylvie Vartan para la gramola del Diwan. Con algo más se podía conseguir a Wilson Pickett, con cuidado de escucharlo no muy alto si andaba patrullando la milicia.

En los pozos petrolíferos de Al Katahra se necesitaban ingenieros no demasiado yanquis para extraer el petróleo gastado en la guerra, y yo habría

podido meterme el contrato en el bolsillo si hubiese asegurado que iba a terminar pronto mi carrera.

Pero, evidentemente, no quería.

Y un día llené mi mochila de cosas en desorden, alquilé un asno en el mercado y me fui al desierto.

En esta zona no es nada extraordinario hacer una excursión al desierto, ni siquiera por un período más bien largo. Todos los árabes lo hacen de cuando en cuando; hasta hace poco, para los jóvenes de la religión copta era incluso obligatorio. Pero, por lo general, no hace falta forzar a nadie... Es como una norma higiénica, una vacuna, y para muchos constituye un ejercicio de purificación espiritual.

El desierto es hermoso, un lugar increíblemente limpio y puro. Nada puede pudrirse en él: si algo muere, se momifica y petrifica de inmediato. Su silencio es tonificante, y exquisito el aire seco que pasa por el cuerpo como una medicina que arrastra todas las impurezas. Y también el sol es puro y apacible, un padre que enseña, con dulce severidad, a permanecer en lo esencial y dejar todo lo superfluo.

Aquel día me fui temprano, sin ninguna meta en particular y sin ansiedad. El poco árabe bastardo que había aprendido en las calles de Ras el Tin sería más que suficiente en un lugar donde nadie habla mucho, si no es consigo mismo. No era la primera vez que iba al desierto, pero era la primera que iba solo. Ya había estado más de una semana con Amos y habíamos hecho un recorrido por el valle del Salitre y más lejos aún, hacia Giza y el desierto sucio de las grandes pirámides. Ahora iría por Siwa y los oasis del interior.

Permanecí a la *belle étoile* durante más de un mes. Al partir, me sentía tan vacío que habría podido quedarme un año, o una vida, por lo poco que me importaba estar en Alejandría.

No hay mejor manera de ir al desierto que montado en un burro. Lo importante es que el animal no sea un desecho y que se le trate con un poco de cariño y de sentido común. Más vale una burra robusta y dócil que un camello o un Land Rover. Yo nunca me he apañado con un camello, ni siquiera

de niño, cuando mi padre trataba de subirme en uno de los pequeños camellos castrados que servían de tiovivo para los niños en los jardines de la villa del rey Faruk.

Y si alguno de vuestros amigos occidentales se pavonea de un viaje por el desierto a grupas de un animal de esa clase, no le creáis: a un camello le bastan unos cuantos kilómetros de pista saharauí para acabar con la cabeza y el culo de cualquiera. A no ser que lo monte un beduino, que nace encima del camello y puede amenazarlo susurrándole en la oreja unas maldiciones que hasta ese animal giboso sabe reconocer. El camello, que para nosotros —que quede bien claro— tiene sólo una joroba, como el de los cigarrillos, sirve para transportar cargas inertes, y los árabes, en cuanto se lo pueden permitir, emplean otra cabalgadura: una buena pollina blanca, si tienen bastante dinero, o un burro cualquiera.

Incluso el mulo es preferible con mucho al pérfido camello y, si sois verdaderamente ricos y ociosos, podéis usar también el caballo, si bien es un animal demasiado pretencioso e ineficaz. De todas formas, a mí me basta con ver en los alrededores el balanceo de un camello para marearme. De los jeeps mejor ni hablar: los vehículos, además de incómodos, son demasiado caros y demasiado delicados. A lo largo de las pistas se encuentran muchos con los ejes rotos a la espera de ser desguazados y aprovechados por los mecánicos de las ciudades y pueblos del Sáhara; los huelen a cientos de millas de distancia y para poder llevarse algo están dispuestos a enzarzarse en grescas increíbles.

La burra que había alquilado no tenía nada de especial: ni demasiado vieja, ni demasiado sarnosa, suficientemente dócil como para ser alquilada aún para algún viaje, aunque, rascando, rascando, se le descubría el carácter un poco áspero de quien ha tenido que vérselas con demasiados amos y con demasiadas formas de entenderse. Pero me llevó donde yo quería, sin perder jamás el rumbo y sin cocear por naderías.

Le gustaban los cardos, esos pequeños cardos que se encuentran por todas partes, pero esto es un vicio de toda su familia, y a menudo me detenía en los pequeños wadi húmedos que bordean el camino para darle ocasión de hartarse. A cambio, nunca intentó escaparse, ni siquiera cuando le dejaba

suelto el ronزال para irme a orinar entre las dunas. El desierto no tiene casi nada que merezca una fuga solitaria. Los solitarios, un hombre solo o un animal solo, no tienen nada que ganar en el desierto.

Para llegar a Siwa no tomé la carretera nueva, entonces sí que me habría venido bien un coche o un autobús, sino la vieja pista que une los pequeños oasis que se encuentran antes de la antigua y más famosa ciudad, rozando apenas las ardientes depresiones de El Qattara. Así es que empleé unos cuantos días, tomándomelo con calma y llegando por la noche con tiempo a los caravasares.

Me dicen que ahora han cambiado, que son de ladrillo y que tienen escrito snack bar, restaurant, souvenir, pero hasta hace algunos años, en la época de mi viaje, eran todavía los de siempre: un recinto para los animales y uno para la gente; una barraca de tablones viejos o, más a menudo, un par de tiendas beduinas para comer y resguardarse del calor en las paradas del mediodía. Se dormía al aire libre en alfombras extendidas en la arena, cerca del recinto: a la *belle étoile*.

El desierto tiene muchas cosas bellas, pero ninguna produce tanta paz a los hombres que lo recorren como tumbarse por la noche a contemplar el cielo. El aire seco pierde los escasos vapores del día y las estrellas caen en cascadas desde un firmamento más cercano, teñido de un violeta translúcido como el agua; se diría que te llueven a cántaros las estrellas. Con el frío del desierto, los perfumes se desvanecen y no hay alrededor un sonido más intenso que la respiración de tu compañero, acostado un poco más allá. Durante el día has caminado, por la noche has mirado a oriente hacia tu dios y te has alimentado con una comida sobria y buena. Has bebido el agua pura y dulce que se saca del fondo del corazón del Sáhara. Ahora ya no te queda más que colocarte bajo el centro del cielo y ponerte en paz con lo demás. Y eso es lo que hacen todos.

Yo intentaba cada noche instalarme un poco apartado de los demás para acostumbrarme a vencer el miedo a los escorpiones que se esconden bajo los guijarros de la superficie —jamás he llegado a controlar ese miedo—, y

acurrucado en mi saco, miraba hacia arriba, e indefectiblemente me venían a la mente tres o cuatro versos de aquellas poesías que había leído en la playa:

Llega el poeta y vuelve a la luz...

... estoy lejos con mi melancolía detrás de aquellas otras vidas perdidas.

Los versos que fragmentariamente me brotaban de los labios eran como una plegaria; no podría definirlos de otro modo. Yo no tenía un dios mío como los otros. No podía buscarme un sitio entre las dunas, extender la alfombra y aliviarme un poco del estupor del desierto con una reconfortante letanía susurrada en el crepúsculo. Yo llegaba a la noche desarmado y solo. Y entonces aquello —todavía me cuesta pronunciar su nombre— se adueñaba de la noche desértica y me hablaba en la oscuridad. Decía que, en medio de la noche, turbado por aquel silencioso titilar de estrellas, yo me descubría un dolor, un pequeño pinchazo, cuya causa no conseguía desentrañar, que me desasosegaba. Y mientras me dormía, me parecía ver las estrellas descendiendo sobre mí sin peso y sin quemar.

Me despertaba siempre con la sensación de que un escorpión rebuscaba entre los pliegues de mi saco. Pero eran las primeras luces del día que comenzaban a calentarme. Bebía la leche de camella y después el té muy fuerte y muy azucarado, comía torta cocida en la roca y reemprendía el viaje con mi asno. Choc, choc, choc, golpeaban mis muslos sobre la panza suave de la borrica. Y así podía andar hasta el infinito, con todos mis sentidos esperando tranquilamente lo que me deparara el día.

En el desierto hay muchas cosas que ver, oír y oler. Y todas tienen mucho espacio a su alrededor. Un raquítrico matorral de mirto exhala un perfume muy intenso, pero es el único matorral en un radio de muchos kilómetros y el único olor que puede percibirse en ese momento. Con la mirada se puede abarcar el camino de muchas horas, y montañas y depresiones y pistas que se pierden más allá del horizonte, pero nada está amontonado en desorden, nada se superpone ni se acumula como en una ciudad. Y así, cada ruido se diferencia nítidamente y asciende libre al infinito. Todo es muy relajante, todo transmite una sensación de orden y limpieza que hace agradable el camino y permite

pensar con serenidad. El concepto tiempo, por tanto, resulta discutible, y una marcha de diez días puede parecer un breve y placentero paseo.

Siempre que no quieras cambiar las reglas. Eso hacen quienes vuelven del desierto maltrechos o perturbados, o quienes no logran salir de él vivos; parece casi imposible, pero todavía hay quien intenta hacer lo que le viene en gana. Yo viajaba desviándome cada vez que tenía interés en ver algo o en seguir un ruido. La carrera de un conejo, un grupo maravilloso de rocas violáceas, una depresión surcada por hendiduras extrañas y complicadas, una pista apenas insinuada que lleva a un invisible manantial de agua protegido por un beduino y por una palmera enana. Nimiedades de este tipo.

En las horas de más calor buscaba sombra entre las rocas y me preparaba el té con los palitos que había recogido por el camino. La burra tenía su cebada y para ella siempre era domingo. Pensaba muchas cosas, creo que continuamente, pero de forma tan ligera e irreflexiva que ni siquiera me daba cuenta. Me estaba permitiendo un lujo: aquellas marchas constituían unas auténticas vacaciones. Así llegué a Siwa. Lo hice en compañía de un montón de gente.

Venían del Sinaí. Serían unos doscientos, con mujeres y niños, hacinados en viejos camiones militares. Me los encontré poco antes de bajar la colina de Dakrour, cuando, detrás de la primera barrera de palmeras, se veía ya la piscina de agua caliente que, según dicen, pero no es verdad, construyó Marco Antonio para Cleopatra. Los cuatro camiones repletos de gente cargada con fardos avanzaban muy lentamente por la carretera, precedidos por una camioneta de la milicia. En cada vehículo, un soldado negro y flaco intentaba que, en el aire saturado de polvo ardiente, ondeara la bandera verde de la Jiad. En los costados de los camiones habían colgado carteles, ahora ya descoloridos, con frases escritas en unos caracteres muy grandes que yo no comprendía.

Cuando el convoy se me colocó al lado en un interminable adelantamiento, un tipo con la cara llena de polvo gris me gritó algo incomprensible. Le hice un gesto de saludo y por toda respuesta él entonó un canto, y animó a los demás con grandes gestos a secundarle. Entonces, un coro cansino se enfrascó en una

cantinelas desafinadas y lúgubres. Debían de estar todos extenuados. Pero un poco después, el tipo aquel se asomó por el lateral para preguntarme a gritos: «¿Ingle?» No. Por fin comprendía. «¿Yanqui?» No, alejandrino, alejandrino de la árabe del Misr, le contesté, convencido de que mi cómica pronunciación le enternecería.

Y, en efecto, también él, como todos los árabes que mantienen una breve conversación con el que suscribe, se echó a reír.

Sólo que éste se desternillaba y, entre carcajadas, continuaba gritándome: «Iskandariya, Iskandariya la opulenta, Iskandariya la opulenta, la opulenta puta, la opulenta puta. ¡Ah! ¡Hombre afortunado de Iskandariya!», marcando bien las palabras, como si quisiera enseñarme frases nuevas. Y, en realidad, era la primera vez que alguien, dirigiéndose a mí, usaba el nombre árabe de Alejandría.

Entretanto, mi burra insistía en rebuznar molesta por el polvo que se levantaba de las lonas y nos envolvía en finas y asfixiantes vaharadas de talco. Para hacerme respetar, intenté calmarla con un par de golpes secos del ronzal en el gordo trasero. Era la primera vez que imponía mi autoridad de modo tan brusco, y ella se lo tomó tan mal que empezó a arrastrarme en una loca galopada cuesta abajo, queriendo tal vez demostrar al amplio público de prófugos su indómita burricie. De pronto, la gente de los camiones se reanimó y comenzó a incitarla con buen humor, berreando toda clase de insultos. Yo sólo podía tratar de mantener el equilibrio sobre el lomo y no romperme la espalda.

Así entré en Siwa, seguido de una horda motorizada de árabes vociferantes, medio muerto de miedo, aferrado al ronzal de un asno que gruñía como un chacal.

Pasé una semana dándome estupendos baños calientes en las viejas piscinas, holgazaneando en el oasis entre las ruinas de los monumentos antiguos y bebiendo vino de jaramago en el café de un pequeño hotel que tenía habitaciones sorprendentemente pulcras. Siwa era Egipto, el Egipto árabe y africano, el Egipto de aquella civilización cuya demasiado vieja para ser comprensible, pero que perduraba misteriosamente en los rostros de una raza

nunca vista en Alejandría: gente que hablaba un dialecto de sonidos cerrados y se vestía de colores deslumbrantes. Para mí era como estar de viaje por un trópico nunca antes visitado.

Veía en torno a mí cosas bastante peculiares, cosas extrañas y exóticas, pero mi curiosidad languidecía pronto hasta quedar en nada. Más que observar, vagaba. Caminaba sin prisa entre los jardines de albaricoques y los huertos de palmeras cargadas de cien maravillosas clases de dátiles. Juguetecía con los reflejos claroscuros de los arroyos o entre las piedras historiadas del templo del Oráculo sin intentar buscar y descubrir realmente nada que me sacudiese de un profundo desinterés interior.

En resumen, tenía la cabeza en otra parte. Sólo que no sabía dónde, de no ser así habría podido orientarme en alguna dirección. De cuando en cuando me acercaba a ver a mi burra y, a desgana, le confiaba que no me sentía en absoluto orgulloso ni de mi edad ni de mi condición. Ella, por supuesto, no contestaba.

Una tarde fui a la montaña de la Muerte. No es que estuviese con el ánimo bajo o algo por el estilo, sino que el portero-camarero-factótum del hotel andaba pregonándola como una gran atracción del lugar. Es una colina sobre la carretera de Matrouh que, efectivamente, produce cierta impresión cuando se ve, porque está toda ella atiborrada de las tumbas de Siwa, la antigua necrópolis y el cementerio moderno juntos. Una auténtica ciudad de muertos que desde lejos se asemeja a los decorados de cartón piedra de una de esas películas de Christopher Lee, para hacerse una idea. Una infinidad de monumentos funerarios de todos los tamaños, y creo que desparramados o amontonados sin orden ni concierto, dibujaban zonas aisladas de casuchas decrepitas con pequeñas manchas de jardín, por lo general asilvestrado. En la parte más alta, un bosquecillo de palmeras despeluchadas permitía entrever los restos ciclópeos de un templo.

Cuando emprendí la subida por el camino principal, me encontré con una animación que evidentemente no me esperaba. Había gente que iba y venía cargada de cualquier objeto imaginable y el típico trasiego, ruidoso e indescifrable, de los árabes cuando se ponen a tramar algo juntos. Al principio,

no comprendía si estaban discutiendo tan agriamente que terminarían matándose por turnos o si, en cambio, los había sorprendido en el momento mágico en que se fragua la laboriosa construcción de una fraternidad civil.

En los estrechos pasos entre las tumbas, a lo largo de los senderos arbolados de naranjos y palmeras, y hasta en el más pequeño resquicio de las ruinas de piedra y viejos ladrillos, todo era un bullir de chapas onduladas, cartones rotos, corderos

con las patas atadas, cántaros de barro, recipientes de hojalata, frigoríficos sin enchufe, bancos y sillas desparejados, niños dormidos en cestas de mimbre o en bidones vacíos, gallinas cluecas por decenas en jergones y alfombras.

Niños y viejos, hombres semidesnudos y mujeres envueltas en su chador, cargados en exceso, se empujaban unos a otros en un vertiginoso sube y baja; todos riendo, gritando, despotricando y avanzando entre balidos, ladridos, llantos y cacareos. Era como si allí arriba, en la cima de la colina, aquella extraña forma que se agitaba en la polvareda fuese el arca de Noé, que se preparaba para zarpar y todos los de abajo se afanaban para no perder su plaza.

Había encontrado una zona de tierra batida un poco retirada y me había sentado a descansar en los escalones de un extraño edificio, quizá un mausoleo, con una vaga forma de cono. Un tipo de arquitectura hecha de barro claro que, según dicen, se remonta al antiguo imperio de Mali, antes incluso del islam. Le faltaba buena parte del techo y en lugar de puerta se abría una gran brecha. Silbaba entre dientes para darme ánimos y a la vez trataba de comprender algo de lo que sucedía.

No habían pasado diez minutos cuando se me colocó delante un hombre, oscuro, con una camisa militar y unos pantalones cortos con dibujos de grandes flores y con la cara cubierta de una costra de sudor y polvo. Había cargado con una chapa ondulada muy oxidada y tan grande que a duras penas conseguía mantener el equilibrio balanceándose sobre los pies.

Me observa un rato en silencio y después una enorme sonrisa se esboza en su cara marcada:

—¡Iskandariya, eh, Iskandariya, eh!

Con gran esfuerzo consigue apoyar la chapa en el muro y se sienta satisfecho a mi lado. Era el tipo del convoy, el que me había hecho recordar el verdadero nombre de mi ciudad. Le ofrezco un cigarrillo y él lo coge entre los dedos con gran delicadeza, pero no lo enciende, sino que lo deposita con cuidado, como si fuese —¿qué diría yo?— una mariposa todavía viva y palpitante, en el bolsillo desgarrado de la camisa. Le di otro, y éste sí se puso a fumarlo con gusto. Intentaba hablarme sin usar su dialecto y lo que decía era una mezcla de árabe cairota, inglés arabizado y francés anglicanizado, con algunas palabras que me parecían bereber por la semejanza con la lengua que hablaban muchos en Siwa.

Así me enteré de lo que sucedía.

En primer lugar, me explicó que yo estaba sentado en el umbral de su nueva casa y que habría sido un honor para él haber podido terminarla. Así estaba imperfecta; por ejemplo, le faltaba el techo, que, precisamente, llevaba entonces a cuestas para colocarlo antes de la noche.

Me señaló después a su padre, a sus tres hijos y a su mujer acurrucados entre los bártulos. Los llamó por su nombre y cada uno saludó con un gesto. Los niños eran delgados y de piel muy clara, el mayor sostenía en brazos al más pequeño, completamente desnudo. La mujer, a juzgar por la satisfacción con que la miraba, debía de ser muy joven y muy bella, o muy trabajadora y eficiente. De las mangas le asomaban dos manos pequeñas con las muñecas cuajadas de brazaletes con monedas de plata que tintineaban al menor movimiento.

Le pregunté con mucha cautela —es muy complicado no ofender la susceptibilidad de un árabe, aunque se tenga a disposición un río de palabras, con una lengua que convierte un matiz de acento en una cuestión de vida o muerte— si toda aquella gente que veía afanarse alrededor estaba poniendo casa en la montaña de la Muerte. En efecto, así era, me respondió muy ufano. Habían obtenido permiso del gobierno para establecerse allí.

Algunos del convoy habían preferido dirigirse todavía más al sur, hacia Farafra, pero la mayor parte tenía intención de quedarse en Siwa, ya que ninguno había visto en su vida un lugar mejor: Siwa era el jardín de Alá para un beduino del Sinaí habituado a ahorrar agua durante meses para poder cumplir con las abluciones rituales durante todo el año. Y en aquel paraíso, el lugar más adecuado era el cementerio, donde muchas casas estaban prácticamente listas, donde se podía vivir con bastante espacio, tener agua, verde y la bendición de los antepasados.

Además, todos encontrarían un buen trabajo, porque un beduino del Sinaí sabe hacer de todo en todas partes. Me explicó que él estaba muy considerado entre las familias del convoy y que, con ayuda de Dios, siempre daría buenos consejos a cualquiera, de donde obtendría la justa recompensa en la vida presente y en la futura. Me contaba todo esto guiñándome un ojo, como si estuviera convencido de que yo podría convertirme en su primer cliente. El sol se había puesto ya tras la misteriosa construcción —¿el arca de Noé?— de la cima de la colina y no me parecía que ni él ni su familia tuviesen mucha prisa por moverse. A fin de cuentas, sólo faltaba un techo y una puerta para instalarse como Dios manda.

Continuamos charlando mientras el resto de la familia se mantenía cortésmente aparte: el viejo lanzando de tanto en tanto gestos de asentimiento, como si efectivamente pudiese oír y comprender lo que decíamos; la mujer preparando algo en un cacharro; los niños murmurando entre ellos y lanzándome miradas de reojo. Amín, así se llamaba, el Fiel, era de temperamento alegre y curioso; ese tipo de carácter que los occidentales, cuando no saben aclimatarse a estas tierras, interpretan a menudo como irritable y entrometido. Guiñaba y gesticulaba con gran pasión, tratando de hacerme preguntas en aquella jerga confusa que había puesto en circulación para mí. Se moría de ganas de saber todas las maravillas de Iskandariya.

¿Era verdad que había más de cien mil putas blancas como la leche? ¿Era verdad que no se podía comer por menos de una guinea? ¿Y había televisores en las casas, y coches americanos en las calles y nadie tenía respeto a Dios, hasta tal punto que se atrevían a practicar públicamente el ateísmo? ¿Era verdad que no se podía encontrar un cadí que administrase rectamente la

justicia ni por su peso en oro? ¿Y era verdad que nadie iba a la cárcel porque no se podían construir cien prisiones?

Iskandariya, la opulenta puta, ésta era su idea fija, y quería que se lo confirmase con detalles horribles y picantes. Porque era precisamente picante lo que pensaba de Iskandariya, como si la ciudad con sus maravillas fuese un pecado que el pío y sabio fiel había decidido cometer, aun a riesgo del infierno. Le brillaban los ojos mientras me preguntaba.

Traté de explicarle en qué se diferenciaba realmente de cualquier otra ciudad de Egipto, y tal vez del mundo; que esta singularidad no le venía sólo de una gigantesca locura libidinosa, ni de la magnanimidad del presidente Nasser, que todavía no se había decidido a arrasarla. Le venía de muchos milenios de promiscuidad entre todo tipo de gentes y de intercambio humano. Ciertamente que aquella gente era un poco extraña y, en broma, se contaban un montón de historias que nadie se atrevía a contradecir, porque eran un poco como un muro de defensa de la ciudad, un telón que la mantenía alejada de las demás. ¿Sabía Amín que gran parte de los alejandrinos habían sido prófugos como él, gente huida de otros países y de otras ciudades?

Y le dije lo que mi padre en su momento me había dicho a mí: que quien huye de un lugar no tiene ninguna gana de instalarse en otro que le recuerde demasiado de dónde viene. Necesita, en cambio, oscurecer y atontar el cerebro para no sufrir de nostalgia, que es la enfermedad más estúpida que se puede padecer. Se entrega entonces a levantar un carrusel, un circo que esté siempre en movimiento y haga que le dé vueltas la cabeza. Un lugar falso, como un parque de atracciones, del que, sin embargo, nunca tienes ganas de irte. Mi padre, realmente, no hablaba de sí mismo, que se sentía ajeno a esta historia y me lo decía; quería justificar a sus compañeros.

Había entre nosotros quienes se dedicaban a negocios como enloquecidos para echarlo todo a perder al día siguiente, o quienes se hacían enviar un Buick desde Beirut y después se iban a descargar al puerto treinta horas al día para pagarse un plato de alubias; hombres crecidos en las calles que se liaban con cuatro mujeres y por la noche se olvidaban de volver a casa porque ni siquiera recordaban dónde las habían dejado. Alejandría era un teatro donde se

representaba desde hacía dos mil años el mismo espectáculo de gente desorientada. Y la gente así, ya se sabe, está siempre en movimiento, siempre riendo y llorando.

¿Lo entendía Amín? ¿Qué dices, Amín? ¿Has comprendido que la historia de las cien mil putas y de las guineas de oro que caen de las ventanas es una bola que te has tragado sólo porque eres un inocente beduino del desierto?

Quizá comprendía, quizá no. Pero quería saber y me atosigaba con sílabas trilingües entre la satisfecha admiración de los suyos.

¿Pero quién era yo entonces? ¿Qué hacía? ¿A qué dios rezaba? ¿Por qué hablaba de aquella extraña manera?

¿Ah, sí? ¿Y tú, Amín?

¿Era esta porquería la lengua oficial de Iskandariya?

¡No, pero qué dices! Alejandría no tenía una lengua oficial, quiero decir, sí, su lengua oficial era el árabe, un árabe un poco diferente del tuyo, un poco menos de la montaña, pero ¿a quién le importa en Alejandría la lengua oficial? Allí hablan como les sale, lo único que necesitan es entenderse; y los árabes hablan un poco de italiano y de griego y de francés e, incluso, de ruso, y los que comercian en esa sucia ciudad tal vez sepan hablar también el swahili. Yo, como puedes ver, no soy ni árabe ni chipriota ni ruso, sino un poco de Alejandría y un poco de un pueblo de Italia. Así, del mismo modo que tú ahora eres un poco del Sinaí y un poco de Siwa. Bueno, yo no hice la guerra, la hizo y la perdió mi padre. No, no contra los americanos, o quizá eran los americanos contra mi padre. Sí, no sé cómo podría explicártelo, Amín. ¿Y cómo ha ido tu guerra, Amín?

A Amín no le gustaba la guerra y su alegría se apagó por completo. Y de repente se ensombreció también toda la familia, como si una simple mueca del rostro de Amín hubiera actuado a modo de mando a distancia.

No, un árabe no pierde la guerra, Dios no lo querría, aunque enfrente tenga a los sionistas aliados con todos los diablos del infierno. Y los yanquis son diablos de carne y hueso, quien los ha visto jura que no hay duda. Pero un buen

beduino sabe cuándo tiene que irse de un sitio. El zvadi del Arish estaba lleno de muertos y de chatarra, ¿cómo podías sacar agua de los pozos y dar de beber a tus animales? Las ovejas abortaban y se rumoreaba que la hierba había sido envenenada de noche por los zapadores; la leche se agriaba en cuanto salía de la teta. Los niños no dormían y las mujeres no paraban de gritar de miedo desde el primer cañonazo.

Un beduino sabe cuándo debe cambiar de lugar, y éste es un buen sitio para las ovejas y para los niños, mientras no haya otra guerra por el Sinaí, el monte sagrado, el gebel Musa de los profetas. ¡Oh! Amín habría llorado, habría llorado a lágrima viva por el deseo de venganza, si no fuera porque no estaba bien que su mujer le viera llorar. Por lo demás, ¿no había dicho el presidente que nadie debía llorar de rabia ni de dolor?

Pero la sombra oscura se fue pronto de la cara de Amín, que volvió con afán a sus preguntas. Quería, antes de nada, que le hablase de lo que significaba esta palabra, nostalgia, homiscjckines, nostalgia en resumidas cuentas, que yo no sabía traducírsela al árabe y se la había explicado con gestos de la mano sobre el corazón que se va volando hacia la casa lejana y los amigos perdidos. Confiaba en que lo hubiese entendido, pero insistía en que aquello no lo sabía o no lo entendía. A los amigos lejanos se les quiere, no se tiene homiscjckines, se les quiere si están vivos y se les venga si han muerto, como a sus amigos — de él, de Amín—, muertos a manos del diablo americano. En los demás casos, hay que dejar en paz las cosas lejanas.

Se ha hecho tarde, Amín; como ves, ya es de noche y tu familia querrá descansar bajo el techo que todavía tienes que instalar. Tu mujer tendrá que preparar la cena y yo debo ir a tomar la mía al hotel. No sé bien cómo explicarte la nostalgia, era un breve inciso en el relato. Mi padre me habló de ella para decirme que él no la sentía; quizá mi madre sí, es fácil que una mujer sea nostálgica; y yo, por mi parte, francamente no sé de qué podría tener nostalgia. Dices bien, del amor; ah, es verdad, del amor.

Pero yo no me comprometo, ¿qué puede saber un chico de mi edad del amor? En Alejandría, nos parecía que nosotros, los italianos, nosotros, los compañeros, fuésemos de una única camada. ¿Era aquello tal vez amor?

Quizá, pero ahora me siento un poco desconcertado, un poco fuera de casa. Creo que mi padre se fue por eso; él, que debía mantener la camada al calorcillo de su regazo. A propósito, ¿mi padre se fue o se murió? Ven que te llevo a mi casa y, chapoteando, el mar se lo tragó. ¿Y dónde estaba su casa? ¿Al final del dique viejo? Así es que Amín, buen pastor y guerrero desafortunado, atareado padre de familia, dejemos estos temas que no llevan a ninguna parte.

Bien, no lo creeréis, pero el beduino estaba convencido de haber comprendido algo de todo aquel delirio trilingüe, porque asentía pensativo. Y cuando di por terminada la conversación, se recogió un momento en silencio y después hizo un gesto en dirección a los suyos. A ninguno en particular, pero era evidente que contaba con un código de telecontrol bastante refinado, porque al instante sus hijos, el más pequeño en brazos de! mayor, vinieron corriendo a su lado y me miraron con sonrisas plácidas y tímidas. A saber qué pensaban de mí, quizá me veían como un babuino que había crecido disparatadamente.

Los abrazó en grupo, con un gesto viril y brusco, de pastor. Les estrechó un instante y después me miró a los ojos con dureza y sentenció:

—Ellos volverán al gebel Musa, mis hijos rezarán por mí en la cima del monte del profeta; es lo que sucederá aunque yo no pueda verlo. Siwa es un buen sitio para vivir, un lugar bendecido con cosas buenas que ninguno de nosotros había visto nunca antes. Pero volveremos al monte Musa. No es la homiscjckines que dices tú, es la vida. La vida no tiene nostalgia, la vida tiene sólo ir y volver.

Dicho esto, se levantó muy satisfecho de sí mismo y echó mano de la chapa metálica, que permanecía junto a los escalones de nuestro cóncave. Toda la familia estaba en pie, lista para atravesar triunfalmente el umbral de la nueva casa. Yo me despedí devolviendo la sonrisa general, puse lo que quedaba de mi paquete de cigarrillos en el bolsillo descosido de Amín, para que comprendiese que había apreciado sus sugerencias, y me fui en busca de mi cena, de mi cama y de todo lo que me faltaba.

Era noche cerrada y la montaña de la Muerte exhalaba por todas partes luces y candelas, vapores de alubias cocidas y de cordero asado. De las tumbas más

bellas y acogedoras se filtraban las luces de las lámparas de queroseno y los murmullos de la velada en familia. Los prófugos del Sinaí descansaban por fin en sus nuevas casas después de mil millas de desierto.

Me quedé algunos días más en Siwa, indeciso sobre qué hacer y aletargado por el clima húmedo y casi templado. Seguía bañándome en las piscinas construidas por Marco Antonio para Cleopatra y por la noche controlaba que a mi burra le diesen buena cebada y paja fresca. Por el hotel iban y venían funcionarios del gobierno y algún turista nórdico atrapado en Egipto cuando cerraron las fronteras o que había conseguido atravesarlas, quién sabe cómo, durante la guerra, tal vez sólo por capricho: gente con quien era imposible cruzar palabra. Yo seguía atiborrándome de uvas y albaricoques y bebiendo, con la debida moderación, vino de jaramago. Habría podido estar con la guapa del burdel, a la que el hombre del hotel consideraba lo bastante succulenta como para poner los ojos en blanco y relamerse los bigotes —se los alisaba sacando y girando al menos diez centímetros de carne grisácea con olor a tabaco rancio—, pero no aproveché el ofrecimiento; para ser sincero, no tenía ninguna gana de aprovecharlo.

Había estado, eso sí, en la casita de barro que el cerdo me había indicado en la ciudad vieja, al final de un callejón. Y no me había disgustado el ambiente cuidado y limpio, con alfombras no demasiado gastadas extendidas por todas partes y cojines que no me parecieron viejos. El olor era bueno, una fragancia de limón y rosas que no procedía de ningún lugar concreto y que se esparcía por todos los rincones. Y había sido agradable mirar desde el vano de la puerta el cuerpo compacto y rotundo de una muchacha, con la tersa piel del color violáceo deslumbrante de los bereberes, que estaba haciendo gargarismos completamente desnuda. No, no me disgustó nada el conjunto. Y yo tenía unos veinte años, no lo olvidéis, y me había deslomado sobre un asno durante unos cuantos días.

Pero llegó en seguida la dueña y —¿cómo pudo saberlo tan rápido? Le debió de ir con el cuento el hombre del hotel— se me lanzó al cuello sin que yo tuviese tiempo de decir palabra, gritando a la chica que yo había visto y a las otras tres que habían aparecido por las escaleras al oír aquel griterío:

—¡Un italiano! ¡Ay! ¡Un italiano! ¡Que Dios nos perdone a todas! ¡Un italiano en Siwa! ¡¡No hay forma de esconderse de los italianos!!

Y otros disparates, todos muy bien pronunciados en la lengua de los italianos.

Era una mujer más bien insignificante; habríais dicho que una madre de familia sin velo y, desde luego, no era el tipo de mujer que uno espera encontrar en un sitio de esa clase. Vestida decentemente y de forma bastante cómoda —me venían a la mente las muselinas y el shantung de un famoso burdel alejandrino—, no revelaba dotes especialmente adaptadas a su mansión. Me tiró, literalmente, sobre una alfombra y me vi entonces envuelto en un chorreo de palabras y de historias proferidas con furia.

Era la mujer, todavía legalmente su esposa, de un italiano de Génova que la había encontrado y seducido en Orán, en Argelia. En un año la había hecho madre de un niño y, también, más italiana que él en todas las obscenidades y los pecados y las blasfemias de los italianos. Después se había evaporado. Presumiblemente, del otro lado del mar, de donde había venido y donde ella había tratado desesperadamente de localizarlo por medio del correo y por mensajeros de confianza. Nada, esfumado en la nada. Y ella ya no era árabe, ni una joven inocente, ni nada bueno para Orán, ni para ningún sitio del mundo.

Pero no carecía de cierta capacidad empresarial y, al cabo de cinco años, allí estaba, a cuatro mil kilómetros de casa, tan bien instalada como podía estarlo una mujer en sus condiciones. Un hijo, al que no le faltaba de nada para crecer más sinvergüenza que su padre, y ciertas comodidades para sí misma. Si no fuera porque Siwa era un funeral, un agujero de palmeras marchitas comparado con Orán. Por esta razón, para disfrutar de otros placeres, deseaba ir a Alejandría e instalarse por fin en una ciudad que valiese la pena, dado que, a causa de sus pecados, el retorno a la casa paterna de Orán era inimaginable. Yo había sido enviado por el dios protector de las viudas y de los huérfanos para allanarle el camino hacia la espléndida ciudad. Para empezar, allí y en aquel preciso momento, le contaría todo lo que necesitaba y después la precedería para encontrarle acomodo adecuado a ella y a su empresa, todas chicas sanas y buenas.

A no ser que —y en este punto me zarandeaba agarrándome por el cuello de la camisa y escupiéndome sus quejas en los ojos— yo también fuese un traidor y un perjuró y, entonces, cómo acabaría ella, una mujer joven con un hijo en su más tierna edad, perdidos en un pozo en medio del desierto. Etcétera, etcétera.

No había nada de excitante en todo esto, os lo puedo asegurar. Es más, me sentía verdaderamente molesto. Además, las chicas habían adoptado una actitud de hermanas dolientes y seguían sirviendo y bebiendo té entre sollozos mal disimulados y, para colmo, me señalaban cada vez que su patrona lanzaba con gritos desgarradores sus quejas contra los italianos en general, y contra los marineros en particular, inmovilizándome con su consternación; precisamente a mí, que, a fin de cuentas, no era ni italiano ni marinero. No, desde luego que no había nada de excitante en aquella situación y, en cuanto pude, busqué la forma de cortar. Lo hice, perseguido por las chicas, que al final habían decidido procurarme los placeres de su repertorio, a pesar de la conmoción y del dolor. No me dejé alcanzar.

Dos días después salí con intención de llegar a Dakla, un oasis más al sur, en el corazón del desierto nubio, donde las posibilidades de encontrar a gente interesada en mi patria eran casi nulas. Deseaba estar tranquilo, verdaderamente tranquilo, reducir al mínimo cualquier tipo de requerimiento para vivir lo más lentamente posible y tener así tiempo de pensar, de trazar algún proyecto. Tenía la sensación, aparentemente sin justificar, de que alguien —no habría sabido decir quién ni por qué— quería meterme prisa.

Notaba cierto hastío, ¿comprendéis? Esa clase de hastío que es capaz de arruinar un día, y después dos y después tres, y, tal vez, una vida entera si no actúas con decisión para ponerle fin. Una presencia invisible me sujetaba por el cuello, una mano incorpórea me empujaba y me hacía perder el equilibrio. El desierto era el lugar ideal para quitármela de encima.

Pero no fue un viaje agradable como el que me había conducido a Siwa. Aquello seguía estropeándome el placer del desierto. Evidentemente, se trata de un placer demasiado sutil como para soportar la volubilidad y la inconsistencia de una mente occidental, no hay nada que hacer. Comencé a

alargar las etapas, taconeando a mi burra para que se acomodara a mi desasosiego.

Me volví distraído, apenas me fijaba en el paisaje mientras trotaba nervioso sin conseguir ya fascinarme con sus maravillas, sin dejarme llevar por la intensidad de aquel silencio. Me movía demasiado, y el calor se me hacía ahora insoportable, perdiendo su benéfico efecto de depuración lenta y agradablemente progresiva. Además, en Siwa había bebido demasiado y como en este caso, hace falta mucho más que para matar a un hombre. Un asno pesa más de dos quintales, es fuerte, su corazón tiene doble tamaño que el nuestro y cuando se trata de la vida es luchador, muy luchador.

Eran las once de la mañana o poco más y nos estábamos preparando para un descanso. Aquel día teníamos una relación óptima; ya nos habíamos detenido por el camino al pasar un wadi que conservaba todavía restos de humedad de la última lluvia. Ella se había entretenido con unas hojitas verdes entre los matorrales de mirtos secos, y yo con las huellas de una gacela o de una cabra salvaje que había intentado excavar un pozo. Entre nosotros dos había una especie de buen humor; habíamos encontrado un buen sitio a la sombra de una roca, yo la había liberado de su carga y le estaba preparando el saco con la cebada y la avena para la comida.

Como hacía cada vez que me dejaba enternecer y no le ataba las patas delanteras, me estaba incordiando. Había inclinado su cabezota y trataba de quitarme el saco de las manos, mordisqueando con sus grandes dientes aquí y allá. Quizá otro día la habría apartado y basta; en cambio, también yo me puse a jugar. Nos disputábamos el saquito coceando y forcejeando como en una danza de borrachos. Y así fue cómo en cierto momento, con el hocico en tierra y apretando los dientes con fuerza en la tela, dio un tirón tan violento que voló por los aires una gran piedra. Como un relámpago, salió fuera un escorpión enorme.

Molestado durante el sopor del mediodía, comenzó su danza guerrera batiendo furiosamente la cola contra la tierra. Tac tac tac tac tac, le saltó al hocico y se le quedó colgado un instante con el aguijón listo vibrando a media

altura. Aquella sabandija se había dado cuenta de que tenía bajo las patas algo suave y caliente.

En aquel momento estábamos inmóviles. La burra, con la cabeza en tierra y la boca abierta en un rebuzno que se le había helado antes de salir de la garganta. Y yo, que no había comprendido qué era aquella cosa color arena hasta que lo vi con el aguijón preparado y la cola arqueada destacando sobre el pelo gris perla: como un tatuaje en relieve.

Después sucedió lo que tenía que suceder. La burra lanzó un alarido agudísimo que no tenía nada de asno —cada vez que intento recordarlo me viene a la mente el chillido de una niña— y con un tremendo golpe de pectorales se arqueó entera, saltó en el aire y agitó la cabeza como una bailarina enloquecida. Pero el escorpión, que había hecho buena presa en el pelo compacto, tan sólo resbaló unos centímetros. Yo, entonces, cerré los ojos. No sé, quizá fue un segundo, quizá un minuto entero, la verdad es que no lo sé: me quedé literalmente anulado. Cuando volví a abrirlos, cuando recuperé la conciencia, el escorpión corría por el lomo de la burra, que me miraba con sus enormes ojos llenos de lágrimas.

Lloraba —por lo que yo sabía, los asnos no lloran— dominada por el dolor que le subía del cuello a la cabeza. Yo todavía tenía en la mano el saco y con un golpe exageradamente decidido eché al escorpión. Después hice una estupidez: me puse a perseguirlo entre las piedras. ¡Y si al menos lo hubiese cogido! Si un halcón o el neumático de una camioneta no han acabado con él, estará todavía allí poniendo en peligro la vida de la gente.

Después, la burra empezó a retorcerse y a saltar sobre sí misma, agitándose presa de escalofríos. Seguía rebuznando sin pausa y sus rebuznos no me daban respiro y ni siquiera me dejaban la posibilidad de pensar algo. Si hubiese sido otro, si hubiese sido un hombre con algo de coraje, si hubiese sido mi padre, habría sabido qué hacer y quizá —digo sólo quizá— habría podido hacer algo útil. Lo he pensado mucho y sé exactamente qué habría servido en aquellas circunstancias.

Tendría que haberle dado un mazazo tremendo. Con el puño, con una piedra, con lo que fuera, para calmarla, para dejarla inmóvil el tiempo suficiente de

darle un corte con mi cuchillo donde le había picado el escorpión —habría encontrado la picadura entre su pelo corto, lo habría conseguido— y conseguir así que le brotase la sangre suficiente para eliminar al menos en parte el veneno.

No fui capaz de hacerlo, y era lo único que mi burra podía esperar de mí. Es inútil decir hoy que, a lo mejor, no habría servido, que mantener quieto a un asno asustado no es nada fácil; en cualquier caso, cuando encontré fuerzas para intentarlo, ella ya estaba agonizando.

El veneno del escorpión es terrible. Te agarrota todos los músculos en un espasmo que el cuerpo no puede soportar, y al final mueres asfixiado o con el corazón reventado: a elegir. La agonía de mi burra duró varias horas, no sé cuántas, pero bastantes, porque cuando todo acabó el aire había refrescado y el sol ya estaba bajo, tan bajo que lograba dorar su pelo, que se había vuelto más hirsuto y gris que nunca. Mientras duró, no se echó al suelo en ningún momento, inmóvil y rígida como un tronco de palmera, con el hocico y el pecho cubiertos de babas blancas, los ojos desencajados y fijos en su dolor.

Le salía de la boca, junto al hilo de babas, un lamento bajo y continuado —ohoc ohoc ohoc ohoc ohoc— que había perdido cualquier posibilidad de parecerme humano: era demasiado profundo y demasiado, verdaderamente demasiado, desesperado.

Lo único que se me ocurrió fue acomodarme allí con ella, suponiendo que podría hacerle compañía. Pasé aquellas horas acurrucado con el cuerpo apoyado en su vientre, sin hacer en realidad nada de provecho, sintiendo su ohoc ohoc ohoc y pasándole la mano por su pelo, cada vez más encrespado. El sol seguía su curso y hacía calor, ¡Dios, si lo hacía! Cuando me parecía bien, cogía el odre de piel de cabra y le humedecía el hocico, después de remojarlo en el mío. Murió cuando de pronto dejó de lamentarse. Ni se me pasó por la imaginación tomarle el pulso en la vena del cuello, pero estaba tan rígida que, de todas formas, no habría notado nada.

Entonces, simplemente, me alejé un poco. Como decía, era ya tarde y estaba en la pista de Dakla apoyado en una piedra que se enfriaba poco a poco y se me iba extendiendo por todo el cuerpo una desagradable sensación de

malestar. Me quedé allí sentado, con algo de equipaje y un animal muerto cerca: mi borrica ahogada en su baba al abrigo de una roca que ya no daba sombra a nadie. Y amén.

¿Qué le sucede a un hombre, poco más que un muchacho, si se encuentra por la noche solo en medio del desierto, velando a una burra alquilada que prácticamente ha expirado en sus brazos? Antes o después se duerme, eso es poco, pero seguro. Sin embargo antes, lo quiera o no, le sobrevienen un miedo y una angustia tales que se vomita encima toda la dignidad que pensaba haber depositado en su juventud.

Estaba allí, encogido, paralizado, sin tener siquiera el coraje de meterme dentro del saco —si no estáis en la disposición de ánimo apropiada, un recio saco del ejército inglés puede convertirse a vuestros ojos en una trampa insoportable, y es fácil que os recuerde aquel instrumento de tortura que, con el inquietante nombre de «virgen de Nuremberg», visteis de niños en un libro ilustrado—, temblaba de frío, pero contenía la respiración para no hacer ruidos que tal vez no pudiera reconocer.

Estaba angustiado a la espera de algo que viniese a picarme, a herirme, a quitarme de en medio, y a liberarme así del terror que me había invadido. Eso aprendí a reconocer en mí aquella noche: el terror puro y duro.

Pero más tarde, dado que la resistencia de un hombre a la angustia y al dolor tiene un límite, un punto crucial en el que la vida —el animal de la vida— se apropia de lo que le corresponde o lo deja para siempre, empecé a sentir hambre en medio de la noche. Una sensación elemental y más fuerte que cualquier otra: tenía hambre y lo único que quería era comer. En efecto, sorprende comprobar cómo la necesidad física es capaz de sobreponerse a cualquier posible aflicción de la mente.

Cinco o seis calambres bien asestados en el estómago, y el terror que me había afectado tan profundamente como para dejarme desfallecido e indefenso se transformó en la necesidad pura y simple de echarme algo a la boca. Bueno, a fin de cuentas no había probado bocado desde el alba. Saqué las provisiones que había llevado conmigo para la parada del mediodía, saqué las galletas y los dátiles de reserva. Cuando terminé lo que había, me puse a chupar las semillas

de cardamomo que me servían para aromatizar el café y, cuando también terminé de chupar semillas, tenía todavía hambre suficiente como para querer masticar el agua que bebía. Me dormí de repente con el odre de piel de cabra en la mano.

Me despertó un pensamiento, o tal vez un sueño: la burra, ¿dónde estaba la burra? Abrí los ojos y me encontré apretando la piel de cabra ya vacía. El segundo pensamiento o el final del sueño fue: ¿por qué está tan flácida? Entonces me desperté del todo y recordé al instante lo que había sucedido con la máxima de un medio de transporte. No agité los brazos, no pedí ayuda a gritos. Quien va caminando por una pista del Sáhara es alguien que sólo necesita que lo saquen de allí.

El viejo camión militar se detuvo y por la ventanilla se asomó un joven moro: en aquel momento me habría casado con él si me lo hubiese pedido. En la cabina iban tres; se bajaron todos, me cogieron el equipaje y lo echaron atrás. Me dieron de beber y un puñado de higos secos. El joven hablaba un inglés académico idéntico al que había aprendido yo en la escuela Dante Alighieri. Me explicó que era aparejador con una afectación casi infantil, y que los tres eran gastadores del ejército que regresaban a Siwa. Yo murmuré mi nombre y supliqué que me llevaran con ellos. Me dieron una manta, una cantimplora con agua y me empujaron a la parte de atrás del camión, donde fui a aterrizar sobre mi equipaje. Tenían prisa y querían llegar a Siwa antes de que amaneciera.

En Siwa, a mis salvadores no les pareció digno coger la merecida bashish y sólo aceptaron la invitación a desayunar en el hotel. Era muy pronto y tuve que despertar al hombre del mostrador que, con las secretas artes del empleado para todo, consiguió preparar una mesa digna de un pachá. Ni una sola vez durante la comida el joven aparejador o alguno de los suyos mostraron la más mínima curiosidad por lo que podía haberme sucedido en el desierto. Nos despedimos con mucha sencillez, como pueda hacerlo un autostopista del conductor que le ha llevado durante un tramo de autopista. Después me fui a la cama y dormí dieciocho horas seguidas.

Me desperté hacia medianoche con el recuerdo de un sueño en el que yo padecía una enfermedad de las cuerdas vocales que me impedía hablar y sólo lograba rebuznar ohoc ohoc ohoc ohoc ohoc ohoc, mientras los amigos de mi padre me hacían un montón de preguntas sobre mi viaje por el desierto. Comí algo que no sé quién había dejado en la mesilla y me volví a dormir.

Al día siguiente, salí del hotel un minuto antes de que partiese el convoy de camiones en el que el portero, a un precio muy alto, me había encontrado plaza. Destino: Alejandría. Alejandría, en Egipto.

Bueno, ya sabéis lo que sucede cuando se vuelve a casa después de un viaje en el que las has pasado moradas. Se abre la puerta, se pisa el terreno familiar de nuestras habitaciones, y los objetos de la vida cotidiana te salen al encuentro como un poderoso tónico. Correr una cortina, tirar de la cadena del váter, coger una camisa del segundo cajón del armario, oír el creec de la puerta del dormitorio, que ningún aceite ha conseguido acallar, produce, todo junto, una sensación de paz y seguridad que no veis la hora de volver a disfrutar. Después volveréis a los líos habituales y al ritmo de siempre, pero, durante unos días al menos, os sentiréis realmente a gusto: reyes satisfechos en vuestros reinos.

¿Qué queréis que os diga? Para mí no fue así, y punto. Al principio, me parecía que podría encontrar paz en mi casa y en mi barrio, pero fue una idea fugaz.

La misma tarde de mi llegada ya anduve por ahí buscando algo con que calmarme. Tenía pocos asuntos que arreglar, y éstos los despaché rápido. En primer lugar, eché cuentas con el comerciante que me había alquilado la burra en el mercado. Pagué sin pestañear las cien guineas que habrían bastado para adquirir un potro de paseo, por no someterme a la tortura de las preguntas sobre el cómo y el porqué que aquel viejo ladrón me arrojaba a la cara por pura curiosidad malsana, para tener algo que contar aquella tarde en el café y poder criticar la estupidez de esos jovenzuelos que son tan ricos que se permiten reventar un asno. Se había metido el fajo de billetes en el bolsillo dando gracias a Dios por haberme encontrado: de su asno ni se acordaba.

Después, lo mismo de siempre. Una visita al Diwan para saludar a la gente, una pequeña reunión reservada en un restaurante del puerto para recuperar el contacto con el contrabando, una vuelta por la universidad, una ojeada a las

chicas en el paseo para ver sí había algo a punto para llevarse a la boca, por usar la expresión entonces en boga entre la juventud rebelde de Alejandría.

No me quedaba nada más por hacer. Estaba a disgusto en casa y en los demás sitios. Al cabo de una semana, el tiempo de recuperar dos kilos y de que me dejaran de doler los huesos, secuelas de las quemaduras del sol, había decidido marcharme de nuevo. Esta vez tenía claro dónde ir: al pueblo de mi padre, sólo que no sabía cómo llegar. Esa idea había madurado dentro de mí casi sin darme cuenta y se había hecho demasiado voluminosa como para poder devolverla por donde había venido con un simple acto de voluntad. No quedaba más que secundarla.

Amos y Rubén no hicieron un gesto la tarde en que les hablé de ello. Bah, a lo mejor era una buena idea. Amos, sobre todo, estaba entusiasmado con el asunto, lo veía en sus ojos y en el modo generoso en que intentaba ayudarme. Ir a Italia no era como hacer un viaje a El Cairo o llegar hasta Assuán; era mucho más comprometido y complicado, definitivo. Había usado esta expresión: un gran paso que antes o después merecía la pena dar, si uno se encontraba con ánimos. Él nunca había estado allí, ninguno de nosotros había estado; sólo Rubén y los viejos, pero antes de ir a Alejandría.

Rubén, en cambio, estaba más receloso, pero decir que me lo desaconsejó o que puso objeciones de cualquier tipo, no, no, eso no. Había cogido un mapa de Italia de una estantería y lo había desplegado en la mesa de composición. Después se puso a discurrir cómo llegar a Carlomagno y desde dónde. En el mapa, un mapa bastante reciente del Touring francés, no estaba señalado Carlomagno, pero Rubén me indicaba con un bolígrafo un punto bastante alto de la bota, entre los sombreados tonos castaños de los relieves montañosos que terminaban en una línea verde que desembocaba en el azul del mar. Estaban señaladas carreteras y vías del ferrocarril que unían ciudades cercanas a aquel punto, pero ninguna que pasase justamente por allí. Un hilito azul se situaba a su lado y era un río.

—Estate tranquilo, la carretera existe. Debes encontrar un medio de transporte en esta ciudad de aquí al lado, y después hacer que te lleven; no son muchos kilómetros. Puedes coger el autobús; entonces había un coche de

línea, ya lo hemos hablado. El problema es llegar a Italia; luego, con el tren es fácil acercarte a los alrededores y encontrar allí quien te lleve hasta el pueblo.

El bolígrafo había dejado un agujerito en el mapa, precisamente en el punto en que debía encontrarse Carlomagno, y yo lo miraba preguntándome si, por casualidad, no se habría ido la vida de mi padre a través de aquel agujero. No habían sido las corrientes las que se lo llevaron frente a la playa; no: había encontrado en el fondo del mar un pequeño agujero por donde pasó para regresar a casa.

«Te llevo a mi tierra», me había dicho. Y eso era lo que estaba haciendo. ¿Es esta la razón de que quiera llegar hasta allí?, me preguntaba acariciando con el índice el agujero en el mapa de Italia. No lo sabía. Rubén, entre tanto, estaba doblando el mapa y me llevaba hacia las cuestiones organizativas.

En aquella época —la guerra de los carros de combate acababa de terminar, pero aún no había signos de paz— las comunicaciones con Italia y con el resto del mundo eran difíciles. Por ejemplo, no existía un vuelo directo ni siquiera entre las dos capitales. Se podía llegar dando un rodeo: se hacía escala en un país amigo de Egipto y después en otro que fuera también amigo de Italia y que tuviese vuelo a Roma. Además, los vuelos no eran seguros; en nuestra ciudad no se había visto realmente la guerra, pero la situación estaba al rojo vivo en todas partes y se decía que los israelíes seguían ametrallando cualquier cosa que se les pusiera a tiro. Eso sin contar que ya se había empezado a hablar de terrorismo y secuestros.

Y quedaba la cuestión más importante: los documentos. Yo era un apátrida. Mi padre lo había querido de esa manera para sí mismo, para mi madre y para mí. No había movido un dedo para conseguirme la ciudadanía italiana y era imposible que yo tuviese la egipcia. Yo tenía un pasaporte expedido por el gobierno egipcio pero sin ciudadanía, como hijo de refugiado sin nacionalidad. Con semejante documento era prácticamente imposible pasar una frontera occidental.

Y en el caso de que lograra llegar a Italia, era fundamental no tener problemas con la policía, si no quería disfrutar de algunos meses a la sombra.

Debía ser muy cuidadoso y elegir un hotel ni demasiado llamativo ni demasiado inmundo, donde, por razones opuestas, se ponía mucha atención a los documentos. Rubén me iba explicando todo esto con la pasión de un conspirador que entra en acción después de un período de descanso forzoso.

Era una buena idea encontrar pasaje en un barco seguro, con bandera de un país tranquilo, que hiciese escala en Nápoles o en Genova. Mejor en Génova, porque estaba más cerca de Carlomagno. Se podía empezar a buscar al día siguiente. Luego estaba el asunto del dinero. Las guineas eran basura fuera de Egipto. Con calma, sin atosigamientos, habría que irse haciendo con una cantidad de liras o dólares o libras esterlinas suficiente para el viaje y para la estancia en Italia.

¿Cuánto tiempo? Bah, no sabía. Una semana, un mes... ¿Cuánto me quedaría? Era mejor decidirlo cuanto antes. Rubén se mostró muy perentorio al respecto. Decidimos que quince días era lo máximo que podía permitirme.

—Es el tiempo máximo que puede hacerte bien —añadió.

Volví al taller tipográfico al día siguiente y al siguiente, y todas las tardes durante más de una semana: no me gustaba quedarme en casa solo, ni hacer las cosas de siempre, como si no estuviera completamente obsesionado por aquella loca idea del viaje a Italia. Rubén se había encargado de la organización y cada tarde me ponía al corriente sobre sus progresos.

Cenábamos en el callejón delante del taller y después Amos y yo nos dábamos una vuelta por los cafés, restaurantes y casinos más elegantes para comprar dinero. Buscábamos a los oficiales de los buques mercantes y a los grandes comerciantes de maquinaria, que abundaban por entonces en las oficinas de los burócratas del gobierno, tratando de venderles todo tipo de mercancía exótica: papiros, oro y brocados, falsos hallazgos arqueológicos, quincallería. Regresábamos al alba y hacíamos cuentas con los arrugados billetes de banco extendidos bajo la prensa y distribuidos por divisas.

Nos íbamos a la cama al amanecer, y más de una vez me quedé a dormir allí, en un sofá desvencijado que debía de remontarse al tiempo de los primeros tipógrafos. Amos me hacía siempre la misma pregunta antes de despedirse:

—¿Pero qué crees que te pasará allí?

Y yo daba siempre la misma respuesta; se había convertido en un juego:

—Voy a coger la motocicleta de mi padre y me la llevo.

No se me ocurría qué mejor cosa podría hacer.

Al cabo de una semana, Rubén había encontrado el pasaje ideal. Se trataba de un barco portugués bastante bien equipado que regresaba vacío hacia las Azores y haría escala en Nápoles para cargar tractores. Una vez llegado allí, tendría que hacer un largo viaje en tren, pero no podíamos desperdiciar la ocasión porque el mismo mercante volvería diez días después a Alejandría, repitiendo la escala de Nápoles. Y, sobre todo, el capitán era un compañero, un opositor al dictador Salazar, y me ayudaría a sortear la aduana.

Para cualquier contingencia, Rubén pensaba confiarle antes de partir un pasaporte con mi fotografía y los datos de un ingeniero portugués. Un fino trabajo de imprenta y retoque que hacía por las noches, cuando nosotros nos íbamos en busca de dinero. En aquella imprenta estábamos en pleno clima de insurrección; era el modesto juego de Rubén.

Diez días. Tenía diez días para recorrer aquel país y conseguir hacer algo que no me desilusionara. Algo lo bastante importante para poder contárselo a los dos hermanos, que se estaban multiplicando por cuatro para ayudarme en un asunto que, demasiado a menudo, me parecía un capricho infantil. Sin embargo, cada vez que me obligaba a reflexionar sobre ello terminaba viéndolo como la única exigencia que sentía en mi interior.

Entre tanto, Rubén me había preparado un itinerario para el viaje. Italia no era Carlomagno; al menos, debía detenerme unos días en Roma, para ver esto y aquello, y también en Florencia, Siena, Nápoles. Él no esperaba que pudiese estar en el pueblo de mi padre más de dos o tres días —¿para qué?, no encontrarás nada que te diga algo, Saverio, hazme caso. Vete allí, está bien, pero hay otras cosas más interesantes para un joven como tú. Lo importante es que no te obsesiones con algo que no existe: estaría todo perdido— y, por eso, merecía la pena que siguiese sus consejos.

También llevaba algunos encargos: comprar libros y tintas imposibles de encontrar en Alejandría. Y tenía que mirar y leer y preguntar y comprender. Y de todas formas, ¿por qué no hacía como los demás y echaba tierra sobre el asunto?

Salí un lunes por la noche. No informamos a nadie del Diwan, para evitar las infinitas discusiones que se habrían producido. Partí solo, con la vehemente complicidad de Amos y Rubén. Amos me apretó el brazo y me entregó la maleta que llevaba sin decir una palabra; Rubén quiso hacerme una última recomendación:

—Cuando cruces la Vía para subir al pueblo, ni siquiera te darás cuenta. Sin embargo, recuerda lo que te he contado: ya verás cómo allí sentirás algo.

Hizo una pausa como si quisiese explicarme algo más, pero no añadió nada.

—No os preocupéis, no se me olvida la lista de las cosas que tengo que comprar. Adiós.

El capitán me recibió a bordo con gran cortesía, me acompañó en persona, como se hace con los pasajeros de primera, a mi camarote, que era pequeño pero limpio, y me entregó los horarios de las comidas. En una hora estábamos ya fuera del puerto y me quedé un buen rato en cubierta observando los reflejos del agua bajo las estrellas. Como todos —siempre— no me olvidé de echar una ojeada por si —quién sabe— veía algo en el fondo. Antes o después alguien terminaría por descubrir el puerto sepultado.

Llegamos a Nápoles la mañana del cuarto día tras una travesía lenta y aburrida, ocupada con un torneo de damas que la tripulación disputaba día y noche entre los turnos de guardia. Entré en Italia sin apenas darme cuenta: la estación marítima de aquel puerto era hermana gemela de la de Alejandría, sólo que menos grande y con algunos perifollos de más en los viejos edificios. Incluso las voces parecían las mismas, aunque algo más irritadas y altas. Pasé la aduana con el equipaje sin que nadie me dijese nada. El capitán, al despedirnos, deslizó en mi bolsillo el pasaporte portugués y se fue dejándome allí, con la maleta entre las piernas, en medio de aquella indescriptible

confusión de hombres y cosas a la que estaba acostumbrado desde la niñez. Tenía diez días para aprovechar; debía darme prisa.

Italia. I t a l i a. I t a l i a.

¿Cómo es posible, doctor Modrian, que evocar este sonido no suscite en mí emociones especiales? ¿Es que hay algún problema oculto que usted conozca? Llevo unos cuantos días escribiendo y me sale todo de un tirón, todo seguido —incluso demasiado, doctor; a veces me parece que tengo diarrea en los dedos—, y cuando hoy llego ya a Italia y trato de recordar las cosas más importantes que he visto y las impresiones que me han dejado, me quedo en blanco. Eso es, no sé qué decir. Me esfuerzo en recordar, doctor, pero no se trata sólo de una cuestión de recuerdos: es como si nunca hubiese estado allí. Es verdad, también se debe a lo que sucedió en Roma casi nada más llegar, pero no puedo explicármelo simplemente así. He sido uno de los primeros entre mis conocidos en hacer este viaje y no está claro que pueda repetirlo algún día. Pero ese sitio está demasiado lejos, quiero decir que está demasiado lejos de mí, ¿me comprende?, y no sé si eso es bueno.

¿Qué significa para mí Italia? Esa cosa larga desenrollada sobre África a la que en la Dante Alighieri les gusta tanto llamar «la bota», y que si se mira bien en el mapa no se puede dejar de sospechar que la pusieron en aquel preciso lugar sólo para dar patadas a África, aunque, afortunadamente, a Egipto sólo pueda llegar con el tacón. Qué me dice a mí, que hablo este italiano tan simpático para todos los demás pueblos de Alejandría, tan simpático que no se me ocurre aprender otras lenguas. A mí, que he nacido y crecido extranjero fraternal en esta ciudad, ¿qué representa para mí I t a l i a?

En mi viaje, por breve que fuera, nada vi, oí o comprendí de lo que pudiese afirmar: es mío, me pertenece íntima y totalmente, mientras lo contemplo desde la ventanilla del tren, mientras piso el adoquinado de sus calles, mientras hablo para obtener alguna información. Y entonces mi mirada se volvió y aún se vuelve hacia Italia desde la distancia de la objetividad, desde lo que aparece de ese país echando un vistazo al mapamundi.

Y desde aquí, hoy que podemos tener periódicos con no más de diez días de retraso, y la televisión de Sadat habla de ella de cuando en cuando, Italia es todavía demasiado lejana e imprecisa para decirme algo.

La verdad es que el mundo comienza donde uno pone el alma, querido doctor, el alma o el espíritu o como quiera que se llame eso. Cuando Rubén perforó el mapa con el bolígrafo para señalarme su pueblo, su Carlomagno, todas las coordenadas del mundo irradiaban de aquel pequeño agujero. Carlomagno era el corazón del corazón de aquel hombre. No era un gobierno, no era una geografía de calles, casas y montañas: era el pueblo, el tabernáculo, de su alma entera. Pero si tu mirada no capta esta intimidad, entonces se restablecen las proporciones justas. Y quizá los italianos se crean quién sabe qué —harán bien, no digo que no—, pero desde este país infinitamente más grande, más antiguo y más doloroso e infinitamente más importante para todos los pueblos que viven en su entorno, Italia es una picha que se introduce en el mar. Y que quede bien claro: yo, que todavía hoy sigo siendo apátrida, puedo comprobar desapasionadamente que ni siquiera esto es el centro del mundo.

Sin embargo, estoy llegando al convencimiento de que cada uno debería tener su pueblo del alma. Yo también querría tener un pueblo mío pronto, para no consumirme de soledad. Si no, ¿por qué, doctor Modrian, sueño todas las noches con Carlomagno? Y eso que en mi viaje ni siquiera llegué a verlo de lejos.

Recuerdo que cogí el tren para Roma la primera tarde. Las horas transcurridas desde el desembarco las pasé, prácticamente, intentando llegar a la estación. El recorrido no es largo, pero atraviesa la parte vieja de la ciudad que es toda ella un inmenso mercado con cualquier cosa que pueda imaginarse. Lo que en Alejandría se tardaba meses en tener, allí te lo ofrecían por la calle como si fueran panes.

Me iba deteniendo constantemente a pedir indicaciones, y eso le daba pie a todo el mundo para largas charlas que sólo muy de pasada tenían que ver con la razón de mi pregunta: me ofrecían objetos para comprar, visitas turísticas y también muchas otras consideraciones, gratuitas, sobre la vida y el mundo, acerca de las cuales no podía tener una opinión adecuada. Me parecía buena

gente, y si me hubiera dejado llevar, habría gastado todo lo que tenía. Comí la famosa pizza sentado en los escalones de una vieja iglesia ruinosa, en una callejuela con cinco o seis críos que me rodeaban haciendo comentarios entre ellos en voz alta, como si yo fuese un animal.

En un determinado momento les echó de allí una mujer que tenía que ofrecerme algo confidencial; no había nada malo, pero tenía un no sé qué de inquietante en su forma de actuar que me alarmó; tuve miedo de que quisiese pegarme, como si mi rechazo fuese un gesto de imperdonable inmoralidad.

Subiendo por el barrio de Forcella, ya por fin cerca de la estación, me acordé de Amín. Ahí la tienes, Amín, tu Iskandariya. No es Alejandría esa opulenta que sueñas, sino Nápoles. Y me temo que tú nunca llegarás hasta aquí. ¡Lástima, Amín! Aquí sí hay de verdad cien mil putas blancas, oro y plata desparramados por las calles, y todo lo demás que imaginas. O quizá también esto sea un teatro, un telón que esconde lo que los napolitanos, como los alejandrinos, quieren guardar para ellos.

El viaje hacia Roma fue breve, veloz y bastante cómodo. Lo recuerdo bien porque quien conoce los ferrocarriles egipcios puede quedarse literalmente boquiabierto con un viaje como aquél. Cuando llegué, aún no era de noche. Antes de ir a Pisa y más al norte, tenía que ver la ciudad y comprar las cosas de Rubén. No sabía por dónde empezar, y compré en un estanco el plano de la ciudad para hacerme una idea. En un recuadro aparecían los hoteles; ya tenía por dónde empezar. Elegí uno de dos estrellas muy cercano a la estación. Todavía recuerdo su nombre: hotel Danubio.

El portero era un mestizo eritreo huesudo, de cabeza rizada desproporcionadamente triangular. Cogió mis documentos —los expedidos legalmente por la Jumhuriya— con las puntas del pulgar y del índice como si hubieran sido pescados en la mierda, los hojeó con mucha parsimonia lanzándome unas miradas que ningún miliciano de Alejandría se habría permitido jamás dirigir ni al más palurdo de los borrachos, y se puso a copiar los datos en su registro, sin una palabra. Había alquilado un cubículo pequeño y con tufo a lejía. Pero estaba en Roma y debía darme prisa.

Puse el plano en el suelo. La ciudad era grande, sí, pero lo que impresionaba no eran sus dimensiones —El Cairo era, ya entonces, por lo menos tres veces mayor—, sino la pasmosa acumulación de ruinas, iglesias, palacios y todo tipo de restos de la historia que atestaban con su silueta el trazado de todas las calles y plazas. Aparecía dibujado todo aquello por lo que los profesores de la Dante Alighieri andaban el día entero en éxtasis, allí estaban todos los hitos de la historia de Occidente, desde los dos gemelos amamantados por la loba hasta los suntuosos ministerios italianos. Aquí está, pues, la grandeza de Roma: ¿cómo se podía llegar a comprender aquella maraña? Así es que decidí olvidar los consejos de Rubén. Daba igual salir a la calle y andar sin rumbo fijo.

A la mañana siguiente estaba preparado desde el alba. En primer lugar debía resolver los encargos. Encontrar las tintas tipográficas fue fácil porque la empresa figuraba en la guía telefónica, y conseguí que me las enviaran al hotel antes de la noche. También tenía que buscar libros, y en la guía aparecían cientos de librerías. Rubén quería libros italianos: Pavese, Silone, Vittorini, Moravia, había escrito en su lista, y seguro que los encontraba mientras andaba por la calle.

Pasé tres días por las calles de Roma y sólo tenía que haberme quedado un día. Si me preguntáis qué hubo tan magnífico para retenerme, no sabría qué responder. Andaba por ahí perdiéndome sistemáticamente después de unos cuantos pasos, moviéndome como si tuviese los ojos inmersos en una solución de opio. Todo tenía significado y nada tenía significado preciso. Creo haber pasado al menos tres veces por las grandes ruinas del Foro sin darme cuenta de que había vuelto sobre mis pasos. Podría haber visto todo lo que se puede ver y podría no haber visto más que unas cuantas cosas. Era presa de una sensación constante de fabulosa sobreabundancia. Historias que se alzaban en cumbres de vertiginosa belleza para después ser sepultadas con un «no, así no» por otras bellezas sucesivas que, más tarde, terminaban por ser también equivocaciones enterradas por otras nuevas... Como si, durante milenios, los romanos, o los italianos, hubieran sido unos perversos niños juguetones, llenos de remordimientos, y ahora yo estuviese deambulando a través del fruto de sus enfadosos juegos y de sus consiguientes autocastigos.

Sentía entonces la mirada como drogada, porque en aquel cúmulo de cosas amontonadas de tal forma que las bellas y las horribles se reflejaban entre sí, no había una dirección, un sentido.

Tened en cuenta que yo llegaba de Egipto y que de monumentos y restos de civilizaciones antiguas he visto unos cuantos. ¿Habéis oído hablar de Giza, de Luxor, Deir el Bahari, Karnak, El Cairo? Ya lo veis, en el ramo de las piedras viejas estoy vacunado. Pero no es esa la cuestión. Lo que me fascinaba y al tiempo me hacía perder la orientación era el encarnizamiento con el que, época tras época, aquella ciudad había tratado de enterrarse a sí misma, según las fantasías del momento.

Estaba acostumbrado a ver en Egipto la inmensidad de ciertos períodos históricos reposando tranquila junto a pequeñas cosas, momentos menos grandiosos o, simplemente, diferentes. La vida tiene su propia cronología lineal que se desarrolla serena a lo largo de siete mil años. Y un templo de la XIX dinastía no se ensoberbece al lado de una pirámide de la III, del mismo modo que una mezquita de cuatro paredes de barro y una alfombra no está celosa del monasterio de Abu Makar, que resplandece cada mañana en la colina de enfrente. No sé si me entendéis, pero el modo que tienen los árabes de sentir su propia historia —y la vida, la vida obviamente— lo considero más adulto, más equilibrado y razonable.

Durante aquellos tres días, Roma fue para mí una vertiginosa precariedad, un espectáculo más allá de lo comprensible. Una exageración y una angustia.

Comía en la calle, sentado en un banco de los muchos jardines que me encontraba o en los escalones de las iglesias. Para ahorrar compraba el pan —cuántos panes hacen en Roma y qué diferentes de los nuestros— y unas cuantas lonchas de ese salchichón enorme que llaman mortadela. Nunca habría imaginado que pudiese ser tan buena y tan aromática como para que se me hiciera la boca agua en cuanto el charcutero comenzaba a cortar una loncha. Caminaba y miraba y escuchaba sin descender jamás de aquella especie de alfombra voladora mental que me sostenía a un palmo de estupor sobre la tierra.

Cuando empezaba a oscurecer, estaba tan cansado y perdido que no conseguía imaginar cómo me las arreglaría para volver al hotel; por fin llegaba preguntando mil veces, caminando mil kilómetros más. El portero eritreo me lanzaba la llave sobre el mostrador con evidente desprecio, y yo me encerraba en mi cuartucho como en una fortaleza. Dormía sin hacer caso siquiera del ir y venir de las cucarachas.

La tarde del tercer día me acordé de los libros de Rubén y traté de entrar en una librería, una gran librería con elegantes escaparates como de joyería, pero no lo logré. Porque precisamente allí al lado relucía, mucho más trivial pero infinitamente más sugerente, una tienda de discos. Y entré.

No sé qué opinión tenéis sobre la música, qué os gusta oír, qué os mueve por dentro. Para mí, entonces —como hoy, supongo, si pudiese escucharlo—, era el mar en donde mis sentimientos podían nadar a lo loco, libres y alegres. Ya os he dicho que me gusta muchísimo nadar; sabía hacerlo desde pequeño, cuando los demás niños gritan en cuanto la espuma les hace cosquillas en las canillas. Yo nunca me canso de nadar: es la felicidad de mi cuerpo, es mi cuerpo el que disfruta de la libertad de encogerse, de estirarse, de fluidificarse, ligero como un pájaro.

No me produce ningún placer el agua del río o del lago, quiero las olas del mar, el movimiento cósmico que abraza mi movimiento, un cuerpo de inmensos miembros que me acoge como una nodriza sostiene entre los blandos repliegues de su gran cuerpo a un recién nacido. Pues bien, la música hace en mi alma lo mismo que el mar hace en mi cuerpo. Yo nado dentro de la música, me tiro de cabeza, me sumerjo y floto, me voy lejos nadando crol, espalda y braza.

Me hubiera gustado poder cantar y tocar algún instrumento, y estoy seguro de que lo habría hecho muy bien si hubiese tenido ocasión. Pero no ha sido así, y me contento con escuchar toda la música que puedo y con canturrear y silbar todo lo que se me queda en el oído. Y siempre tengo el oído lleno de música, os lo aseguro; olas que salpican espuma en todas las direcciones.

Si tuviese que decir cuáles son mis preferencias, no sabría hacerlo; me gusta prácticamente toda la música porque en ella siempre hay algo que te agarra

por dentro. Sí, es verdad, hay modas y momentos determinados, preferencias por un género u otro. En esa época me entusiasmaba lo que llegaba a Alejandría del rock y del rhythm and blues. Probablemente también tenía que ver con aquello de lo prohibido y lo raro.

Ignoro si sabéis que los árabes tienen ideas muy precisas sobre la música, y no son ideas fáciles de entender y compartir. Digamos que los jóvenes no enloquecíamos por aquello que se oía en la radio y en los cafés. A mí, personalmente, no me disgustaba, pero, ¡vaya!, era otro el aire que se respiraba en el barrio del puerto. Había marineros con discos de los Beatles, de Rod Stewart, de los Byrds, por citar sólo los primeros que me vienen a la memoria. Ponías un 45 rpm de Wilson Pickett, oías su Uan chu zri y, a continuación te ibas a la estratosfera con tanto ritmo en el cuerpo que despegabas del suelo como si tuvieras un cohete.

De acuerdo, no era para todos; a la delicada sensibilidad de un árabe nada le podía resultar más próximo al demonio que nuestra música. ¡Pero qué no hacíamos por tenerla! Un disco nos podía costar hasta cinco dólares y largas esperas, trapacerías, intimidaciones, pegados como sanguijuelas a los marineros que desembarcaban para vender su tesoro a cambio de dos esnifadas de opio o de una caja de cerveza asquerosa, pero que no lo soltaban hasta el último minuto para ganar lo más posible, ¡qué maricones! Cuando queríamos hacer una fiesta en condiciones, conseguíamos entre unos y otros reunir una veintena de discos realmente buenos.

Aquella tarde en Roma tenía ante mis ojos, bien destacado en los escaparates, entre fórmica y espejos, todo lo que podía desear y todo lo que ni siquiera se me habría ocurrido soñar en el terreno de la música. Había todo y más. Me movía atolondrado entre mostradores y estanterías y habría podido llorar de desesperación: no tenía dinero para llevarme ni una centésima parte de lo que me gustaba.

Entonces vi el cartel.

Estaba colgado en una pared junto a otros carteles; todos anunciaban conciertos. Éste era diferente, pero aún no lo entendía. Tomé nota con el pedacito de cerebro no ocupado todavía con los cálculos de lo que podría

comprar y seguí. Volví a pasar por delante y de nuevo me sorprendió algo especial, una señal, una diferencia con respecto a los demás. Entonces me situé delante y el anuncio me abofeteó. Eso precisamente; se me reveló con el golpe seco de un bofetón arreado con precisión a mi mente.

Ponía «Giuseppe Ungaretti»; figuraba escrito aquel nombre.

El gran poeta Ungaretti honraba con su participación excepcional el concierto de su amigo brasileño Vinicius de Moraes, rey de la bossa nova, acompañado por la extraordinaria formación de Chico Buarque de Holanda, Badén Powell, Toquinho, y otros amigos más, en el teatro Argentina. La fecha era la de aquel día, tres horas después.

Algo me andaba rondando en lo más hondo de mis sentimientos, algo que me obligaba a suspender la percepción del presente en forma de los Rolling, o del propio disco doble totalmente blanco de los Beatles que ya había decidido robar como fuera. Algo que me devolvía al pasado en Alejandría, a mi playa detrás de los depósitos de cemento. Ya estaba, había vuelto... vuelve a la luz con sus cantos... y si aquel momento y aquel lugar hubieran sido una película —tal como hubiera querido en aquel instante de irresistible caída en la vorágine del tiempo—, ya tenía preparada en los labios la frase adecuada para decirle:

«¿Tú aquí?»

Me puse a temblar allí mismo, entre toda aquella gente extranjera, como un deficiente. Eso hice, temblar ante el anuncio, como si hubiera visto una mano saliendo de él con intención de estrangularme. Y los que andaban a mi alrededor por el estrecho paso entre estanterías me empujaban y me lanzaban miradas antipáticas. Pero yo seguía parado delante de aquel trozo de papel, temblando.

El allí, ¿por qué?

¿Tú? ¿Quién? Vivo, en Roma. ¿Para cantar bossa nova? el poeta... vuelve a la luz con sus cantos...

¡Ah, no!, amigo mío, no volvamos a la historia de la playa, con esas palabras que me confunden. Ahora me rondan otras cosas por la cabeza, tengo que llevarme ese disco completamente blanco que no te imaginas lo que podría alegrarme muchas noches, solo o en compañía. Y sigo temblando; imbécil, eso es lo que soy por impulsar mi melancolía esta noche

Yo tenía dentro a aquel hombre, me lo había metido debajo de la camisa y más adentro todavía. ¿Servía para algo estar allí pensándolo? No, sólo servía para temblar más. Exactamente lo que debía dejar de hacer. Pero ¿cómo me había dejado impresionar de aquella manera por un puñado de palabras? Eso había pasado. Se es joven y los picaros se aprovechan; eso es todo. Vámonos de aquí, Saverio, antes de que los dependientes te echen, venga, a la calle.

Al acecho en estos callejones en ruinas horas y horas

Lárgate, Saverio, antes de que te tomen por loco. Sí; no, cojo el disco y después voy allí. ¿Allí? ¿Dónde? ¿Cómo dónde? Allí. Voy allí, a ver qué hace el muy fascista.

Estaba sinceramente convencido de que tendría que preguntarle el porqué. Sin pararme a pensar siquiera sobre la naturaleza de ese porqué, me había encaminado hacia el teatro Argentina, convencido de que aquella noche me liberaría de un viejo parásito de mi vida interior. Mientras hacía cola frente a la entrada, miraba de reojo las ruinas cercanas de un Foro, donde un par de viejas paseaban rodeadas de un tropel de gatos apáticos.

Ya no temblaba. Llevaba en las manos una bolsa con el disco grande de carátula blanca y uno más pequeño con una canción de los Rolling Stones que prometía chispas: se titulaba *Simpatía por el diablo*.

Pero la verdad es que en aquel momento no pensaba en el rock. La cola avanzaba lenta sobre los pies de un montón de jóvenes todos bien vestidos, todos pacientes y sonrientes. Yo no había hecho una cola en mi vida; claro que tampoco había estado nunca en el concierto de una celebridad. Las parejas se besaban, alguno reía y hacía bromas. La atmósfera que se respiraba en la ancha acera del teatro era la de una fiesta muy educada, lo que encajaba mal

con la música que yo había oído en la radio del barco, sensual y cautivadora, y decididamente no muy vestida.

Después le vi.

La cola se había animado y yo casi había perdido el equilibrio intentando contrarrestar una oleada que me empujaba hacia fuera. La cola se estaba replegando sobre sí misma al paso de un grupo de personas. Una chica se elevó haciendo fuerza con los brazos sobre los hombros de dos tipos que estaban hablando con ella y lanzó un grito de sorpresa:

—¡Ahí está Vinicius, chicos! ¡Oh! ¡Viene con el poeta!

La oleada me había llevado ahora hacia la parte exterior de la cola y les vi bien.

Eran tres. Un hombre más bien alto, corpulento, con largos cabellos entrecanos peinados hacia atrás, la cara amplia, simpática, con tripa prominente. En su brazo se apoyaba un viejo, un viejecillo. Pero no, no es posible hacerse una idea. Un ginn del desierto, eso era. Uno de esos espíritus desdeñosos que entran en las tiendas de los beduinos para echar mal de ojo y después lo quitan a cambio de un poco de dulce de sésamo; uno de esos duendes que mueven las hojas de las palmeras en los manantiales y susurran impertinencias a las muchachas que acuden a buscar agua al caer la tarde.

Llevaba por la cintura a una joven morena, bastante más alta que él, y se movía a saltos, riendo con picardía, como se supone que ríen los ginn. Reía con toda la cara y con las manos, que soltaba del cuerpo de ella y agitaba a su alrededor, como hace un prestidigitador para distraer al público y sacar del interior de sus pantalones un conejo blanco. Tenía los ojos astutos y profundos de un cernícalo, ojos pequeños y agudos, protegidos por una frente alta y prominente, con cejas móviles y arqueadas, como es propio de las rapaces.

Iba hablando, y la mujer lo escuchaba inclinándose hacia él, sobre aquella cómica boina plana. Sonreía feliz, y yo la veía ya hermosa y asada en el espetón de aquel diablillo de la arena. ¿Con qué la estaba tentando? ¿Qué tenía de bueno un viejo satanás para una bella joven? Pero tampoco era un satanás; al mirarlo, no descubría en él nada turbio o repulsivo. No lo creeréis,

pero me inspiraba la misma simpatía que un niño alegre y descarado, un niño burlón y divertido.

El trío avanzaba lentamente entre el gentío que los observaba con curiosidad. Alguno aplaudía, alguno llamaba. El que debía de ser Vinicius estrechaba las manos que sobresalían de la masa y sonreía; saludaba, mandaba besos. Cuando los tuve enfrente, me di cuenta de que llevaba en su mano una botella: leí la marca de un whisky famoso también entre nosotros.

El viejo —¡pero qué viejo era!; viéndolo así de cerca parecía más viejo que una roca— avanzaba con pasos breves, saltarines; me recordaba la parada amorosa del martín pescador. Cuando quitaba los ojos de la mujer, los ponía en la gente que lo rodeaba: los ojos encendidos de un ídolo zulú. Habría podido tocarlo, sin duda habría podido hacerlo cuando pasó a mi lado. Si no lo hice fue porque, a fin de cuentas, me parecía irreal, hecho de aire como los ginn.

¿Cómo podía estar allí, delante de mí, en carne y hueso, en aquella ciudad donde yo me encontraba por pura casualidad, el hombre que habló a mi padre cuarenta años atrás y que diez años antes había traicionado el verdadero ideal para juntarse con torturadores y bufones? ¿Cómo podía estar de verdad allí, cómo era posible que el hombre del libro, el hombre de la playa, fuese ya tan viejo que parecía agotado? Si lo tocaba y mi mano lo traspasaba, ¿qué sucedería?

Por otra parte, sentía algo que de ninguna manera quería sentir: visto así me gustaba; me gustaba. Era simpático e inverosímil y un poco mágico. En definitiva: más vivo y atractivo que los viejos compañeros del Diwan Nabil, como si la traición le hubiese sentado bien. Y, en realidad, en aquel irónico gesto suyo no conseguía adivinar la mueca de un fascista; comenzaba a dudar, incluso, que lo hubiese sido alguna vez, a menos que estuviera viendo una ilusión.

Pero los espíritus no existen. Tal vez se pueda creer en ellos en el desierto, cuando incubas tus sueños en solitario durante días y meses, y poco a poco te encuentras confundiendo los ruidos de dentro con los de fuera, pero es imposible pensar que existen mientras haces cola para entrar en un teatro de

la ciudad de Roma. En resumen, no lo toqué, ésa es la verdad, aunque tenía unas ganas locas de hacerlo. Aunque antes de dos horas iba a estar lo bastante cerca de él como para rozarle la chaqueta y hablarle a la cara. Puesto que ya se me había metido en la cabeza, puesto que había decidido echarle en cara aquel porqué, al terminar el concierto, fui a buscarlo conscientemente.

¡Ah! ¡El concierto fue estupendo! No creo que, si consigo salir de esta cama, pueda ver otro igual. El escenario estaba lleno de músicos y en el centro se veía una mesa pequeña con dos sillas y una botella de whisky con vasos. En las sillas, Vinicius y Ungaretti bebían y hablaban mientras sonaban bossa y samba; de la percusión y las guitarras brotaban ritmos más moros y aromáticos y perturbadores que de toda la música mora de África que yo conocía. En aquel escenario había algo de África, pero también había algo de otro mundo, algo que yo no sabía de dónde procedía. Tal vez, claro, viniera de Brasil, de la tierra de vete tú a saber, donde la gente debía de ser infinitamente más dulce y triste y alegre que la de cualquier otra parte que yo pudiera conocer.

Cuando la música estaba en marcha, Vinicius comenzaba su canción. Tenía la voz llena de humo y de alcohol, pero hermosa y masculina. Cantaba vuelto hacia Ungaretti o a uno de los músicos y parecía que estuviese diciendo cosas muy personales, muy delicadas, que no quería dar a conocer a desconocidos. Era sólo una impresión, porque yo no entendía una palabra. Ungaretti se quedaba mirándolo feliz y marcaba el ritmo en la mesa con los dedos largos y huesudos —los dedos prensiles de un viejo fellah.

Vinicius cantó siempre sentado, siempre desde dentro de su bar personal. Poco después, tras ordenar a las guitarras en un tempo muy vivo, pasó el micrófono a su amigo.

Y el viejo se puso a hablar con un sonido catarroso y oscuro, salpicado de sorprendentes trinos agudos como hebras de plata en una charca de agua oscura.

Decía cosas como:

Arráncate el corazón.

Cada vez más sabroso, tu corazón.

Fruto de tantos llantos,

ese corazón tuyo,

arráncatelo, cómetelo, sáciate.

Cosas así decía aquel viejo con el agua negra de sus pulmones reseco. Dos chicos a mi lado se apretaban tanto que se habían puesto pálidos.

Nada más terminar el concierto, me abrí camino en el estrecho pasillo que lleva del escenario a los camerinos. Estaba decidido a abordarlo; si llegaba el caso, incluso a darle un par de bofetadas, a quitarle de una vez aquella burla de los ojos. En el escenario el brasileño saludaba «¡Saravá!», y el público aplaudía. «¡Saravá, Ungaretti, amigo meu, Saravá! ¡Saravá!», respondía el público, y seguía aplaudiendo.

Yo estaba al acecho. No los veía, pero oía sus pasos que resonaban en el pavimento y bajaban por los escalones de madera. Distinguía las voces de los dos mientras se acercaban tranquilos, envueltos en el vocerío de los músicos y de los técnicos.

Vi que le salía al encuentro, casi a la carrera y tropezándose con los tacones, la mujer con quien había entrado y, con los brazos abiertos, le iba gritando algo cariñoso. Oí que la llamaba con un nombre extraño, como Duna o algo así. Les vi abrazarse a dos pasos de mí, ella le ocultaba con su cuerpo; de aquel abrazo asomaba solo su cómica boina negra. Y de pronto, los tuve delante entre sonrisas y flashes de fotógrafos y brazos y cabezas y abrigo y olor dulzón de whisky americano.

Los tuve al alcance de la mano; a él, tan cerca de mi cara como esta máquina de escribir. Me adelanté, estiré la mano para quitarle aquella ridícula boina de la cabeza. Pero me detuve, frené como un camión, levantando una nube de polvo dentro de mi corazón. Tan sólo abrí la boca y le dije:

—Usted, usted..., usted...

Me miró y sus ojos me interrumpieron para decirme en el consabido lenguaje de las miradas: «¿De quién será esta cara que no me parece del todo nueva?» Eso me dijeron sus ojos, lo puedo jurar porque es imposible equi vocarse cuando alguien te mira rebuscando algo en ti. El viejo vaciló, sí. Me miró fijamente unos segundos más, como si esperase algo, que yo dijese o hiciese algo. Y yo:

—¡Ehm! Yo..., usted..., yo, yo quiero decirle...—paralizado por la espantosa estupidez de lo que podría decirle en realidad.

De pronto, la simpleza de mi porqué se me apareció en toda su extensión, precisamente mientras podría haber hecho algo. Fue cuestión de un segundo, después la mujer extendió el brazo con intención de empujarme fuera; vista así de cerca, tenía la belleza torva de una comadreja. El viejo la detuvo con un breve gesto de su mano huesuda.

Me miraba sin pestañear, y yo pensaba en una mangosta que observa su serpiente del día:

—Ebn el homer, vamos, decídate si quieres decirme algo.

Tal como lo cuento, eso me dijo. Se dirigió a mí en árabe. «Pedazo de burro», me dijo, como si estuviésemos en el mercado de Alejandría y yo le hubiese manchado los pantalones de betún al limpiarle los zapatos. Pedazo de burro. Y reía; parecía realmente un ginn que quisiera divertirse con un pobre tonto.

«Sin embargo, no me resultas nuevo», sus ojillos reían con desconsideración, «¿dónde te he visto antes, jovenzuelo?» En ningún sitio, vejestorio, trataban de contestar los míos, pero no decían nada. Cogido en la trampa, me revolvía como una serpiente, inútilmente intentaba como una serpiente alejarme del rayo de su mirada. Ebn el homer, de verdad era un pedazo de burro. Y mientras pensaba en qué responder, me acordaba de mi borriquilla en el desierto de Farafra. ¿A qué se habrá reducido ahora?, me preguntaba. Y de mi boca iba saliendo una especie de rebuzno:

—Usted..., usted... No consigo decirlo, lo siento.

Alrededor la gente había comenzado a reír con sorna. La mujer con aquel nombre tan horrible estaba volviendo al ataque, las intenciones de sus manos eran ahora claramente belicosas. Él, en cambio, empleaba la paciencia de la mangosta.

—¿Cómo se llama? —me preguntó melifluo.

Era bastante fácil responderle, no facilísimo, pero con un poco de esfuerzo podía arreglármelas, al menos en esto:

—Pascale, Saverio Pascale; soy de Alejandría, Alejandría, en Egipto. Usted..., usted..., mi padre..., yo tengo...

Entonces él apagó la mirada de mi cara y la encendió sobre sus manos, aquellas manos grandes de fellah. Entonces callaron todos, como si esperaran la última sublime profecía del oráculo: desde luego, el viejo era alguien allí. Los fotógrafos sostenían las cámaras colgando a lo largo del cuerpo, muertas como cajas de hojalata vacías. Cuando volvió a hablar, tenía otra vez aquel tono de pozo oscuro de cuando recitaba en el escenario.

—Sí, creo recordar. Lo siento pero no podemos hablar ahora. Sabe, estoy muy cansado. Ya ve que soy viejo. Sí, soy un poco demasiado viejo para ciertos esfuerzos. Algún esfuerzo aún puedo hacerlo, ¡eh!, pero no éste, no. Lo siento, jovenzuelo. Pero, si fuera usted tan amable, querría su dirección.

Hablaba sin dejar la socarronería.

—Yo, yo estoy en un hotel, en este hotel, por lo menos hasta mañana, creo que sí, hasta mañana.

Y le entregué la tarjeta que me había dado el eritreo para que no me perdiese en la capital del mundo. Se la entregué como se ofrece una bashish a un tullido, con desconfianza y distanciamiento: en aquel momento me aterrorizaba la sola idea de rozarle el borde de la chaqueta.

Se la guardó en el bolsillo, cogió de la mano a la mujer y avanzó con todo su séquito. Conmigo había terminado. Mientras se alejaba lo miré de reojo, seguro de que divisaría el escandaloso rabo peludo que tienen los ginn colgando del abrigo. Estaba convencido de que no lo volvería a ver y sentí algo

como una cierta nostalgia. Así ha sido, no lo he vuelto a ver, ni en carne y hueso, ni en un periódico o algo parecido. Tuve una ocasión única para decir o hacer algo extraordinario, habría podido golpear a un poeta famoso o arrancarle una declaración sensacional. No fue así, y las buenas ocasiones no se repiten.

Aquella noche en el hotel Danubio, el portero eritreo, tirando la llave sobre el mostrador, se apresuró a comunicarme que habían venido a buscarme. No era muy verosímil, no había nadie en el mundo que pudiera buscarme allí; traté de que me dijera algo más. Se encogió de hombros y me respondió «¡Bah!», dando a entender con una mueca de disgusto que se trataba de gentuza como yo o peor.

Dormí mal, soñando que no conseguía hablar. Quería hablar con Rubén, quería hablar con Amos y también con mi padre, pero de mi boca sólo salía —ohoc ohoc ohoc ohoc— el rebuzno de mi burra. Fui al baño dos o tres veces y mientras orinaba intentaba hablar, pero tampoco allí conseguía hacer salir de mi boca más que un débil ohoc ohoc ohoc ohoc ohoc.

Salí de mi cuarto bien entrada la mañana, sin una idea clara de qué hacer el último día que iba a pasar en la ciudad. Antes de poner el pie en recepción, hice pruebas con mucho cuidado y constaté que había recuperado mi voz con sus palabras más o menos comprensibles. O eso me parecía.

El eritreo tenía un sobre para mí, un sobre grande marrón, de los que se usan para la correspondencia comercial, y lo lanzó sobre el mostrador con aire contrariado. Tomé el sobre entre las manos y en ese instante recapitulé los acontecimientos del día anterior: el concierto, la tarjeta con la dirección del hotel, alguien que había venido buscándome antes de que yo regresase. El viejo, evidentemente se trataba del viejo que me había buscado y del viejo que me mandaba algo temprano. Tenía frío en las manos mientras intentaba abrir el sobre, dentro había algo que formaba un modesto, un débil abultamiento. Quería abrirlo con las uñas y ponía mucho cuidado en no estropear su contenido, cuando algo o alguien me tocó suavemente el hombro. Me volví con el sobre todavía por abrir apretado entre las manos.

Era un desconocido. Un individuo más bien bajo y regordete, con la cabeza calva y la cara lisa de un niño, me sonreía. Además de aquel tipo, se distinguía en el fondo a otro desconocido.

—¿Le importa sentarse un momento, señor Pascale? —y con una mano me empujó amablemente hacia un sofá.

El hombre del fondo, un poco más alto y rebosante de pelo y vello, se había sentado ya en un pequeño diván cercano. Obedecí, no tenía ninguna razón para no hacerlo: en todo este asunto, mi voluntad y yo no contábamos en absoluto, era un espectáculo al que habíamos sido invitados y del que, de momento, se nos escapaba la trama. Teníamos que estar más atentos.

El tipo tomó las riendas de la situación al momento:

—Soy el capitán Cocito, policía, servicios de seguridad. Ése es el cabo Romano.

Tras lo cual se abrió la chaqueta y metió dentro la mano. Un segundo después agitaba ante mí un documento con una fotografía que, en mi opinión, podía ser perfectamente el retrato de la esfinge de Giza. Pero en los dos segundos en que había tenido abierta la chaqueta, había vislumbrado un documento mucho más digno de atención. Un reflejo negro y brillante entre el corazón y la axila. La verdad es que aquella mañana no estaba muy despejado, pero aquel detalle no podía escapárseme, aunque no fuese más que por su familiaridad. Era la culata granulosa de una Beretta 951 calibre nueve, que sobresalía de su funda.

En Alejandría se vendía por cien dólares o cuarenta libras la pareja; era un producto más popular que los cigarrillos ingleses y más fácil de encontrar en el mercado. También yo, en mis pequeños negocios, las había comprado y vendido; y como no funcionaban demasiado bien ni demasiado mal y, sobre todo, como disparaban lo que se les metiese dentro, eran muy buscadas, especialmente por quien no tenía imperiosas necesidades profesionales pero quería tener a mano algo que diese más fuerza a sus malos humores.

Los profesionales no tenían problemas de dinero y dimensiones; para ellos quedaban las costosas pistolas españolas y los kalashnikov checoslovacos y rusos. En Alejandría se sabía que las Beretta eran en Italia las armas de una policía que no tenía demasiada necesidad de disparar con puntería.

—Señor Pascale, ¿le importaría enseñarnos sus documentos?

Para empezar, ¿qué documentos? Los buenos pero falsos del gobierno egipcio, o los falsos pero buenos de Rubén. Apátrida verdadero o portugués falso, en ninguna de las dos documentaciones tenía el visado de entrada. Rubén me había adoctrinado sobre cómo comportarme en casos semejantes, pero ahora no conseguía recordar con precisión lo que me había dicho. A decir verdad, no recordaba siquiera dónde tenía el documento portugués. El egipcio lo llevaba en el bolsillo, pero ¿el otro?

—Tengo que subir a la habitación, si me esperan un minuto...

—Vaya tranquilo, aquí estamos.

Me levanté tratando de que se lo tragaran: tranquilo, relajado, un control rutinario, policías amables, turista comprensivo. Subía las escaleras muy atento para no tropezar y no llamar la atención con desmayos y cosas del estilo que demostraran inmediatamente mi culpa. Y entretanto, pensaba, pensaba frenéticamente sin llegar a ninguna conclusión; pensaba en demasiadas cosas. ¿Dónde está el pasaporte portugués? ¿Cuál conviene mostrar a las autoridades? ¿Qué me dijo Rubén a propósito del visado? ¿Qué hay dentro del sobre? ¿Quién ha llamado a la policía?

Ya en la habitación, abrí la maleta. Me sudaban las manos y se me resistían las hebillas; trataba de ir deprisa, convencido de que en menos de dos minutos los tendría a mis espaldas. Lo encontré en seguida: estaba dentro del libro de mi padre. Raro, no me acordaba de haber traído aquel libro y menos aún de haber metido dentro el pasaporte. Sobresalía entre las páginas, y lo vi inmediatamente porque no debía estar allí.

Hay días en que todo sucede al revés de como debería ser. Quizá hay espacios en la vida de cada uno dedicados a las incongruencias y a las sorpresas, unas buenas y otras malas, a elección, al azar. También estos pensamientos tenía que dejarlos para más tarde.

Ahora, abajo, con los señores de los servicios de seguridad. Por cierto, ¿qué seguridad? Puse el pasaporte falso en el bolsillo posterior izquierdo de los pantalones. En el derecho llevaba el otro. En último caso, si venían mal dadas,

siempre podría hacer un truquillo de prestidigitador: ¿dónde está el bueno, señores? Tenía todo el descenso de la escalera para decidir qué hacer.

En fin, pasaporte egipcio; y para el visado, en la estación marítima no me lo habían estampado por un descuido de las autoridades competentes. Era un día de mucho tránsito y confusión, ya sabe lo que pasa.

Los dos estaban todavía en su puesto; miraban las láminas de las paredes con tal concentración que parecían locos o, simplemente, dormidos, a elegir. Entregué el documento al capitán. Echó un vistazo distraído a la página con mi fotografía y me la devolvió, sin más. Antes de hablar se miró las uñas como si analizase la conveniencia de cortárselas durante el encuentro o esperar a terminar la conversación. Eligió la segunda opción.

—Bueno, señor Pascale, ¿cuáles son las razones de su visita a nuestro país?

Hablaba casi con dulzura, como si aquellas palabras triviales tuvieran sobre él un efecto relajante. En cierto modo, también lo tenían sobre mí. Intuía confuso que lo peor estaba por venir, pero que podía disfrutar de un respiro.

—He venido por turismo. Quería ver el pueblo donde nació mi padre y me quedé para visitar Roma...

—De acuerdo, señor Pascale. Pero ahora escúcheme atentamente. Existen algunos pequeños problemas con su turismo. Nada grave, en absoluto, pero tendrá que adelantar su partida. Me disculpo por anticipado en nombre de las autoridades, pero, mire, creo que al final será mejor también para usted.

—¿Cómo dice? —le interrumpí con la proporción justa de sorpresa y de queja.

—Señor Pascale, espero que tenga usted en cuenta los tiempos en que vivimos, ¿no es cierto? No creo que le tenga que explicar nada que no sepa ya. Tiene aspecto de haber estudiado, afortunado usted. No se preocupe, no le sucederá nada si sigue mis instrucciones. Es más, se llevará un grato recuerdo de sus tres días en esta maravillosa ciudad. Usted ahora hace las maletas y se viene con nosotros. Dentro de cuatro horas sale un avión para Nicosia. Está un poco lejos, pero es lo que tenemos a nuestra disposición. Desde allí puede

hacer lo que le parezca. Si lo desea, puede volver a su patria en barco o en avión. O puede hacer turismo en la isla.

—Pero yo..., pero por qué. ¿Qué pasa?

—Por suerte, nada que le afecte directamente. Nos damos cuenta del contratiempo; sin embargo, así es: tiene usted que abandonar nuestro país. Salvo que quiera hacer lo que le venga en gana. Entonces no le sería fácil hacer nada, creo yo.

El otro, el peludo, asentía con fuerza mirando a su superior como si estuviese ante el profeta que había estado esperando.

—Mire, aunque es usted muy joven, tengo mucha confianza en su inteligencia. Además, procede de una ciudad cosmopolita, donde se aprende pronto y bien. Gran ciudad la hermosa Alejandría. ¿Sabe? Yo he ido más de una vez y siempre he admirado su gente, sus costumbres libres y todo eso. Sin embargo, en Italia no podemos permitirnos todavía tanta desenvoltura. La situación ya está tomando aquí un pésimo cariz y no es cosa de importar, no se ofenda, subversivos de África. ¿Me explico?

—Pero yo no...

—Déjelo, déjelo, por favor. Me parece usted una persona simpática; intentemos no estropearnos la compañía durante el escaso tiempo que tendremos que pasar juntos. Le puedo asegurar que sabemos de usted, de sus amigos, de sus enemigos, de todo lo que tiene relación con usted lo suficiente como para hablar con conocimiento de causa y actuar en consecuencia. Fíjese que hacemos de todo esto una cuestión de ideas. ¡Ah! Las ideas son una gran cosa, faltaría más. Le diré que si tuviese que confesarme, si tuviese que decir la verdad, no podría excluir cierta simpatía por las suyas. Simpatía, entiéndame, afinidad de ideas. Pero, querido Pascale, yo soy policía, ésa es mi desgracia. Y la suya.

Y señalaba con un movimiento de su cabeza redonda y pelada al otro, al peludo, que esbozó una especie de genuflexión.

—Mire a mi compañero. ¿Me creerá si le digo que es un genio? Lo es, le aseguro que lo es. No hay nadie en Roma que toque el clarín como él; sin embargo, ahí está, cumpliendo con su obligación, donde la música ni se nombra. Las ideas, usted que es joven, consérvelas. Nútralas y defiéndalas. Pero aquí el asunto es que de las ideas se pasa a los hechos. Y nosotros estamos al servicio del Estado para que ciertos hechos no se produzcan. Por lo menos los peores, si lo conseguimos. Ahora sea inteligente. Vaya a su habitación y coja las maletas, tenemos poco tiempo. Nosotros le pagamos el viaje. Unas vacaciones gratis en Chipre. Yo no le haría ascos. Siéntase afortunado y sonría; podría haber sido peor, se lo aseguro.

No lo creeréis, pero casi le estaba agradecido por aquel río de palabras. Subí las escaleras y me sentí aliviado, ésa es la verdad. Me sentía tan tranquilo como después de nadar un rato. Sabían quién era y todo lo demás; a ello sumaban la idea que se habían hecho de encontrarse con un subversivo entre las manos, evidentemente peligroso. ¿Peligroso yo? ¿Pero para quién? ¿A quién podía molestar yo? ¿Qué sucedía en Italia para tener miedo de mí? Preguntas más o menos vanas.

Hice las maletas; estaba tranquilo y seguro de haber pasado lo peor. Había algo en aquel hombre que me daba miedo y me inducía a ser bueno; como algunos perros de aspecto inofensivo que no ven el momento de que los acaricies para arrancarte la mano de un mordisco. Y bien, Chipre. ¿Por qué no? ¿Y Carlomagno? Carlomagno estaba allí arriba. Si todavía existía, seguiría existiendo algún tiempo aún. No tenía nostalgia de aquel lugar en sí, en cambio, mientras bajaba la escalera, tenía mucha, de verdad mucha nostalgia de lo que había sentido dentro cuando decidí ir allí.

Abandono y melancolía, el néctar un poco dulce y un poco amargo de las ausencias; yo mismo titubeante, caminando ajeno aquí y allá. Nostalgia de donde nunca había estado, de quien nunca había conocido. Y, por suerte, estas emociones imprecisas venían a consolarme mientras pagaba la cuenta al eritreo y esperaba que los dos policías me acompañaran fuera de Italia con la debida elegancia.

En el bolsillo de la chaqueta llevaba el sobre marrón. Me golpeaba ligera pero insistentemente la cadera. Pero aquel no era un buen momento para abrirlo.

El coche era una gran berlina Fiat, negra y polvorienta. Me acomodé dentro junto al capitán Cocito, y el peludo arrancó de golpe como si se tratara de una película de policías. Fuera de la ciudad todo era campo llano y sin cultivar, muy diferente de aquel más ondulado y rico que había visto desde el tren al salir de Nápoles. Había pequeños rebaños de ovejas y vacas que descansaban bajo altísimos pinos.

Tras media hora de silencio, nada más dejar atrás un gran cartel que anunciaba el aeropuerto, el capitán se aclaró la garganta con todo el aspecto de ir a pronunciar un discursito de despedida.

—¿Y bien?

—¿Bien qué?

—Me parece algo muy interesante, ¿no? ¿No es, acaso, lo que esperaba encontrar?

—¿Qué quiere decir?

—Perdóneme, pero es sólo curiosidad. Mire, su avión sale en menos de una hora. Pasará nuestro control especial y no mirarán siquiera si se lleva el Coliseo. Sólo me queda el peso de este trozo de papel. Es una manía mía, créame, para llevarme esa satisfacción y contárselo a mi mujer. ¿Qué quiere decir?

—¿Cómo que qué quiere decir?

—¡Por Dios, Pascale! La tarjeta, ese documento... No es momento de bromear. Somos mucho más amigos que lo que usted pueda suponer, ya se lo he dicho. Un entretenimiento inocente entre estudiosos, tal vez. Quizá ciertos secretillos a los que tan aficionados son los suyos. Algo que discutir con otros estudiosos de Alejandría, ¿qué sé yo? A fin de cuentas, nuestro poeta viene de allá abajo, aún mantiene algún contacto: usted. Sáqueme de la duda antes de irse feliz y contento.

—No sé qué quiere decir. Yo no conozco a Ungaretti.

Su voz se había vuelto implorante como la de una madre aprensiva que trata de sentar en el váter a su hijo desgano:

—Saverio Pascale..., Saverio Pascale..., ¿por qué dice mentiras inútiles? Acaba usted de salir de un feo asunto sin haberse dado cuenta apenas, ¿y así me lo paga? Mire que en estos tiempos hasta los juegucillos inocentes se vuelven peligrosos. Y lo peor es que ustedes serían los últimos en darse cuenta y los primeros en pagarlo. Además, se lo juro por la vida de mis hijos, es sólo para mi propia satisfacción. Como si no se lo hubiese dicho a nadie, es la verdad.

Empezaba a tener una ligera intuición de lo que estaba sucediendo. Y la idea de haberme despertado en medio de este asunto no me gustaba nada, peor aún, comenzaba a darme miedo en serio.

—Pero si yo no sé nada de nada. Yo vengo de Alejandría; allí la gente se dedica a sus asuntos. ¿Qué quiere que sepa yo de todas esas historias suyas? Yo estudio y voy a nadar, eso es lo único que me interesa. Mi padre hacía pan y nada más. Mis amigos..., mis amigos, ¿qué hacen? Nada, no hay nada de lo que sucede en Alejandría que tenga que ver con ustedes, con Italia, con todo eso que quiere revolver usted. Envíeme a Chipre. Me parece bien, ya no tengo ganas de quedarme aquí, pero al menos deje que me vaya en paz.

No sé, pero tuve la clara impresión de que por un momento, un momento sólo, Cocito había decidido estrangularme o arrancarme la cabeza a fuerza de bofetadas. El sudor le había alterado los rasgos infantiles de la cara, la boca era un buzón de correos negro y apretado. Tenía una mano crispada sobre el reposabrazos que nos separaba y la otra demasiado cerca de mi cara. Después, de repente, se dulcificó. Sacó un pañuelo de los pantalones y se secó el sudor. Como en un juego de prestidigitación, cuando apartó el pañuelo, su rostro se había convertido, instantáneamente, en el de antes, afable y casi simpático; sólo el tono de su voz seguía siendo todavía algo tenso.

—De acuerdo, Pascale, lárguese. Romano, llévatelo tú. Quizá todo sea verdad y quizá no haya pasado nada. En este mundo ya no se entiende un carajo, discúlpeme la expresión. Sólo le voy a decir una cosa, y usted haga lo que le

parezca. Procure no meterse en historias peligrosas. ¿Y quién sabe cuándo comienzan a serlo, incluso las más triviales? ¿Quién sabe cómo va a terminar una excursión hoy en día? ¿Y una huelga o una función de ópera? Y, sobre todo, no intente volver a poner el pie aquí y esté muy atento a quién le habla y de qué le habla. Nosotros podemos llegar hasta su domicilio cuando nos venga en gana. Y recuerde que es sólo por su bien. Y por el bien de esta mierda de pueblo. Ya está, me ha hecho incluso ser malhablado.

Y se volvió hacia el otro lado, hacia la ventana por la que se veían algunos prados y una gran excavadora que navegaba por ellos.

El vuelo hacia Nicosia era el primero de mi vida.

Chipre y Nicosia. Chipre parecía un bonito lugar visto desde arriba. Playas y olivares, viejas murallas por todas partes. Nicosia, aeropuerto, soldados con metralletas, sacos de arena delante del control de pasaportes, vehículos blindados.

Vuelo Nicosia-Damasco. Aeropuerto de Damasco. El ejército sirio y las tropas especiales de vigilancia aseguran la defensa de los señores pasajeros de cualquier provocación internacional. Bienvenidos a Damasco. Vuelo Damasco-Amán. Las líneas aéreas jordanas garantizan el máximo confort en cualquier condición de vuelo. Se servirá un refrigerio. Amán desde lo alto no existe o no se tiene tiempo de verla. ¿Pagará en libras esterlinas, señor? Muy bien. Vuelo Amán-Aleandría, esta noche Dios mediante. Acomódense en las plazas de cola. El avión tendrá que realizar un amplio rodeo antes de sobrevolar Egipto. No, no veremos el Mediterráneo.

Aleandría. Hermosa, grande y suave, desparramada en el desierto como una meada de camello que halla la arena necesaria para convertirse en rosa de sílice. Ven a mi ciudad, ven a nadar conmigo. Dormiré una semana antes de comprender si he vuelto o no.

En resumidas cuentas, considerando las cosas desde el punto de vista de esta habitación de hospital, puedo decir honestamente que nunca he vuelto del todo. Diré más, el hecho de que yo esté aquí y que pase el tiempo escribiendo

lo que escribo sirve para demostrar un dato incontrovertible: la travesía Roma-Alejandría no me ha traído de ningún sitio concreto.

O mejor, he regresado destrozado y todavía no se ha encontrado la masilla para volver a colocar los trozos juntos. Admitiréis también vosotros que, reducido a este lamentable estado, sea más bien complicado tener una visión de conjunto de las cosas. Y, por lo tanto, comportarse de forma conveniente y racional. Muchas gracias, doctor Modrian, muy interesante esta Remingtonterapia.

A propósito del doctor Modrian, debo advertir que está leyendo estos papeles sin mi autorización. ¿Verdad, doctor? Y sé, incluso, cuándo lo hace: por la mañana, entre las ocho y las nueve, a la hora en que, desde que comencé a escribir, duermo más de lo habitual. Estoy casi seguro —el «casi», si no fuera por educación, lo podría quitar— que mi largo sueño se debe a alguna pastilla que me suministra por la noche. Se abre aquí un caso interesante, doctor.

Sí, usted, con toda su prosopopeya, con su estilo old Armeny, se preocupa única y exclusivamente del bien de sus pacientes, ¿verdad? ¡Claro! ¡Cómo no! Por esta razón se siente en el derecho, más aún, en la obligación, de poner en práctica cualquier medida apta para la consecución de su nobilísimo deber, incluido el espionaje matutino de mis papeles. Sólo tengo una pequeñísima, ruin e ingrata sospecha.

La tengo desde ayer por la tarde, desde que me volvieron a la mente con exactitud —puesto que he escrito diligentemente varias páginas sobre ello— los sermones que me echó un tal capitán Cocito cuando dejó que me fuese para siempre, por suerte para siempre, lejos de sus atenciones. Y el hilo de aire que me ha venido soplando en la espalda durante todos estos años, un vientecillo gélido diría yo, que ha continuado susurrándome: «Por su bien, recuerde, por su bien...»

¿Será tal vez, doctor, que se conocen usted y aquel caballero, que se han puesto de acuerdo de algún modo? ¿Quizá un encuentro ideal que ha llevado a alguna forma de colaboración concreta por el bien de todos? Al fin y al cabo, todos estamos mucho más cerca de lo que nos parece, ¿no?

Vale, éstas son fantasías enfermizas, perdóneme, doctor. Continuemos.

La clave del problema es simplemente ésta: una vez llegado a Alejandría, aquel trozo de papel viejo no ha dejado de palpitarme en el pecho. No es fácil admitirlo porque, en la práctica, se trata de una declaración de enfermedad mental, con gran escozor del amor propio, pero es la verdad pura y simple: aquellas palabras me llamaban, me cortejaban, me atrevería a decir. Ni más ni menos que las poesías leídas en la playa, un puñado de versos que me llevé conmigo a Roma y me traje de Roma aquí. Además, ahora han estrechado una alianza de hierro entre todos —el viejo, obviamente él, el artífice, el arquitecto, el titiritero— y se han convertido en mi obsesión. O, si lo preferís, en mi lesión. ¿Se puede vivir cautivo de las palabras? Evidentemente, sí.

Hay personas fuertes y personas débiles, permitidme que lo diga. Hay gente que cuando el mundo caiga en pedazos seguirá en pie, silbando sobre una roca para atisbar si los mújoles están engordando ese año como deben; mirará arriba, verá el cielo estallar y sacará el paquete de cigarrillos, preguntándose si todavía le dará tiempo a echar una última caladita. Podría equivocarme, pero tengo la impresión de que Amos es de esta clase: sabe todo, comprende todo hasta en sus matices más sutiles, pero esto no lo atosiga; al revés, lo usa para añadir algo más a la tranquilidad que le sirve para preparar su exquisito té. No sé si me explico.

En cambio, hay gente que no sabe soportar el más ligero temblor interior, gente que se abandona a las sensaciones y al final resulta aplastada bajo el peso de su sensibilidad. Gente que necesita construirse sólidos andamios para sostener ese peso. Yo pertenezco a esta segunda categoría. ¿Qué puedo hacer?

Desde que mi padre se fue, mis cimientos comenzaron a resquebrajarse. Mis cimientos eran Alejandría, Ras el Tin, la playa detrás de los depósitos de cemento. Sufrí un ataque frontal contra mis defensas y cedí. Todo el resto de esta historia no es más que una retirada para ponerme de nuevo a cubierto, en busca de un lugar más seguro donde mantenerme un poco caliente. Y ya es extraño tener necesidad de calor en estas tierras.

Y aquel papel me latía sin pausa en el pecho. El viejo esperaba que lo usase con más provecho que él mismo, eso había escrito, y esa inmerecida esperanza goteaba obstinada sobre mi vida con la intención de horadarme por dentro con agujeros, grutas, galerías, donde reinan los de la oscuridad.

Y lo único que me parecía entender, de lo único que estaba íntima e infundadamente seguro, era que aquel nombre que aparecía escrito allí, en antigua pero firme caligrafía, tenía que ser mi nombre, el nombre de mi padre. Pascal, con aquella porquería detrás de la l, una mierda fósil de mosca o la huella de una antigua porquería de escribano, que impedía saber si faltaba algo o todo acababa allí. Pascal, que, si se tenía el coraje de raspar aquella mancha, podría muy bien convertirse en Pascale o seguir siendo Pascal, me repetía en mi interior.

Y lo que entendía un poco menos, pero era segurísimo —sentía estupor precisamente por el hecho de que fuese un dato inequívoco—, es que se trataba de una muerte; de un hombre llevado a la hoguera, quemado vivo. Un luterano, que pronto supe que quería decir simplemente herético o, todavía más simplemente, desobediente por razones de fe o por cualquiera de las razones por las que un hombre desobedece a un papa, a un rey, a una regla o a una ley.

Había sido convocado, lo percibía, al lugar de un incendio.

Estudié aquellos años; Dios sabe el tiempo que pasé con aquel asunto entre las manos. Para hacerme una idea de aquella hoguera y del hombre que terminó dentro con un nombre tan familiar para mí, estuve en El Cairo y fui a las bibliotecas extranjeras y a la de la Universidad Islámica. Recorrí las librerías y escuelas coránicas más prestigiosas. Hablé con los historiadores de todas las historias de Occidente y de Oriente, fui blanco de las burlas de los más insolentes y de las embestidas de los más tradicionalistas. Conocí todas las iglesias de Egipto, confabulé con todos los curas, imanes, pastores y monjes. Estuve más de treinta días en Abu Makar, el monasterio del desierto, y vi, sin poder rozar siquiera uno solo de sus valiosos manuscritos, la fabulosa biblioteca.

Dormí en el suelo de una celda cuatro horas por noche, nada de trato de favor para los huéspedes. Pan y dátiles, poca agua, mucho té, cordero hervido con cebolla y menestra de habas; sin la obligación de presenciar sus ritos -quejumbrosos como los cantos de las aguadoras nubias, si digo mi impresión-, pero con la obligación del silencio.

Allí comprendí que estudiar era un trabajo, no una prerrogativa de privilegiados. Un trabajo como reparar barcos o hacer el pan, para entendernos; no más ligero, ni más reconfortante. Un trabajo para el que se debe ser fuerte y tener el cuerpo entrenado no menos que para excavar canales, porque para trasegar con los libros, para esforzarse en meter dentro de la cabeza sus palabras, se consume energía por todas partes y no sólo en el cerebro.

Allí estudié libros que elegía mi curador, libros modernos, bien impresos, en lengua italiana, inglesa y francesa, las únicas lenguas que yo conocía, no las únicas lenguas de aquella biblioteca. Y aprendí algunas cosas de los pueblos de Italia y del resto de Europa en la época en que quemaron a Pascal. Y algunas cosas de los tiempos anteriores y de los tiempos posteriores. En aquel mes me hice una vaga idea de cómo habían sido las cosas en Europa en el transcurso de los siglos. Una idea que no me gusta. No me gusta que ésa sea mi historia — puesto que, lo quiera o no, de allí vengo—, la historia de las gentes cercanas a mi gente, la historia de los cristianos de Europa. Pero dejémoslo.

En aquel lugar tan santo que ni siquiera el agua se consideraba necesaria para los hombres que lo habitaban, aunque sí indispensable en cantidad suficiente para mantener la humedad de los libros que allí se conservaban, las lecciones de mi curador, un joven monje doctísimo en distintas ramas del saber y con la piel negra como un tizón, me iluminaron hasta encender mi cerebro como el culo de una luciérnaga.

Aquel etíope tenía más o menos mi edad y se llamaba Azena, como el gran rey abisinio de la antigüedad que conoció a los primeros santos de Cristo; flaco como un saltamontes antes de la estación verde, piel tersa que transparentaba la calavera, una sonrisa de dientes afilados que le daban aspecto de cepo a punto de cerrarse. Y un cepo era su conversación, siempre pendiente de

disipar las dudas, de acabar con las incertidumbres, de triturar los problemas hasta hacerlos digeribles también para mi modesta inteligencia.

Yo le había sido confiado para que no perturbase la vida del monasterio o, al menos, para que hiciese el menor daño posible. Abu Makar tiene una tradición de más de mil años de generosa y tolerante hospitalidad, y sistemas adecuados para reducir al mínimo las desgracias que de ella derivan. Pensaba que sería el guardián de mi celda y, en cambio, se convirtió en mi maestro en muchas cosas. Él, que era sacerdote de verdad, no tenía ninguno de aquellos comportamientos tan de cura de Rubén: tenía el don de enseñar sin engolar la voz; en una palabra: sin aspavientos. Cada vez que me hablaba, con firmeza pero serenamente, prendía en mí el desaliento al pensar cómo habría conseguido, a mi edad, saber y comprender aquella infinidad de cosas que sabía.

Aquel joven fue, por ejemplo, quien por fin me explicó qué era un azumbre de vino. Un gran vaso, eso era; una especie de jarra algo mayor que una de nuestras medidas para el agua. Una jarra de vino que le fue ofrecida al condenado, según los clementes usos de los suplicios administrados por mano católica, antes de que fuese encendida la pira. Un buen vaso de vino a la salud del alma que estaba a punto de irse al infierno. Eso me explicó el joven de Abu Makar y me puso el ejemplo de Cristo en la cruz y del vaso de vino que también le dieron a él. Sólo que aquél ni siquiera era bueno, estaba avinagrado.

Azena me hablaba de su religión, pero nunca me hizo mención de su fe, ni trató nunca de averiguar si yo era ateo, descreído o qué. Me consideraba un desafortunado, alguien que tenía que esforzarse más para apañárselas con el universo; así se expresó la única vez que entramos en el tema.

Cuando le enseñé la carta de Pascal, la cogió delicadamente con dos dedos por las esquinas y la llevó a una pequeña sala, como un taller, donde los monjes restauraban sus volúmenes manuscritos. Allí había un viejo generador que mantenía en funcionamiento un acondicionador de aire de modo que en aquello que podría parecer una especie de sancta sanctorum no reinaba jamás el silencio, sino un constante zumbido de motor y un ligero olor a gasóleo.

Allí extendió el papel sobre un banco —el papel permaneció en aquel banco durante el resto de mi estancia en Abu Makar— y me pidió que le dijera todo lo que sabía de aquello. Se expresaba en el italiano casi perfecto de los inmigrantes. Le hablé de mi padre, del viejo, de la anarquía y de todo, incluso de lo que sentía. Esperó a que yo terminase y después me preguntó en aquel tono de cepo que se cierra:

—¿Qué quieres saber exactamente?

—Pascal; creo que quiero saber quién es Pascal. Eso quiero, me parece.

—Dudo que lo consigas ni aquí ni en ningún sitio. Quizá en Italia, en el lugar donde se encontró este escrito, pero sería un trabajo para toda una vida. ¿Sabes más o menos cuántos heréticos, o supuestos heréticos, fueron quemados en Italia en aquellos años?

No lo sabía.

—Veinte mil, quizá treinta mil, tal vez incluso más. Quizá cuarenta mil. En cinco o diez años. Ningún historiador ha estado interesado en un balance definitivo de aquella guerra contra los hijos ilegítimos de Cristo. Mujeres, niños, hombres jóvenes y viejos. Quemados o ahorcados o enterrados vivos, ahogados. Y antes, torturados de las diversas maneras que podrás ver por tu cuenta en los libros que te daré. Los quemaron el papa de Roma, el emperador de Europa, los príncipes vasallos suyos, los santos de la Iglesia. Y a alguno incluso lo quemaron los propios hermanos de las víctimas de aquellas hogueras. Tu Pascal es tan sólo uno más. Seguramente no uno de los que hicieron algo importante, porque entonces lo conocerías.

»¿Crees que tiene algo que ver con tu familia, con tu pueblo? Tal vez, pero no lo sabrás nunca ni por un documento ni por una historia escrita. Pero si yo estuviera en tu lugar no me preocuparía. Ciertamente, Pascal, lo puedas probar o no, tiene que ver contigo, hasta tal punto tiene que ver que llegas a considerarlo un padre de tu padre. O un hermano tuyo, si lo prefieres. Pero no quiero explayarme en explicarte esto: forma parte de una charla que no tengo prevista contigo.

¿Pero por qué me dio el viejo esta carta? Evidentemente él sabe que hay una relación entre Pascal y yo, que debe de haber algo importante entre él y yo. Si no, ¿por qué?

En cualquier caso, eran las razones de un poeta, de un viejo, de un viejísimo poeta. Las razones de un hombre que está habituado a la poesía tienen que ser muy sencillas, y por esta razón parecen a menudo oscuras. A un poeta le basta una palabra, el sonido de una palabra, el sonido peculiar de una sílaba dentro de una palabra, para que se sienta tocado por Dios, o por algo igual de grande. Dios es la palabra; bueno, supongo que también lo es la anarquía. Es fácil que un poeta se deje ilusionar. De todas formas, creo que tú le fuiste simpático, porque esta carta es un documento importante, sea quien sea Pascal. Un documento que tu poeta ha sustraído a la posible investigación de los estudiosos. Un robo muy feo, si quieres mi opinión.

—Pero, en resumen, ¿por qué?

Porque el poeta es el ángel de Pascal y tú eres el último de sus hijos. ¿Te vale así? O quizá es él, precisamente, el ángel de todos los heréticos y tú también; dos ángeles: él, el viejo, y tú, el joven al que ha pasado las consignas. Yo creo que puede funcionar, ¿no?

Azena sabía cómo poner fin a las charlas.

Y como le resultaba simpático y teníamos la misma edad y, porque se nos había permitido, podíamos ser amigos, me permitía leer los libros que me prestaba en aquel taller humidificado, donde el aire sabía a mar y a gasóleo, y donde podía ver el escrito sobre Pascal siempre que me parecía. Y cuanto más leía y más me adentraba en la enloquecida historia de la gente quemada, más latía aquel papel sobre la superficie de madera donde, después de tantos siglos, la habíamos dejado descansar; y desde allí me llamaba.

Una mañana, el joven Azena me cogió de la mano su mano era firme y seca como su sonrisa— y me llevó al pequeño jardín de los mirtos, detrás de la capilla. En realidad, no era más que un pequeño patio rodeado por una baja balaustrada de piedra que servía de asiento a los monjes cuando querían pasar un rato, después del crepúsculo, disfrutando del intenso perfume de los

pequeños matorrales de aquella planta, que mantenían con vida en el terreno arenoso gracias a sus grandes artes botánicas.

No hacía demasiado calor y no había nadie en los alrededores leyendo o meditando. Azena me condujo a un punto de la balaustrada donde estaba posado un libro, un volumen encuadernado en negro.

—Mira —me dijo—, mira en el asiento al lado del libro. ¿Notas algo?

—No.

No había nada al lado del libro.

—Mal, muy mal. ¿Estás seguro?

—Sí que estoy seguro. ¿Qué pasa? ¿Es un juego?

—No, es una cosa muy seria. Muy seria para ti, no para mí. Así que toca la piedra y dime si notas algo.

Era cosa de tontos, pero Azena sabía imponerse. Parecía natural pensar, a pesar de su juventud, que cualquier cosa que dijese o hiciese fuese esencial. Quizá era por su extrema delgadez o por el destello seco de su sonrisa. Así pues, toqué la piedra.

—No, no hay nada y no siento nada. No hay más que este libro.

—Eso es sólo el resultado de un suceso, sólo una huella; esperaba que tu especial sensibilidad descubriera más. Yo, naturalmente, no he notado nada en la piedra. Y el libro lo he puesto yo hace poco.

—¿Y entonces? ¿Me estás tomando el pelo?

No, sólo faltaba. Yo soy tu curador, el hombre propuesto por mis venerables hermanos para acompañarte hacia la sabiduría y la fe, no hacia el ridículo. Sólo quería hacer un experimento. Tenía una idea que se ha demostrado infundada.

—Explícamela.

—Veamos. Hace unos diez años, en ese preciso lugar, tu poeta Ungaretti, el ángel de Pascal si estás de acuerdo, pasó tres largas tardes de meditación

leyendo ese libro. El libro era suyo y, antes de abandonar el monasterio, lo donó a la biblioteca. Pensé que su presencia habría dejado algún rastro, especialmente para ti. Bueno, debo suponer que sólo era un poeta. Los ángeles suelen dejar huellas indelebles donde se han posado, tanto en el Corán como en la Biblia.

Me senté junto al libro. Estaba seguro de que las palabras de Azena eran idioteces. Sin embargo, tengo que decir que durante algunos instantes estuve escuchando, alerta, para captar si la piedra le comunicaba algo a mi trasero. Por supuesto, no notaba más que su consistencia y la temperatura ligeramente más fresca que la de mi cuerpo.

—¿De verdad estuvo aquí? En Alejandría, los amigos de mi padre no sabían nada de eso; ni siquiera el tipógrafo Rubén, que es el más espabilado de todos.

Sí, estuvo aquí tres días. Me lo han contado los hermanos que lo recibieron. Se comportó como un buen peregrino: no molestó, no intentó robar libros. Sólo leyó lo que había traído consigo y, antes de irse, nos lo regaló. Es un libro interesante. Es la Biblia. No una Biblia común. Si tu Pascal leyó una Biblia en italiano, leyó ésta, porque es la primera biblia herética en lengua italiana de la que se tiene noticia. Un bello libro, muy sugestivo. ¿Tú has leído alguna vez una Biblia, sea la que sea?

Sostenía en la mano el volumen y comprobaba sus páginas de finísimo papel orlado de violeta, su suavidad al tacto, los caracteres antiguos perfectamente grabados. En la parte más o menos central, una mancha color café lo penetraba en profundidad; el papel y la tinta eran tan buenos que se podían leer las palabras incluso donde la mancha era más intensa. La encuadernación era de cuero gastado, pero conservaba aún algo de su olor característico. ¿O era el olor del viejo?

Mientras lo hojeaba poniendo mucha atención en no hacer demasiado ruido, pensaba en aquel otro libro, el libro de la playa. Mucho más pequeño y más estropeado, un papel más áspero y un olor diferente.

—No, nunca he leído la Biblia.

—Deberías hacerlo. Podrías encontrar cosas interesantes. Nosotros aquí seguimos encontrando cosas interesantes desde hace ya mil años. Cosas de los hombres más que cosas de Dios. La Biblia no es una novela, como sostiene algún estúpido para hacerla apetecible a otros estúpidos como él. La Biblia, si acaso, es un diario. Es la larga relación de una rendición de cuentas entre los hombres y Dios. El escrito que has traído tú aquí, el papel de tu Pascal, tiene mucho que ver con la Biblia; un teólogo un poco atrevido podría incluirla, sin duda, entre los libros inspirados, quizá inmediatamente antes del Apocalipsis. Sí, ahí estaría bien, un fragmento muy breve: el Libro de Pascal. Un libro profético y una nueva cuenta abierta. El compilador ha cometido un error teológico en la última línea, un gran error, aunque no es, por supuesto, el primero en la larga historia del Libro.

»Porque verás, Saverio, no es cierto que nadie se haya ocupado de recoger las cenizas de Pascal, las recogió Dios. Dios es el gran cepillo de las cenizas de los hombres, el gran colector de las cloacas humanas. Dios es el río que trata de limpiar la muerte de encima de los hombres. El gran misterio es por qué motivo no se ha puesto en serio a hacer lo único que se puede esperar de un dios omnipotente: la cancelación definitiva de las cuentas con el hombre. El hombre no tiene nada que ofrecer al universo excepto la muerte, eso lo descubrirías leyendo incluso sólo un poco de la Biblia.

»A propósito de este asunto, debo confesarte que tu historia ha despertado mi curiosidad y en estos días he intentado actualizar mis conocimientos, bastante superficiales, sobre la anarquía y otras cuestiones relacionadas con ella. Me ha sorprendido constatar que la anarquía no es más que Dios con ciertos problemas de identidad. Vosotros, los occidentales, sois maestros en el arte de complicar las cosas hasta volverlas inservibles.

»Pero la anarquía no es demasiado complicada, se parece a Dios. Se le asemeja sobre todo en su cualidad principal: es la vida que pide cuentas a los hombres de la muerte, les pide que renuncien a aquello de lo que parece que no pueden prescindir. Incluso aquélla, poco inteligente, se afana en un intento de liberar a la humanidad de su carga. No lo conseguirán, ni Dios ni la anarquía.

Me quitó el libro que todavía tenía en las manos y lo abrió por una página determinada, como si hubiese puesto una marca en ella, una marca mental, supongo.

—Aquí está: «Venid ahora, dice el Señor, y litiguemos. Cuando vuestros pecados sean como la escarlata, se volverán blancos como la nieve.» Dios litiga con los hombres desde que nacen. Querría poder hacerlos de inmaculada inocencia y se los encuentra rojos de sangre. ¿Acaso no es lo mismo que se obstina en esperar la anarquía? ¿Acaso hacen otra cosa sus profetas que litigar con los hombres? Atento, con los oprimidos no menos que con los opresores, con las víctimas no menos que con los verdugos. Las cenizas de Pascal reclamarán justicia entre las manos de Dios para toda la eternidad. Dios y la anarquía son los incansables —y algo estúpidos— diseñadores de lo que los anarquistas llamáis La Humanidad Futura. Una idea sin fundamento, vista desde aquí. Nosotros llevamos siglos preguntándonos si el nuevo mundo podrá salirle a nuestro Dios, tan envejecido por milenios de desilusiones, mejor que el creado en los años de su despreocupada juventud. Para la anarquía, si llega alguna vez, será el primer intento, pero ya son incontables las imitaciones y los falsos. No nos queda más que desear que al menos uno de ambos lo consiga.

Me tendió la mano para devolverme el libro; su sonrisa resplandecía como el cañón de plata de una pistola.

—Yo no creo ser anarquista.

—Paciencia, no importa. Algo serás antes o después. Puedes quedarte este libro mientras permanezcas aquí, por si quieres echarle una ojeada. Supongo que a tu poeta le habría gustado; no se toma café mientras se lee algo que no se ama de forma especialmente apasionada.

Y así, durante mi estancia en Abu Makar, también leí, junto a muchos otros libros, la Biblia que, además, encajaba perfectamente en el ambiente que me acogía. Y al leerla me aproximaba —lateralmente— a las razones de Pascal; a su cara y también a su lengua. Si Pascal era herético, herético era también el escritor traductor de aquella Biblia, contemporáneo, poco más o menos, de él. Leyendo aquí y allá, me gustaba pensar que la mía era la voz de Pascal y que

los pensamientos que encontraba escritos eran los suyos. Pensamientos hermosísimos a veces, pensamientos terriblemente humanos y tristes y valientes. No eran aquellas palabras que me confundieran, no era aquel el libro de la playa.

Era un discurso plano, a veces soporífero como una letanía, a veces duro y feroz como una asamblea revolucionaria, mucho menos que poesía. Pero siempre me resultaba extrañamente familiar, como si la lengua en la que estaba escrito, una lengua que había ignorado hasta entonces, un italiano antiguo de suaves inflexiones, casi tan dulce como el canturrear de joven, me devolviese a la lengua de mi padre y de mi madre. Aquella no era realmente su lengua y, sin embargo, en ella me sentía en casa.

La Biblia traducida por el profesor de lengua hebrea Giovanni Diodati le sonaba a mi oído interior como un largo relato escuchado en una noche de grandes hornadas, entre las artesas llenas de masa en fermentación, en el horno de Ras el Tin. Sin quererlo, me veía fantaseando con la lengua de Diodati que, de algún modo, podría ser la matriz de la lengua de mi familia, resonando desde Pascal hasta mí.

Leía la Biblia para relajarme de otras lecturas. Y cuanto más aprendía de la historia de Europa, más intuía la esencia del discurso de Azena en el patio de los mirtos. Y sentía la necesidad de escuchar a Pascal en mi voz. Sentado en la balaustrada apenas enfriada por el aire, sin percibir la huella del culo del poeta, pero notando que las páginas que me disponía a leer habían sido, en cierto modo, elegidas por él, escuchaba a Pascal profetizar. Su libro lo había encontrado casi de inmediato: era el libro de Isaías. El libro de la humanidad futura:

Saldrá un vástago del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará.

Juzgará con justicia a los débiles y sentenciará con rectitud a los pobres de la tierra...

Y la justicia será el ceñidor de su cintura, y la verdad el cinturón de sus flancos.

Y el lobo morará con el cordero, y el leopardo yacerá con el cabrito; y el ternero y el cachorro del león y la gran bestia estarán juntos, y un niño pequeño los guiará.

Y el libro de la rabia y del dolor:

El Señor llama a juicio a los ancianos de su pueblo y a sus jefes... ¿Por qué aplastáis a mi pueblo, y machacáis el rostro de los pobres?, dice el Señor, el Señor de los ejércitos.

Pero las profecías de Pascal estaban muy lejos de la parte del libro donde era más intensa la mancha, una redonda mancha de café viejo. Allí todavía se podían leer las palabras, a pesar de la pátina oscura, y se podía ver un pequeño círculo en lápiz alrededor del número del versículo, el versículo 16 capítulo 11 del Evangelio de Mateo. El café subrayaba las siguientes palabras inspiradas:

¿Pero con quién compararé esta generación? Se parece a los niños que se sientan en las plazas y gritan a sus compañeros; y dicen: os hemos tocado música y no habéis bailado; os hemos cantado tristes canciones y vosotros no habéis mostrado pesar.

No se veía bien, pero parecía que debajo de la palabra niños también había una marca en lápiz. Aquél debía de ser el libro donde el viejo escuchaba su profecía.

El día en que me fui de Abu Makar, Azena me abrazó y me bendijo. Rezó por mí en su lengua copta delante del gran portón del monasterio, en la luz y en el calor del desierto. Me preguntó si había sucedido algo en mi corazón durante aquel mes. Le repuse que sí. Me parecía que algo había pasado, aunque, casi con certeza, no me había convertido ni en anarquista ni en cristiano. Las cenizas de Pascal continuaban llamándome, unas veces a gritos, otras con susurros, en la lengua de Isaías con la cadencia del viejo Diodati. Deseaba con toda el alma llevarme aquel libro, aquella Biblia herética, que había pertenecido al viejo del puerto sepultado, al portador del documento de Pascal; robarlo y esconderlo bajo la camisa antes de irme de aquel difícil lugar de santidad.

No lo hice por debilidad de carácter, y menos mal, porque el apretado abrazo con que se despidió Azena habría revelado en mi pecho un grave pecado de gula difícilmente perdonable. Y en ningún caso quería, y tampoco lo querría hoy, terminar bajo la lama de acero de su sonrisa. He echado de menos ese libro, mucho. No tanto por sus historias, que lejos de Abu Makar se han ido borrando y desvaneciendo, como por su dulce lengua, por su voz pascaliana; por aquel tono familiar de las profecías de Isaías-Pascal que continuaba dentro de mí con el sabor del pan de mi padre.

Durante todo este tiempo he conservado el folio de Pascal —por fin he decidido llamarlo así, abandonando la tentación de añadirle una c— y lo he guardado con mucho cuidado en una carpeta de cuero que me regaló Azena. Pero, a pesar de eso, se ha ido deteriorando poco a poco. Las palabras, ya gastadas, desaparecen en una niebla de óxido rojizo, se acentúan los dobleces y se van tragando las letras una tras otra. La última vez que lo toqué tuve la impresión de que la trama del papel empezaba a deshacerse como la harina. Lo han tocado demasiadas manos, lo han mirado demasiados ojos, he sido demasiado generoso con todos esos estúpidos estudiosos, ávidos y vanidosos, que querían tenerlo en sus manos antes de emitir un juicio. A cambio, en ese tiempo me convertí en un experto —uno de los mejores de todo el Magreb, me atrevería a decir— en lo que al tema de cómo se moría en Italia en el Renacimiento se refiere. O mejor, de cómo y por qué se hacía morir, con todo el fascinante entorno de vida pintoresca que conlleva.

A propósito, nunca he hablado de ello ni con Rubén ni con Amos ni con ninguno de los otros. De Pascal, quiero decir. Seguí viendo a mis amigos tipógrafos, pero cada vez menos a medida que me abismaba —si la expresión os parece un poco fuerte, recordad que he resucitado de una embolia— en aquel pedazo de papel. Hablé con ellos de Roma y del comandante Cocito, pero no del viejo ni de su trozo de papel. De Cocito conté casi todo; sin embargo, no dije que todavía lo notaba —irracionalmente— en mis talones. Amos comprendió casi de inmediato que lo mejor que podía hacer era dejarme en paz; Rubén siguió un rato pidiendo detalles, respuestas, impresiones y visiones de con-junto. Lo comprendo, por supuesto.

Así fue mi vida en aquellos años. No he hecho otra cosa que rebuscar, rebuscar y rebuscar sin llegar a nada que no tuviera ya ante mis ojos: una lista de la compra para una ejecución. No llegué a nada que tuviese que ver conmigo, quiero decir. Pascal nunca llegó a ser más que aquel nombre manchado en la última letra. Y, sin embargo, nunca dejó de latirme en el pecho. Rebusqué en las palabras como si fuese a descubrir allí mi destino, ni más ni menos que como hacen los viejos derviches con las hojas de té. Busqué en los términos antiguos y en los errores gramaticales del amanuense quién sabe qué secreto. Y quedaba siempre y sólo aquel nombre. Y el sonido de la voz de Isaías que maldice a los príncipes de su pueblo y sueña la inocente humanidad de los mansos y de los justos.

No se recogieron sus cenizas. Exacto, nadie se adelantó, apagada la hoguera, a recoger las cenizas de aquel hombre. ¿Era ese tal vez el significado de aquel sepa usted usar mejor que decía la tarjeta del viejo? ¿Que alguien recogiese por fin sus cenizas? Pero el viejo creía en Dios y había creído también en la anarquía; se pedían cuentas de Pascal a Dios o a la anarquía, o a los dos juntos si tenía razón Azena.

¿Qué habría podido hacer yo? Un muchacho de Ras el Tin, medio ingeniero y medio historiador de las hogueras humanas, medio egipcio y medio italiano o, mejor aún, medio apuo y medio nada. Y todo lo que me quedaba del padre de mi padre era un viejo documento gastado que estaba convirtiéndose — también eso— en cenizas.

Después murió el viejo.

Se supo en todo el mundo y también lo supimos nosotros en Alejandría, en Egipto. Aparecía la noticia en todos los periódicos que cayeron ante mis ojos. Publicaban fotografías tuyas. En un diario francés se le veía realmente apuesto, con el pelo largo y barba, la cabeza descubierta y un grueso jersey oscuro de cuello alto, como un viejo marinero. En el pie de foto se decía que era una de sus últimas imágenes, pero a mí me parecía que lo reflejaba en la plenitud de su vitalidad vanidosa de duende.

Todos los artículos hablaban de un gran poeta, merecedor del premio Nobel, y algunos incluían poesías. Sin embargo, ninguna me parecía tan bella como las

que recordaba. El viejo había muerto y quizá no debería importarme nada. No me parecía que a primera vista hubiera una relación directa entre él en vida y las cosas que ocupaban mi mente.

Más aún, él me había pasado a Pascal y ahora podía desaparecer porque, si había algo que hacer, me tocaría a mí llevarlo a término. Algo que espero sepa usted usar mejor. En esas circunstancias, el documento de Pascal parecía un extraño legado testamentario. El viejo se había ido a la edad justa, con Dios, con la anarquía, con quien había querido. ¿Quizá con Mussolini? No, no creo, nunca lo pensé después de haberlo visto aquella noche en Roma, cuando se me apareció en toda su maligna inocencia de ginn.

En cambio, fue para mí un golpe terrible, casi de hacerme llorar, si no fuera porque no había llorado ni siquiera cuando se fue mi padre.

De esta poesía me queda aquel nada de inagotable secreto.

Había perdido el compañero de mi juego secreto, ¿puedo decirlo? Un compañero que no estaba nunca, que no era necesario que estuviese para que pudiésemos jugar juntos. Así pues, no lloré —faltaría más—, pero recorté la fotografía suya del periódico francés, la puse junto a su tarjeta y al documento de Pascal, y lo guardé todo en un cajón. De la noche a la mañana dejé de buscar, abandoné todas mis excursiones dentro de los libros: torres, montañas de libros que ahora me asfixiaban. Y me propuse hacer algo; hacer, no sólo leer o pensar. Dar un giro a mi vida, un cambio que produjese algo concreto, que se pudiese tocar y que, a su vez, pudiese ser suficientemente voluminoso para que fuese verdad.

Nunca como en aquel período he cocinado tanto y tan bien. Al amanecer ya andaba a vueltas por Alejandría buscando cosas buenas, cosas de sabores raros cuya preparación requiriese mucho tiempo y mucha atención. De alguna forma, esto me ayudaba a encontrar razones prácticas para pasar la jornada, pero no podía bastarme.

Tenía en mente algo así como un esfuerzo físico, un doblar el espinazo que me arrancase del sentimiento de abandono y de tristeza que ahora acompañaban como hermanos siameses el tenaz batir de las cenizas de Pascal en mi pecho. Y

cometí mi pequeño pecado. Pecado de presunción. Presuntuoso, en eso me convertí, envanecido por todas aquellas lecturas y por mi asidua asistencia a las bibliotecas.

Bueno, dicho en pocas palabras: me hice novelista.

Escribí una larga carta a Azena. No tuve el coraje de presentarme ante él con aquello que tenía todo el aspecto de una confesión. Una confesión de culpa privada y una petición de perdón dirigidas a un monje monofisita copto, que se oponía tenazmente a este sacramento típicamente católico. Una confesión no pedida, un perdón que nunca llegó. Llegó, eso sí, una respuesta del monasterio del desierto, pero telegráfica y sibilina: «Dios ya no soporta contar sus historias a los hombres. Ha venido su hijo, nos ha tocado la música más alegre y no hemos bailado, nos ha cantado las canciones más tristes y no hemos llorado.» Evidentemente, también Azena había encontrado el punto más profundo de la mancha de café dejada por el viejo para macerar las palabras de Mateo.

En mi carta le decía a Azena: ¿por qué no un relato que recoja aquellas cenizas? ¿Por qué no voy a ser yo, Saverio Pascale, quien lo componga? ¿Acaso no es tu dios Verbo? ¿Acaso no son las palabras lo que permanece de las esperanzas de los hombres? ¿Por qué no sacar fruto de todo lo que he aprendido, del tiempo que me queda, del vacío que me obsesiona?

Escritor de la historia de Pascal.

Tuve poca suerte: no he pasado de un par de capítulos. Además, para ser precisos, el que debería ser el último es el que probablemente fue primero. Al menos se me debe reconocer un mérito: pasado un cierto límite no he insistido. Ya, ya sé que ahora estoy escribiendo, pero eso no tiene nada que ver. Con esto intentan sacarme de la abulia extrema. La Remington que me está machacando los dedos tiene otra forma, pero en esencia es un gota a gota. Glucosa para mis venas. En el montoncito de folios que reposan tranquilamente a su lado no se esconde ninguna intención más elevada que la de sobrevivir. Escribo en un último intento de salvar la piel, tal como — honradamente, tenéis que admitirlo— expliqué desde el principio de este escrito. En cambio, aquello era algo de aspiraciones muy distintas, un querer

meter las narices en una vida no mía, desempeñar el papel del Ojo de Dios. Soberbia, así es como yo lo veo.

Me he hecho traer de casa mis papeles y aquí tengo mi obra maestra. Debería formar parte de mi historia clínica. Una veintena de páginas escritas a máquina. No con una Remington, una robusta, pesada y tranquilizadora Remington, sino con una pequeña Olivetti portátil que compré a un excavador de pozos maltés por cincuenta dólares, mucho para lo que se ha usado. Las teclas eran ligeras y fáciles de mover, pero no he escrito lo suficiente como para estropearme los dedos. Una página cada tres o cuatro días, una semana para releerla, retocarla, volverla a releer hasta la náusea. Trataba de construir algo concreto, concreto como un trozo de pan crujiente y perfumado y, en cambio, construía delgadas páginas de palabras, casi transparentes. Esa actividad no me aliviaba, no se parecía en nada a un gran salto hacia otra vida.

Hay un capítulo A y un capítulo B. El capítulo A es el último, aunque fue escrito primero. Durante varios meses pensé que quedaría como único: no lograba imaginar qué más podría añadir a mi historia de Pascal. En siete páginas he condensado la summa pascaliana, por así decirlo; todo lo que sabía y creía comprender de Pascal, en el momento de su final, obviamente. Quizá mi error fue comenzar por el final, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Pascal no es más que la lista de gastos de su muerte.

SAVERIO PASCALE

HISTORIA DE PASCAL

Capítulo A

El sol se pone ya tras las colinas del Quirinal y el viejo magistrado oidor ha decidido terminar con el asunto: está demasiado cansado y es demasiado experto como para albergar una sombra de remordimiento.

Sabe que ha hecho su trabajo a conciencia y sin ahorrarse esfuerzos razonables.

Seis días de interrogatorios chapoteando en la viscosa peste de la más abominable de las cárceles romanas, olvidadas por la piedad de Pío IV, podían considerarse más que suficientes para establecer la ferocidad del delito y la congruencia de la pena. Por otra parte, los interrogatorios habían sido favorecidos y mantenidos deseados, habría que decir, si no fuese inhumano— por la necia obstinación del reo. Si hubiese dependido de él, habría resuelto todo en un día, evitando a la Iglesia, al delincuente y a sí mismo inútiles blasfemias y sufrimientos.

El magistrado dirigió la mirada al inquisidor haciendo un guiño de autoridad y cortando, con un gesto breve y seco, el espacio de aire fétido que había entre ellos. El único punto débil de aquella causa, a su parecer, estaba allí y sólo allí, en la desconsiderada fuerza del inquisidor. La presencia física de aquel joven ignaciano le desconcierta y le preocupa. ¿Cómo es posible que no sienta la fatiga

y, sobre todo, cómo no se da cuenta de que todo está ya acabado, que no es posible sacar nada más de aquel bandido? ¿Creerá de verdad que se puede llegar al alma de un hombre —si es que queda algo de alma después de una vida de acciones perversas— abriéndose camino a fuerza de proposiciones, citas y argumentos?

Era un novato, ni siquiera tenía la piedad de un verdugo. Un novato insolente que no se da cuenta de que su palabrería es más cruel e inútil que la tenaza y el potro. Terminemos ya, insiste con la mirada el viejo magistrado oidor.

El joven inquisidor no se decide a aceptar tan autorizada invitación. Tiene ante sí el legajo de papeles procesales y trata de concentrarse en las actas de las últimas horas de interrogatorio. Juega distraídamente con la pluma, se ensucia las manos con la tinta protocolar, violeta y espesa. Se las pasa por la pechera y se da cuenta demasiado tarde de que ése es, precisamente, el peor sitio para limpiarse. Trata torpemente de arreglarlo y no hace más que empeorar las cosas. Ahora aparecen manchas de tinta por todas partes, en la mesa y en el papel. Su mirada desdeñosa se posa en el hombre sentado ante él, del otro lado de la mesa. Pascal tiene sueño. Pascal tiene, sobre todo, un sueño grande y despiadado. No tiene sed, no tiene hambre, desde hace un rato ni siquiera siente ya los dolores que le han atormentado en el tiempo transcurrido desde que cesó el suplicio. El algebrista le ha recompuesto todos los huesos del cuerpo con unos cuantos golpes secos, le ha curado con vinagre las heridas de las muñecas y de los tobillos; ahora sólo quiere dormir.

—Xavier —su voz es profunda y serena—, Xavier, deja que me vaya.

No es una súplica; la voz de Pascal resuena en el antro nauseabundo como una solicitud de licencia dirigida a alguien que podría ser un amigo, un compañero de armas. El inquisidor mira fijamente a Pascal con una expresión vagamente sorprendida, como si no le hubiese entendido; está pensando en castellano. Y no hay tiempo de hacerlo

con la coherencia, con el método y con la disciplina necesarios para, encontrar una vía de salida in extremis, un resquicio a un asunto que —lo sabe sin que se lo eche en cara ese viejo témpano de la curia romana— ha tocado fin.

Repasa los papeles. Una confesión completa, detallada, descarada obviamente; dictada por el reo con total consciencia, sin necesidad de innobles constricciones físicas. Pero él no está allí para obtener satisfacción de un herético; no basta con la hoguera de un luterano para dar satisfacción a su regla. Él ha sido colocado delante de aquel hombre para comprender. Hace tres meses que la Divina Providencia le ha encadenado a la prueba intelectual más dura de todo su noviciado.

Tres largos meses que no han dado ningún fruto. De abjuración ni hablar, por supuesto: esto lo había comprendido de inmediato. Sólo los muertos de hambre y los colegiales se humillan ante la clemencia que se les tiende. Sólo los intelectos habituados a la finura de la especulación se pliegan al miedo. Ese bandido no conoce la bondad del miedo ni la paz que se produce en el alma tras la remisión de los errores; su locura tiene la fuerza sobrehumana de un instinto. La perseverancia lúcida y obstinada en esa locura es de potencia diabólica. Pero ¿por qué negarse a la sensatez, a la vida, a la salvación, antes incluso que a la fe? ¿Por qué negarse al deber de vivir?

—Xavier, deja que me vaya.

El inquisidor echa una ojeada a Pascal y en un primer momento es como si no lo conociese. Después, un espasmo de dolor le recorre todo el cuerpo. Y en ese momento querría estrangularlo allí mismo, con sus propias manos; o, si pudiera, recomenzar desde el principio; o apretarlo contra sí y llorar por él y sobre él. Nada de todo esto es posible, y el joven soldado de Cristo comienza a temblar sin control. El viejo juez oidor conoce al dedillo los síntomas de una crisis histérica y sabe que eso precisamente es algo que no debe ocurrir.

Con habilidad, por medio de un único gesto amable y envolvente, se interpone entre los dos hombres, y esconde a los ojos del acusado la debilidad del acusador. Recoge el legajo de papeles desparramados por la mesa y los amontona delante de Pascal; con movimientos lentos y sencillos le tiende la pluma mojada en tinta.

—¿Esto es lo que quieres, hijo?

Pascal traza su firma en las voluminosas actas del interrogatorio, ocupando toda la anchura de la última página.

Entonces todo se precipita.

Un canciller se encarga de redactar la sentencia condenatoria. El juez para las Causas de la Fe suspende la cena y, tras haberse limpiado las manos cuidadosamente, estampa su sello y su firma en el auto, que son refrendados en el acto por el juez oidor y el inquisidor: sentencia de muerte, la ejecución será en la hoguera. El delito confesado es de herejía, lesa majestad divina y humana en las personas de Dios Padre, de su Hijo Jesucristo, de la Santísima Trinidad, del Romano Pontífice y del Emperador del Sacro Imperio Romano. Se le ordena al algebrista comprobar la integridad de las facultades físicas y mentales del condenado para poder proceder; igualmente, a los dos inquisidores cofrades de San Giovanni, que soportaban la espera en los bancos del oratorio contiguo desde hacía dos días y dos noches, se les ordena tomarlo a su cargo para los últimos auxilios y, asimismo, preparar lo necesario para el lugar de la ejecución, buscar un verdugo de cierta experiencia y llamar urgentemente a un confesor. La guardia anuncia la una de la madrugada desde el castillo.

Sobre un lecho de paja fresca, Pascal duerme tranquilo más de una hora. Sueñe o no sueñe, tiene la respiración pesada y densa.

¿Y el vino? ¿Estaba todavía en la cárcel de Tor di Nona y le ha pedido el vino al fraile que le susurraba incesantemente canónicas razones para una confesión salvadora? ¿O ha sido en el breve trayecto que lo

ha llevado de la cárcel a la plaza del Castillo? ¿O estaba ya colocado sobre los haces de leña, atado al palo, y ha dirigido su petición a los sacristanes que, delante de él, estaban marcando con la señal de la cruz las antorchas ya encendidas?

Quizá ha sucedido precisamente así. Ha pedido el vino con voz alta y clara, como se hace en la taberna, y lo ha dejado para el final, como si hasta ese momento no se hubiese acordado por las demasiadas ocupaciones. Pero no se ha dirigido a los esbirros del suplicio, sino a Xavier, inquisidor y pesquisidor, que, a caballo, se mantiene un poco apartado de las autoridades.

—Xavier, quiero vino. Por caridad cristiana, Xavier, un poco de vino para la sed de quien tiene el infierno preparado. Tengo derecho, Xavier.

Porque Pascal tiene miedo; su miedo ha esperado hasta el alba, ha dejado que las luciérnagas se fueran a dormir, pero después se ha presentado. Y ahora necesita beber vino porque, llegado este momento, ya no hay llanto ni plegaria ni fragor que lo haga pasar.

Y Xavier ha ordenado que se envíe a un mozo a buscar una medida de vino —que el pueblo de Roma llamaba foietta— y que se cargue en la cuenta de gastos. No hubo que esperar mucho y los sacristanes mantuvieron sus antorchas encendidas porque allí mismo, en las márgenes del Tíber, era todo un pulular de casuchas miserables que tenían hostería. Trajeron un vaso de un pésimo vino blanco que el tabernero, casi con certeza, había reforzado con trementina. Y se le ordenó a un soldado que subiera a la pira, desatara al condenado y le dejase beber cuanto quisiera. A no ser que fuera el propio Xavier, presa de su turbación y su tristeza, quien quisiera acercar el vaso al condenado. Si sucedió así ni siquiera fue necesario liberar las manos de Pascal. Desgarrándosele sus largas vestiduras entre la leña de la pira, Xavier dio de beber a Pascal su asqueroso vino. Lo hizo con delicadeza para que no se atragantase, y Pascal bebió a pequeños sorbos, concentrado en la espera de un aturdimiento, suplicando a

Dios que le enviase una pequeña y miserable borrachera. No podía llegar tan rápido. Y esto puede querer decir que, tal vez, los dos se hayan hablado. Pocas palabras bajo las atentas miradas de las autoridades que esperan, de la gente del pueblo que, mientras tanto, se había reunido en torno a la guardia y charlaba, comentaba y bromeaba sobre el asunto del vino y de quien lo había vendido.

—Vete en paz si puedes, Pascal.

—Tengo un miedo terrible del dolor que voy a padecer, Xavier, te maldigo.

Por último, el inquisidor secó con su immaculado pañuelo los labios del hereje, durante unos instantes fijó en aquellos labios una mirada tímida e interrogativa y, sin esperar respuesta, buscó la vía de salida a toda prisa, tropezando y arañándose la piel de las pantorrillas bajo las ropas.

El alba de las mañanas de mayo siempre trae consigo una suave brisa que se levanta en las orillas del río y se extiende por la plaza en ráfagas opuestas. Por esta razón cuesta prender el fuego en el corazón de la pira; sin embargo, la leña arde unas veces por un lado, otras veces humea y se apaga y, de pronto, se incendia de golpe por otra parte. Y de esta manera, antes de sentir el fuego lamiendo los pies, Pascal se intoxica con el humo, jadea, busca alivio a la garganta y se golpea la cabeza contra el palo del suplicio. La campana del castillo dobla a muerto. La llama por fin es viva y una lengua de fuego se eleva hasta el pecho de Pascal; un grito hace resoplar de miedo al potro oscuro de Xavier.

—Estrangúlalo, estrangúlalo, canalla —grita entonces la gente del pueblo, a la que no le gusta ver morir demasiado mal a uno que quizá es de los suyos—. Ese desgraciado no ha sido condenado al fuego lento; estrangúlalo, por amor de Dios.

Y la gente comienza a gritar junto a Pascal.

Y los gritos de la gente son insultos contra el verdugo; los de Pascal, sabe Dios dónde irán. Después, de improviso, la hoguera arde con fuerza, tanta que ya no se puede distinguir nada y su centro es sólo una mancha apenas más roja.

Fin

El capítulo B surgió mucho después y resultó aún más trabajoso que el primero. Lo que no conseguía era retroceder en la vida de Pascal, vestirlo con algo que no fuera el sambenito de condenado, darle —regalarle— una vida que añadir a la muerte que otros, muchos siglos antes que yo, habían decidido transmitir. El capítulo es el intento de comenzar su vida en alguna parte. ¿Y dónde sino en Carlomagno, el país de los lobos hechos esclavos, el pueblo de Giovanni Pascale?

Capítulo B

Eran los años del emperador Carlos. Malos tiempos para la gente en general y malísimos para los pobres diablos que tenían su suerte demasiado ligada a su fino oído. Carlomagno aún estaba lejos de aquella oreja, pero ya se descubrían por los alrededores signos de destinos terribles.

Clamores de acontecimientos lejanos resonaban en los silencios de los pantanos e intimidaban a los hombres en los pastos de la montaña con presagios y voces.

Guerras y convulsiones, la sangre de los justos derramada sobre la sangre de los cerdos. Príncipes y obispos más crueles que el demonio, santos degollados y niños ahorcados, jóvenes enterradas vivas: pero dónde, cuándo, a qué distancia de aquí. Sobre los tejados de pizarra de Carlomagno planeaban las palomas mensajeras; alguna se detenía, pero nadie del pueblo comprendía la lengua de sus mensajes. Hacía mucho tiempo que la Vía Romana ocultaba sus adoquines bajo el fango y los hierbajos, y eran raros los arrieros y

carreteros que preferían el pantano al fácil recorrido por la costa. Quien continuaba pasando por este camino quería hacer noche en otra parte y tenía pocas palabras y nada de simpatía por los de allí.

Transitaban por la Vía los soldados de los reinos y de las baronías, los cuervos de los diezmos, los romeros en peregrinación. Todos pasaban de largo. Cuando, errática y enloquecida por el excesivo botín, una banda de lansquenets del emperador Carlos recorrió la Vía sin rumbo fijo y alborotando se desperdigó por los campos recién segados, para beber y roncar el vino robado a los campesinos, la gente de Carlomagno no tuvo a bien bajar a mostrar algún signo de amabilidad a los emisarios del soberano del mundo. Fueron cerradas todas las casas y las familias se dispersaron entre las rocas. Aquella gente vestida con casacas amarillas como la bilis, provista de armas demasiado grandes para las manos de un cristiano les pareció demasiado aterradora. Horrible su agudo vociferar, que ningún espía de los que vendían pan y tocino salado consiguió traducir a un sonido humano. Pero al regresar de sus escondites, desaparecidos ya los lansquenets entre una polvareda de tierra seca, los hombres de Carlomagno se encontraron bajo los robles del antiguo recinto de reunión y decidieron entregarse como siervos al señor de Bramapane, alcalde de numerosos pueblos de los valles del otro lado de la montaña. Fue un gran dolor y una gran tristeza, pero les pareció una pena razonable y llevadera, previendo otras más intolerables. Nunca se había dado el caso de que la gente de Carlomagno hiciese un pacto de servidumbre con otro hombre o poder material desde que, en tiempos tan lejanos que no había piedra, teja o sendero del pueblo que pudiese dar testimonio de ello, se hizo acto de fe y sumisión al Dios del señor Cristo y a Juan, su Bautista.

Hijos del señor Cristo, se sentían orgullosos y nostálgicos. Amaban la cara opaca y carcomida de aquel descalzo de Palestina que les había llegado en una especie de tabla pintada, surgida de un gran milagro acaecido en tiempos remotos. Dulce rostro sin edad de un joven

peregrino de pies desnudos que besaban una vez al año —muy levemente hombres y mujeres para no borrarlo de la madera— haciendo votos por la resurrección después de la inmunda vida terrena.

Se enorgullecían de aquella relación filial y se arrogaban una predilección que creían que les correspondía por la certidumbre de ser sus hijos carnales, herederos directos surgidos del madero del suplicio del Gólgota.

Porque contaban con una minúscula cosmogonía propia, una canción de la estirpe, un evangelio de los apuos, transmitido de padres a hijos ignorando ciencia y doctrina, con un obstinado desdén por la posibilidad y las proporciones. Gozaban de un privilegio raro y gratuito: la libertad de los redivivos, garantizada por la desazón de los poderosos ante la oscura fuerza de los insignificantes.

Y aquel privilegio, o al menos sus manifestaciones exteriores, fue reconocido durante muchos siglos por los propios emisarios del Dios de Roma, aquellos obispos condes de Sarezzana, temidos en todos los condados de levante como consumados guerreros y represores de la desobediencia a los descendientes de Pedro. Éstos, del primero al último, acordaron graciosamente la potestad de Carlomagno sobre su propia fe. Este pacto de soberanía tuvo un precio. Y fue bastante alto. Cuando el primero de estos obispos tomó posesión de su diócesis, quiso establecer en la ciudad de Sarezzana su mesa episcopal, en su honor y en el de la madre del hijo de Dios, María. Decidió erigir un templo de inaudita majestad y belleza, capaz de aventajar en su magnífico esplendor a las cercanas montañas de mármol. Aquel obispo tuvo que recorrer en persona barrancos y ciénagas, trepar, apretado contra el cuello de su caballo, hasta la parte más alta de la colina de Carlomagno y pedir al pueblo que extrajese para él la piedra blanca atravesada por vetas doradas que sólo aquellos hombres salvajes, entre todos los pueblos del universo, sabían distinguir, picar y transportar.

La soberbia del obispo era desmesurada; la singularidad de aquella piedra tenía un precio inestimable en fatiga. Se hicieron muchas ofertas, se examinaron y después se rechazaron; a la amenaza de las armas se opuso un silencio obtuso y miradas torvas y aviesas que debieron recordar al obispo las viejas habladurías y los antiguos temores sobre aquella gente. Finalmente, se impuso en aquel hombre la astucia del conde sobre la arrogancia del sacerdote, y así, colocó sobre la balanza del trato una oferta astutamente sensata que a la gente de Carlomagno le pareció irrefutable. Esto propuso el obispo conde: que se concedería indulgencia extraordinaria a sus falsas y pecaminosas creencias, cuyo conocimiento había turbado las santas orejas apostólicas, y que la autoridad se comprometería a renunciar a la persecución de dichos usos. Por tanto, correspondería para siempre a la asamblea de Carlomagno la potestad sobre los cuidadores de sus almas, pudiendo elegir un cura párroco que de allí en adelante santificase aquellos parajes asilvestrados, la maldad de sus almas y la inmundicia de sus corazones, por autorización del vicario de Cristo en la tierra. Se sintieron llenos de una sorda alegría al sentir que colmarían la nostalgia de un padre lejano eligiendo como hermano a un hombre que vendría de tierras extrañas, cargado de la gracia y de la ciencia del Hijo de Dios. Entendieron que podrían elegir a un cómplice, alimentarlo y custodiarlo para que cultivase su fe secreta de hombres predilectos. Y, desde aquellos que acabo de mencionar en adelante, el pueblo de Carlomagno elegía al cura por su cuenta, reuniéndose en asamblea solemne y soberana y seleccionándolo —cuanto más fuerte y testarudo pareciese, mejor— preferentemente entre los que se encontraban en los castillos abaciales de los valles de Garfagnana.

Dos generaciones de jóvenes fuertes y de los maestros canteros más expertos se malograron picando en pozos lejanos y secretos, transportando la piedra por desfiladeros sin fondo. Murieron a centenares, y centenares de familias vivieron de la caridad del pueblo antes de que un hijo o un hermano creciese lo suficiente para heredar el pico y la maza. Cuando se puso fin a aquella larga y

penosa tarea y mil bueyes se llevaron los cien carros cargados del precioso mármol, Carlomagno se enorgulleció aunque ninguno de sus hijos pudo ver nunca la blanquidorada maravilla de Santa María de Sarezzana. Monseñor, el obispo conde, que se consideraba prudente, prohibió el paso y la parada a los hombres y mujeres de Carlomagno que no fuesen provistos de autorización previa.

Cuando hacía ya mucho tiempo que este precepto se había olvidado, a la escasa gente del pueblo que emprendía viajes lo bastante largos para atravesar la ciudad, aunque sólo fuese como etapa de descanso, todavía les parecía algo natural rodearla a través de un camino que iba por el monte y que ponía una pequeña colina entre el viajero y el ajimez del imponente campanario. Es bien sabido que en el transcurso de los siglos algunos espías del pueblo se atrevieron a traspasar el recinto amurallado con orden de contemplar la maravilla. Los intrépidos agentes se paraban delante de la gran fachada, algunos habían osado deambular por la nave hasta llegar al ábside que resplandecía de luz dorada; pero no dejaron en la memoria de quien los escuchó recuerdos asombrosos, emociones memorables o algo que pudiese justificar tanta piedra y tanto coste.

Todo esto se conoce por la canción que aquella gente hizo sobre dichos acontecimientos. Se trataba de un cantar confuso y, con frecuencia, renqueante en el terreno de la lógica y del sentido común; y quien conocía el comienzo de la canción a menudo no sabía el final, y así, había muchos comienzos y muchos finales para una sola canción, para una única historia. Sin embargo, todo esto era para ellos un gran orgullo, motivo de gran envanecimiento.

RELATO DE LA VASIJA LLENA DEL JUGO DE LA MUERTE DEL SEÑOR CRISTO, EL HIJO DE DIOS, Y DE LA RESURRECCIÓN

MILAGROSA DEL PUEBLO APUO DE CARLOMAGNO DE LA CARNE ATRIBULADA DEL ANTIGUO PUEBLO APUO. RELATO DE OTROS ACONTECIMIENTOS QUE SUCEDIERON DESPUÉS.

Por la mano de los siervos de Roma, el señor Cristo padeció en el Gólgota un gran tormento, y al final, de la sangre que le manaba del costado le brotó una vasija de límpida linfa que fue recogida a los pies de la cruz que era su tormento. María de Magdala mantuvo escondida aquella vasija colmada de licor divino, y cuando el Hijo se sacudió del cuerpo el barro de su muerte para volar lejos hacia el reino de la paz, ella estaba en su morada esperándolo.

—Vete —le dijo—, vete de esta tierra de perseguidos. Después saldará yo cuentas de la sangre de mis hermanos y hermanas, de mis hijos y de mis hijas.

María partió en una nave, y sólo llevaba consigo la vasija y calmaba el temporal en el mar echando una gota de linfa sobre las olas.

Y nunca sentía sobre ella la mano de la escarcha, ni la lluvia le tocaba los vestidos y el hambre y la sed se mantenían lejos de su cuerpo. Iba con ella Santiago; y Santiago, de pie en la alta proa, hablaba del Hijo a los delfines y a las ballenas y a las murenas; y los peces del mar escuchaban y llevaban a los profundos abismos la historia del señor Cristo en forma de pequeñas burbujas de aire. Ante aquellas noticias los abismos gemían y la rabia que los sacudía se convertía en terribles azotes para las embarcaciones de Roma, que se estrellaban contra los escollos y se hundían en la arena. Y la nave de Santiago y María navegaba y mantenía siempre el rumbo hacia poniente, mientras su estela era para la ciudad de Roma y para su soberbia un tormento de fuego y piedra, de fiebre y peste, de ejércitos y oprobio.

Cierto día de luz radiante, un delfín se abrió camino entre las olas plateadas hasta el casco de la embarcación y le dijo a Santiago estas palabras:

—Tú, que nos hablas tanto del señor Cristo, el Hijo, has conseguido que ese joven nos cautive. Ahora nosotros queremos recordarlo para siempre en este abismo marino y tenerlo siempre presente, porque esperamos ardientemente de la venida de su reino ser liberados del yugo de tinieblas que nos rodea desde que Dios dividió la tierra y el agua.

Por esta razón te pido que nos dejes un signo suyo que perdure cuando tú estés ya lejos de este mar.

Y Santiago respondió tristemente:

—Yo soy Santiago Boanerges, el hijo del trueno, predico con las manos y no tengo la sabiduría de mis hermanos, que conocen el arte de escribir los pensamientos sobre la piel de las cabras. ¿Cómo podría complacerte, delfín?

Y aunque yo poseyese ese arte, ¿quién de entre los habitantes de los abismos marinos, miserables e ignorantes de las cosas de los hombres, sabría mirar y comprender tal multitud de palabras escritas?

El delfín desapareció y cuando volvió tenía entre sus fauces una tabla de dura madera, arrancada a una nave de Roma por la tormenta y un largo pincel de cerdas de tejón y una gran concha marina. En la concha había depositado los polvos que reflejan los colores del cielo, de la tierra y del mar. Y en la noche estrellada, mientras los marineros descansaban en silencio y María velaba la vasija, el delfín montaba guardia junto a Santiago y guiaba su mano mientras éste recordaba y traía a la vida al Hijo por medio de suaves movimientos de pincel.

Los polvos se mezclaban con el agua del mar y penetraban en la dura madera, y Santiago veía surgir de su mano un joven de gran hermosura que le miraba con ojos negros y brillantes, mientras sus pies desnudos vagaban por el polvo del mundo. Al final de la noche, cuando el sol hubo devuelto a las cosas su luz y su sombra, María de

Magdala se acercó a la tabla que Santiago había puesto a secar, y todos los marineros junto con ella hicieron un corro alrededor de la tabla, y todos y cada uno reconocieron al Hijo de Dios, al señor Cristo, tal como lo habían conocido.

Y uno decía:

—Es Él, es el joven que aplacó mi hambre y me dio zuecos para los pies y vestidos para el cuerpo. Es Él, desnudo y descalzo y delgado.

Y otro, en cambio:

—Ése es el que salvó a mi hermano de la tempestad en el mar. Bendito sea por la vida de mi hermano y por todo lo bueno que hizo.

Y otro más añadía:

—He aquí al hombre que sublevó a las buenas gentes contra los verdugos. Fue Él quien redimió a los débiles de las injusticias sufridas con el filo de su espada forjada por los ángeles. Dicen que ha sido torturado y ajusticiado; ¿qué ha sido de Él?

Y aún más:

—¿Qué milagro es este que trae ante nosotros a un pobre joven que he visto morir con mis propios ojos? ¡He aquí ante mí al protector de las viudas ultrajadas, al sanador de la viruela, al generoso que todo lo perdonaba y le echaba en cara a la muerte la vida!

Y María de Magdala veía en aquel jovencillo desnudo al Hijo, arañado por las zarzas del Gólgota, atravesado por las lanzas de los soldados de Roma, fijado a una cruz con clavos. Y recordaba el vino envenenado con hiel que se le ofreció para confortarlo y su potentísimo último grito de dolor que había hecho descender la noche sobre los hombres y las ciudades del mundo. Y lloraba en silencio, mientras sus lágrimas resbalaban por la tabla y se convertían en pátina de oro sobre la figura del señor Cristo. Entonces, el delfín, con un rápido movimiento, tomó la tabla entre sus mandíbulas y se sumergió en el mar.

Por fin, la nave fue a embarrancar en una playa desde la que se divisaba una gran extensión de hierba y árboles atravesada por numerosos arroyos, de aire dulce y cielo cristalino. María de Magdala decidió buscarse allí una nueva casa y se encaminó con su vasija hacia la pradera. La seguía Santiago, el apóstol, y aquellos marineros que habían decidido dejar su vida en el mar.

Caminaron días y días por la llanura sin encontrar nunca hombres trabajando en los fértiles campos, ni muchachos que apacentasen las yeguas salvajes que, a su paso, huían en la espesura, ni casa alguna que no estuviese derruida y cubierta de maleza.

Y de día bebían la leche que María de Magdala ordeñaba a las cabras que acudían mansas a olfatear su vasija, y se alimentaban de las hierbas tiernas y sabrosas que crecían en los prados ahora sin arar. Por todas partes, entre la alta hierba y los grandes terrones encontraban huesos de hombres que todavía empuñaban en sus manos descarnadas espadas y lanzas, y llevaban en sus calaveras y en sus pechos vacíos cascos y corazas. Santiago, preocupado, temía por sí mismo, por María y por los otros hombres ante una tierra llena de muerte, pero María de Magdala era la primera en ponerse de nuevo en camino, y miraba todo sin temor.

Por la noche descansaban en un refugio de ramas y follaje, y María veía que la vasija reflejaba todas las estrellas del cielo y se dormía contándolas. Las estrellas, prisioneras en la vasija, cantaban una dulce música de nostalgia por el Creador del cielo, y aquella música embriagaba los huesos que no habían tenido jamás reposo; y ya en paz, dormían también los huesos.

Un día oyeron un confuso griterío procedente del horizonte y vieron alzarse una gran nube de polvo. Se envió de inspección a un marinero que regresó al día siguiente presa de una gran turbación. Contó que había descubierto detrás de una colina no muy alta una gran cantidad de hombres ocupados en muchos trabajos y fatigas que gritaban en lenguas desconocidas y que algunos incluso

cantaban, golpeando grandes mazas y picos sobre la dura piedra que difundía por el cielo su lamento. Y a causa del polvo que todo lo cubría parecían proceder de un único pueblo de piel gris. Muchos estaban unidos entre ellos con una cadena en los pies y transportaban cestas de tierra de un sitio a otro, como si quisieran excavar en la llanura nuevos valles y después levantar nuevas montañas en largas filas de más de cien hombres. Por todas partes estaban desperdigados soldados de Roma con los cascos adornados por espesas cimeras oscuras y con sus largas jabalinas martirizaban a unos y a otros, y había apostados centinelas en las lomas y en las colinas. Y muchos yugos de bueyes transportaban piedras bajo el restallar de los látigos, y repartidos por toda la llanura ardían hornillos y calderos con un hormiguitar de mujeres que cosían, cortaban, batían, freían. Pero también se veía a estas mujeres entre los hombres embadurnados de polvo, vendiéndoles agua, manzanas y tortillas de harina.

Dijo el marinero espía que en la cima de la colina, bajo una gran tela roja adornada con oro, estaba un hombre grande y gordo con las insignias del consulado, rodeado por más de una docena de jóvenes desnudas. Y por detrás de todo ello se extendía, hasta donde alcanzaba la vista, una línea de calzada adoquinada, realizada del mismo modo que la que él había pisado con sus sandalias entre Hebrón y Jerusalén. Entonces, a causa del miedo, María, Santiago el apóstol y los marineros empezaron a viajar de noche, escondiéndose por el día entre los juncos de los marjales hasta que terminó la llanura, y comenzaron a subir una nueva región de escarpadas montañas por estrechos desfiladeros de torrentes fríos y oscuros. María de Magdala llevaba siempre con ella su vasija, y Santiago charlaba con los marineros sobre las tierras, que habían visto por el mundo. Una noche llegaron por fin a la cumbre de una montaña donde se distinguían algunas cuevas en las rocas, entre las altas encinas y la maleza.

Las cabras pastaban silenciosas. Perros flacos y grises, con grandes ojos amarillos como los lobos, fueron sumisos a lamer la mano de María que sostenía la vasija.

—Aquí tendré mi casa —dijo y se sentó en medio de un claro de tierra iluminado por la luna. Llegaron entonces hasta ella hombres y mujeres, y pocos y asustados niños, horribles de contemplar por las bastas ropas de pieles y harapos, por las cicatrices que mostraban en todas las partes de su cuerpo, por la mirada y la delgadez extrema y el andar cauteloso igual que el de sus perros, como sus perros parecidos a lobos. Al mirarlos, María de Magdala pensó en sus hermanos y en sus hermanas y les dirigió dulces palabras. Los demás veían miradas salvajes y grandes palos en las manos de los hombres, escuchaban una lengua dura y desconocida y temían por sus vidas. Pero aquella gente se reunió en torno a María de Magdala y escuchó sus palabras.

—Sois gente triste y desgraciada —les dijo mirándolos uno a uno con piedad. Este lugar es estéril y la muerte está presente en todos los rincones. Veo lágrimas en los párpados de las mujeres y no hay alegría en estos niños.

Los hombres sufren su odio y les tiemblan las manos mientras sostienen los palos. Mi dulce amigo el señor Cristo, Hijo de Dios y hermano de todos los seres que tienen vida, fue asesinado por la mano de vuestros mismos torturadores y padeció un terrible suplicio para redimir el dolor de todos los atormentados de mi pueblo y de todas las gentes de la tierra.

»Si muero, renaceré y mi vida será tan resplandeciente que todos los muertos renacerán conmigo, porque mi dolor alivia todos los dolores y mi muerte anula la muerte. Así habló, así se cumplió, tal como anunciaron nuestras antiguas profecías. Sus palabras estaban llenas de un amor inmenso y él mismo despuntó su espada para no atentar contra la vida de sus perseguidores; a cambio sólo recibió de ellos ofensas y persecución.

»Ahora mi tierra sufre bajo el manto de una noche eterna, mientras Él ha volado lejos del dolor de esta vida y está preparando para mí y para vosotros un reino de sosiego en la tierra, donde todas las criaturas alcanzarán la paz en la bondad y en la abundancia. Yo lo esperaré aquí con vosotros porque donde hay dolor y humillación se prepara la venida de su reino. Por eso quiero ofreceros lo que Él dejó.

Y dicho esto, bautizó a todo aquel pueblo destrozado con la linfa divina manada del pecho del señor Cristo. Y desaparecieron las cicatrices y se curaron las llagas. Y la oscura lengua de aquellas gentes fue comprendida por María de Magdala, por el apóstol y por los demás hombres llegados de Palestina, y los niños empezaron a jugar, y las mujeres, transformadas y con el semblante alegre, tomaron a sus hombres y gozaron con ellos.

Y después de los meses precisos nacieron los hijos destilados del costado del Hijo de Dios y fueron fuertes y sabios y alegres.

Y así se fundó el pueblo de Carlomagno a partir de aquellas primeras cuevas, mientras Santiago, el discípulo, después de haber narrado a toda la gente lo que conocía de la vida y de las grandes obras del señor Cristo, partió con sus marineros hacia tierras desconocidas. Llevaba consigo la concha que el delfín le había sacado de los abismos marinos y con ella recogía milagrosamente comida y bebida.

Pasado cierto tiempo, los hombres de Carlomagno construyeron una pequeña casa de piedra con la forma de sus antiguas cuevas y colocaron dentro una piedra cóncava siempre llena de agua purísima; y con aquella agua se bañaban en un determinado día cada año, para recordar el agua divina de María de Magdala, que les había hecho renacer de las antiguas tribulaciones. Eligieron entre ellos a un hombre como guardián de aquella casa; aquel hombre era el suministrador del Agua del Recuerdo, y tenía el deber de conservar

en su corazón la memoria de todas las vicisitudes del señor Cristo y del reino que habría de llegar.

Y esto le parecía a la gente algo bastante bueno para la suerte del pueblo de Carlomagno. Sucedió más tarde, transcurridos muchos años, que un día, un hombre llamado Giró, conocido por todos en el pueblo por ser un hombre bueno y apreciado, se acercó temprano a los marjales para hacer su trabajo, que consistía en pescar ranas. Y como tenía necesidad de una gran pesca por la inminencia de la fiesta de san Juan, caminó todo el día hasta llegar al pantano oriental, que recibe el agua del mar. Era el mes de junio, que templea el agua e hincha de amor la garganta de las ranas. Al atardecer, en medio de aquella algarabía de ranas enamoradas, Giró se durmió rendido de cansancio a orillas de una ciénaga. Cuando su sueño era más profundo, fue cogido por una mano invisible y sumergido en el agua de la ciénaga; y durmiendo, se puso a nadar. Transcurrió toda la noche mientras él vagaba por el fondo de los canales sin salir nunca a coger aire, hasta que llegó al mar cuando el sol comenzaba a iluminar sus profundas aguas. Entonces fue atraído por un gran resplandor al fondo del abismo, y en medio de los innumerables peces y demás criaturas que pueblan los mares, se le apareció un joven de vivísimo aspecto, que le sonreía entre reflejos de oro. El pescador de ranas Giró se quedó deslumbrado y aturdido. Cuando se recobró, yacía en la orilla de la playa y tenía a su lado una gran tabla de madera durísima con la imagen del señor Cristo descalzo en la tierra de Palestina, tal como la pintó el apóstol Santiago por orden de un delfín.

Y llevó la imagen al pueblo de Carlomagno, y toda la gente fue a verla y se inflamó de un gran amor por la pintura. Y todos reconocieron al Hijo y lo condujeron a la casa dedicada al Recuerdo, para que descansase de su largo nadar por los abismos y perseverase en el propósito de preparar el reino de la redención y de la paz para todos los atribulados.

Se contaban todas estas cosas y otras muchas para hacerse compañía durante los grandes calores del verano y los grandes fríos del invierno, en la fatiga excesiva y en el ocio indolente. Y cuando llegó hasta ellos la Iglesia de Dios, y el obispo del papa romano quiso estipular un pacto en el nombre del Hijo, creyeron que el reino del señor Cristo había comenzado y que se llevaría a cabo la venganza contra los antiguos perseguidores. Se sucedieron muchas generaciones y tuvieron que elegirse muchos párrocos que con paciente indulgencia les explicaran que aquellos tiempos no eran aún los prometidos y tampoco había en el mundo signos que revelasen la inminencia del reino de paz y alegría.

Si tardaron en comprender o renunciaron a hacerlo, no viene al caso; queda el hecho de que para ellos, que no escuchaban, fue fácil volver al Recuerdo antiguo, y el cantar de Carlomagno se mantuvo vivo y se fue complicando cada vez más. Y los párrocos redondos y prudentes, aunque siempre terminaban oyendo alguna blasfemia que atentaba dolorosamente contra su doctrina, se mostraban diligentes para apartar la oreja.

Así vivía miserablemente Carlomagno, arando canteras de mármol, sembrando en las piedras, apacentando cabras agrestes y extrayendo vino agrio, arrullando sus insignificantes vidas en el regazo de sus pacíficas locuras. A nadie le apetecía ir a perturbar el sueño de los lobos. ¿Para qué?

Bien, eso es todo. No he sido capaz de hacer más ni mejor. Me levantaba pronto todas las mañanas y me sentaba a la mesa con las mejores intenciones. Primero releía. Este pequeño texto me gustaba, me gustaba cada vez más. Lo encontraba, cómo diría, a la altura de las circunstancias. Era ni más ni menos que el pedazo de papel del viejo hecho carne, a ver si me entendéis. Cambiaba una coma, colocaba una preposición y lo volvía a copiar: usaba el lápiz para corregir como un cincel de orfebre, un orfebre que continúa hasta el infinito retocando su única joya.

Más tarde, la idea de añadir un relato me pareció sensacional. Había inventado un personaje hiperbólico, el coro de Carlomagno, que contaba aquello que sólo sus componentes podían conocer y tenían el derecho de decir; una extensión de la historia que la liberaba de la angustia de los personajes individuales.

Me levantaba con el folio en la mano, como si fuese una partitura, y lo declamaba en voz alta, mirando hacia la ventana que daba al callejón. Me rendía ante aquel golpe de genio y me preguntaba hasta dónde podría llegar. La respuesta no tardó en venir: hasta allí y se acabó. Era un novelista apeado. ¿Qué había pasado?

Escribí una vez más a Azena, y él, en esta ocasión, fue pródigo en explicaciones. Le había preguntado: ¿Por qué las historias son tan fatigosas? ¿Por qué las palabras que tenemos dentro nunca bastan? ¿Por qué, por ejemplo, no me bastan para Pascal? ¿En qué me equivoqué? ¿Dónde me he metido? Y él me contestó:

Querido Saverio:

Te has olvidado (?) de enviarme el texto del que me hablas en tu carta.

Debes considerarte un escritor muy afortunado y muy capaz. Te lamentas de haber concluido tan sólo el primero y el último capítulo de la historia que intentabas narrar. ¿Y bien? ¿No te parece este un resultado excepcional?

¿De cuántas historias humanas (por no mencionarte a ti —ateo o lo que seas— las divinas) crees que se ha podido contar el principio y el fin? Ta gran mayoría de las historias y de los destinos— están mancas de una parte o de otra, de muchas se ignoran ambas. Supongo que tú estás descontento porque no consigues conjugar las dos partes con —perdóname la expresión— un relleno, eso que en otros términos podríamos llamar la trama.

Pero este relleno no se pliega fácilmente al deseo de un joven y valiente escritor. La vida de Pascal, como la vida de cualquier hombre, se desarrolla muy lejos de su principio y de su fin. La vida no tiene sólo palabras, nunca se ha

contentado con el Verbo, desgraciadamente para nosotros los de Abu Makar, que sólo del Verbo entendemos, al menos un poco.

De nuestras conversaciones me había parecido entender que tú buscabas el porqué de Pascal, su destino, las razones de todo lo que tenía relación con él. Así pues, conténtate con los dos capítulos; son lo esencial. El resto le pertenece a él y a él no se le puede traer hasta nosotros simplemente con las palabras y las razones: hay que ser muy íntimos de un hombre para participar en su relleno. Se necesita más que una seria intención incluso sólo para ver a un hombre vivir; para eso se necesitaría la fraternidad. Y entonces entramos en el mundo del alma, ambiente para el que tú estás poco preparado y en el que no te mueves con competencia.

Tu insatisfacción está, pues, fuera de lugar. Siéntete feliz por lo que has hecho, porque nadie dice que un buen escritor tenga que hacer un libro voluminoso.

Te saludo y te bendigo en el nombre del Señor,

tu hermano Azena.

La carta de Azena no me confortó, pues nunca conforta la verdad. Ahora sé que, aunque en su estilo monacal, tenía razón. Yo trataba de escribir como si Pascal hubiese vivido para mí, para poderlo reconocer.

Aquellos dos capítulos releídos ahora, desde la perspectiva de esta cama de hospital, me producen una gran ternura, yo mismo me enternezco por mí. Miro el montón de folios y pienso: ahí están los calzoncillos sucios de mi inteligencia. Queda algo bueno y reconfortante: la lengua de aquellos folios me recuerda la lengua tan familiar de la Biblia del viejo. Algo de aquel libro que sólo pude tener unos días ha permanecido para hacerme compañía.

¿Tenía conciencia de la variada naturaleza de mis errores cuando cogí la pequeña Olivetti y me fui a revenderla al puerto? Puede ser, o tal vez simplemente me faltó la fuerza para seguir adelante, o para volver atrás, visto que yo estaba firmemente encadenado al primero y al último acto. Y justo en esto, en la imposibilidad de tener una historia que uniese dos puntos tan

distantes entre sí, no podía dejar de ver algo que tenía relación con mi destino. No sé dar cuerpo a las palabras, pensaba, no sé dar cuerpo a mi vida, como no lo consigo con la de Pascal. No importaba lo que pensase Azena, yo me quedé muy mal a causa de mi obra inacabada; tan mal como para no regatear siquiera por el precio de la máquina de escribir a un acaudalado estudiante de la escuela coránica, que me la compró por la mitad de lo que había pagado yo pocos meses antes. Como ya he dicho, hay personas fuertes y personas que no lo son.

Quien tiene necesidad de dar marcha atrás, de retirarse —como dicen los militares— a nuevas y más seguras posiciones defensivas, sabe que demasiado equipaje sólo sirve de engorro. De la noche a la mañana dejé de ser el escritor de una única historia inacabada: sin lamentos de ninguna clase, incluso olvidando, tras unos días, cómo había sufrido y trabajado. Evidentemente tenía demasiada prisa por encontrarme un refugio.

El fondo del mar, hay que reconocerlo, no está nada mal como lugar donde encontrarse tranquilo. Y fue allí donde me lancé, al fondo del mar de Alejandría.

Cuando comencé, sólo pensaba que era una lógica prolongación de mi gusto por nadar, un nadar más allá, más intenso y, al mismo tiempo, más plástico. Un estilo global de natación. Y en efecto, así fue en la práctica. Hasta el día del incidente, nunca usé escafandra ni botellas de aire. Prefiero la apnea, es más, la considero norma esencial de las inmersiones.

Se afronta el agua en igualdad, con las mismas armas, sin trucos. Bajas como una pescadilla o un cachalote, con lo que tienes en tus pulmones y basta. Entonces sí puedes afirmar con razón: éste es un sitio mío. ¿Sólo puedes hacerlo durante dos minutos? Vale, quiere decir que es tu sitio durante dos minutos. Para una enorme ballena, el mar es su sitio durante veinte minutos, para un boquerón es su sitio durante un año, pero sólo es una diferencia cuantitativa. Es la esencia, la calidad subyacente, la que cuenta en la vida, creo yo.

Después de un año sabía permanecer en apnea durante casi tres minutos, un gran resultado. Había gente que venía al dique para verme emerger de fondos de más de veinte metros. Algunos apostaban, estoy casi seguro.

No es fácil contar lo que experimentaba. Cuando tienes en los pulmones once o doce litros de aire eres, de verdad, físicamente distinto. No sólo eres más ligero, sino en cierto modo más grande, aunque no sea algo visible, porque tu dimensión mayor es interna. El tórax no se puede dilatar más de una cierta medida hacia el exterior, pero internamente el efecto de los pulmones inflados de aire es mucho más que una sensación: conciencia de ligereza y amplitud. No hay danzarina del vientre, ni la más experta de El Cairo, que pueda rivalizar con la gracia de un buen apneísta en inmersión.

La tendencia a salir a flote del cuerpo humano lleno de aire es sólo cuestión de los primeros metros, después la presión del agua crea un equilibrio perfecto y el esfuerzo para descender resulta casi nulo. Es en este preciso momento cuando hace su aparición algo extraordinariamente bello y terriblemente peligroso: la euforia. Así la llaman los médicos que estudian estas cosas: euforia. Yo la llamo mi parte de Dios. O, según el humor, mi parte de anarquía.

Hay una explicación fisiológica, pero no es ese el tema. Lo que cuenta es el efecto, y el efecto es que, cuando estás bajo diez, doce metros, y ha pasado ya un minuto, tú eres realmente un trozo de mar, un trozo provisional, que sólo por un decidido acto de voluntad puede dejar de serlo, porque ya nada te empuja hacia arriba, hacia la tierra y el aire, sino que un movimiento dulce y universal te presta las alas de una manta raya y te lleva muy despacio más y más abajo, a la otra tierra, al continente de abajo.

Cuando esto sucede, la reserva de aire de tus pulmones, ahora pobre de oxígeno, se combina con algo que segregan las glándulas o qué sé yo, y de ahí resulta una mezcla parecida a una droga. Te sientes feliz e infinito, totalmente feliz, totalmente libre. Yo solía elegirme un lugar en el fondo, un estupendo lecho de suaves algas, con algunas piedras donde anclarme, y permanecía inerte, sólo mecido por la ligera corriente que cosquillea dulce los fondos marinos, observando el continente de abajo. Mirar hacia arriba, hacia la luz

que se filtra, hacia la otra parte del mundo, con todo lo que sabes que allí hay, te produce el vértigo de una irremediable lejanía.

¡Oh! Ahora eres sólo agua; el cuerpo, sin la protección de telas especiales y gomas, se ha enfriado lo bastante para no sentir ya la diferencia de temperatura. El aire que tienes dentro de los pulmones inmensos ya no cumple bien su función de nutrir la consciencia del cerebro. Eres más estúpido que los peces que ves pasar, y los peces no se apartan ni huyen despavoridos: saben que ya no eres un depredador carnívoro.

Aún tienes un minuto, quizá cincuenta segundos, y ningún reloj para contarlos. Pero tu consciencia está en otra parte, no en el tiempo. Siempre me he asombrado de esto, de cómo allá abajo no existe el tiempo nuestro, sino algo que nunca he entendido: el tiempo de Dios, mi parte del tiempo de Dios, y algo de su ser en todas partes y en todas las cosas. Inmóvil, tendido en el lecho de algas, acaricias el dorso de una salpa que mordisquea las hierbecillas, con los ojos fijos en una murena que asoma el morro en su escondrijo y te muestra orgullosa su horrenda dentadura.

No sé cómo he conseguido volver en tantas ocasiones. No ha sido espíritu de supervivencia ni nada de ese tipo. Nunca he sido consciente de pensar: «Venga, o vuelvo arriba o me muero, es mejor volver.» Si hubiese podido elegir, creo que me habría quedado todas las veces; pero siempre alguien desde algún sitio dentro o fuera de mí me daba un empujón en las aletas que llevaba en los pies y mi cuerpo iniciaba la subida. Sin prisa, con la pena de dejarme atrás mi parte de Dios, mi parte de anarquía, mientras la dulce inconsciencia comenzaba a transformarse en una sorda quemazón en el pecho.

En los últimos metros, cuando la luz se volvía tan fuerte que me molestaba en los ojos, hinchados como los de un sapo e inyectados en sangre, y los pulmones eran un puro grito de dolor que me terminaba de despertar, sentía ya la nostalgia de bajar otra vez. Y me impulsaba hasta no poder más hacia la superficie, para no morir allí a medio camino, para poder llenarme de nuevo de aire y recuperar las fuerzas para bajar de nuevo.

Nunca me ha pasado nada. He llegado a conocer los fondos tan bien como las callejuelas de Ras el Tin, quizá mejor. Nunca he hallado nada distinto de lo que encuentran los pescadores. Sobre todo, nunca he encontrado una sola piedra o un pedazo de hierro que pudiese formar parte del legendario puerto sepultado.

El accidente me sucedió cuando quise cambiar las reglas del juego, cuando quise hacerle trampas a aquel mar sereno que nunca me había hecho nada malo.

No sé qué me pasó. Me había procurado los mapas submarinos que habían hecho los ingleses en los primeros años del siglo, mapas que nunca habían servido para encontrar nada de interés, y me puse a hacer planes de búsqueda, cálculos; absurdo. Quizá simplemente quería poner fin a la historia con un gran golpe de efecto. Me puse la escafandra y las botellas y descendí. Demasiadas cosas encima, demasiadas cosas que recordar, muchas llavecillas bajo control, atención al reloj. Y adiós a la ligereza.

Mientras me sumergía y después en el fondo, me di cuenta de que movía demasiada agua y de que con las descargas de las botellas creaba turbulencias y ruidos que espantaban a los peces; además, las botellas eran tan pesadas y voluminosas que las algas se enredaban en ellas. Hasta las murenas se ocultaban entre las rocas. Sí, sí, es cierto, una sola de aquellas inmersiones equivalía a veinte en apnea, pero no estaba viendo nada que no conociese ya; me enemisté con las salpas cuando traté de tocar a una, y luego a otra y a otra con mi mano enguantada en goma.

Y la euforia, mi parte de Dios, la experimenté sólo un instante, cuando ya me había dado cuenta de que había hecho mal el ascenso —demasiado deprisa, demasiado deprisa—, y un dolor muy agudo me sacudió todo el cuerpo y me dejó sin esperanzas. Fue cuestión de un segundo o dos, después me desperté en el hospital del doctor Modrian.

Y aquí termina mi historia. Sólo me queda desvelar el arcano de mis sueños.

SEGUNDA PARTE

EL LIBRO DE PASCAL

Naturalmente sueño con Pascal.

Sueño con todo aquello que no logré escribir en mi historia de Pascal. Lo que hay dentro de la vida de Pascal antes de su muerte, lo que hay de Pascal en Carlomagno. El relleno, como decía el monje negro Azena. El asunto también es sorprendente para mí y, sobre todo, me produce una fastidiosa sensación de malestar. Ya no tengo el viejo papel palpitándome en el pecho, sino al propio Pascal y a Carlomagno y a un montón de gente y una enorme cantidad de paisajes que me estorban y me rebosan, y se acumulan en mi pecho, o en mis prerreuerdos, o donde creáis que reside la consciencia. O en el alma.

¿Estoy endemoniado? ¿Una víctima de las despiadadas bromas de los ginn del desierto? En mi corazón me siento libre. Liberado de un doloroso vacío. Los sueños llenan mi vida. Sé que es un contrasentido, de ahí procede mi desazón. Se trata de una vida nocturna, oculta e indiferente a los aspectos prácticos de las relaciones sociales y a cuanto hay de bueno en estar con los demás. Sin embargo, existe algo que me mantiene siempre caliente. Es extraordinariamente parecido a las experiencias vividas en las inmersiones, en mi sitio de dos, entre los fondos marinos de la bahía a veinte metros de profundidad.

¿Puedo decir que mis sueños son ahora mi parte de Dios, mi parte de anarquía, que son ese estado entre la consciencia y otra cosa —un estado bastante peligroso, lo sé— que los médicos llaman euforia? Juzgad vosotros.

¿Os acordáis de Amín, el Fiel, aquel que conocí en Siwa; el prófugo del Sinaí que con su familia y sus compañeros de huida se estaba haciendo su casa entre los monumentos del cementerio? ¡Estaba tan satisfecho de su nuevo acomodo! Sin embargo, iban a vivir entre muertos y se harían hueco, supongo yo, apartando a un lado los huesos y las momias de las tumbas deshechas. ¿Por qué iba a entristecerme yo si trataba de hacer mi vida teniendo como casa de la que partir sólo la gran y variada necrópolis de los sueños? ¡Oh! Ya sé

que es una retirada. Sería hermoso soñar con los ojos abiertos, soñar de día, soñar mirando al mundo. Pero aquí, en Alejandría, Egipto, es algo que sólo he visto hacer a los fumadores de opio y a los compañeros de mi padre, los libertarios del Diwan Nabil. De intoxicarme con opio ni hablar, para eso me habría quedado en el fondo de la bahía; de lo otro, de los sueños de anarquía..., ¿dónde ha ido a parar la vieja tía? Lejos del fondo marino, mi querida tía no me habla, nunca se deja ver. ¿Dónde está la anarquía? ¿Dónde se construye la futura humanidad? Yo, aquí, no soy anarquista, no soy la futura humanidad.

Puedo conceder incluso que estar contento con los propios sueños nocturnos es peor que una retirada, es una enfermedad. Si estoy siguiendo con tanto celo la Remingtonterapia es porque lo sé y me quiero curar.

Sueño con Pascal, sueño con Carlomagno.

Los sueños no tienen un estilo como pueden tenerlo una novela, una película, un cuadro; a veces ni siquiera tienen colores, ¡cómo van a tener forma sintáctica ni nada parecido! Y cuando los relatas, los sueños no son ya sueños, se convierten en relatos, en historias más o menos raras dependiendo de cómo las recuerdes y cómo las reconstruyas con tu estilo, con la forma de tu consciencia. De mis sueños, en virtud de la abulia que me retiene en esta habitación, renazco novelista. Por lo demás, la primera noche que soñé vi a la gente de Carlomagno someterse al marqués de Bramapane, es decir, llevando a cabo aquello que yo tenía pensado que hicieran en el capítulo B, el capítulo incipit de mi obra fallida. ¿Significativo, no? Sea como sea, es más razonable que yo acepte este dato de hecho y con la mayor tranquilidad posible cuente mis sueños, tal como se me ocurre dictárselos a los martirizados dedos.

PRIMERAS NOCHES CON PASCAL

El pacto de servidumbre con el señor de Bramapane fue estipulado el día de san Juan, en las inmediaciones de la piedra miliar del fondo del valle, en una arboleda de viejos olmos que servía para el intercambio de vino y lana entre los viñadores y cardadores de los pueblos vecinos.

Los hombres de Carlomagno discutieron largo tiempo sobre el lugar donde convenía encontrarse con el marqués. En sus corazones contendían al tiempo el miedo, la vergüenza y la desconfianza. Aquel año, el mando en la asamblea de los cabezas de familia lo ejercía un irascible herrero llamado Secondo, al que nada enojaba tanto como el barullo del parloteo, exhausto como estaba de una mujer y cinco hijas, que le habían agotado la paciencia. Entre sus vecinos, esta circunstancia movía más a burla que a compasión, y así, para no sucumbir en todos los frentes, había tenido que sacar a relucir un temperamento vociferante y mandón.

Llevaba, pues, las riendas de la asamblea helando el aire del pueblo con gritos que paralizaban el corazón. Con el puño de hierro y la garganta de fuego de Secondo, la decisión de pactar se tomó de forma inusualmente rápida. No fue tan fácil calmar con un acuerdo las ansiedades posteriores, esos remolinos de preocupación que anidan en quien cree haberse desembarazado de un peso sólo por haber decidido afrontarlo. Así, la estética de los detalles ocupó a la gente de Carlomagno durante muchas interminables vigiliass, dado que los padres de familia habían decidido emanciparse del imperio de Secondo y llenar de dudas a todo ser, viviente o no, del pueblo.

Fue una vendimia de entretenimiento democrático, un discurrir sin precedentes que alteró no poco, en las noches que precedieron a la luna de junio, las paradas amorosas de las lechuzas y los mochuelos. Nadie en Carlomagno era experto en tratados, y menos aún en ceremonial.

Se sabía que Bramapane no era un déspota con sus campesinos y que todos los suyos podían, cuando lo necesitaban, hablarle con franqueza. Sabían igualmente que era un hombre anciano, alto y pálido, pues ya se habían encontrado con él los dos emisarios del pueblo encargados de tratar el penoso asunto. Los mismos hombres refirieron que, después de haber caminado durante tres días por la montaña para llegar a su casona, estaban bastante

cansados y confusos como para no distinguirlo de sus capataces o de los criados de la casa.

Y al final del viaje, consideraron a los capataces bastante menos generosos en su hospitalidad que al marqués, puesto que éste les había acogido con licor de fresas antes de entregarlos a aquellas manos sucias y tacañas, que no les dieron a los viajeros más que un poco de carne de oveja vieja, pan seco y jergones llenos de piojos.

Al final, tras muchos sufrimientos, fue elegido un lugar próximo a la piedra miliar en la Vía para que, acudiendo allí a poner un límite, éste quedase superpuesto a otro. O, por lo menos, que así pareciese a la vista, con la esperanza de que se serenasen un poco los corazones y, en cierto modo, fuese un buen augurio. Amén.

Bajo los olmos, aquel día, los hombres de Carlomagno se presentaron vestidos con lo que se ponían para las fiestas, es decir, con gregüescos y jubón. Dos músicos llevaban la gran zampoña que tocaban en las fiestas y cuyo silbar y gorjear les parecía el canto de los ángeles. Envuelto en los pesados ropajes de la Pascua, estaba también el párroco Villelmo, obligado a hacer de testigo y de intérprete, por si las lenguas de las dos partes, como se sospechaba en Carlomagno, no se entendían. Se temía que el marqués, para darse mayor importancia, quisiera hablar en latín.

El marqués apareció con dos capataces y un teniente; el teniente se llamaba Pascal. Ninguno llevaba armas, ni siquiera un cuchillo para pelar un níspero. El marqués iba a caballo; Pascal, a lomos de un viejo mulo.

El marqués de Bramapane, en efecto, era muy alto y con bastantes años. Sus dominios no eran amplios, y se extendían por montañas y valles internos, de modo que con su señorío de Carlomagno podría ver el mar por primera vez desde algo suyo. La verdad es que no se había esforzado en extender sus dominios: disfrutaba de lo que le había sido dejado, sin alboroto ni ambición.

Había estudiado, y en su casona, cuya construcción se remontaba a tiempos inmemoriales, había libros que no tenía en la mano hacía muchos años, pero que aún quería seguir mirando y, en ocasiones, tocando para constatar si en la

yema de los dedos se le quedaba algo más que el polvo. Permanecían recuerdos, vagas nostalgias. Consideraba que no había sido prudente adquirir un par de aquellos libros; no obstante, ambos figuraban con los demás sobre un arcón de su dormitorio, si bien, en un determinado momento de su vida había arrancado el frontispicio grabado con los delicados caracteres de las imprentas ginebrinas. En realidad, no recordaba que en su casa hubiera entrado nunca alguien que supiera leer, y mucho menos interpretar.

Habituado a ir a pie, el caballo se había convertido en una obligación protocolaria que le fastidiaba, incapaz como era aquel animal delicado y presuntuoso de soportar el peso de un hombre, aunque fuese ligero, en los incómodos caminos de montaña. A pie había viajado en su juventud por lugares bastante lejanos y extraños, y ahora se trasladaba a pie por los valles de sus tierras, siguiendo un itinerario tan habitual, que un árbol crecido de improviso que interrumpiera la línea habitual de su mirada habría podido volverlo loco de incertidumbre. El viejo marqués gozaba moderadamente de todo, de lo que era y de lo que no era, de lo que tenía y de lo que veía y tocaba andando por sus valles y sus pueblos. Y se sabía que la sucesión de aquel modesto regalo de Dios recaería en un bastardo que una campesina convenientemente pechugona y bondadosa estaba criando en alguna parte, a base de leche y cataplasmas de aceite de linaza. Nunca había estado en su carácter llegar al extremo de casarse.

En su momento había servido lealmente en las guerras que había emprendido su señor, y en el statu quo no se conocía príncipe o gran duque que tuviera reproches contra él. Una pena que el estado de las cosas sea tan mutable. Vestía con descuido, con ropas viejas a la moda antigua de Flandes, y su porte ni siquiera hacía justicia a los restos de lencería fina. Sólo las botas eran de piel buena y suave: parecía que apreciase los pies más que cualquier otra parte de su persona. En invierno era habitual entrar en la sala de la chimenea y encontrar en aquel amplio salón desangelado al marqués y a sus botas tratando de secarse, juntos, frente al hogar.

Tenía la mano izquierda marcada por una cicatriz violácea y limpia que, cuando cambiaba el tiempo, le traía a la memoria una campaña en los estados

lombardos, donde se había cruzado con uno de esos afilados sables que usan los franceses. Allí había conocido a Pascal, y se lo había traído con él.

El día de san Juan se dirigió al encuentro con los de Carlomagno con el corazón alegre. El preboste y los capataces habían organizado todo, el canciller había escrito muchas cartas; todo estaba preparado. Quedaba, tal vez, aclarar el porqué de tal paso.

Había recibido las propuestas de aquellos hombres con gran sorpresa: ¡los animales salvajes venían a pedir protección! Gentes que durante milenios habían evitado cualquier clase de censo y de servidumbre en virtud de hechos pasados, que ahora eran leyenda, y de una persistente fama de intratabilidad. Gente que, por lo demás, tenía muy poco que ofrecer: ni un bastión ni una roca que pudiese servir algún día para el ataque o la defensa de algo de valor, nada floreciente en los establos ni en la tierra. ¿Qué podría obtener de ellos un hombre sensato, a no ser interminables litigios a cambio de una buena piedra de mármol?

A los emisarios que querían rendirle homenaje en su dura lengua les dijo en seguida que sí, respondiéndoles en su dialecto y sin ceremonias. Pidió muy poco a cambio: el mantenimiento en el pueblo de un teniente suyo que se haría cargo de la bailía, y la piedra, ésa sí. La piedra que había hecho grande Sarezzana en la cristiandad serviría más modestamente para acabar por fin su casa, a tiempo para que la disfrutase al menos su bastardo. Los de Carlomagno podían tomarse este compromiso con calma.

En resumen, había aceptado sin un buen motivo, porque, en el fondo, aquella gente a la que nadie quería tratar le enternecía un poco el corazón, ahora que, saltaba a la vista, tenía miedo. ¿Y de qué? La historia ya había pasado por allí, ¿qué la empujaba a pasar de nuevo?

Quizá había aceptado por el mar; si alguna vez le venía en gana pasear por sus nuevas posesiones, podría ver el mar. Lejos, al fondo de la llanura, entre los vapores de los marjales, más allá de los prados y los sembrados de otros señoríos más ricos, el azul del agua del mar. Miraré el mar —se decía— y me sentiré más libre de esta tierra.

El marqués de Bramapane llegó a los olmos con un poco de retraso y encontró a los del pueblo tumbados bajo los árboles, cansados de su noche en vela, ocupados en picotear granos de trigo recogidos en los campos vecinos y tostados en las brasas de una pequeña hoguera. Desmontó, recorrió con la mirada toda la comitiva y, esbozando una sonrisa y una inclinación de cabeza, se identificó. Los otros intercambiaron miradas torvas y confusas, bastante molestos por haber sido sorprendidos en momentos de tanta familiaridad, sin esos orgullo y compostura que habrían resaltado su determinación en el delicado momento del primer encuentro.

Se adelantó Secondo mientras, tras él, Carlomagno se recomponía en un cuadro compacto y amenazador del que fue expulsado el párroco entre refunfuños. Unas manos decididas lo empujaron junto al herrero, para que con sus hábitos y su sagrada función suavizase lo que se temía que pudiera salir de la horrible voz de Secondo. Éste sabía de memoria lo que tenía que decir, y lo dijo sin preocuparse mucho de ablandar su lengua, erguido ante el marqués, sin vergüenza, no tan alto como él, pero sí tres veces más robusto. Pascal, con los capataces y el canciller, estaba un paso más atrás.

—¡Señor! —y la voz de Secondo pareció sacudir las copas de los olmos—. Señor, nosotros somos hombres libres, pero nuestra libertad se ha convertido ahora en un peso. Sabemos hace tiempo que hay reyes y emperadores que pelean duramente entre ellos. Hemos visto ejércitos extranjeros arar la llanura con las hojas de las espadas, se habla de bosques de patíbulos levantados por todas partes, a la espera de buena gente como nosotros. Todos en las tierras de los alrededores saben de nuestro valor, incluso vuestra señoría, perdonadme, sabrá sin duda de las antiguas hazañas de Carlomagno y de cómo todavía hoy nadie se atreve a entrometerse en nuestras tierras.

»Pero nosotros, señor, miramos a nuestros hijos y pensamos que a ellos les espera algo que todavía no somos capaces de ver. Cristo Nuestro Señor nos prometió un reino de paz, y nosotros queremos esperarlo en la justicia y en la esperanza, no en el miedo y en el tormento. Todas estas tierras os tienen, señor, por hombre justo. Concedednos vuestra justa protección y nosotros, a cambio, os daremos nuestra lealtad y nuestro trabajo.

»Nuestras montañas están cansadas de soportar la desesperación, nosotros estamos cansados. Nuestro compromiso con vos será por la salvación de nuestros hijos; procurad cumplirlo o seréis maldito en nuestro recuerdo y en el recuerdo de los hijos de nuestros hijos, por todo el tiempo que dure nuestro pueblo.

Dicho esto, Secondo dio la espalda al marqués. Estupefactos por aquel largo y magnífico discurso, los hombres de los alrededores se apretaron entre ellos y todo fue un rebullir de codazos, hasta que del grupo se elevaron los acordes monótonos y sordos de las zampoñas que entonaban un canto de júbilo, el único que conocían en Carlomagno adecuado para un discurso tan extraordinario: un canto de augurio para la resurrección del Hijo de Dios.

Aquellos sonidos le parecían al marqués hermanos de la garganta de Secondo, pero educadamente escuchó un poco antes de hacer un signo para que le dejaran hablar.

—Mi honor velará por mi juramento, hermanos.

De este modo, con pocas y sensatas palabras, respondió al herrero de Carlomagno, y éste se volvió hacia los suyos para pedir consejo. Pero sólo encontró estupor, porque ninguno de ellos había pensado jamás en convertirse en siervo de un hermano, ni que su futuro señor pudiera llegar a ser hermano de alguno de ellos. Y no sabían si esto era bueno o malo, un truco del señor o un extravagante pensamiento de aquel viejo que todos tenían por decente. Y hubo silencio y pisotones, hasta que el marqués extendió los brazos buscando un abrazo que Secondo tuvo que devolver para no parecer demasiado ignorante en aquella ocasión. Y el canciller y los capataces y después Pascal aplaudieron e hicieron tintinear los adornos de sus cabalgaduras, y entonces aplaudieron también los hombres de Carlomagno e hicieron resonar entre ellas las frascas que llevaban en las alforjas. Y el canciller colocó en medio, entre el marqués y el herrero, un escabel y extendió encima el documento del pacto y un tintero de cuerno con su larga pluma, cosas todas sobre las que el párroco derramó bendiciones, antes de que el viejo señor firmase con su escudo de armas y Secondo estampase una sigla casi redonda, la marca de sus trabajos finos de herrero. Firmaron como

testigos por una parte Pascal, y por la otra el párroco. Pascal, con grandes trazos; el párroco, con una cruz rematada por un garabato: le parecía una firma a la altura de las circunstancias para alguien como él, muy alejado de los primores de la caligrafía por el oficio demasiado pesado de una vida laboriosamente cristiana.

El herrero recibió la debida copia del documento para el pueblo, y sus habitantes pudieron verlo en toda su extensión y majestad, con sus mayúsculas floridas y su sello color sangre. Y sin abrir la boca, la fueron mirando uno a uno, antes de que desapareciese en las alforjas del herrero.

Después, el marqués de Bramapane fue acompañado a visitar sus nuevos dominios. En lenta fila, el cortejo se puso en marcha por la llanura entre los canales, bordeó la laguna y trepó indolente por las rampas de la colina. Avanzaban a la cabeza, con calma, sin decir palabra, el marqués y el herrero.

Cuando llegaron al pueblo, Bramapane quiso detenerse en el modesto bastión de la atalaya para contemplar desde allí el mundo, y le pareció un magnífico panorama de dolorosa inmensidad. Se asomó a la llanura para admirar el río que fluía sereno, y en el horizonte descubrió el mar, su límite azul oscuro; lo atravesó de oriente a occidente moviendo junto con la mirada todo el cuerpo; aguzando la vista, trató de descubrir su movimiento interior y le pareció divisar un barco. ¿Galera o barco para el transporte de vino?, se preguntó. Fue vergonzoso no saberlo, estar tan poco preparado para una parte tan grande del universo.

«Hoy he visto el mar —se repetía—, he visto el mar desde una de mis tierras; y toda esta belleza debería consolarme; en cambio, me desazona. ¿En qué problemas me he ido a meter?» Y mientras se daba la vuelta para regresar con los suyos, notó en mitad de la llanura algo que reflejaba la luz del crepúsculo, y se preguntó qué podría ser. Pero al reconocer en la mancha oscura que había a su lado los grandes olmos del encuentro de aquella mañana, comprendió que por un singular efecto se podía ver desde allí la piedra miliar de la antigua Vía Romana, no mayor que un saco de avena. Qué cosa más curiosa, pensó.

Todos en el pueblo querían ver al marqués, pero todos se quedaban recelosos en los bordes del camino, en los quicios de las estrechas puertas de sus casas.

Señalaban a Pascal, el baile que se quedaría con ellos, y se preguntaban preocupados si tenía el aspecto del que quiere ejercer de dueño y señor y, nada más llegar, se pone a repartir porrazos. Pero Pascal, notando ciertas miradas, adoptaba un aire despreocupado, y a los niños que corrían tras él para tirarle de los faldones de la casaca, les mostraba una sonrisa.

Finalmente se reunieron todos delante de la casa de piedra que era la iglesia del pueblo y fue mostrada la imagen del Cristo de Palestina, y todos deseaban ardientemente besarla. La besaron también el marqués, el canciller, los capataces y Pascal, que notó que aquel bellissimo rostro tenía algo de diáfano, como si estuviese a punto de evaporarse, y se preguntó si algún cuidado especial lo haría volver.

Después no se celebró fiesta alguna porque nadie sabía qué fiesta podía celebrarse.

Pascal regresó a los pocos días para establecerse en el pueblo; traía su mulo cargado con un gran fardo. Le habían asignado unas dependencias en la vivienda del quesero Furná, y allí se instaló y puso mucho cuidado en no molestar. Pasó los dos primeros meses sin salir prácticamente de casa, dando breves paseos por la mañana temprano y por la tarde antes de anochecer. Se había contagiado del mal francés y pasaba la jornada entre cataplasmas de agua mercurial e imprecaciones de dolor en voz baja. Después de los primeros días de desconcierto, la gente comenzó a acostumbrarse a su ausencia, antes incluso de haberse hecho costumbre su presencia.

La vivienda que le dieron era pequeña y hedionda; consistía en una habitación con una cama de tablas para un jergón y un arca de castaño negro, una cocina ocupada en gran parte por una gran chimenea para la caldera de la leche y un establo minúsculo, donde el mulo apenas tenía espacio para tumbarse con la panza en tierra cuando estaba cansado. Furná se la había alquilado de buena gana a la asamblea de Carlomagno, porque era demasiado viejo y demasiado débil para continuar con su oficio de quesero. En aquellas habitaciones había preparado el queso con la leche de los animales del pueblo durante cincuenta años.

Por esta razón, la estancia que Pascal usaba como cocina podía calentarse como un horno y la que usaba para dormir estaba fría y oscura todos los días del año; por eso también persistía por todas partes una pátina grasa y maloliente del curado de los quesos. Furná se había retirado a las habitaciones del piso de arriba y allí pasaba gran parte del tiempo meditando sobre los tres dedos que le habían quedado con el encargo de trabajar por diez. Dos veces por semana dejaba delante de la puerta de su inquilino vino, pan y carne en la cantidad exacta que habían convenido.

Abajo, Pascal se ponía emplastos y cataplasmas maldiciendo su colgajo. De cuando en cuando contemplaba la estrecha calle empedrada desde la puerta entreabierta, y lo más interesante que descubría en ella era el canal de desagüe que la recorría por el centro. Merodeaban por allí muchos ratones, no de los comunes, sino grandes, gordos y saltarines como conejos en primavera, con un pelo que parecía muy suave; se detenían delante de su puerta husmeando el aire, erguidos sobre sus patas sin timidez, recordando quién sabe qué delicias.

Al cabo de dos meses, las pústulas que tenía en esa parte habían desaparecido, la piel estaba todavía rosa y sensible, pero, al rozarla, el dolor se había atenuado bastante y la orina se había vuelto limpia. Según las instrucciones del cirujano milanés que le había procurado los remedios, podía considerarse aceptablemente curado, aunque todavía no era prudente tocar mujer ni comer alimentos demasiado fuertes.

A Pascal ahora ya no le quedaba más que encontrar una respuesta satisfactoria a la pregunta ¿qué hago yo aquí?

Nadie podía darle una respuesta reconfortante. Pascal era la prueba, el testigo y la primera consecuencia inevitable del pacto entre Carlomagno y Bramapane, del que era también el precio más visible: se le mantenía con lo que la gente se quitaba de la boca para administrar la justicia del marqués y mantener seguro el señorío. Y nadie tenía una idea clara de cómo se resolvería su encargo en la práctica, y nadie pensaba para sus adentros que de aquella actividad suya pudiera salir algo bueno para el pueblo.

En el fondo, eso mismo pensaba Pascal. En resumidas cuentas, el marqués se lo había quitado de encima, proporcionándole, en su noble misericordia, pan y techo; lo demás corría de su cuenta.

En primer lugar, Pascal se había dedicado a averiguar cómo eran las cosas por allí. Lo que sabía de Carlomagno eran historias, cantilenas y patrañas mil veces contadas en la casa de Bramapane. No había conseguido saber nada más preciso ni siquiera a través de los vendedores más astutos, esos que van por el mundo con su cara como único salvoconducto. De Carlomagno todo el mundo hablaba de mala gana porque, como le contó confidencialmente un gran pícaro, experto en cambiar baratijas por broches franceses y cuchillos de España, «no se puede decir nada bueno de quien no tiene nada bueno para comprar y, además, con esa gente, si se quiere ser un buen vendedor, antes o después se acaba metido en problemas y con algún daño físico».

Tanto era así que muchos se quedaron más que estupefactos por la extravagante idea del marqués de tomar a su cargo aquel agujero rocoso. Algunos se santiguaban pensando si la imbecilidad del viejo, ahora que se había desencadenado, no acarrearía otros daños. En resumen, era como si a dos días de camino de los buenos cristianos existiera una tierra de antípodas salvajes y que si alguien se aventuraba a conocerlos, de algún modo resultaría irremediablemente quemado.

Para salir corriendo lejos, lejos. Sí, sólo que él debía tenerlos cerca. Y mientras preparaba emplastos meditaba, y a fuerza de meditar se le ocurrió que, para hacerse una idea, podía comenzar por lo más cercano. Y una tarde decidió llamar a la puerta de Furná para una amistosa charla. El quesero se hallaba en meditabunda contemplación de sus últimos dedos, que con cierta destreza le llevaban a la boca rodajas oscuras y succulentas de una buena morcilla. Era este un viejo de torso esbelto y cortas y ágiles extremidades de jabalí; sobre su cuello musculoso se asentaba una gran cara habitada por una fresca boca de muchacho, ojos grises y cambiantes como hojas de sable al sol, nariz corta que se doblaba hacia abajo como por efecto de un gran golpe, y, coronando todo, una espectacular melena de suaves cabellos grises, tan largos que le cosquilleaban la base del cuello. Y de aquella boca casi femenina salía una voz cavernosa, eco a menudo de un gruñir monocorde; el singular espectáculo de

los muñones se había vuelto menos horrendo, más aún, casi gracioso, debido a su incansable movimiento.

Al atravesar la puerta y responder al torpe saludo mascullado en medio de una rodaja de morcilla, Pascal recibió la imagen de un extraño animal salvaje, cuyas singulares formas respondían a un diseño de la Providencia desconocido para quien observaba. De pésimo humor, el quesero aceptó la invitación, dejó parte de su cena y bajó.

Hablaron aquella noche y muchas otras más. Y por la noche Pascal servía para el viejo y para él una gran jarra de madera, como las que suelen llevar los soldados como medida, colmada del vino que le correspondía de Carlomagno. Y así daba comienzo a su bailía, escuchando la sorprendente perorata que Furná le dirigió. El viejo habló así:

RELATO DEL QUESERO FURNÁ, DE SU GRAN HONOR Y SU GRAN DEBILIDAD

—Mi señor, sabe Dios de dónde venís y cuánto mundo habéis visto, por cuántas cosas os habéis sentido feliz y por cuáles os habéis espantado. Y si echo una mirada a la afilada espada que tenéis junto a la cama, pienso que vos mismo habréis causado espanto a más de un pobre hombre; del mismo modo, no tengo ninguna duda, señor, de que habréis enviado a la gloria a algunos granujas, si el cañón de acero que he visto apoyado en el arcón acompaña a la mecha de un arcabuz. Yo nada tengo contra vos, aunque me parecéis bastante raro. Sin embargo, he observado que os aflige algún pesar, y un hombre doliente, de cuerpo o de alma, no debe estar demasiado solo. Os haré compañía y beberé este vino con vos, porque también yo tengo mis propias tristezas y contáros las me hará bien también a mí. Aquí, en Carlomagno, ya nadie quiere oír las: soy viejo, y viejas son mis penas:

«El señor Cristo ha sido tan benévolo conmigo que me dio, cuando vine a la luz del amoroso vientre de mi madre, dos virtudes. Estad muy atento: yo soy el

mejor quesero que se haya visto nunca en estos valles, ésta es la primera. Al mismo tiempo, tengo un corazón extraordinario del que constantemente brota un río de amor tan impetuoso que no se puede detener con ningún medio; ésta es mi segunda desgraciada virtud.

»Como quesero he obtenido gloria y prosperidad. Puedo decir que nadie tiene el mérito de haberme enseñado este arte, y menos aún el pastor Piagne, mi padre, hombre tosco y desabrido, del que me alejé apenas llegado a muchacho. Pero he andado por estas montañas desde niño y conozco todos los pastos; así es como he aprendido a conocer el ganado y a saber qué dar y qué pedir a cada animal. Todavía no tenía un pelo en la barba cuando ya sabía exponer el suero de la leche a los benéficos influjos de la luna.

»A hacer el queso aprendí por mí mismo, como por ideas soñadas, y así, ya fuera una vieja con la leche de su cabra sarnosa, ya fuera el vaquero con la de sus gordas vacas, todos sabían que obtendrían de mí un queso como no había dos. Todos lo reconocían: Furná hacía unos quesos divinos; sacaba al mundo con mis manos quesos grandes y pequeños, redondos y aplastados, dulces, salados, picantes, fuertes y suaves, de tan extraordinaria calidad que gustaban por igual a los lactantes y al cavador, a la púérpera y a la desdentada.

»Furná, mi señor, no tema rival ni en valles ni en montañas, desde la llanura al mar. El queso de Furná se encontraba en los lugares en que se vendían mercancías de alto precio, y hacía falta una bala de lana clara bien cardada por las jóvenes de Cadiparola o una garrafa del negro vino de los malditos viñadores de Olmarello para pagar dos o tres quesos de Furná.

»En mis manos tenía un don, en estas manos que ahora son muñones asquerosos e inútiles. En mis manos y en mi corazón; y juntos, manos y corazón, se ocupaban del cuajo, de la sal, de la cuchara de madera y de la luna, del aire, del tamiz y de la luz del sol, y de cómo debía combinarse todo para que la leche buena —e incluso la mala— fermentase y se curase en el queso de estos pobres cristianos de Carlomagno.

»Durante más de tres años estuve al frente de la asamblea de los padres y nunca ninguno de ellos me negó su favor, incluso cuando todos comenzaron a

saber de mi desventura, incluso cuando yo mismo comencé a llevar ante los ojos de todos la marca de esta desgracia.

»Mi ruina es que mi corazón ha amado demasiado. E incluso ahora, que es tan viejo que puede estallar cualquier día, se entregaría con fuerza a amar si no me obligase a quedarme encerrado en mi casa. Sí, mi corazón ha amado mucho, sin freno; ha amado demasiado. Y de ahí nacieron el dolor y la desolación. ¿Cómo es posible, mi señor? ¿Cómo es posible que de una virtud buena y dulce puedan nacer desgracias y dolor? He preguntado a nuestros párrocos, y ellos no han tenido más respuesta que hablar del pecado. Pero ¿dónde puede esconderse el pecado en un corazón que siempre ha sido —lo juro— sincero?

»He preguntado a los hombres más avezados y sólo han sabido aconsejarme que dirija mis preguntas a un cirujano, cuando pase uno por la Vía. Creo que moriré sin saberlo; sin embargo, mi corazón no es malvado, ni siquiera en el error, esto lo sé. ¿Veis estas manos? Mirad, son dos muñones con tres dedos restantes en la mano izquierda. Adiós a la buena vida, adiós, bendito quesero. Con estos muñones a duras penas consigo cortarme un poco de pan y abotonarme la chaqueta. Es el precio que me he obligado a pagar por mi corazón; ¿os parece razonable? ¿He pagado suficiente o llevo encima la vergüenza eterna? A los dieciocho años amé por primera vez a una mujer. ¡Qué delicioso aturdimiento experimenté, mi señor!

»No fue el amor por un compañero de aventuras, ni el amor que se siente por la potranca favorita; ni el amor por un valle de hierba perfumada, el lugar secreto que ha acunado los más atrevidos sueños de un muchacho.

»Mi corazón estalló por sorpresa, y fue como si el viento me llevara en volandas, y me volví más grande que todas las montañas y me invadió una nueva sabiduría, y así, de pronto, creí conocer todos los secretos de las almas.

»Y me fui detrás de la joven que me había iluminado y que se llamaba Cerina, la rodee con mi nueva gracia, le hablé al oído con una lengua dulce que ella nunca había oído antes y, sorprendida, me dio su amor a cambio. Éramos jóvenes e inexpertos y retozones como cachorros. Pusimos patas arriba los campos de alfalfa y las riberas de genista de todos los valles que podéis

abarcas con la mirada, mi señor. Y reímos a la sombra de los heniles, en los reflejos del agua turbia de las ciénagas, en el fondo aromático de las bodegas en otoño. Y nuestra risa hizo compañía al cuco y a la zorra, al sueño ligero de los viejos y al remolonear de los niños. Cerina era bella y luminosa y tierna, el pelo suave y la mirada dulce como la leche con miel. Con la solemnidad de los corazones inocentes nos juramos amor para toda la vida; y me parecía que nunca llegaría a cansarme.

»Pero mi corazón era más grande que Cerina y que mi juramento, porque conocí a otra mujer y me cautivó hasta sentirme morir. Y casi morí de sincero dolor y de justa vergüenza, porque aunque veía crecer irrefrenable mi pasión por Constanza, mi corazón todavía tenía ojos para Cerina y su enorme pena me producía un gran malestar. El amor es un estercolero, mi señor, y no hay manera de salir limpios de él: donde se posa, el amor hace daño, ésa es la verdad.

»Y así sucedió que, aunque fui inmensamente feliz con Constanza, viví atormentado por el remordimiento de haber abandonado a Cerina hasta que decidí pagar una prenda, dado que no había ningún modo de reparar mi error con una dulce criatura que me amaba y que no había hecho otro mal que creer en mi juramento. Y me pareció acorde con el daño causado privarme del dedo índice de la mano derecha, de tal forma que yo viviese disminuido de cuerpo como Cerina vivía disminuida de alma.

»Constanza consideró meritorio mi gesto y siguió queriéndome igual, y cultivó nuestro amor tiernamente, y todo nos sonreía, aunque ahora no existía ya el retozar de cachorros. Después vino Enna, y después Giovanna, y más tarde Coletta y Bernardina y Raimonda y Verónica, y ahora ya veis, señor, que sólo me quedan tres dedos. Pero siempre he amado honesta y perdidamente, y todas mis mujeres me creyeron porque llevo escrito en mi cara lo que soy. Y así, ninguna de ellas vio en mis manos mermadas su futura ruina, sino el signo de mi sinceridad y de mi honestidad. De mi honor, mi señor.

»Y con gran dedicación, dulce orgullo y valor femenino, cada una de ellas intentó curarme de mi desgracia, esperando cada una triunfar en su intento y vivir feliz para siempre con Furná, el quesero. Y cada vez que caía en la traición

de amor yo creía morir; sin embargo, siempre me recuperaba, y una dulce mujer lloraba y con ella derramaba la sangre de mi mano.

»Ahora, si en mi vejez vivo triste y solo entre sombras, no es por el odio de la gente, puesto que todos en el pueblo saben y me absuelven de aquello por lo que ya he pagado voluntariamente, ni porque me pese el odio de mis mujeres, ya que todas, después de gran sufrimiento y cólera, han terminado por comprender que a la inmensidad del corazón no se le puede poner remedio, sino por ira contra mí mismo. Siete amores y siete dedos perdidos son suficientes para empujarme a una vida solitaria mientras espero irme hacia lo que me espera.»

Contaba el quesero estas cosas sentado frente a Pascal sin mirarlo, con la cara en sombras y bebiendo a grandes tragos. Pascal no trató de aliviar el ánimo del viejo hablándole de sus desgracias, que, además, consideraba menos interesantes y le parecía infinitamente menos noble su modo de curarlas a base de agua mercurial. Estaba bastante alarmado por el presentimiento de que en el modo de actuar de aquel viejo pudiese reflejarse cierto carácter, una índole común a todo Carlomagno. Todos locos, pensaba, es verdad lo que se cuenta en los mercados, todos locos. Esto hacía aún más sombrías sus perspectivas y todavía más complicado el deber que le había asignado su señor. Eso si el marqués se dignaba explicarle en detalle algún día en qué consistía tal deber.

Pascal y Furná hablaron otras muchas noches de cosas diferentes, unas veces de necedades, otras no, ni más ni menos que lo que suelen hacer dos hombres solos a los que la casualidad ha colocado mucho tiempo cerca, hasta conseguir que se familiaricen uno con otro por ciertas pequeñas cosas, como cocinar un conejo o aliviar el insomnio, o curar la melancolía que importuna a quien come y bebe solo. Lo que más le gustaba a Pascal era la aparente ausencia de curiosidad del viejo, que nunca hacía preguntas, como si hubiera resuelto todas sus dudas tiempo atrás.

La apacible dignidad de Furná y su sombría afabilidad, sumadas a una sutil discreción, eran cualidades que Pascal sabía apreciar. En fin, se había hecho un amigo, o algo parecido.

Entre tanto se iba el verano secando la paja en los campos de trigo sarraceno, madurando las uvas en las llanuras batidas por el fuerte viento del mar, rizando el pelo de los nuevos corderos que en agosto robustecen su voz y ya no reconocen a sus madres, lustrosas por el húmedo y tierno pasto alpino. Los pastores esconden en frescas cuevas los quesos para el otoño; los picapedreros van a marcar en las vetas de mármol el lugar donde con la primera helada se abrirá el corte preciso, y trepan por los precipicios pidiendo la fortuna con canciones a Juan el Bautista.

En la oscuridad de las cuadras, el cerdo come sus últimas fanegas de bellotas y no sospecha que la hoja del cuchillo mide ya el tocino de su apetitoso cuello, los burros rebuznan a más no poder por el gran calor que sienten bajo la cola, igual que los jóvenes rebuznan en alto su amor a las comadres reunidas en las fuentes. El verano pasaba y nadie parecía tener tiempo para ocuparse de su señor, el marqués, y de Pascal, su teniente.

Y mientras el marqués callaba, aletargado entre quién sabe qué personalismos proyectos, Pascal, llegado septiembre, se resignó a ofrecer su persona a los resentimientos de Carlomagno. Primero quiso conocer los lugares de aquella gente y pidió a Furná que le sirviese de guía; el viejo aceptó.

A pie y a lomos de mulo, cambiándose entre ellos con villana cortesía la comodidad de la silla de montar, comenzaron los dos a vagar por valles y montañas, haciendo en cada ocasión un amplio y desordenado recorrido que siempre terminaba en la vieja habitación del quesero, después de ponerse el sol. Pascal reconocía en la decisión de acompañarlo de Furná un gran gesto de amistad y de confianza: era universalmente conocido que ningún otro forastero, desde tiempos remotos, había tenido jamás la posibilidad de visitar los lugares más recónditos de aquellos parajes, vigilados y protegidos, según se decía, por sangre que se había secado tras una multitud de siglos.

El quesero debía de haber tomado aquella decisión en medio de grandes tribulaciones, quizá lo había consultado con los padres de Carlomagno, quizá se lo había llamado. Pero las insólitas blasfemias que farfullaba cuando por la mañana, antes del alba, llamaba a su puerta con el muñón; su infatigable caminar durante horas y días sin desviarse nunca ante los pasos arriesgados;

su rudeza para dividir con equidad de orfebre la hogaza, la carne salada y el vino del pequeño pellejo; su terco silencio, roto sólo en escasas ocasiones por un gesto brusco de los tres dedos, eran a los ojos de Pascal signos de una conquista, su primer buen trabajo como baile.

Por esta razón, aunque la prudencia y la costumbre se lo desaconsejaban, viajaba sin espada ni arcabuz, el espléndido arcabuz español que le había ayudado a sobrevivir, y, armado sólo con el cuchillo con el que cortaba el pan, se atrevía a transitar por las casas y los campos, donde la gente lo observaba con curiosa obstinación, tratando de adoptar un comportamiento que, a pesar de su oficio, lo hiciese invisible, lo más invisible posible. Tal como sabía hacer Furná, cuando se sentaba en su habitación, bebía su vino, contaba su historia y daba la sensación de no estar allí.

Lo que más sorprendía a Pascal, mientras viajaba por las secretas tierras de Carlomagno, era la concentración de muchos y variados elementos en un espacio que un hombre podía recorrer en no más de cuatro o cinco jornadas a buen paso. Él había viajado y visto mucho, pero nada que pudiera parangonarse a aquello. Como mucho, le venían a la mente las telas pintadas que servían de escenario a las pantomimas de los actores vagabundos en las grandes ciudades del norte: en un espacio poco mayor que una sábana, se representaba todo el mundo conocido y una parte sustanciosa del desconocido.

A la salida del pueblo tomaban los escarpados caminos que llevaban a la primera montaña, a los pastos y a los campos de trigo sarraceno cercados por los matorrales; desde aquí continuaban por los desfiladeros hacia los picos de piedra blanca o, cruzando pasos invisibles para ojos poco atentos, se adentraban, a través de parajes recoletos y oscuros, en cuencas dulcísimas y templadas, al abrigo de nuevas y más elevadas paredes de roca. Los torrentes abrían surcos en la roca y desaparecían en las profundidades de barrancos invisibles para después reaparecer de improviso discurriendo serenos por los ricos prados de alfalfa.

Antiquísimos bosques de hayas tapizaban una legua de blando camino, pero aún no había tenido tiempo Pascal de disfrutarlos cuando andaba ya por

abruptos pedregales que parecían interminables, pero que, una vez más, desembocaban en insospechadas praderas orladas por matojos de cardo, ante cuya visión el mulo languidecía de ganas y coceaba de placer. Y por todas partes, por encima de todo, sobrecojía el blanco resplandor de las montañas de piedra. Brozas, laureles, olivos, robles, castaños, encinas, alisos, hayas, abedules, romero, tomillo, menta, mirtos y genciana se cruzaban y entrecruzaban confundiendo sus esencias y compartiendo una duradera hermandad, como si todavía estuviesen apretujados en el arca del patriarca Noé. Y el ojo siempre se confundía por el cambio demasiado brusco de un paisaje a otro, donde habitaban juntos la suavidad y la dureza, el verde y el gris, la montaña blanca y el mar índigo.

Sí, porque después de una jornada de camino por el bosque, si se subía mucho, más arriba de los pastos entre la piedra viva, era frecuente encontrar el mar en el horizonte. Y el mar aparecía siempre más tenaz que cualquier otro color y cualquier otro elemento, incluso cuando no era más que una delgada cinta, una luminiscencia apenas perceptible, como si fuera la razón última o la causa primera —esto no lo sabía Pascal— del resto de aquel universo singular.

Y donde la montaña se hacía más secreta y más dura, Pascal y Furná encontraban huellas de un triste trabajo que había excavado, movido y llenado las montañas de muros contruidos con bloques de arenisca gris. Los maestros constructores de aquellas obras debieron de ser cíclopes; en cambio, hormiguitas habían cargado y transportado a sus espaldas desmesuradas cestas hasta la cumbre en un maldito trabajo de Sísifo.

—¿Qué clase de gente es ésta —decía Pascal— que por un racimo de uvas o un puñado de aceitunas se encadena a un trabajo que la mata de fatiga?

Y Furná respondía:

—El miedo, mi señor, el miedo. El miedo, que cuando llega es una mala compañía, pero cuando se queda es un buen maestro. El miedo trajo hasta aquí a los abuelos de nuestros padres cuando los expulsaron de sus casas, y ellos aprendieron con el tiempo a hacer de estas rocas fortaleza y granero. Aquellos hombres de allá abajo parecen esclavos, pero sólo lo parecen. Seguramente cambiarían sus huertos de piedra por los ricos cercados de las

colinas y por las suaves praderas de la costa, pero a este mercado de trueques se va por la noche a lomos de los sueños del asno.

Y desde los recovecos de las montañas de mármol resonaba sobre el camino, casi como si llovieran cascabeles, el tintineo de las mazas en la cantera, empuñadas en extraer trozos de piedra como si fueran rebanadas de pan.

De este modo, Pascal tomaba posesión de las tierras de Carlomagno en nombre del marqués de Bramapane, pero cuanto más caminaba y más miraba, más comprendía que no eran cosas suyas, ni del marqués, ni lo serían nunca. Todo era demasiado diferente y lejano, sólo quien los había elegido podía gobernar en aquellos lugares. Además, le desasosegaban no sólo la belleza acogedora, sino también la inhóspita dureza, y por la noche se sentía bastante más cansado de lo que hubiese sido natural, agotado hasta tal extremo que parecía haber andado todo el día por el borde de un precipicio.

Si Furná elegía para acampar la cabaña de un campesino o una cueva en las canteras, observaba en silencio a los hombres que en silencio compartían el pan con él, carentes de curiosidad y de preguntas. Y él no sabía qué hacer, ni le parecía prudente hacerse notar. Había llegado a la conclusión de que su constante viajar era un privilegio que se le había otorgado, pero detenerse, un error que podría remediarse con la hoja de un cuchillo.

Sucedió un día que una serpiente asustó al mulo de Pascal, mientras avanzaba por un sendero, y dio en quejarse con gran energía de aquel susto a su modo mular, lanzando coces al aire hasta que desmontó a su caballero y lo echó a tierra.

El mulo en cuestión era un hermoso animal, un saboyano esbelto y de potente musculatura, en la plenitud de sus ocho años. Pascal lo había recibido en pago de unos servicios suyos en tierras de Saboya, o, para ser más exactos, lo había arrancado con muy buenos argumentos a la tacañería del señor saboyano. Desde entonces lo había acompañado fielmente, sirviéndole, según las circunstancias, para la carga y la silla. No era caprichoso ni huraño, como muchos de sus hermanos, y siempre había recibido de su amo, a cambio de su afabilidad, forraje fresco y buena cebada, si la economía de Pascal se lo permitía, además de cuidadosos y relajantes cepillados; y también un nombre:

Baes. Un nombre corto y fácil de pronunciar que en lengua flamenca significa «dueño», pero también «posadero». Y realmente, aquel mulo se parecía a un posadero por su amabilidad, por su buen carácter y su picardía, por su buen apetito y porque, de hecho, era patrón sin ser prepotente, sabiendo imponerse sin ruido.

Pascal sabía que su vida dependía de aquel animal y había podido constatar en más de una ocasión que, hallándose en trances muy difíciles, la buena disposición de su mulo le había ofrecido la única vía de escape. Así pues, Baes, el posadero; el único dueño que Pascal podía aguantar durante mucho tiempo.

Y aquel día Baes se asustó de tal manera por una serpiente que renunció a sus buenos modales. En su descargo hay que decir que, en su larga carrera de soldado viajero, nunca había encontrado un reptil semejante. En Carlomagno la llamaban azotadora, y los hombres la temían y la despreciaban al mismo tiempo. Se habían visto algunos de estos reptiles de más de tres brazas de longitud. Si en el resto del año mantenían su reptante vida en los rincones apartados, al acabar el verano, cuando empezaban sus tardíos y feroces amores, descuidaban la prudencia para acoplarse donde tenían la suerte de encontrarse.

Su amor es furioso e incontrolado, una maraña de retorcimientos sibilantes que se arrastra con potentes sacudidas durante largos tramos de terreno. Si la fatalidad hace que tal desenfreno empuje a las serpientes hasta los pies de un cristiano o, precisamente, hasta las patas de un mulo, el macho pone la cabeza en tierra y comienza a lanzar terribles fustazos en todas las direcciones y, una vez individualizado el adversario, lo sigue sin dejar de dar latigazos que cuando aciertan el blanco hacen sangre. De aquí el nombre de azotadora, y el temor que infundía entre los leñadores de Carlomagno, y la agitación de Baes, que lo llevó a desarzonar a su jinete.

En aquel momento lo montaba Pascal —Furná había preferido alejarse del sendero y adentrarse en la espesura en busca de unas serbas de su gusto— y al caer estrepitosamente a tierra se hirió el costado con una piedra grande y puntiaguda. Cuando se palpó bajo el jubón, sacó su mano manchada de sangre

viscosa. Apenas había empezado a maldecir a su mulo cuando un tremendo latigazo en el nervio del cuello lo dejó sin sentido.

Volvió en sí con un dulce olor a aciano que se le agarraba a la garganta. Se quedó oliéndolo y se dijo que aquel perfume tan fuerte venía de Occitania; comprendió que eso no era posible, porque llevaba mucho tiempo en otro sitio. Se vio desnudo de cintura para arriba, tendido sobre un jergón de pieles suaves y cálidas. Y no había flores alrededor, sino una compresa sobre su pecho. Su mirada vagó por la pequeña estancia desconocida, y cuando se posó en la cara de Furná, recordó todo y comenzó a sentir dolor dentro del cuerpo.

—Una broma pesada, mi señor, no hace falta decirlo. Las serpientes sólo saben tratar bien a las mujeres —y Furná le arrojó al regazo la larga piel de una serpiente—. Quedáosla como trofeo, si queréis. Nosotros creemos que estas azotadoras son buenas contra la pelagra; muertas, claro está. Vuestro mulo está a salvo y tranquilo, y vos sanaréis pronto, seguro. Estáis en buenas manos.

Furná sonreía ante el baile por primera vez. Sonreía de forma casi delicada, como azorado.

—¿Dónde estamos, Furná? —preguntó mientras trataba de apartar los asquerosos despojos de la serpiente; pero no pudo, porque sintió un fuerte dolor en el hombro derecho.

—En la casa de este buen hombre —y señaló a su espalda.

Apareció un hombre más bien pequeño, con manos diminutas tendidas hacia delante, pelo rojizo y ralo en su cabeza y en sus mejillas, como pelusa de niño.

—Salud, mi señor —deseó con voz ligera, poniendo sus pequeñas manos en las de Pascal—, salud.

Y se retiró de inmediato, de tal forma que los embotados sentidos de Pascal creyeron percibir una aparición.

—Este hombre es Rubén —intervino Furná—, el decano de la laguna, cónsul de los cazadores de ranas, gran pescador de gobios y de barbos, conocedor de todas las aguas, campesino de cañas y juncos, pastor de pantanos y canales. No lo supongáis pequeño como lo veis, porque es un hombre de grandes

habilidades y muchas ideas. Y su mujer, Cerina, tanto o más que él. Ha sido Cerina quien ha recogido las hierbas, machacado y mezclado el bálsamo que os curará. Con ese bálsamo suyo se podría resucitar a los muertos, y quizá lo ha hecho ya, aunque eso debe quedar entre nosotros, mi señor, que nuestro párroco sufriría mucho por ello. Sois afortunado por haber entrado en esta casa; estad seguro de que saldréis curado.

Entonces se le acercó hasta casi rozarle la cara y sonriendo le mostró el muñón y le susurró:

—Ya conoceréis a la comadre Cerina, ya la conoceréis. Fue mi primera mujer, y cada vez que la veo mi viejo corazón se me sale del pecho.

Pascal durmió tres días, saliendo diariamente de su sueño una vez, al toque ligero de Rubén, que le cambiaba el emplasto. Al cuarto día, entró Cerina y lo despertó con una sacudida mientras le limpiaba el costado del emplasto. Notó el olor a malva, una masa de cabellos contra la cara y una voz ronca y enérgica:

—Estás curado, mulero. Cuando me vaya, puedes levantarte y lavarte las vergüenzas con el agua que hay allí al fondo. Después te daremos algo de comer.

En ese momento sólo vio una larga cabellera negra que salía de la habitación. Cuando trajo la comida, Cerina lo encontró en el suelo, desnudo y mojado: no se encontraba nada bien.

Al día siguiente, en cambio, estaba de verdad curado, y pudo moverse a lo largo y ancho de la habitación hasta aburrirse. Furná fue a buscarlo para llevarlo a almorzar a la mesa de la familia. Allí se encontró con dos cabelleras negras: dos largas trenzas idénticas de suaves cabellos negros violáceos que se movían por la cocina agitando el aire denso de efluvios de comida, y cada trenza tenía su cara, no demasiado diferente una de otra; pero, eso sí, muy joven una, la otra menos. Así conoció Pascal a Cerina y Súa, la hija de Cerina y del pelirrojo decano de la laguna. Ninguna de las dos se volvió para decirle nada.

Comieron como él nunca había visto hacer en el campo: hombres y mujeres juntos, en silencio. A Pascal le pesaba tanto silencio y el ruido de los cacharros

le hería como cuchillas en su llaga todavía roja. Furná lo miraba fijamente desde el otro lado de la mesa y parecía que le invitaba a un gesto. Y él no sabía qué hacer para agradecer una hospitalidad que le pesaba. Al final le sirvieron vino y habló:

—Es muy molesto cuidar a quien no se quiere.

—Por favor, no es ninguna molestia, mi señor —Rubén hablaba con voz monótona, mientras sostenía entre las manos la jarra de madera, como si fuera una valiosa copa, y saboreaba el vino a tragos pequeños—. Y no habéis contraído ninguna obligación con esta casa. Pero si os agrada la franqueza, os diré que no os queremos, no. Por eso es buena la piedad.

—Vuestra piedad ha sido grande. Habríais podido dejarme en el monte. He sabido de muchos pantanos que antes o después acaban arrojando huesos.

—No os enorgullezcáis, mulero. La venganza se hace contra los fuertes y vos aún no la merecéis. Sois débil en esta tierra, mulero; basta una de nuestras serpientes para que quedéis en manos de Dios.

Así habló Cerina, la vieja, la primera de las dos largos cabellos.

Pero ¿era tan vieja? Pascal veía una cara de rasgos duros, pero lisa, con los párpados entornados sobre unos ojos negros que raramente miraban de frente, pero, cuando lo hacían, azuzaban una bestia adormecida dentro. Tenía la piel olivácea y brillante, y su pecho estremecía con ligeros movimientos su largo vestido oscuro. Sólo las manos eran de verdad viejas, largas y huesudas, surcadas por venas violetas. Y los cabellos, aquella larguísima trenza gemela de la otra, que todavía no podía mirar sin embarazo, eran un prodigio. Cerina, contra cualquier regla de cortesía, le desafiaba abiertamente. Le disgustó mucho aquella mujer que lo increpaba con voz ronca y firme, y todavía le fastidió más saberse impotente: debía la vida a aquella gente que lo despreciaba.

Empezaba a enfurecerse y confió en poder contenerse:

—Quien me trajo aquí no me consultó, y yo no he tenido posibilidad de preguntarle sus razones; tendríamos que sujetar la vida por su collar cada día.

Si mi persona os repugna, pedid al marqués alguien mejor; él sabrá a quién elegir.

—Perdonadme, mi señor —Furná miraba a Pascal con condescendencia—, pero Cerina es una mujer de mucho carácter y por eso se la aprecia y se la teme en Carlomagno. Ella, que es comadrona y sanadora, presume de cierta forma de señorío personal sobre todo cuanto vive, especialmente sobre lo que ella ha hecho vivir. Espero que comprendáis que también vos, en cierto modo, le pertenecéis, porque ningún cirujano —y, además, por aquí pasan pocos— habría podido salvaros. Pero Cerina, por razones que ella conoce, os aprecia; si no, no beberíais este buen vino en su mesa.

—¡Eh, tú! Cierra tu boca; habla de quien quieras, pero no de mí —Cerina miró a los ojos de Furná, que, instintivamente, hizo un gesto apenas perceptible como para defenderse—. El mulero tiene razón: sois vosotros quienes lo habéis querido; ahora que lo he puesto bien, disfrutadlo.

Rubén había dejado la jarra en la mesa de toscas tablas y había apoyado encima sus manos; a Pascal le recordó a un cura celebrando una extraña eucaristía. El pescador se volvió hacia él y con su débil voz dijo:

—Esta mujer mía tiene la voz dura pero el corazón blando; peca por exceso de sinceridad. Pero ésta es la verdad, mi señor: vos estáis aquí por nuestro miedo y ahora nuestro miedo nos espanta. Todo lo que hemos heredado de nuestros padres, y nuestros padres de los suyos, ha sido impuesto por el miedo, que desde siempre ha sido para nosotros nuestra nodriza. La leche de esta nodriza nos ha hecho fuertes y tenaces en la vida, hasta tal punto que hemos hecho fructificar la ciénaga y la montaña, la roca y los rastrojos. Y todo esto ha podido suceder porque éramos extraños para el mundo y al mundo le repugnábamos como las fieras.

»Ahora hemos creído que el mundo nos invadiría y nos sepultaría, y hemos tomado a vuestro marqués como nuestro muro de protección. Nadie os tocará ni un pelo de la ropa mientras andéis por estas tierras, pero nadie tampoco podrá quereros con un amor fraterno y cordial, porque representáis para nosotros el signo de nuestra debilidad. Incluso aunque vuestra vida sea, a su vez, tan miserable como la nuestra.

Y Rubén se fue de la cocina a ocuparse de sus asuntos.

Entonces Pascal pudo contemplar, por primera vez desde que había entrado en la cocina, a la hija de Cerina, la joven Súa. Las dos mujeres se afanaban juntas, moviéndose ágiles de acá para allá por la habitación; no hablaban, sólo intercambiaban gestos. Por fin, se sentaron en el rincón del fuego y la más joven se puso un gran mortero entre los muslos; miró fijamente a los ojos del baile y éste le devolvió la mirada.

No eran los ojos de Cerina, no relucían entre la espesa cortina de los párpados, sino que eran grandes y resplandecientes, de un color claro, cambiante. Su tono variaba según mudaba la mirada y la luz que reflejaban como una límpida aguamarina. La cara, libre de los cabellos, recogidos en la larga trenza, era más redonda y más luminosa, pero sin palidez, como si reflejase la luz de los ojos. Tenía las facciones más suaves, y esa suavidad proporcionaba un atractivo singular a sus movimientos ágiles y recatados. Como su madre, llevaba un vestido amplio y sin gracia, y tampoco a ella parecía molestarle eso en modo alguno.

Calzaba pesados zuecos de madera con unas florecillas grabadas a fuego, ahora ya medio gastadas; sus tobillos, que quedaban al descubierto por su postura, eran fuertes y claros como la piel de la cara, sin las señales que — recordaba Pascal— habitualmente ulceraban los tobillos de las campesinas. Los muslos se modelaban fuertes y suaves bajo la tela, mientras apretaban el mortero. Si bien a Cerina no era capaz de calcularle la edad, Súa no tendría más de veinte años.

La muchacha lo miró con sus claros ojos y le preguntó con voz decidida, una voz que parecía proceder de un cuerpo más grande, de un pecho más profundo:

—¿Cómo os llamáis, señor?

Pascal se sorprendió y, tratando de apartar los ojos de su regazo, respondió:

—Pascal, me llamo Pascal y otros nombres que vienen detrás. Pero a todos les basta con Pascal para recordarme.

—Me ha dicho el quesero que debéis de haber viajado mucho, señor.

Seguía mirándolo sin vergüenza y su voz seguía siendo firme y limpia.

Pascal no se sentía nada cómodo. ¿Cuánto hacía que no hablaba con una mujer, y además con una mujer joven? Súa, hija de un pescador del pantano y de una comadrona, perdida en una región salvaje, le hablaba con una naturalidad que nunca se habría esperado. La miraba y le venían a la mente todas las mujeres que había conocido. Jóvenes señoras que había tratado en los ricos salones burgueses de Brabante, mujeres habituadas a tener a los hombres a su merced, capaces de tratar cuestiones bastante profundas con la misma ligereza con la que tocan el clavicémbalo; mujeres que tienen libros en sus habitaciones y no sólo partituras de música, mujeres tan peligrosas como la reverencia de un verdugo.

Súa no se parecía en nada a ellas. Tampoco a las campesinas que vendían manzanas entre el polvo de los caminos, ni a las maliciosas posaderas apostadas en cualquier ciudad del continente, las baesiens que sabían hablar de todo con cualquiera, pero que tenían una única razón en la cabeza y entre los muslos: yo doy, tú pagas.

Súa machacaba en el mortero y hablaba con un desconocido detestado por toda su gente ante la mirada de su feroz madre, que asistía en silencio. En realidad, Pascal se había olvidado incluso de los modales para una conversación semejante y trató de no sentirse envarado, probó a relajarse, aunque la herida había comenzado a dolerle de nuevo. Claro que había viajado.

—He viajado, sí, he viajado mucho.

Y quería decir más, pero no sabía qué.

—¿Y habéis viajado también por mar?

—Una vez fui por mar, un mar septentrional muy diferente, me parece, del que se ve en estas tierras.

—¿Y ahora estáis cansado, señor?

—Quizá sí, quizá estoy cansado. No he viajado en carroza. Y más que cabalgado, he galopado, y más que caminado, he corrido. Y mis compañeros de viaje nunca han sido una alegre compañía en busca de solaz.

Pascal tenía curiosidad por saber qué pasaba por la cabeza de aquella mocita y casi empezaba a divertirse.

—Siempre habéis sido soldado, ¿eso queréis decir?

—Más o menos. ¿Pero sabéis, preciosa? Son muy pocos los hombres que recorren pueblos por motivos de paz. Y no son hombres comunes como yo.

La había llamado preciosa porque no había encontrado ninguna otra palabra para dirigirse a ella. Le había salido «preciosa», porque así sonaba en el habla de su madre el modo amistoso de llamarse entre hombres y mujeres.

—Entonces ¿sólo habéis visto guerras, señor?

—No, no sólo guerras, y en las guerras no sólo hay batallas. He visto muchas cosas hermosas, cosas hechas en la antigüedad y cosas bellísimas que los hombres hacen todavía. He visitado iglesias grandes como bosques, resplandecientes de oro y de piedras opalinas, he andado por caminos que cortan en dos el mar, pero nunca he tenido tiempo suficiente para comprender lo que veía y, a menudo, al volver a un lugar, he encontrado las cosas más hermosas reducidas a ruinas. Pero la paz, la gran paz de todo un pueblo y de toda una nación, no la he visto nunca, ni nunca he podido caminar un día entero disfrutando de la contemplación de un campo tranquilo y de una ciudad alegre sin tener que mirar a mi espalda, ni siquiera cuando era niño.

Quién sabe lo que puede comprender Súa de todo esto, se preguntaba, y le iba cogiendo gusto a aquella singular conversación.

—En pocas palabras, ¿queréis decir, señor, que siempre habéis tenido la guerra como oficio?

Súa no parecía nerviosa; ahora se dirigía a Pascal con voz, quizá, un poco más suave.

—Fue lo primero que aprendí. Tal vez me hubiera gustado hacer otra cosa, pero no tuve tiempo suficiente para pensarlo. Por eso ahora estoy algo cansado: siempre he hecho todo con prisas.

—También yo he visto soldados alguna vez, mientras pasaban por la Vía, allá abajo. Aquí no gusta que eso suceda porque es muy peligroso, pero cuando acompaño a mi madre por las casas para ayudar a traer niños al mundo, hemos andado en ocasiones por la Vía, y a nosotras nunca nos ha sucedido nada. Hemos visto a los soldados del emperador escondidos entre la maleza. Hemos oído sus cantos y sus disparos, y también había mujeres, y la bandera del emperador iba delante, y todo ardía a su paso. Sois malvados.

—Sí, somos malvados.

¿Qué otra cosa podía decir? Le dolía la herida. Tenía ganas de tumbarse, pero no quería interrumpir a Súa ni darle la impresión de que lo había agotado.

—¿Queréis quedaros aquí para siempre?

Pascal no habría encontrado una buena respuesta, pero Cerina lo sacó del problema.

—Acostaos, mulero. Tenéis la cara del color del sebo y comenzáis a tartamudear.

Aquella noche Súa entró en el cuarto donde dormía Pascal. Llevaba una débil candela y se le acercó con los pasos amortiguados de un gato, tan silenciosos que él se despertó sobresaltado cuando las manos de ella ya le rozaban la cara. Y tuvo miedo de alguna tontería, de una locura de muchacha que podría costarle la vida, y que, por otra parte, él no había pedido ni deseaba. En cambio, la preciosa le pidió con su voz clara que mirara lo que llevaba.

A la luz de la candela le tendió un cuadradito de papel grueso, y Pascal vio una imagen que ya conocía, una hoja de esos almanaques que los soldados como él llevaban en sus zurroneos por todo el continente, comprados en cualquier feria de Flandes o del Palatinado, como diversión y amuleto de la suerte. Era la sankta kolbmann, como la llamaban en el norte, la mujer que hacía enloquecer a los hombres, dibujada mientras sacudía un árbol cargado de hombrecillos

con orejas de asno, que reían burlones y tocaban la trompeta. La mujer era joven y bella, alta, con largas piernas que se marcaban bajo el vestido y vientre prominente, grande y redondo por el esfuerzo. Los hombres que llovían de las ramas y que rodaban por tierra eran todos enanos dementes, feos como monos de Canarias.

Pascal notó el valor del grabado y se preguntó maravillado cómo habría llegado a aquel pantano. Súa lo miraba con aire interrogante:

—¿Os gusta, señor?

—Sí, es muy bello. ¿Es tuyo?

—Sí, es mío. Es lo más bonito que poseo. Me gustaría saber quién es esta mujer y qué está haciendo. Nunca he sabido a quién enseñársela. Nadie sabe que lo tengo, nadie en Carlomagno tiene nada parecido. ¿Vos sabéis quién es esta figura?

Así que Carlomagno permanecía lejos de los vendedores de almanaques.

—Ésta es la mujer que gobierna a los hombres. En los países del norte la llaman la «santa azotahombres». Es una historia antigua, creo, porque la conocen en muchas ciudades donde, en algunas fiestas, se divierten haciendo que manden las mujeres. Pero ¿a ti quién te la ha dado?

Súa parecía alterada y miraba un poco a la imagen y otro poco a Pascal.

—¿Y crecían los hombres en los árboles por aquel entonces, señor? ¿Y en qué países es facultad de las mujeres reducirlos a asnos?

Era una respuesta difícil de dar.

—No, preciosa, no. Esta historia es una fábula. En tiempos normales, las mujeres no pegan a los hombres, ni los llevan a la locura, y los hombres no crecen en los árboles ningún día del año. Las figuras sirven para contar historias que no siempre son historias verdaderas.

—¿En qué países las historias no son verdaderas? ¿Qué belleza tiene esta figura si es falsa? ¿De qué sirve contar una historia si no es verdadera? ¿Quién se puede alegrar con ella? ¡Es tan bella esta figura! ¡Tiene que ser verdadera!

A Pascal todo esto le parecía la locura del sueño febril, y Súa, en particular, un duende que tentaba a la mente. Se puso la mano en la herida y masculó un breve lamento de dolor.

Súa se apartó, y él vio que estaba envolviendo la imagen en un trapo.

—Os duele. ¿Queréis que llame a mi padre?

—Me duele un poco, pero ahora dormiré y no necesitaré nada más. Pero no me has dicho de dónde la sacaste.

E hizo un gesto hacia el envoltorio que Súa tenía ahora en su regazo.

Ella no contestó en seguida, pero cuando ya se veía clarear en el vano de la puerta, susurró:

—Me la dio un soldado del emperador que encontré en la Vía el año pasado. Fue pagada a un precio muy caro.

Dos días después, muy temprano, Pascal, el baile, y Furná, el quesero, se fueron de la casa del decano de la laguna, el afable Rubén. Las mujeres de la casa habían salido en medio de la noche para asistir al primer parto de una mujer en la aldea de Parvotrisia. Al despedirse, el pescador les regaló un manojo de pescado seco y abrazó a uno y otro sin hacer grandes diferencias.

El mulo Baes trotaba de buena gana en aquellos templados días de vendimia, cuando los gansos salvajes probaban sus alas en los vuelos cortos y ruidosos que precedían a las primeras lluvias y al verdadero éxodo. Volvieron a subir a la colina y dejaron por fin aquella batida por las tierras de Carlomagno.

Una noche, poco después de que Pascal hubiera abandonado su cabaña, Rubén se adentró en los matorrales, sin llevar lo necesario para la pesca. Caminó mucho tiempo en la oscuridad guiado por voces que oía a su alrededor, hasta que llegó a la ribera de un río. Allí encontró una minúscula embarcación de mimbre trenzado, de las que se usan para la pesca con hilo, y en ella atravesó canales y pantanos hasta llegar a un pequeño islote, en el centro de un amplio brazo del río.

El islote no era más que un pequeño montículo yermo; en su vértice reposaba una gran piedra lisa cuya forma recordaba el huevo de un pájaro gigantesco. Encima, en la parte que miraba a oriente, había una cruz grabada profundamente, con los brazos de una cuarta de largo cada uno. El decano trepó hasta arriba sin ningún esfuerzo y allí se sentó. Entonces, mirando la vasta extensión que le rodeaba, entonó su canción.

CANCIÓN DE RUBÉN A LA LAGUNA

«Salve, pequeñas estrellas que giráis en las lucientes esferas celestes, y una noche más, salve a vosotros, despojos siderales de la moribunda Virgo. Buenas noches a ti, próspera joroba de luna menguante, y a ti, luz de plata que te extiendes sobre los infinitos ríos y pozos y desfiladeros y molinos y canales y arroyos de esta llanura. Salud, agua madre de los ríos, que inundas el horizonte de occidente, grávida de la linfa fría de todas las montañas del septentrión, y también a ti, mar meridional, salud, ojalá te conozca un día y entienda tu lengua.

Y salve a vosotros, criaturas del pantano, tiernas presas, mi dócil sustento, agradables para mí y para la boca de los buenos cristianos. No temáis, pueblo comestible de la laguna, esta noche no he venido aquí a recoger vuestro tributo para la tripa del decano, ni os causaré ningún daño a vosotros, ejército de los indigestos. Estoy aquí para preguntaros, sapos, ranas y batracios; gobios, tencas y lucios; martines pescadores, cornejas y golondrinas; lochas, lisas y truchas; culebras, lagartos y serpientes; gallaretas, ánsares y ánades; juncos y carrizos, estoy aquí para hablar con vosotros. Salve, y estad en paz esta noche. Y haya paz también para vosotros, viejos huesos de mi pueblo, atravesados por espadas y lanzas, que reposáis desde la noche de los tiempos entre las antiguas piedras sumergidas.

Escuchad ahora. La feroz belúa se ha apostado en la piedra del escándalo y se ha reído muy fuerte en estos últimos tiempos; yo la he oído. La muy zorra silba

y reclama satisfacción. Sabe que hemos traspasado los límites que nos fueron asignados y que hemos mirado al mundo y que el mundo ahora nos mira.

¿Qué haremos ahora? Pasaron los arcabuceros del emperador, pasaron con sus blasfemias y su fragor, pero no nos vieron, y siguieron de largo. Ahora regresarán y nos verán. ¿Se lanzarán contra nosotros? Después pasaron los vendedores de golosinas, de calzones y de cerveza; seguían a los soldados en grupos como los patos, y no nos vieron y pasaron de largo. Regresarán y nos verán. ¿Tendremos que soportar el tufo de sus despreciables mercancías? Y pasaron mil furcias que tocaban ebrias sus caramillos detrás de los vendedores; volverán y nos verán. ¿Tendremos que soportar sus halagos? Y pasaron innumerables curas y obispos y clérigos en procesión y, cantando alabanzas a Dios, nuestro Señor, seguían a las furcias; sus mitras resplandecían de oro y blandían sus cruces de plata como horcas, y sus cantos eran melodiosos. Retornarán y nos verán. ¿Deberemos padecer sus prédicas y soportar sus horcas?

Y vendrán algebristas y adivinos, notarios y leguleyos, filósofos y literatos, recaudadores y alcabaleros. Vendrán y nos verán. ¿Qué será de nosotros? ¿Qué será, criaturas, de este pueblo? ¿Podré volver a hablaros o mi boca se cerrará, perderé la cordura, decaerá mi decanato? Estoy aquí, decano entre vosotros, por la gracia del señor Cristo y de mis hermanos, pero este pacto se romperá y la hermandad se hará pedazos. Volveremos a nuestras cuevas, criaturas, y como perros rabiosos disputaremos a los lobos las rocas y los bosques. Y todo lo bueno desaparecerá, porque nada de lo que somos es apreciado por el resto del mundo y nada de lo que es nuestro habla la lengua del mundo. Como el descalzo joven de Palestina, así regresaremos a los abismos.

Consoladme esta noche, criaturas, porque mi corazón desvaría.»

Y en el pantano se elevó hacia lo alto el llanto silencioso de los pueblos del agua, mientras, apostada en la piedra miliar, la despiadada belúa reía y esperaba.

Llegaron las brumas de otoño, y por las estrechas calles de Carlomagno se oía el lamento de muerte de los cerdos atravesados por el cuchillo del matarife.

Las barricas jadeaban y expelían el nuevo mosto bajo la luna de octubre, y los niños peleaban entre risas alrededor de las brasas donde se asaban los puñados de castañas sustraídas a la cuenta de los leñadores. Los rebaños estaban de vuelta en el pueblo, recogidos ya en la tranquilidad de los establos, y su vellón de suave lana estival esperaba el cardado en los secaderos. En la montaña, los últimos hombres picaban las vetas del mármol blanco y las regaban con vinagre para erosionarlas a tiempo de abrir vías al hielo.

Había sido una estación de abundancia y sólo quedaba augurar que el invierno no trajese desgracias y plagas a cristianos y animales. Pero las abejas habían dejado de zumbar en torno a las flores tardías muy pronto y hacía ya tiempo que estaban escondidas en su sueño, y aquello era una señal segura de un invierno clemente.

El pueblo decidió entonces que se debía celebrar la asamblea, y se pidió a los padres que la anunciaran.

Era el año del bocazas Secondo que, a grandes voces, instó a los padres a recoger entre el pueblo sus deseos y peticiones; después fue rápidamente informado de todo ello, para que se pudiera celebrar la asamblea con la debida solemnidad, en el día fijado por los augurios: el primer día de la incubación del alción, cuando el aire frío del septentrión se cambia por el aire tibio meridional para dar lugar al verano del martín pescador.

Cuando todo estaba preparado, se acordaron del baile y de su autoridad en la asamblea, y de la obligación que habían contraído de hacérsela presidir al lado y como igual en potestad al herrero Secondo. Y pusieron el grito en el cielo. ¡Oh! ¡Cómo gritaron los padres de Carlomagno! Y despotricaron, y se mantuvieron conciliábulos y discusiones en todas partes.

—¿Y qué? —se decían en las encrucijadas de los caminos—. ¿Qué va a hacer un extranjero en nuestra asamblea solemne, excepto profanarla con palabrería hueca y pretensiones de cambiar su buen funcionamiento? ¿No vamos a contar nosotros honestamente en esa asamblea los diezmos del marqués y las prebendas fijadas para el baile, sin necesidad de que él tenga que venir a contarlos con nosotros?

Pero al final decidieron que era prudente respetar los pactos, y Furná fue encargado de instruir al baile en todos los asuntos, para que la asamblea del alción fuese llevada a buen término y sin obstáculos.

Y una noche, Furná explicó a Pascal el cómo y el porqué, sentado en su maloliente cocina mientras, cariacontecido, bebía más de la cuenta de una jarra de vino que ahora prefería caliente y enriquecido con hierbas aromáticas. Así Pascal supo de las antiguas costumbres de la posesión y de la división, del contender y del resolver, del soltar y del atar.

Le puso al corriente de los juicios y de las penas establecidas, de que la asamblea tenía potestad para juzgar todas las culpas que afectasen a los cristianos, pero que nada podía decir o hacer en lo concerniente a los animales, porque sus culpas eran juzgadas directamente por el señor Dios. Sin embargo, el hombre podía apalear y matar al oso y a la serpiente, y también al lobo si había mordido a más de un cordero; en cambio, a la zorra había que echarla sin herirla, para no ser víctimas de su venganza.

Supo que quien mataba a un padre de familia debía ser conservado con vida para el mantenimiento perpetuo de los huérfanos y de la viuda y de toda la familia; pero quien mataba a una mujer o a un muchacho debía ser ajusticiado y después descuartizado, y su cabeza debía permanecer sin sepultar, a menos que alguien la rescatase al precio que fijasen los ofendidos. Y el robo de una oveja se castigaba con el pago de dos ovejas, pero el robo de un asno con tres, para resarcir al dueño del trabajo soportado al faltarle el burro robado. Y quien dañaba debía reparar, además de veinte latigazos en la espalda.

Supo que la tercera parte del fruto de las tierras comunales y de los animales que pacían en ellas se acumulaba, y después era equitativamente repartido entre los habitantes de Carlomagno por la asamblea, y que la división equitativa debía arrojar un resto, y que este resto engrosaba un fondo para los huérfanos y los desgraciados. Y supo que la montaña no era de nadie y que su fruto de piedra blanca correspondía a quien lo extrajera, a razón de siete partes de cada diez, y que las tres restantes eran de uso común para todo el pueblo, que debía emplearlas en obras públicas para su propia comodidad y el

embellecimiento de los lugares habitados; y la naturaleza de las obras era competencia de la asamblea.

Pero si alguien conseguía extraer de la cantera una piedra perfecta, ésta pertenecía por entero a quien la había sacado y no entraba en el cómputo del reparto; excepto el barril de vino que se le daba como tasa al párroco para su propio uso, por sobrentender que callaría aquella perfección marmórea a las autoridades episcopales; siglos después, aún se guardaba memoria del voracísimo obispo de Sarezzana.

Tampoco eran de nadie las aguas, agitadas y quietas, claras y oscuras, ni las ciénagas ni el pantano. Sus frutos pertenecían a quien los recogía, y dos de cada quince partes de aquella cosecha correspondían al párroco y a sus obras. Pascal supo que poseer y cercar pastos y campos de cebada y de trigo era grave pecado contra el señor Dios y sus criaturas, y que tal pecado podía ser redimido entregando la décima parte a la asamblea, para que ésta la emplease en el fondo de las necesidades.

Furná le informó también de que era costumbre en Carlomagno —y lo dijo de forma solemne y con tono suave— que las mujeres eligieran al hombre que querían por marido, al contrario de como se sabía que sucedía en otros lugares, y que ésta era una forma de actuar de la que los hombres de Carlomagno no se habían quejado nunca. Es más, les parecía el modo natural de llevar aquel peculiar comercio, porque en todo el universo era bien sabido que ni siquiera el hombre más avezado poseía en ese asunto la facultad de decidir lo correcto, e incluso la propensión general era la de no tomar decisión alguna.

Por supuesto, no se contaba con muchos datos de cómo se resolvían los preliminares entre los dos, pero, con todo, la costumbre era que la mujer se presentase en la asamblea y propusiera para marido a tal o cual otro. Al interesado se le llamaba para que manifestase su opinión con los padres como testigos, los cuales, si no había obstáculos, acordaban y fijaban la fecha de las bodas y preparaban la fiesta y asignaban la dote, que el pueblo sacaba de su fondo, como prueba de benevolencia hacia sus jóvenes.

De otras muchas cosas informó el quesero a Pascal, y no todas fueron comprendidas por éste. Sólo retuvo en la mente que se sabía que Súa, la hija del decano de la laguna, se presentaría en aquella asamblea para pretender a Amos, cincelador de la montaña.

Las mujeres tenían un juego, un juego que era sólo cosa de ellas. Lo jugaban en septiembre y en octubre con las nueces, cuando aún están duras y su pulpa es compacta y grande. En Carlomagno había un lugar asignado para aquel juego en la plaza empedrada, delante de la antigua iglesia del pueblo donde se había colocado un enlosado finísimo y brillante, de cuarenta brazas de largo por seis de ancho, en forma de corredor uniforme, como si hubiera sido hecho con una única piedra blanca y muchas generaciones lo hubiesen pulido. Allí, a la caída de la tarde, se reunían las mujeres viejas y jóvenes y cada una colocaba dos de las nueces que llevaban en un saquito de tela bordada, hasta que se formaba a lo largo del enlosado una doble fila de tales frutos, separados unos de otros por un palmo de distancia.

Entonces echaban a suertes el orden del juego y a cada una le tocaba lanzar desde el extremo de la zona enlosada una nuez que debía golpear el mayor número posible de nueces a lo largo de la doble fila. Y así, cuantas más nueces tocara, más recogía la lanzadora, y cada una que tocase valía por el par. Las mujeres de Carlomagno eran aficionadísimas a este juego y, al practicarlo, gritaban, alborotaban y se peleaban. Para los avatares del juego, usaban una lengua propia que sólo ellas entendían, excepto dos palabras: luba y cuba, de cuyo significado estaban al corriente los hombres del pueblo.

Los hombres acostumbraban a detenerse a observar las jugadas alrededor del límite enlosado, desde la parte opuesta a la señalada para el lanzamiento; por eso, en muchas ocasiones, las nueces lanzadas con gran pericia terminaban por golpearlos en una u otra parte del cuerpo. Las jovencitas solían dar intencionadamente al hombre que habían elegido por esposo, y sucedía a menudo que el favorecido no sabía nada del asunto hasta que era alcanzado por el proyectil y la lanzadora gritaba «cuba», que en su jerga significaba «te pillé». O bien, si el blanco había sido accidental, gritaban «luba», que venía a decir «no te he dado». Y esto tenía la fuerza de la ley y, si ambos consentían,

era llevado por la mujer a la asamblea de los padres y en poco tiempo se celebraban las bodas. Todo sucedía entre septiembre y octubre, de modo que para el verano del martín pescador, en los días de los alciones, incubaban, al mismo tiempo que los pájaros, las mujeres de Carlomagno.

Aquel año Súa golpeó con su nuez al joven Amos, hijo de un experto cincelador, cincelador también él. Le hizo blanco en la espalda, pues Amos, habiéndose dado cuenta a tiempo, quiso escapar, ya que, joven como era, no tenía intención de casarse todavía. Pero no tuvo el coraje de negarse, y Súa se presentaría en la asamblea de los padres para notificarlo y para ser bendecida y dotada por su pueblo.

Pascal recordaba bien a Súa y las palabras que le había dicho cuando él yacía herido en la casa de su padre, igual que recordaba su sorpresa por la imagen que guardaba en secreto. Pensaba en aquella joven extraña y bella, y su corazón se enternecía y se preguntaba si aquello podría ser el sentimiento de un padre hacia una hija muy amada. Y puesto que la vida no le había dado hijos ni hijas, no sabía cómo responderse; así es que volvía a preguntarse si podría existir un sentimiento de amistad entre un hombre y una mujer joven similar al que hay entre compañeros, y esto no le parecía algo posible.

Al final confiaba en que su confusión se debiese a aquel lugar de Carlomagno, a sus rarezas y singularidades, y entonces se dedicaba a otros pensamientos, dejando éste a un lado; sin embargo, le bullía dentro, sobre todo en sus horas de insomnio, como un vapor interno que, delicadamente, le empujaba a buscar la luz. Y un día, poco antes del fijado para la asamblea solemne, se decidió a visitar a Súa para llevarle un regalo de bodas.

Se esforzó mucho tratando de hallar un presente adecuado, se llevó las manos a la cabeza sintiéndola vacía de inspiración y recorrió más de diez veces el pueblo buscando sin encontrar.

Después abrió el arca donde guardaba su fortuna y encontró. Encontró, pero inmediatamente se arrepintió de haber encontrado y cerró deprisa. Y volvió a abrir y volvió a cerrar. Al fin, cogió en la mano lo que había encontrado y lo manipuló un buen rato con mucho cuidado. Era un primoroso calendario grabado con esmero que le había comprado a un librero que comerciaba con

el contenido de sus alforjas en el camino que conduce de Gante a Damme, en Flandes. Tenía doce folios en cuarto y cada uno llevaba en grande la figura que conmemoraba ese mes y debajo las cifras de los días y las fases de la luna. Al lado, en la lengua de Alemania, que él comprendía pero que no sabía leer, le había dicho el librero que aparecían escritos todos los grandes acontecimientos de la humanidad sucedidos en aquel mes, desde la creación de Adán hasta nuestros días. Pero las figuras cualquiera las entendía y eran bellísimas, grabadas con tal perfección que adquirirían relieve sobre el papel y parecían cosas vivas. Y se veía la ignominiosa expulsión de Adán y Eva del paraíso terrenal y el inicio del género humano; el arca con la que el buen patriarca Noé había puesto a salvo las criaturas del mundo; el rey Carlomagno, rodeado por sus caballeros en la gloria de su reino de justicia. Y la resurrección del Hijo de Dios de su sepulcro terrenal, la caída de Constantinopla en manos de los sarracenos de Muhammad el Grande, con las enormes masacres de cristianos corruptos; la famosa ciudad de Atenas en los tiempos de su gran magistrado Pericles, la ruinosa donación del emperador Constantino a la iglesia de Roma, el maravilloso descubrimiento de las nuevas tierras de Occidente, la valiente protesta de Martín Lutero contra el abominable fraude de las indulgencias.

Era fascinante hojear aquellas páginas y tener ante sí, nítida, la historia del universo, lo mudable de los destinos humanos, las grandes gestas y las infamias, sentirse incluido en la gran piñata de la creación, en la intensa semejanza de los seres humanos entre ellos, siendo tan variadas y distintas las suertes individuales. Aquellas imágenes ejercían un magisterio tan potente que ninguna escritura o palabra hablada podía aproximárseles. Sería un bello regalo para Súa, conocida su singular pasión por las imágenes y por la verdad de las imágenes: tendría ante sus ojos las historias más grandes del mundo.

Pero sería un regalo envenenado. Haría preguntas, pero ¿a quién? Querría saber más, pero ¿a quién se dirigiría? Y aquel calendario, la verdad de aquellas imágenes, estaba severamente prohibido en las tierras del emperador, que juzgaba a los pueblos sometidos a él en nombre de la verdad suya y de la del papa de Roma. Juzgaba con la horca y con el fuego, nada más. Y era una grave imprudencia haberlo sacado del arca e, incluso, el solo hecho de haber

pensado en regalárselo a una joven ignorante de todo lo referente a las costumbres del mundo.

Si todavía conservaba aquel volumen, era porque él mismo había sido atacado por la locura de transgredir, como un jovenzuelo estúpido. Peor, imitando los desvergonzados modales de un lansquenete blasfemo, había querido burlarse ante los mil ojos espías que había encontrado en su camino, incubando en sus alforjas el delicioso demonio que extendía la lepra de la duda y de la insubordinación entre las gentes. Sí, verdaderamente había sido una insensatez, un momento de locura. ¡Él! Que no profesaba y que no quería profesar ninguna fe especial, que ni siquiera sabía leer la lengua de aquella fe que el librero de Gante había llamado reformada con cierta afectación, como si a aquella palabra le correspondiese una gracia especial, una belleza que iba más allá de aquellas figuras tan hermosas.

¡Pero qué contenta se pondría Súa si las tuviera! ¡Cuántas cosas podría pensar con aquella cabeza de pelo negro! Vería el mundo; el mundo en las manos de una jovencita que vaga con sus pensamientos entre los pantanos.

Súa sabía guardar secretos, todo en Carlomagno era un secreto. Y pensó que el calendario del mundo, lo más bonito que poseía, sería un pequeño secreto entre los muchos y grandes secretos de aquella gente. Así es que, por fin, decidió convertirlo en su regalo de boda.

Y un día fue a la cabaña del decano Rubén. Llegó bajo un cielo borrascoso, cuando caía un gran chaparrón. Salió a abrirle Cerina, que lo observó sorprendida:

—Habrá que ponerlos a secar, mulero, o vais a ahogaros en vuestras propias ropas. Entrad, y si no os da vergüenza, yo os frotaré.

A Pascal no le produjo ningún placer que lo desvistiese aquella mujer con el poder de hacer que se sintiera pequeño y desolado, pero se sentía demasiado aterido y permitió que Cerina actuara con sus modos bruscos y decididos. Lo situó cerca del fuego en camisa y calzones, sentado en un banco de madera basta. Sostenía en la mano el zurrón de piel en el que había puesto su regalo y no sabía dónde dejarlo: no le parecía buena idea separarse de él.

Por un segundo le dieron ganas de echarlo al fuego y olvidarse de aquel asunto de locos, pero Cerina le dio un tazón lleno de una bebida con un suave perfume a fresas que lo cautivó. La bebida estaba caliente y amarga, agradabilísimamente amarga para su paladar, y al bebería le reconfortaba el estómago y el corazón, y le caldeaba los huesos. Y así se quedó, quieto y sin pensar en nada, mientras la mujer le frotaba los hombros y la espalda con una familiaridad que no admitía objeciones.

«¿Podría estar aquí mi casa?», se preguntó mientras se recuperaba y reanimaba bajo las manos de Cerina, que le golpeaban sin hacerle daño. «No —se dijo—, aquí no puede estar mi refugio. Y esta mujer querría verme muerto.» Cerró los ojos y dejó que las rítmicas fricciones lo acunaran. «Soy muy afortunado», creyó pensar y después soñó.

Soñó que Cerina lo montaba con gran energía y lo sacudía de pies a cabeza como si lo exprimiese, y de él brotaban ríos de sudor en los que ella mojaba sus manos que luego se llevaba a los labios. «¡Cuánta maldad tienes, mulero! ¡Vamos, déjala salir! Déjala salir, déjala salir...» Sentía los muslos de Cerina oprimiendo su vientre y no le sorprendía sentirlos suaves y frescos como los de una muchacha, ni le importaban los ojos que le miraban fijamente desde sus hendiduras, como si quisieran sacar algo de su interior.

También sentía, haciendo fuerza desde su interior para salir, algo potente que no sabía explicar, pero que le parecía semejante a un perro o a una fiera enredada en sus intestinos. Y cuando se dio cuenta de que llegaba el momento, no quiso derramar su semen dentro de la mujer y gritó.

Y abrió los ojos y se avergonzó al encontrarse tumbado en el banco mientras Cerina le refrotaba con un paño caliente y húmedo alrededor de la ingle.

—Trata de manchar a una mujer de estas tierras con este sarnoso colgajo tuyo, mulero, y yo me haré con él una medalla para colgármela al cuello.

Pascal se quedó confuso y abochornado y no supo qué decir. Se libró de ella y se abrochó calzón y camisa. Pero, puesto en pie, se sentía aún más ridículo, blando y vaporoso bajo la mirada sarcástica de la mujer, mientras seguía con la misma sensación de bienestar y calor, que le dejaba sin dignidad para

separarse del sueño que todavía lo agitaba. Cogió sus ropas, que se secaban al lado del fuego, y una ráfaga de aire preñado de frío y lluvia le golpeó los hombros. Se volvió, y Súa entró en la cocina acompañada de una tormenta de mil demonios. No llevaba capa y estaba completamente empapada, como si la acabase de parir el río en aquel mismo momento. Sus largos cabellos sueltos se le adherían al cuerpo igual que el vestido gris y el largo delantal. Iba descalza, con los pies sucios de barro. Mientras trataba de cubrirse apresuradamente con sus ropas, Pascal se fijó en aquellos pies y los encontró muy bonitos; le parecía que su corazón quería perforarle el pecho y salir fuera para sumergirse en el pantano.

—Bienvenido, señor. Veo que mi madre os ha socorrido. Espero que haga lo mismo conmigo antes de que entregue mi alma a las tencas.

Sus ojos miraban a Pascal risueños y quietos, le miraban a él, no a sus calzones o a su azarado modo de cubrirse, ni al pecho que asomaba por su camisa abierta, ni a ninguna otra parte de él; y el corazón de Pascal se serenó un poco.

Y Cerina la desvistió y Súa se quedó junto al fuego sólo con la camisa de lino. Con pequeños escalofríos iba echando fuera del cuerpo el frío y a Pascal le parecía que se iluminaba como una mecha que lentamente se empapa en aceite fino. La madre le daba masajes del mismo modo que había hecho con él, y Súa se abandonaba en sus manos como un ternero impregnado aún en la placenta a la lengua de la vaca. El baile, embobado, no se avergonzaba de todo esto, ni reprobaba tal libertad de costumbres. Rescatado el envoltorio que había dejado en la repisa de la chimenea, lo puso entre las manos de Súa.

—Sé que os presentaréis en la asamblea para solicitar matrimonio; espero que esto os guste —y se quedó mirándola de reojo.

Súa sostuvo el envoltorio entre las manos acariciando un rato la tosca piel mal curtida, como si quisiera ablandarla; entre tanto miraba a Pascal, a todo Pascal, con curiosidad maliciosa:

—En este pueblo no se acostumbra hacer regalos tan pronto. Todavía no ha sucedido nada, señor, que merezca un regalo. Pero lo acepto encantada

porque vuestro gesto es bueno y gentil —y comenzó a desenvolver el regalo con mucha delicadeza.

Pascal se envaró, arrepentido otra vez de aquella locura suya, y se dirigió a la muchacha con una dureza que no deseaba:

—No, os lo suplico, no lo miréis ahora. Hacedlo más tarde, cuando no podáis decirme que os ha desilusionado.

Y con un gesto seco se envolvió en la capa y salió de la habitación.

Llegaron de improviso los agradables días del alción. Las largas tormentas habían destruido los nidos de las cigüeñas. En los bosques de la montaña, las hayas habían dejado en tierra su hermosa cabellera para que allí, abajo, las pequeñas criaturas del suelo pudieran incubar la vida, durante el tiempo en que los espíritus del invierno se dedicaban a la caza del alma tibia del mundo. Los espíritus con el rostro de nieve, los ángeles caídos, glaciales por los siglos de los siglos, batían ya el monte e hincaban sus colmillos de hielo en todo ser viviente. La osa aún recorría con sus oseznos los barrancos, pero su marcha se había hecho cada vez más lenta y desgana, y sus pequeños lloriqueaban largos bostezos, embotados por la grasa de la buena caza estival. La nevisca había rozado ya por dos veces las cimas de la montaña, pero no se había detenido lo suficiente para resplandecer aún más que la roca.

Después, en un día de niebla gris, un chico de la laguna había recorrido el pueblo saltando y gritando y golpeando las puertas, llamando a todos a grandes voces. Las casas se abrían a su llamada, y la punta de la capa que sostenía entre las manos fue pronto colmada de nueces y castañas y rebanadas de pan amarillo con miel. El chico anunciaba que maese invierno se retiraría un poco para tomar fuerzas y, aunque no lo pareciera, vendrían días de sol tibio y aire templado. Porque allá, en el pantano, había un revoloteo de alas azules y un gran trasiego de machos hinchados de orgullo sobre los nidos del alción.

Habían empezado a incubar: eso era lo que había ido a decir; y la gente le recompensaba por esta buena noticia y, al hacerlo, sonreía y ya se notaba los calores bajo las pesadas ropas de lana.

Y honesto como siempre, el martín pescador llevó su veranillo al día siguiente y se convocó la asamblea el tercer día, el domingo.

Aquella mañana, la gente de Carlomagno, al sol entre los robles, sentada sobre las tibias piedras, apoyada en las jambas de las puertas de las casas, disfrutaba en un plácido ocio del paso de los pregoneros que anunciaban el comienzo de la asamblea, por la voluntad de todos y por la gracia del señor Dios. Ñeeee, ñeee, sonaron las cornamusas, chin, chin, crepitaron los címbalos, tiru, riru, zurearon los pífanos, exhalando por las calles el antiguo estribillo que, según se decía, habían enseñado los propios querubines a los músicos primitivos.

Después, los pregoneros subieron a la colina y llevaron su anuncio a la llanura, y al límite opuesto de la región, y pregonaron en la montaña, para que todo el mundo pudiese deleitarse con aquella música de ángeles y el pueblo acudiese al recinto a la tercera hora del día y no más tarde.

El pueblo entero estaba ya reunido. Las familias se sentaban alegres, formando grupos, en el claro junto a los robles. Los niños escarbaban aquí y allá, entretenidos en chupar las castañas asadas la víspera, mientras las jovencitas despiojaban con mucha compostura a sus madres, al tiempo que les susurraban los secretos de sus tiernos corazones. Y las madres, desgranando sus prudentes reproches, despiojaban a sus hijos varones, que se impacientaban bajo las uñas tenaces y proferían juramentos, atentos a su vez a espulgar a los chuchos de la casa. Los padres, despiojados, cepillados y vestidos de fiesta desde antes del alba, estaban sentados dentro del recinto con mucha seriedad, masticando granos de trigo tostado y cuchicheando en voz baja sobre sus cosas.

Como un enjambre de mosquitos iba subiendo el murmullo de Carlomagno en asamblea, y el conjunto de las mil voces se enredaba en el aire, rizaba las hojas de los robles, confundía el canto de los pájaros. Por encima de todos, el sol goteaba su calor.

Por fin, el pregonero mayor miró al párroco, y el párroco, a su vez, miró la aguja del reloj de sol y constató que había llegado la hora. Se recompuso la ropa, se envolvió bien en la gran se acostumbró tanto a la singularidad de aquel pueblo que no se le distinguía de los demás.

En la época de los hechos aquí narrados, Villelmo ya había encanecido, pero seguía gordo y orondo, y su saco de piel hacía ya muchos años que había servido de abono para su vergel. No obstante, como el primer día, había mantenido la costumbre de llevar en vez de calzado costras de barro seco, incluso en los acontecimientos más importantes.

Así pues, a la tercera hora del día señalado, dio comienzo el juicio del pueblo.

En su larga historia, Carlomagno tuvo asambleas de las que se conservó memorable recuerdo por muchas generaciones. Asambleas que se prolongaban días y noches, padres a los que se mantenía a pan y cerveza, de modo que conservaran la sabiduría para resolver cuestiones complicadas e indigestas, que requerían un sutilísimo pensar y un escrupuloso reflexionar.

En tiempos en que Aminto ejercía la potestad, se necesitaron dos días y dos noches y un debilitador ayuno total para juzgar un complicadísimo caso de homicidio. La asamblea se reunió en sesión extraordinaria en el sofocante calor de agosto, porque un hecho de tal gravedad no podía aguardar a un tiempo más bonancible. El reo, de nombre Moabe, un habitante de la montaña de índole esquiva y conocido en las canteras como un buen hombre, fue sorprendido por sus compañeros de trabajo mientras tiraba a un pozo el cuerpo aún caliente de su mujer, Bele; sin una palabra, ni una protesta, se había entregado a la reclusión en el sótano de la iglesia.

Esta mujer suya tenía más años que él y era de rara belleza y dulcísimo corazón; pero había sido poseída por unos espíritus y en determinados días desvariaba. Entonces se iba de casa y andaba vagando día y noche por los campos, hablando con los animales y con las piedras y las hierbas. Y a quien la detenía le hablaba en un delirio de sueños y vaticinios que nadie comprendía. Solían ser las mujeres las que la socorrían y se quedaban con ella porque la consideraban buena e inocente como el agua. En su errático vagar no entendía de tiempos, caminaba mientras tenía fuerzas y después dormía donde caía, y se alimentaba con lo que encontraba y de la caridad de quien la veía. Algunas veces pedía a los hombres desvergonzadamente que se acostaran con ella y, dada su belleza, no todos se abstuvieron.

En aquellos tiempos, el joven marido dejaba todo por intentar reconducirla a la cordura. La buscaba por las aldeas y la llevaba de vuelta a casa sobre su asno, a menudo sin sentido, abandonada en el lomo como una carga de harina. Y Moabe lloraba lágrimas de gran vergüenza y desesperación, y llamaba a las mujeres más expertas para que con bálsamos y pociones la reanimaran y la devolvieran a la vida que él todavía esperaba compartir con ella, pues aún la amaba y le decía al oído palabras de amor. Envejeció pronto por la pena, mientras que Bele se mantenía bella e inconsciente de sus espíritus.

Cuando los padres se reunieron en el juicio contra Moabe, discutieron mucho si el joven era culpable y en qué medida. Era conocida su bondad y su amor por Bele, y cómo la había cuidado en su locura. Por otra parte, él se negaba a dar cualquier tipo de explicación y parecía que se consideraba como muerto, abandonado en las sombras del sótano. Entre tanto, las mujeres de Carlomagno esperaban en torno al recinto y aguardaban conmocionadas y afligidas por la muerte de su amiga.

Los padres se preguntaban: ¿Ha sido el delito un acto de la voluntad, o la insania de la mujer ha llegado al espíritu del joven? Y pasó todo un día y, al oscurecer, los padres dormitaron en el recinto y al alba volvieron a preguntarse qué hacer. Y las mujeres, mientras, estaban de nuevo allí, alrededor, esperando que se hiciese justicia a Bele. Y la reunión se prolongaba sin éxito, porque a aquellos hombres escrupulosos les parecía una cuestión irresoluble. ¿Cómo podía soportar Moabe su pena conyugal sin quedar vencido? Aquella mujer habría podido volver loco a cualquiera de ellos.

Hacia mediodía se corrió la voz de que los padres se inclinaban por poner punto final al juicio de Moabe y su delito mandándolo a casa. Sucedió entonces algo inaudito. Las mujeres de Carlomagno tuvieron una reunión, y cuando el pregonero se presentó a retirar la comida para los hombres, le fue negada y tuvo que regresar al recinto con las manos vacías. Los padres no

—No, te quiero vivo y, si me quieres, te juro que desde esta noche vivirás más feliz.

Pascal se miró largamente las manos y se preguntó por qué razón no tenían fuerza para estrangular a aquella muchacha.

Por amor o por fuerza, aquella noche el baile Pascal fue marido de Súa, la joven cabeza loca.

A algunos de los padres no les pareció que el asunto fuese tan escandaloso como traslucían los ojos de Secondo, y con paciencia le explicaron que sí, en fin, que podía ser algo bueno emparentar en el pueblo con aquel hombre ajeno, de modo que pudiese calentar su corazón con sus buenas leyes, y colmar su ignorante distancia en la cesta de ternura de la bella Súa. Nadie tuvo el coraje de acercarse a Pascal para preguntarle sus razones, temiendo su mudo azoramiento. Por fin lo hizo Rubén, que, acercándose al baile, le habló así:

—Veo, señor, vuestra turbación y vos veis la nuestra. La petición de mi hija Súa es un incidente extraño y nuevo para todos nosotros, y entre los padres hay quien está llorando de aflicción. Yo, como bien veis, no lloro ni me entristezco por lo que he oído. Quiero con un amor tierno a mi única hija, y ella me paga con la dulzura de su corazón y con su pensamiento claro y honesto. Yo sé, mi señor, que si mi hija os ha solicitado es sólo por excelentes motivos, no por desconsiderada locura ni por despecho: conozco su alma lo bastante para saber que esto es cierto. Ahora estoy aquí para preguntaros por vuestras intenciones y conocer, si es el caso, las razones contrarias. Nunca ha sucedido eso; ningún hombre en Carlomagno ha rechazado jamás la petición de quien lo ha querido. Pero esta sesión, como vemos todos, parece organizada por el señor Dios para colocarnos ante la excepción; por tanto, expresad sin preocupación lo que penséis; nadie os lo echará en cara.

Pascal escuchaba al decano de la laguna hablarle en aquel tono suyo distendido y familiar, encaramado sobre unas delgadas piernas como un ave acuática que descansa en una poza y al tiempo examina su figura reflejada en el agua oscura. Sus palabras le apagaban poco a poco la rabia en el cuerpo; no porque le pudieran explicar el misterio de la locura de Súa, sino porque aquel pequeño hombre le parecía tan indefenso como él respecto a la joven, sólo que, más que disgustarse, Rubén parecía complacerse con esta debilidad,

como si se alegrase de ello. Y continuaba en su actitud serena, honorable y llena de dignidad.

Pero ahora, ¿qué podía hacer? El asunto del matrimonio en sí —¡Dios Santo, un matrimonio!—, aun suponiendo que hubiese llegado en circunstancias menos complicadas, era para él algo absolutamente inconcebible, un oprobio contra su destino. Había navegado años y años por mares de hierba, de empedrados y de ruinas de toda Europa, y su vida había sido desgastada por toda clase de acontecimientos, tanto que al final no le había quedado más que lo esencial para conservarse, procurando mantener a distancia lo inútil y lo peligroso y, por supuesto, lo imposible. No se le ocurría pensar que tenía poca cosa, porque el vivir mismo era ya mucho.

Y desde hacía tiempo sabía que su alma estaba demasiado gastada y agotada para poder soportar el peso de los sentimientos del amor, una bestia, sin embargo, que él había conocido y tratado de domesticar cuando aún tenía fuerzas suficientes. Amor me pena, amor me pena, cantaban a coro los soldados de la dulce campiña francesa del sur. Sus penas habían terminado. Su carne sabía calmarse tanto al calor de los largos muslos de una ramera de Navarra como entre los otros más toscos de una posadera del camino saboyano. Sus nostalgias iban desapareciendo en las entrañas, entre la grasa que empezaba a pesarle en el corazón.

Salvar la vida, ésta era la gran obra en la que estaba triunfando. Dar el corazón por muerto, el precio que su destino le había impuesto como arancel no era demasiado elevado. Súa se le había colocado delante.

Y Rubén continuó hablándole:

—Señor, perdonadme. Yo no conozco vuestros pensamientos, ni puedo juzgarlos. Como ya os he dicho, tenéis toda la libertad de aceptar o de negaros a mi hija; ni ella ni nadie os pedirá nunca cuentas por esto. Pero si probarais a mirarla con franqueza, comprenderíais lo que yo ya sé: ella, por secretas razones de su corazón, os ha elegido con ternura y con amor. Os ha elegido a despecho de cualquier razón razonada, por la sabiduría de su corazón, que se adelanta a todas las cuestiones que vuestra mente pueda imaginar. Si no es asco lo que sentís, sino sólo vergüenza, recordad esto: un alma que no tiene

fuerza para amar, puede, sin embargo, aceptar que se la ame. Y eso sólo le hará bien.

Pascal se decidió por la locura e hizo a Rubén un gesto de asentimiento,

Y las mujeres llevaron ramas de mirto y de olivo, y telas de cáñamo y lino, y velas de sebo y de cera, y los hombres se acercaron con quesos y otros aparecieron con vino y panes de trigo y de avena, de tal forma que pronto se levantaron un pabellón y un altar cerca del recinto y se presentó una dote de buen augurio. En el aire frío de la noche, las velas encendidas no calentaban, pero el calor llegó a todos los que estaban reunidos del sonido de las cornamusas que, con gran clamor y encendida melodía, esparcieron a los cielos el antiguo canto de los esponsales.

Y el párroco celebró su rito sobre el montón de grandes quesos, y bendijo el vino y echó un poco a los pies de los nuevos esposos. Y después bendijo a los esposos con el mirto y el olivo, se acercó y los abrazó con sincero afecto, y les dio de comer pan blanco y de beber vino claro. Durante el tiempo que duró aquello, Súa no miró a Pascal, pero estaba a su lado rozándolo con todo su cuerpo, y el baile se había enternecido con ello, como si hubiese sido presa de una larga y suave caricia.

Después les dejaron solos; el pabellón de mirto y olivo debía convertirse aquella noche en su cabaña.

Pero llegó inesperadamente Cerina, cogió a Pascal por un brazo y se lo llevó con ella. Él, por la sorpresa, no se resistió, y Súa le dejó marchar. Cerina lo llevó a una fuente un poco apartada del pueblo y allí, la vieja comadrona lo desvistió, lo metió en el agua helada y lo refrotó, golpeó y vareó con hierbas y ramas de olor penetrante. Hasta que Pascal se desvaneció a causa del gran frío y del intenso calor. Entonces, casi al alba, Cerina lo devolvió al recinto de la asamblea donde Súa esperaba junto al fuego. Lo dejó junto al hogar y le dijo:

—Ahora, si quieres, puedes tocarla, mulero.

Y Pascal cogió a Súa y se la llevó a la casa de Furria que Carlomagno había destinado a su baile.

CANCIÓN DE CERINA POR LA HIJA QUE SE ALEJA

Han cantado las estrellas esta noche, Súa. Han cantado las esferas de los cielos para acunarte en este último sueño, carne mía, alma mía. ¡Oh! Nunca más tu dormir será tranquilo, nunca más. Habrá la mano de un hombre que excitará tu respiración serena, y sus pesados pies te patearán, y su vientre te oprimirá los bellos sueños, y su cara estará sobre la tuya para cerrarte los ojos. Escucha tu bazo que grita, el hígado que canta, el vello entre las piernas que llora. Y reirás de la fuerza de tu hombre, volverás cuento su sabiduría, abatirás su orgullo. Ablandarás su pecho, como un tierno gatito de casa te llamará su furioso colgajo. Tendrás dientes de loba contra sus errores y piedra pómez para lavar su negra alma, y tinte púrpura para dar color de amor al amor. Con la furia de la osa, pelearás a causa de la traición, y con la fragancia del ungüento curarás la herida. Tendrás fuerza de búfala, malicia de paloma, suavidad de cordero. La mujer es el alba y el hombre el crepúsculo. Pero la mujer es próspera y el hombre seco, la mujer es una visionaria y el hombre está ofuscado. Será facultad tuya prosperar, suya la de destruir; tuya, la alegría, suya la amargura. Guía a tu hombre con la firmeza de tu dulce corazón.

Carne de mi carne, yo a nadie te doy, nadie en la tierra tiene derecho sobre ti. Vete con orgullo a coger lo que has querido.

TERCERA PARTE

EL LIBRO DE SÚA

Ahora necesito tomar aliento. No es nada fácil hacer una novela con sueños, aunque estos salgan a flote noche tras noche; no sale todo seguido, como cuando estoy aquí hablando de lo que se me pasa por la cabeza. Nada de eso.

En estos días pasados he trabajado como un burro —y no sólo con los dedos, sino con todo el cuerpo— y me siento agotado y desalentado como un fellah que al atardecer sólo ha arado la primera mitad de su campo. Un fellah que para trabajar no cuenta más que con un tosco arado del gobierno y su viejo mulo. La Remington ha arado un buen montón de papel, pero ha acumulado también un buen retraso sobre los acontecimientos de la noche. Los novelistas trabajan como condenados, ahora ya lo sé.

El doctor Modrian no parece especialmente interesado en mis escritos. Sigue viniendo todas las mañanas, sigue pidiéndome que le cuente el sueño de la noche —siempre se trata de un sueño que comienza, más o menos, donde terminó el precedente—> después le da un golpecito al rimero de folios mecanografiados, me pregunta si necesito algo y se va diciendo:

—Bien, bien, muy bien. Continúe y sanaremos en un santiamén. ¡Ah! ¡Qué magnífico es el arte de curar!

Aquel día intercambiamos pocas palabras: yo, demasiado ocupado en darme importancia con el montón de libros en alemán; ella, atenta a sus cosas. Dado que el té y los dulces no habían abierto una gran brecha en su reserva, aterrorizado por la idea de un futuro de acechos frustrantes y solitarias nostalgias, le pregunté si le gustaría cenar conmigo en una famosa taberna griega, en la vieja dársena. Ella no lo excluyó: «Ya veremos —me dijo—, me gusta comer.»

Y tuve que esperarla muchas tardes en el polvo de los corredores, a la sombra de los algarrobos en los patios de la austera y maloliente universidad, antes de poder, por fin, hartarla de arroz pilaf con gambas y sésamo, servido en una

sucia mesa de madera vieja sobre la que se habían apoyado las manos atareadas y nerviosas de muchas mujeres, extasiadas por la cocina picante de Krhistos.

Debo de haber contado ya que siempre he tenido cierta mano con las mujeres, pero no fue así con Fatiha. Ella no se dejó coger en la trampa de mis manos inquietas que le ofrecían, junto a los bocados de anchoas envueltas en queso, las maravillas de la noche estrellada y el mar negro y profundo con los misterios del puerto sepultado.

Para hacer el amor tuve que esperar a que a ella le pareciese tener de verdad ganas. Y así pasó más de un mes y se consumieron varias cenas en Krhistos, además de aperitivos y meriendas de muchas clases en muchas zonas de Alejandría y de su mar y de su desierto. En aquel período, la actividad principal de Fatiha, antes y después de hartarse de comer, era la de observarme e interrogarme. En todo aquel tiempo no conseguí saber casi nada de ella.

Pero sus ojos —tan bellos, tan negros, tan penetrantes que parecían los de una diosa— no cesaron nunca de escrutarme, siempre con un no sé qué de sorpresa y de espera; parecía tener una curiosidad insaciable por aquello que debía considerar excentricidades de mi figura y de mi comportamiento. Y, como ya he dicho, no acababa nunca de interrogarme, de una manera extenuante y a la vez bastante particular.

Tenía una especie de vicio, una costumbre de la que no sé hasta qué punto era consciente. Repetía cada una de mis afirmaciones convirtiéndola en pregunta, como si quisiera que yo reflexionase más sobre ello e intentara ser más ponderado. Por lo que sé, quizá fuera algo que hacía con todo el mundo. Y yo hablaba, vaya si hablaba. Mucho. Por primera vez en mi vida, me veía obligado a confiar en las palabras para vencer la reserva de una mujer.

La ametrallaba, la inundaba, la penetraba —o, al menos, lo intentaba— con todo lo que sabía, pensaba, imaginaba del mundo y de mi ciudad, y de cualquier otra cosa del universo visible e invisible. Sus preguntas, pronunciadas en un tono de inocente sorpresa, tenían el poder de tranquilizarme, de darme un respiro. Nuestras conversaciones se desarrollaban poco más o menos así:

—¿Ves? Mira qué raro está el mar esta tarde —decía yo.

—¿Raro? —respondía ella.

Tenía que detenerme unos instantes para reflexionar. Sí, era verdad, el mar me parecía raro, pero ¿era tan raro como para que se notase? ¿No era más bien la situación lo raro? Ella y yo en la arena de mi playa, jugueteando con los valientes cangrejos, que andaban a la caza de las migajas de nuestros mesé; las botellas de cerveza Stella sumergidas en un cubo de lata lleno de hielo picado; su pecho, que me hacía guiños desde los tres botones desabrochados de una nueva blusa militar, a mí, que habría hecho sabe Dios qué, sabe Dios qué... Por lo tanto, ¿no era la situación, al límite de lo emotivamente soportable, la que hacía extraño aquel mar? ¿Y cómo decirle todo esto a una historiadora de Palestina?

—Sí, ¿no ves que hay fluorescencias brillantes? Mira las salpas que aparecen en la superficie del agua, también ellas tienen colores más vivos. Cuando el mar está así, te habla.

—¿Habla?

¡Vale ya! ¿Por qué tienes que hacerme las cosas tan difíciles?

—Habla, sí, y esta tarde su voz soy yo. Y ahora te diré...

¿Te diré que te quiero besar? ¿Que quiero quitarte la camisa de sargento y sacar a la luz tus pechos, que ya ahora me parecen faros gemelos de legendaria belleza escondidos en el puerto sepultado? No, porque tú preguntarías ¿besar?, ¿luz?, y quién sabe qué más.

Así es que dije otra cosa.

—Te hablaré de un viejo poeta, de sus poesías, que leí aquí, en esta playa, delante de este mar que se llevó a mi padre. ¿Conoces a Ungaretti?

—¿Ungaretti?

Le hablé de mí como nunca he hecho con nadie. Fatiha sabía absorber el mar de mis palabras serenamente, igual que ahora hace este folio. Pero había siempre en ella, bajo sus enervantes preguntas, como bajo su camiseta, una

vigilancia activa que nunca dejaba de juzgarme y evaluarme, tal como creo que haya hecho con cualquier otra cosa del mundo. Por lo demás, ella es, o era, una guerrillera, por tanto, una persona muy inclinada a la prudencia y a la curiosidad, además de necesitada de mucho y sustancioso alimento, dado el alto consumo de energías que una actividad de ese tipo habitualmente requiere.

Sin embargo, esto lo he sabido bastante tiempo después, cuando, tras un embriagador café con nuez moscada y buñuelos de miel, hicimos el amor. Mucho después, la noche en que, dubitativa y sorprendida, todavía entre las dunas de aquella misma playa, me preguntó:

—¿Amor?

—Sí, amor, amor. Supongo que sí: precisamente amor.

—¿Supones?

Fatiha es comunista, o socialista revolucionaria, o las dos cosas a la vez; nunca he entendido mucho de este tipo de distinciones. Nació en Jericó, y cuando los sionistas ocuparon aquellas tierras ella estaba estudiando en París. Estudiaba historia antigua, y sus primos le enviaron una carta en la que le comunicaban y ordenaban lo que sigue: «Tu padre ha muerto. Tu madre ha muerto. Tus hermanos, todavía vivos, están en otra parte. No debes volver. Deja tus proyectos de estudio y dedícate, en cambio, a la medicina, mejor si es medicina interna. Especialízate todo lo posible en cirugía y trata de correr cada mañana alguna milla en los parques de la ciudad. Te iremos a buscar en cuanto podamos.»

Y eso había hecho. Tenía entonces veinte años y cada vez que entraba en una sala de disección se echaba a temblar. Pero nunca vomitó, ni lloró, porque todos los días, indefectiblemente, tenía ya a la espalda veinte kilómetros de carrera por los Campos Elíseos y ni un ápice de fuerza para poner en movimiento ni un solo músculo de la cara o del abdomen o de ninguna otra parte de su cuerpo.

Si tenía que estudiar medicina, hubiera preferido especializarse en obstetricia; le parecía algo muy importante aprender a traer niños al mundo en un país —

el suyo, el que tendría que haber sido el suyo— donde todavía era posible que una mujer muriese intentando hacerlo sola, o con la ayuda de las manos no demasiado firmes ni limpias de alguna anciana de la casa. Traer niños al mundo y conseguir que las madres vivieran le parecía un trabajo bastante honorable para reemplazar sus queridos estudios sobre el misticismo árabe en los albores del islam.

Pero sabía que sus primos no eran tan frívolos como para darle consejos que no fuesen órdenes de escrupuloso cumplimiento, e intuía que el dinero que le enviaban con la regularidad inquietante de un giro periódico del Schweiz Bank, estaba demasiado sudado y era demasiado valioso para poderlo emplear en algo tan evanescente y poco práctico como la mística del desierto. Y así había abierto y recosido muchos cadáveres sin pestañear, dejando pronto de temblar, y se había dedicado con ahínco al conocimiento del cuerpo humano y de cada uno de sus huesos y de sus entrañas, aprendiendo pronto y con provecho a reconocer cualquier defecto o fallo, y a decidir el posible remedio. Con todo, a escondidas, para no correr el riesgo de que la descubrieran sus primos de Palestina, se estaba convirtiendo en una buena obstetra, al precio de un par de horas de sueño por la noche y de la pausa de la comida tres días a la semana.

Durante todo este tiempo de estudios, las noticias de su familia y de su país le llegaban solamente a través de la televisión francesa, y de una brevísima frase que, de cuando en cuando, aparecía escrita en el reverso del recibo del giro postal: «Aplicate a los estudios, no te ocupes de nada más.»

El día de su licenciatura en cirugía, se presentó en la residencia universitaria donde vivía, a una hora tempranísima, un hombre que al principio no reconoció. Era uno de sus primos, el compañero predilecto cuando era niña. Silencioso y austero como uno de sus amados eremitas paleoislámicos, fue el único testigo de su brillantísimo examen de licenciatura. Después no hubo ninguna fiesta; sólo un largo abrazo y un beso que pinchaba por los ásperos bigotes del primo. Después la ayudó a hacer el equipaje, a saldar todas las cuentas y a quitarse el hambre con una extraordinaria cena en un local de los barrios altos, una velada muy chic que ha seguido usando como medida de comparación para considerar en la justa perspectiva mis cenas.

Dos días después estaba en un campamento en medio del desierto, no muy lejos de donde había nacido, y donde, no más de cuatro años antes, estaba su casa, su madre, su padre y toda su vida. Fue en aquel campo donde Fatiha se hizo comunista o socialista o lo que sea, y allí, bajo la tutela de un viejo médico libanés, se convirtió en cirujano militar y terrorista.

Cuando terminó de hablarme de todo esto —lo había hecho poco a poco, en el curso de meses, con el aire de leerme páginas del diario de una persona desconocida, caminando, tomando café, emergiendo milagrosamente de una profundísima inmersión— me tocó preguntar a mí:

—¿Comunista? ¿Terrorista?

—Sí, eso he dicho.

Se le habían ofrecido dos posibilidades: o convertirse en lo que se había convertido o irse donde quisiera. Nadie la había forzado, no había necesidad; si hay algo que sabe un palestino con vivida certeza es que la frase «vete donde quieras» está vacía de contenido: hay un único lugar donde querría ir a cualquier precio, y es precisamente allí donde no puede ir de ninguna manera.

En aquel campo, hecho de tiendas beduinas y de construcciones de tosco cemento semienterradas en la arena, llegaba todos los días bastante gente de la que ocuparse. Gente para intubar, arreglar, limpiar de toda clase de balas y esquirlas, dar antibióticos y coser. Así hay poco tiempo para pensar, ninguna verdadera decisión que tomar y muy poco que decidir. Hacía su trabajo por la tarde, por la noche y por la mañana pronto; el resto de la mañana, a cubierto en un búnker, seguía cursos para convertirse en revolucionaria. Era el médico libanes quien la instruía en tan amplio radio de actividad. Así descubría que a él se debía su obstinada propensión interrogativa.

—Tú pregunta siempre —le susurraba en el calor asfixiante del búnker—; ninguna pregunta es nunca tan tonta que no merezca la pena hacerse. Pregunta continuamente a la gente que viene para que la cures. Es de vital importancia para su curación que preguntes cualquier detalle que pueda aclararte la situación. Nada es evidente en un cuerpo, recuérdalo, y sobre todo nada es verdaderamente claro en el daño de un cuerpo. Si te llevan a un

hombre que dice que le duele el vientre, pregunta: ¿dónde? Hay que estar absolutamente seguros del mínimo detalle. Un hombre puede morir por un error de apreciación. Sin contar que a un herido, sobre todo si está grave, le gusta ser interrogado: hablar del propio cuerpo le ayuda a no ceder ante la idea de morir. Pregunta continuamente: ¿duele aquí?, ¿y aquí?, ¿aquí? Donde duele aún hay vida. Y pregúntame a mí, pregúntame continuamente sobre lo que estoy haciendo cuando estamos operando: no te fíes de lo que te parece ver. Podría utilizar un dilatador para detener una hemorragia sólo porque no tengo una pinza hemostática a mano. Pregúntame siempre; no comprender hasta el detalle más insignificante es un lujo que no podemos permitirnos nosotros, cirujanos y comunistas. Y sobre esto último, pregúntame hasta que no puedas más sobre todo lo que se te ocurra: el comunismo está hecho sólo de preguntas. La revolución es una pregunta que nunca termina de ser formulada. Y, por mi parte, creo que es una suerte: moriremos, yo mucho antes que tú, sin tener una respuesta que, quizá, podría no gustarnos demasiado. Es bueno que sepas desde ahora que como instructor político no valgo gran cosa; por lo tanto, no te asombres si contesto muchas de tus preguntas con silencios.

Mostró mucho celo Fatiha para aplicar el método del viejo cirujano; y así, la vieja Alejandría disfruta del placer de un signo de interrogación de conmovedora belleza que pasea con paso aterciopelado por sus calles. Pero también ella hizo una excepción. Dice que nunca hizo preguntas, durante toda su estancia en el desierto, a un coronel originario de Gaza, un muchacho de no más de veinte años, al que habían encargado la tarea de enseñarle a disparar y a manejar explosivos.

Disparar y poner bombas, al menos desde el punto de vista de la actitud, era bastante menos comprometido que usar con precisión un bisturí. En cambio, en lo referente a las preguntas —¿matar?, ¿asesinar?, ¿eliminar?— que, como decía su instructor político, era indispensable no eludir nunca, bah, a Fatiha le parecía que respondía a diario todo el horror que sufrían las gentes del norte, sur, este y oeste del campo de adiestramiento. «Ya se verá», se decía, tragándose las preguntas que ansiaba hacerle al muchacho-coronel. «Ya se verá», y, mientras tanto, se afanaba en disparar y coser heridas.

La primera vez que la enviaron a Europa para una misión inherente no a su trabajo de coser, sino al de cortar y descuartizar, Fatiha llegaba, finalmente, a aquel «ya se verá». Pero cuando se encontró a bordo del avión lleno de pasajeros que la miraban con una pregunta tan evidente en los ojos que parecía grabada con la hoja de un cuchillo, delante de aquella gente que le preguntaba histérica: ¿matar?, ¿asesinar?, ¿eliminar?, no encontró a nadie a quien preguntar. Ni a aquellos que tenía a tiro de su metralleta, ni a sus compañeros, que miraban a otra parte.

Dedicó una docena de segundos para preguntarse a sí misma; no es tiempo suficiente para una respuesta, sea la que sea, pero lo fue para que su obediencia a la orden del comandante de la operación, aquel coronel de Gaza, llegase con un ligero retraso. Quizá menos de un segundo, pero en aquella fracción de tiempo el objetivo de su mira —el cristal de una ventanilla que debía ser desintegrado para impedir que el avión partiese— había sido ocupado por la cara de un pasajero: una mujer joven en avanzado estado de gestación.

No había sido herida de gravedad, y Fatiha pudo reparar su daño con una sutura y un cuidadoso tratamiento de desinfección, actuando en el pasillo de primera clase con los instrumentos que llevaba con ella. Pero, por el espanto y el trauma, la mujer rompió aguas. De modo que Fatiha hizo, en el lugar equivocado y con una persona inesperada, lo que siempre había soñado hacer en su tierra por su gente: trajo al mundo a un niño. Era un varón sano, aunque ligeramente bajo de peso, y su llanto y el llanto de su madre, además de las atenciones de Fatiha, afectaron no poco la buena marcha de la misión, cuyo resultado, de todas formas, el Estado Mayor consideró positivo, aunque no había alcanzado sus fines.

Todos los periódicos del mundo hablaron de aquel acontecimiento y la joven madre ofreció muchos detalles sobre el aspecto físico, sobre los modales, sobre la psicología de la terrorista obstetra. Fatiha se convirtió durante algunas semanas en una curiosidad internacional y en un retrato muy conocido; también en un sujeto buscado por tres o cuatro servicios secretos. Así terminó su carrera con los explosivos: por su notoriedad y su cualidad de reconocible, y

por la desconfianza de sus colegas en cuanto a su eficiencia operativa y la firmeza de sus intentos.

Fatiha me contó este episodio la segunda vez que hicimos el amor, más de dos extenuantes semanas después de la primera, como de costumbre sin que yo le hubiera preguntado nada en particular. Me lo contaba mientras restregaba sus pechos contra mi pecho, mordisqueándome la nariz y los testículos, ahogándose con su enorme trenza negra, manteniéndose erguida en equilibrio sobre mi erección, tumbada boca abajo, empapada en su sudor y el mío, hablando con un hilo de voz, entre gemidos y sonrisas.

Recuerdo perfectamente aquella noche; la recuerdo con todos los detalles, porque después de su relato le dije: «Amor», y ella, tal vez porque estaba distraída, respondió: «Amor», sin signo de interrogación. No ha vuelto a suceder.

Así, me dijo después, había llegado a Tall el Zaatar. Allí se quedó hasta poco antes de conocerme, hasta que tuvo lugar aquel infierno. Fue el médico libanés quien le pidió que fuera a Beirut. El viejo se había quedado encantado con la técnica y la pericia demostrada en la resolución del parto precoz en el avión. Si era tan buena ayudando en los partos, en el gran campo de refugiados de Tall el Zaatar podría ser muy útil. Allí no sólo se moría, también nacían algunos. Y si bien había fundadas sospechas de que no sería un niño feliz, al menos que se preocupasen de ponerlo en el mundo con todo el cuidado posible.

Fatiha no me contó gran cosa de los años pasados en Beirut, curando a la gente de Tall el Zaatar. En Alejandría sabíamos de aquel lugar, pero era un infierno perdido en un mundo muy lejano. Recogíamos todos los meses algo de dinero para ellos, y lloramos cuando supimos por la televisión que todo había terminado allí. Yo había hecho el amor con un superviviente, uno de los pocos supervivientes, pero ella no quería hablar de ello, no quería sentirse superviviente. Por eso, contaba pocas cosas, cosas de este tipo:

«Es complicado operar con la metralleta golpeando constantemente la mano que sostiene el bisturí. Complicado operar con la luz de petróleo. Complicado operar si no tienes en el cuerpo la sangre suficiente para sostenerte en pie,

pero si la sangre del cirujano resulta adecuada, lo más sencillo es hacer la transfusión entre el paciente y él: es más rápido y hay menos riesgo de infectar el plasma.

»Complicado mantener a los niños lejos de las calles. Los francotiradores maronitas matan a los niños que juegan por las calles. Pero siempre dejan uno vivo para que alguien vaya corriendo a buscarlo; esperan que sea un hombre armado, la paga es doble. He traído al mundo más de cien niños; más de la mitad están muertos. Un obstetra que se presente a las puertas de Tall el Zaatar, debería ser fusilado al instante. No hay que nacer, ya no hay que nacer.

»Cuando los maronitas entraron en el campo, me salvé porque tenía un pasaporte francés. Pero antes de que los de la Cruz Roja me rescatasen, fui violada ocho veces por los milicianos. Aquel día tenía la menstruación; mientras se entretenían conmigo, uno de ellos se fue a buscar a un joven y le cortó la garganta con la bayoneta. Entonces lloré y él la emprendió a bofetadas conmigo gritándome que sólo quería asegurarse de que mi sangre era distinta de la de un palestino.»

Sólo me ha contado estas pocas cosas, siempre con el tono distante y neutro de una estudiosa de archivos. Cuando la encontré en la biblioteca, llevaba poco más de un mes refugiada en Alejandría. Había obtenido autorización de su organización para ocuparse, al menos durante un tiempo, de sus estudios de historia antigua. Le habían permitido descansar, pero no olvidar.

Si no se dejaba ver demasiado a menudo por la universidad, si no lograba verla todas las veces que lo deseaba, era porque se encontraba en alguna parte recordando, manteniendo siempre abierta y bien limpia la herida de su corazón.

—No me busques —me dijo una noche mientras cenábamos un maravilloso pollo con dátiles que me había costado un día de trabajo—, yo te encontraré; es muy fácil: basta con que tenga hambre. No eres un blanco difícil.

Quizá bromeaba. De todas formas, me ha visto sólo cuando ha querido, me ha contado de ella lo que ha considerado necesario, ha hecho el amor sólo las veces que su luna le hacía desearlo.

Yo, en cambio, le he contado todo de mí, me habría gustado hacer el amor todos los días y otras cosas que desea un amante y yo deseaba para nosotros dos. Amo a Fatiha, lo sé. Y aunque sé que ella también me ama, no puede hacerlo más que de ese modo que a mí me parece imperfecto y manco. Porque ella es manca, le falta algo: le falta la libertad de ser una buena obstetra, la de ayudar a madres felices a traer al mundo hijos felices.

Por eso, aun teniendo un amor,, mi primer amor, señores míos, mi primer atracán de sentimientos amorosos, sigo estando solo.

Porque Fatiha es una comunista de Palestina, y yo el hijo de un anarquista de no se sabe dónde. Ya tenía yo bastantes problemas por mi cuenta para comprender y amar a Fatiha, incluso su ausencia. Después del accidente del puerto, todo lo mío se ha ido a pique.

También de esto hablamos ayer ella y yo.

Ayer, ya. Necesité algo de tiempo para recuperarme después de que el viejo Modrian abriera la puerta y apareciera ella. ¡Qué bella es! Yo estaba en la cama, con la máquina de escribir apoyada en una tabla y el montón de folios al lado; ella avanzó por la habitación —navegó en el aire cerrado de la habitación, si puedo decirlo así, como en un mar. Flishflosch, me parecía oír el ruido de su trenza que remaba para arribar a mi cama— y tenía sobre su cara, en la inmensidad de sus ojos, su querido signo de interrogación.

¿Podía contestarle yo algo sensato? No, claro que no. Callé.

—Espero que no tengas nada que no se pueda remediar con mis viejos instrumentos.

Me tocó la frente como se hace con un niño que no se siente bien; su mano era tibia y ligera. Ella es ligera. Alta y ligera ante mí. Observó un rato la máquina de escribir y después puso una mano sobre los folios, que se estaban acurrucando allí, a mi lado, avergonzados. Se habrían escondido si hubiesen sabido cómo hacerlo. A su cara volvió, aún más marcado, el:

—¿?

—Remington —dije, poniendo una mano sobre la mano que había cogido mi historia—. El médico cree que puedo curarme escribiendo.

Ella no dijo una palabra, pero me quitó con delicadeza el fajo y se sentó en el borde de la cama con los folios en el regazo. Comenzó a leer. Pasaron horas sin que sucediese nada: sólo ella leyendo y alzando los ojos de vez en cuando para preguntar:

—¿Anarquía? ¿Tía?

—¿Poesía?

—¿Italia? ¿Carlomagno?

—¿Sueño?

—¿Pascal?

—¿Súa?

No esperaba la respuesta; hundía la cabeza en los folios y seguía leyendo.

Después ordenó los papeles que se le habían desparramado alrededor, los puso donde los había encontrado y volvió a mirarme.

Yo seguía sin saber qué contestar.

—Aquí no has escrito sobre mí, no hablas de todas las cosas de comer que me has preparado. No es una historia sincera.

—No.

—Tal vez deberías ser sincero para curarte.

—No sé, tal vez.

Quizá me has convertido en una burra y me has hecho morir en el desierto para no tenerte que preocupar de darme de comer.

—No creo, tú estás viva todavía. Quizá no sea posible hablar de las cosas vivas, eso es todo.

—¿Eso es todo?

—Sí, eso es todo. Simplemente. ¡Por Dios, Fatiha! Una persona viva no está muy cómoda dentro de una Remington. No puedes zarandearla a tu gusto para hundirla ahí adentro, como haces con las cosas pasadas, con lo que ya no está, con los recuerdos. Habría, al menos, que pedirle permiso, ¿no crees?

—Si es para curarte, tienes mi permiso. ¿Así es que tus amigos han muerto?

—En cierto modo, sí.

—¿Y tu padre está muerto?

—¡Claro! ¿Qué si no?

—¿Y Carlomagno está muerto?

—Sí.

—¿Y Súa y Pascal y los demás de tus sueños están todos muertos?

Y las poesías están muertas?

—¿Y la anarquía está muerta?

—¿Y el mar está muerto?

—¿Y tú estás muerto?

—No lo sé, no lo sé. ¿A ti qué te parece, Fatiha? ¿Estoy muerto?

—Yo diría que no. En cualquier caso, los muertos no se curan, eso es seguro. No sé si ésta es una buena cura, a mí me parece una extravagancia del armenio, pero tú busca algo vivo en todos estos muertos tuyos, si quieres salir adelante. Estás vivo. Pascal está vivo, está vivo también ese viejo botarate de poeta. Todo lo que te puede hacer vivir está vivo.

—Querría ser comunista.

—¿Por qué?

—Para ser como tú.

—No, tú no tienes madera para eso. Me decía mi instructor que la actividad principal de un comunista es hacer preguntas al comunismo y no dejar de

hacerlas nunca, hasta la muerte. Yo siempre me he atendido a este principio; es un modo de pensar y de vivir que da mucha energía, pero requiere mucho entrenamiento y disciplina, y una gran dedicación a las esperanzas y a las incertidumbres. Tú no serías capaz.

»Tú eres un poeta o algo parecido. Te pareces mucho a ese viejo, ya quería decírtelo cuando estaba leyendo. Pienso también que serías un buen novelista si escribieses para vivir y no para sanar. Son muy hermosas las historias de tus sueños, si es que son sueños; me recuerdan las historias de los teatritos de marionetas que montaban representaciones en todos los jardines de París. ¡Eh! ¡No te enfades! No lo digo para menospreciarlas.

»Es que los personajes de tus sueños se mueven todos ellos un poco tiesos y como si fuesen de palo; es natural que sea así: sus historias son muy grandes, mucho más grandes de lo que ellos mismos piensan. Cada uno de ellos lleva auestas un gran peso, una gran pregunta. A mí eso me gusta: es también la forma antigua de contar historias entre mi gente.

»Pero lo que te estaba diciendo es que un novelista no consigue hacer preguntas a lo que escribe, espera sólo respuestas; su vida es más sencilla que la de un revolucionario.

»Yo creo que tienes que sacar la anarquía de donde la han metido tus viejos compatriotas y convertirte en un buen anarquista. Podrías serlo, porque no eres tú quien hace las preguntas, es ella la que te las hace a ti. Y la anarquía nunca deja de preguntar. ¿Recuerdas lo que te dijo el monje de Abu Makar? Podrías escribir para responder, para vivir, ¿comprendes? Yo querría poder ser anarquista y descansar un poco.

Nunca había hablado tanto y tan seguido. Casi me asustaba. Tenía una furia lúcida al poner el acento en ciertas cosas que me afectaban, como si estuviera allí por su trabajo de cirujano, y tuviese que hacerlo bien y deprisa, en las peores condiciones.

Entre tanto había entrado el doctor Modrian. Observó a Fatiha con cierta preocupación, como si hubiese escuchado tras la puerta y no le gustase lo que había oído. Quizá ni siquiera le gustaba la extraordinaria viveza de sus ojos.

Insistió mucho para que se marchase: era la primera visita, estaba débil, eso saltaba a la vista, era mejor que la señora volviese otro día, quizá pronto.

Dios sabe cuánto me habría gustado que se quedase —al menos un beso, un beso en la boca, al menos un poco del frescor de sus dientes en mi boca seca de enfermo crónico—, pero ella se dejó arrastrar sin oponer resistencia. Desde la puerta me lanzó una mirada y se despidió sonriendo. Feliz, me pareció, todo lo feliz que podía ser Fatiha.

—Si te curas, te llevaré conmigo. Necesito que me des de comer como es debido.

—Te quiero —le grité desde mi cama.

—¿Te quiero? —se había vuelto una vez más, y vi que ya no sonreía.

—Yo sí, estoy seguro de que te quiero, incluso desde aquí, aunque no sea comunista.

—Bien, si es así, no lo escribas. Eso no es algo para muertos.

Y desapareció definitivamente tras la puerta.

¿Volverá? No lo sé. ¿Me quiere? No lo sé. Pero yo la quiero. Es mi primer amor en la ciudad de Alejandría. Alejandría, en Egipto. Aunque esté manca, aunque esté prisionera de lo que le falta, ahora sé con seguridad que la amo, porque ayer, su presencia y su ausencia me dejaron maravillosamente eufórico. Mi parte de Dios o mi parte de anarquía sin la angustia de mí, solo, en los fondos del puerto sepultado. ¿No es maravilloso? ¿Y si fuese verdad?

Pero ahora debo terminar. Estoy excitado y no sé si ésta es una condición óptima para ponerme a escribir mi novela. ¿Puedo llamarla así? ¿Puede ser de verdad una novela esta especie de crónica que saco de mis sueños? ¿Estoy seguro de que esto es lo que me ha pedido el doctor Modrian que haga como última posibilidad de curación? No lo sé, la verdad. Pero desde ayer han cambiado muchas cosas para mí.

Cuando decidí volver a ver a Fatiha, en el momento en que permití que cruzara la puerta, irrumpiendo, por ligero que sea su paso, en la desolación de esta

enfermedad, comencé, después de mucho tiempo, a querer cosas, y a no querer otras. ¿No es eso un síntoma de curación, un pequeño signo de vida?

Potencia de Fatiha, la comadrona.

—¿Potencia? —preguntaría ella.

¡Oh, sí! Deseo a Fatiha, por ejemplo. Y desearía no soñar más.

Pero los sueños siguen llegando puntuales como la noche, y de ellos está pendiente el doctor Modrian, que me los hace recordar cada mañana con pelos y señales.

ÚLTIMOS SUEÑOS DE PASCAL

Llegó el invierno y Carlomagno se arrugó alrededor de sus fuegos, consumiendo día tras día la abundancia del verano en purés de castaña condimentados con agua de nieve. En la casa del baile, Súa calentaba a su hombre y se hacía calentar por él. Los fuegos de Pascal eran brasas de carbón, indolentes y generosas; los de Súa eran llamaradas voraces y desconsideradas. Cada vez que estaban juntos, Súa aprendía y Pascal volvía a recordar algo, de modo que aquel invierno en casa del baile pasó sin aburrimiento. En el calor del jergón de paja, también sucedían otras cosas entre el baile y su joven esposa.

Cuando, por fin saciados de su ardor, se quedaban tendidos uno junto al otro, Súa cogía entre sus manos el calendario con las grandes figuras grabadas que Pascal le había regalado cuando ni siquiera podía imaginar que el esposo sería él; era el calendario con las admirables historias del mundo, comprado en el camino de Gante.

Súa amaba aquel libro, y cuanto más lo abría más lo amaba; en el esplendor de aquellas imágenes variopintas, que la habían subyugado desde el primer momento, descubría cada vez una nueva figura entre las otras, un nuevo

detalle sobre el que preguntar a Pascal. Y Pascal le contaba lo que sabía, y muy pronto aprendió a contarle también lo que sólo imaginaba.

Súa amaba aquel libro porque la hacía volar sobre el universo entero con las alas de lo que le parecía inagotable sabiduría de su hombre. Pascal comenzó a amar las preguntas de Súa porque despertaban en él recuerdos, sin el dolor que había temido que llevaran aparejados. Y tal vez así, Pascal comenzó a amar a Súa. Comenzó a hacerlo quizá precisamente por aquella complicidad en el fantasear que, más aún que la de los cuerpos, establecía entre ellos una familiaridad profunda y única.

En la pequeña estancia, impregnada aún por el olor de los quesos de Furná, a la luz de una gran vela de sebo, Súa abría el gran calendario, elegía un mes al azar y exploraba con el dedo la imagen que ocupaba la mayor parte del papel. Buscaba detalles que se le hubieran escapado, nuevas historias dentro de las ya conocidas. Octubre era el mes del Nuevo Mundo: Había grandes barcos con las velas hinchadas por el viento, y soldados con armaduras relucientes, envueltos en banderas con cruces; y había árboles fantásticos y animales nunca vistos: pájaros del color del crepúsculo y leones con colmillos como sables. Dominados por una gran cruz de madera, hombres y mujeres oscuros, vestidos sólo con joyas, se arrodillaban para venerarla; un poco apartados, rugían monstruos humanos con dos cabezas, y detrás de ellos, mujeres con los cabellos trenzados con flores amamantaban a sus hijos con sus cuatro pechos. Hacía falta más de un mes para que el dedo de Súa, explorando minuciosamente el Nuevo Mundo, encontrase algo nuevo para preguntar y saber.

Y Pascal le contaba lo que sabía, lo que había escuchado, lo poco que había leído. Le habló mucho de los hombres que habían ido allí, de los pocos que habían regresado, de su locura. Le habló de uno de ellos, superviviente de dos, tal vez de tres espantosos viajes, y de cómo vagaba con los pies descalzos por las tierras de Flandes, convertido en un pobre loco dispuesto a contar por una jarra de cerveza y una salchicha matanzas inimaginables e inmensas riquezas. Le habló de un monstruo del que había oído historias en Francia, con orejas largas hasta las rodillas y una nariz enorme que eructaba continuamente

pequeños dardos envenenados. Y otros monstruos los inventó él mismo, igual que otras tierras de maravillas.

Y después, Súa acarició con su dedo durante un buen rato el mes de mayo y preguntó por aquel hombre grande, vestido de negro, que parecía ser él quien preguntaba, con su mirada severa y serena, sobre los papeles que aparecían clavados detrás de él en una gran puerta de un bellísimo edificio.

Y Pascal, con gran esfuerzo y circunspección, inició su relato sobre Martín Lutero, sobre lo que se decía de él en los caminos ensangrentados por las guerras que aquel hombre —sólo el pensamiento de aquel hombre— había desencadenado por la enorme furia que había provocado en los príncipes y en los papas.

Le habló de aquellas guerras porque las conocía bien, y para que Súa comprendiese lo peligroso que podía ser incluso el simple hecho de poseer una imagen suya. Y le habló de mujeres sepultadas vivas con sus hijos, de hogueras que apestaban en las puertas de las ciudades con su olor a carne quemada. Súa se encogía atemorizada en su regazo. Y Pascal le contó lo poco que sabía de los pensamientos de aquel hombre sobre Dios y sobre la iglesia de Cristo, y cómo aquellos pensamientos desataron tal fuerza que arrastraron a pueblos enteros contra los ejércitos del emperador.

Y el invierno pasó. Llegó la primavera. Las mujeres de Carlomagno habían estirado al sol de marzo las mantas del invierno para que la chiquillería se desfogase matando piojos. Todo el pueblo, en camisa, se preparaba para sacar beneficios de los trabajos de la montaña y la laguna y nadie estaba descontento de probar una vez más. Con el aire templado del mar, llegó desde el sur la primera bandada de golondrinas; descansaron en los tejados y pronto emprendieron viaje de nuevo. Pero arribó otra bandada, y esta vez llovieron del cielo las pajas y el barro de los nuevos nidos.

Así pues, llegó la primavera, y todos vieron que Súa todavía no había engordado. A las mujeres que lavaban en el río con ella la ropa del invierno no les pareció una buena señal.

Fin

Hace muchos días que no escribo mis sueños. Mi novelar se ha terminado. Muy sencillo: una mañana me situé delante de la Remington, coloqué el folio en el carro, desperecé los dedos y no se me ocurrió nada. En seguida empecé a sudar, me retorcí las manos, me froté las sienes, pedí agua y un tentempié. Bebí, comí, me concentré, y no pasó nada. Al final de la jornada, me dormí tranquilo; durante el sueño soñé, naturalmente. Me desperté, y nada. ¿Sabéis cuál es la sensación que me domina? Que simplemente no tengo ninguna gana de escribir. Bostezo todo el santo día hasta empañar el metal pulido de la máquina de escribir.

El doctor Modrian no se ha tomado muy bien esta novedad; es más, se ha quedado cortado a pesar de todo su aplomo anglo-armenio. Yo creía que no le importaba mucho lo que escribía; él estaba ávido de mis relatos matutinos, pero a los folios amontonados junto a la Remington apenas les echaba una ojeada indiferente. Me equivocaba. Le bastó posar su mano sobre el montón para notar que se había detenido su crecimiento.

—¿Y bien, señor mío?

Me encogí de hombros:

—No lo consigo. Lo intento pero no lo consigo. Eso es todo.

—¿Eso es todo? ¿Y su curación? ¿No es en eso en lo que debemos pensar? ¿Pretende quizá renunciar? ¿Piensa, tal vez, poner fin a sus días en esta cama? ¿Tiene dinero suficiente para pagarse la pensión por mucho tiempo?

El armenio parecía sinceramente escandalizado. Irritado, se movía en torno a mi cama con aspecto de viejo perro reseco.

—No le ha sentado bien la visita de su amiga. ¡Ay! Realmente no le ha hecho bien. Nunca me arrepentiré lo bastante de haberle permitido recibirla. ¡Ay! ¿Quién mejor que yo tendría que haber comprendido el error que estábamos cometiendo?

Yo callaba e intentaba comprender, aparte de la voz del doctor Modrian, cómo me sentía. ¿Qué estaba sucediendo nuevo y distinto en mi cuerpo y en mi

mente desde que había dejado de escribir mi relato? El médico continuaba mascullando sus «¡Ay! ¡Oh!», rascándose la barba, como si hubiese sido ella su mala consejera, y lanzándome, de cuando en cuando, torvas miradas. Aquellas miradas me producían ansiedad: parecía que no le quedase más remedio que tomarme las medidas para una caja y meter dentro el fruto de su fracaso terapéutico. Pero yo, de verdad, ¿cómo estaba? Esperé a que terminase de lamentarse y se fuera.

Después hice lo que tenía que hacer. Me levanté de la cama —todo normal, era algo que hacía cada mañana—, fui al baño, hice mis necesidades —todo como siempre, si acaso, algo más veloz, más fácil, más placentero; sí, más fácil—, volví a la habitación —esto sí— con paso más decidido, más suelto —¡novedad!— y fui a la tabla que me servía de escribanía, donde estaba colocada la máquina de escribir y el bloque de folios blancos junto al montón de los ya escritos. Puse mis manos sobre la Remington —fresca, agradablemente metálica—, después cerré las manos en los extremos del carro y levanté la pesada máquina hasta la altura del pecho y la tuve una infinidad de segundos apretada contra mi cuerpo —¡qué delgado estoy!: las teclas me rozaban las costillas sin que un hilo de carne suavizase el contacto— y la volví a poner, lentamente, en su sitio.

Lo repetí. Una vez, dos veces, diez veces. Estaba empapado en sudor, los músculos del pecho y de los brazos gritaban de malestar, los ojos arrasados en lágrimas. Esto no habría podido hacerlo si estuviera enfermo de verdad. ¿De acuerdo? Sin embargo, continué otras diez veces, veinte veces, hasta que comencé a ver negro y a temblar por todo el cuerpo. Entonces me senté en el sillón a esperar que me volviese la vista. No regresé a la cama, ¿comprendéis? Simplemente me senté en el sillón, como hacen todos cuando están cansados. Me acerqué a la ventana y abrí las contraventanas.

El aire caliente y la luz me asaltaron sin aviso previo; por un instante me sentí perdido y me refugié entre los pliegues de la cortina. Pero fue sólo un segundo: allí afuera estaba Alejandría. Más allá de las plataneras y los cedros del parque, más allá de la muralla, estaba la ciudad, blanca y humeante, estaba el mar gris perla, estaban los ruidos y los olores de Alejandría. Me quedé unos instantes apoyado en el alféizar, vacilante, perdido, pero fue cosa de poco.

Volví a coger la Remington —¡Dios! ¡Cómo pesaba entre mis manos!—, la acompañé hasta la ventana y, antes de que siguiera su camino, la besé sobre la f y la t, y le dije sencillamente adiós. Con toda aquella luz, sólo pude seguirla durante una fracción de segundo mientras, veloz, se dirigía al encuentro de la sombra perfumada de una adelfa rosa. Ni siquiera en aquel momento me vinieron las ganas de volverme a la cama. No.

Paseé por la habitación, me di un baño, seguí paseando. Estaba perfectamente levantado. Llamé a la enfermera. Pedí para comer ful, una estupenda sopa de habas, fría por favor. La enfermera me miró como si le hubiese pedido que se desnudara. En mi dieta no figura el ful, ni siquiera aparece en el menú del hospital. Pedí cualquier otra cosa que fuese comida. Diez minutos después apareció con una bandeja en la mano, con la misma cara de pasmo, y el doctor Modrian en los talones. Entre tanto, en el transcurso de aquellos quince minutos, llegué a la conclusión de que cualquiera que fuera la enfermedad que me había tenido fantaseando en aquel lugar, había llegado el momento de decidir que no me encontraba mal. No estaba tan débil como para no intentar vivir en algún sitio —allí— fuera de la ventana, donde la vieja Remington hacía amistad con las termitas que vivían bajo la adelfa rosa.

El armenio no me dejó tiempo de abrir la boca; con un gesto severo de la mano me obligó a callar y a sentarme. Había echado una ojeada a la habitación, arqueando la ceja había señalado la ausencia de la Remington de su tabla-escribanía, y había dejado que la enfermera sirviese el caldo de la clínica. Para comer tuve que volver a la cama, no había mesa en aquella habitación, y el asunto me fastidió mucho. Él se sentó a mi lado. Tenía la sensación de estar bajo arresto.

—¡Ah! El ful, la comida de los pobres que se sirve en más de un sofisticado menú del Hilton. ¡Ah, los sabores fuertes! ¡Cómo excitan, cómo nos fortalecen el espíritu! Es la vida, es la vida que quiere cosas sencillas y fuertes. Lástima que no hayamos podido complacerle, lástima. Pero en esta clínica, los huéspedes son, por lo general, inadaptados a la fuerza y a la simplicidad de la vida. Por eso están enfermos, por eso intentamos curarlos. Pero debo decir que usted ha superado su terrible enfermedad. Dios sea alabado. ¿Quién si no? Estábamos desesperando y aquí está usted, pidiendo un ful, correteando

por la habitación, realizando quién sabe qué otras empresas. A propósito, nuestro pobre jardinero se ha llevado un susto de muerte hace poco. Ha venido a enseñarme una extraña planta que ha brotado tan repentinamente en el jardín que casi se rompe un pie. Vaya gracia, nuestra vieja máquina de escribir funciona todavía perfectamente, bastarán unos pequeños ajustes. Pero me temo que ya no nos servirá de ninguna ayuda. ¿O me equivoco?

Bueno, sí que me sentía culpable, sí que me avergonzaba; pero tampoco tanto, al menos no lo suficiente para renunciar a lo que había pasado.

—Ha sido una locura, lo siento; por supuesto, le pagaré los daños. Pero no he podido evitarlo. Creo que ya no tengo necesidad de seguir aquí. Quizá esté curado. Consigo caminar, consigo llevar pesos, tengo hambre, hago mis necesidades con regularidad; ¿qué me queda por curar?

—¡Ah! ¡Oh! ¡Si hubiese un aparato para medir la salud! La curación es una condición que afecta al enfermo y nada más. Qué alegría escuchar sus palabras, qué satisfacción. Pero a un viejo médico le está prohibido tener en cuenta los milagros. Si la medicina se redujese a confiar en Dios para llevar a buen fin sus tareas, yo debería proceder a reconsiderar drásticamente mi amor propio. Así es que alabado sea Dios, pero permítame examinarle detenidamente y hacerle algunos análisis antes de compartir su optimismo.

Aquello precisamente era lo que había decidido no hacer. Nada de exámenes, nada de consentimientos, nada de consejos. Sólo quería estar ya fuera de allí demostrando que podía estar. Intenté hacérselo comprender a Modrian, como buenamente podía, tratando de excusarme por aquel giro imprevisto. Fue muy severo conmigo.

—Todo esto es obra de su amiga. No tengo dudas: todo proviene de ahí. No trate de mentir o será el fin. Ahora, dentro de usted, está en plena actividad una tormenta hormonal, una confusión de los sentidos. Usted no está curado, créame, está exaltado. Perdóneme la crudeza, pero su estado actual es el de un decrepito automóvil alimentado con nitroglicerina: se está preparando para la última loca carrera, antes de reventar en mil pedazos. Usted es un soldado que parte al último asalto atiborrado de drogas, su bienestar sólo es ilusorio, y

si estuviera en sus cabales debería ser consciente de ello. ¿Es amor? ¿Es pasión? Da lo mismo. Es, simplemente, la maldición de la vida.

»¿Cree que es la primera vez que me sucede? No, el asunto es incluso demasiado frecuente: afecta al saltamontes, al babuino y al elefante. Cuando dejé entrar a su amiga, esta estancia fue invadida por un poderoso viento hormonal que ha arrancado su pobre cuerpo de las frágiles amarras de nuestra terapia y ahora lo está arrastrando hacia la crisis final. Su curación está falseada por una combinación de elementos químicos que pronto se cambiarán por sentimientos. ¡Ah! ¡Si simplemente me escuchase!

No estaba yo demasiado aterrado por la pasión oratoria del armenio. Parecía de verdad dolido, afligido por una tristeza que lo estaba oprimiendo.

—Sus sueños, sus bellos sueños, le estaban llevando, lentamente, a la curación. Su constante dedicación a transcribirlos hacía el resto. ¡Ay! Habría sido cuestión de esperar sólo un poco. ¡La escritura! ¡Estábamos poniendo a punto en esta modesta clínica una terapia genial! ¡Cuántos colegas estaban esperando ansiosos los resultados! Un poco más de paciencia y usted mismo se habría convertido en un símbolo, en un mito de la medicina moderna. Ahora usted seguirá su destino. Quemará el escaso capital energético que ha acumulado en estos meses de cuidados y después sucumbirá en la cópula. O todavía peor, se consumirá en sentimientos pre o poscopuladores. ¡Bonito plan! ¿Y sus sueños? ¿Y sus escritos? Lo mandará todo a paseo, supongo. Quemará todo para que no queden molestos testigos de su ignominiosa caída.

Sobre una cosa al menos tenía razón el viejo Modrian: no le estaba escuchando. O, mejor, yo ya no estaba allí, al menos, no lo bastante cerca para apreciar sus razonamientos, para admitir sus consejos. Pasa a veces, ¿verdad?; no atendemos a razones, no nos da la gana y basta. Mientras él se afanaba por mi bien, yo trataba de recoger en aquella habitación todo lo que me pertenecía, cuanto pudiera serme útil fuera de allí, más allá de la ventana.

—Trate de razonar, hombre: meses y meses de esfuerzos tirados por un instante de desvarío. ¿Espera que el amor de una mujer vaya a reconstruirle los tejidos lesionados? ¿De verdad lo cree?

Revolvía aquí y allá en busca de mis cosas, dándole la espalda unas veces, tropezando con él otras, casi como si no estuviese, pobre hombre. No había nada mío en la habitación. Ni siquiera con qué vestirme. En el suelo de un armario empotrado, casi como una momia mal hecha, encontré el traje de submarinista que me habían quitado los socorristas rajándolo con un largo corte que ahora lo volvía inservible. De todas formas, aunque hubiese estado perfecto, ¿qué iba a hacer por las calles vestido así?

Llevaba el pijama de la clínica, y en un cajón de la cómoda estaba mi documento de identidad egipcio dentro de un sobre. Nada más. Bueno, no. Sobre la tabla-escribanía estaba el montón de hojas mecanografiadas y, debajo del montón, la carpeta de cuero que me había regalado Azena, el relicario donde se conservaba el papel de Pascal. Ya, Pascal.

—Permítame al menos hacerle un control general, para no arriesgarnos a que reviente nada más salir de aquí —gemía Modrian.

Cogí la carta de Pascal. Le pregunté: ¿me llamas todavía? Después le pregunté a mi pecho, a la parte profunda, interior de mi pecho: ¿aún sientes latir este trozo de papel? Claro que sí. A su manera, prepotente, Pascal seguía llamándome. No era el crepitar de su hoguera; no era el chisporroteo de sus cenizas; era él, el hombre, el que me llamaba. Y por primera vez, por primera vez despierto y vivo, he percibido la ternura de aquella llamada, algo así como una intensa familiaridad. Un hermano, diría; la voz de un hermano.

—Por lo menos, liquide su cuenta antes de olvidarse del todo de que aquí se le ha librado de una muerte segura y se ha intentado, en vano, curarle y asistirle hasta su completo restablecimiento.

El armenio me resoplaba encolerizado en el cuello; su barbita, siempre tan acicalada, se había convertido de tanto mesarla en una maraña. La voz muy lejana, pero la voz viva de un hermano, eso era lo que me parecía oír; una voz tibia como una costumbre del alma.

No encontré nada más, así es que enrollé el pasaporte, las hojas y la cartera en el traje de goma; resultó un gran paquete deforme e inseguro pero que contenía todo lo que yo poseía en aquella habitación.

Era un equipaje ridículo y, sin duda, también yo estaba ridículo saliendo de la habitación número 11 con un pijama de rayas gris polvo, al menos una talla mayor que la mía, con unas zapatillas de tela y llevando en los brazos algo que podía parecer el cadáver de un horrible animal.

—Gracias, de verdad, muchas gracias —le dije al doctor Modrian desde el pasillo—. Liquidaré la cuenta en uno o dos días —continué mientras él me seguía mudo y aprensivo, como si tuviera que protegerme de un incidente que podía sobrevenirme en cualquier momento. Yo trataba de encontrar el modo de salir de un lugar en el que había entrado inconsciente—. Le estaré siempre agradecido, de verdad —terminé cuando estaba ya a un paso de la luz de fuera, del calor seco y luminoso de Alejandría.

—Podría ser un buen armenio, tan tonto y testarudo —fueron sus últimas palabras mientras yo cruzaba definitivamente el umbral del hospital para extranjeros Nabe el Maja, Fuente de la Salud.

Más allá de la verja de hierro fundido, a lo largo de las avenidas que llevan a los barrios antiguos, a través de kilómetros y kilómetros hasta las calles del centro, hasta el callejón de mi casa, nadie se fijó en mí, nadie dio muestras de fijarse en mí. Y esto me hizo sentir bien, muy bien. Tanto, que subí corriendo las viejas escaleras de madera, me di un baño, me puse algo mejor que un pijama y volví a bajar a las calles de Ras el Tin.

No me quedé en el barrio. Las piernas me llevaban casi sin esfuerzo; mis piernas, un poco inseguras como las largas y patéticas patas de un camello recién nacido, tenían ganas de andar. Me llevaron hasta la avenida de Ghayt al-Inab, los soportales del mercado copto. Allí, entre las imágenes esmaltadas de la vida de Cristo, las muselinas hechas a mano y las tortas de aceite de sésamo, había toda clase de mercancía de contrabando. No tuve que buscar mucho.

Un tipo al que llaman el Turco, un turco de verdad, con enormes bigotes y el retrato de Atatürk clavado en el mostrador donde vende *ftir* al queso, se fue para regresar en cinco minutos con lo que yo buscaba. No sé la marca, porque era rusa con las etiquetas y esas cosas en cirílico, pero con caracteres latinos.

Fue barata, no más de dos semanas de estancia en el hospital armenio: la mercancía rusa no tiene mucha salida en esta ciudad, cada vez más sofisticada.

Regresé a casa andando, con ella bajo el brazo. Llegué por los pelos: estaba tan agotado que tuve que dejarla en el descansillo de la escalera. Allí se quedó un día entero. Ahora la tengo aquí, delante de mí, golpeo las teclas y todo va por buen camino. No tengo ni idea de lo que quiere decir un cartelito de acero cromado escrito en cirílico que tiene en el frontal. De momento la llamaré Matrioska: es la única palabra en ruso que me viene a la cabeza. Con la Matrioska estoy escribiendo estas páginas, el capítulo de mi curación, por decirlo así. Desde el vuelo de la Remington en adelante.

Estas noches he seguido soñando. Pero anoche no soñé con Pascal; soñé con el viejo, el poeta. Reía, reía, reía, no paraba nunca. Tal como lo vi en Roma aquella noche, pero en el sueño, como un verdadero ginn, volaba de acá para allá por los aires. Guiñaba sus ojillos y reía, reía.

No he vuelto a ver a Fatiha; mejor dicho, Fatiha no se ha dejado ver, hasta ayer por la noche, justo un mes después de mi salida de la clínica. En todo este tiempo bien sabe Dios si la he buscado, si la he recordado. ¡Cuántos aromas se han esparcido por el callejón desde la ventana siempre abierta de mi casa a la hora de la cena! He preparado platos succulentos, he pasado días cocinando pescado, haciendo frituras, moliendo pimienta, embadurnándome de leche y miel, rebozándome en nuez moscada y anacardo. He cocinado siempre para tres, para que a ella le quedase siempre una ración de gigante, y con todas estas exquisiteces he terminado por engordar a Giabra y a Ramzi, dos viejos mendigos que ya andaban por las calles de Ras el Tin antes de que yo naciera. Afortunados ellos que han disfrutado de mis delicias; yo, por haber preparado comidas muy succulentas, no me sentía todavía en forma para comerlas — estaba aún convaleciente—, y sólo las probaba delante de la ventana, más que nada por disfrutar de su aroma. Y esperaba.

Durante todo el mes, Giabra y Ramzi se han disputado el honor de elegirme el billete de la fortuna más prometedor. Con esos billetes me han pagado las cenas y debo admitir que ha sido un honor disfrutar de su magnanimidad y de las más propicias profecías.

Yo, a decir verdad, nunca he creído en los billetes de la fortuna; de todas formas, siempre los he leído para no ofender la susceptibilidad de quien me los da y porque nadie, absolutamente nadie, puede tener un billete de la fortuna en el bolsillo sin echarle un vistazo antes o después.

No me siento estúpido al recordar lo que he hecho durante este mes, lo que he pensado. Creo que todas las esperas acaban siendo por sí mismas indecorosas. Quien espera, quien espera de verdad a alguien, no tiene tiempo de pararse a mirar, de darse un respiro; ni tiene ganas de comportarse con dignidad y distanciamiento. Quien espera a alguien busca en cualquier parte señales de su llegada y, si no las encuentra, termina poniendo aquí y allá trampas en las que el esperado podría —ojalá— caer. Así es, creo yo.

La semana pasada, para la Fiesta del Carnero, preparé oveja con granadas. Pocos manjares son tan buenos, poquísimos cuesta tanto prepararlos. Estuve dos días enteros cociendo los trozos bien cortados de una ovejilla tierna y gorda que fui a elegir personalmente al mercado de animales de Ghait al-Inab. Había sido degollada y preparada según los mandatos del islam, porque la Fiesta del Carnero es tan importante que ni siquiera los anarquistas del Diwan tienen ganas de contradecir la costumbre.

Todos en Alejandría festejan el aid ek kebir: musulmanes, cristianos y ateos. Es el día que conmemora a Abraham y cómo se salvó su hijo Isaac gracias al carnero que estaba en los alrededores del lugar del tremendo sacrificio; pero es también el día de la fraternidad y de la igualdad, el día en que los pobres reivindican sus derechos sobre la opulencia de los ricos. El día en que todos comen hasta saciarse, y quien tiene debe dar a quien no tiene. Y en todas las casas y en todas las callejas de la ciudad hay un gran festín; a nadie le debe faltar nada el día de la Fiesta del Carnero.

Mariné, especié, condimenté y cocí mi oveja en un gran caldero en el callejón, al lado de la puerta de El Meskin, la tipografía de Rubén y Amos. Celebré la fiesta con ellos y con todos los desgraciados que consideraron el perfume de nuestro caldero más apetitoso que el de otros. Había, pues, aquel día junto al caldero una gran mesa y desde la mañana a la noche comimos carne del

caldero y toda clase de mesé que había preparado Amos, y bebimos té y café y vino griego con todos los que vinieron a recoger su zakat, la limosna debida.

Y vinieron muchos, porque, no lo digo por presumir, nuestra olla debía de tener el mejor perfume de Alejandría. Incluso Ramzi el Iskandar se quedó con nosotros. Se sirvió con gusto de todo, extendiéndose en elogios bastante floridos. Antes de irse a la oración de la tarde, encargó a Rubén una nueva tirada de billetes de la fortuna. Quiso los tradicionales, pero pidió también estudiar otros nuevos, acordes con todo aquel hablar pagano de niss y lav que estaba envenenando el alma de sus compradores.

En conjunto, fue una buena fiesta la Fiesta del Carnero de este año, incluso en la tipografía de El Meskin, un lugar de ateos donde los haya.

Es importante que yo volviera con mis amigos porque de ahí partió la increíble velada de ayer y el retorno sorprendente de Fatiha. Sí, ayer vino al Diwan Nabil, al último sitio donde yo habría pensado encontrarla, y se sentó con nosotros. Tan hermosa, siempre tan hermosa. Sólo, quizá, un poco delgada. Quién sabe dónde ha comido todo este tiempo. Quién sabe dónde ha estado practicando para no olvidar, si en África o en Europa, si cosiendo o descuartizando.

Pero vayamos con orden.

Volví a la tipografía para la fiesta llevando conmigo la ovejita y la historia de Pascal.

En este mes de espera, de mucho cocinar y mucho vagar, he crecido un poco. Tranquilamente, sin fiebre ni sacudidas, me he hecho más fuerte y más alto. ¿Cómo lo sé? Soy capaz, por ejemplo, de esperar, que es un trabajo silencioso y disciplinado, una forma de aprender a vivir como un hombre sano. Me despierto por las mañanas pronto y pienso en la jornada que me espera, y descubro que no estoy seguro de nada de lo que en ella podrá suceder. Y esta constatación no me da miedo.

No soy feliz, no, ¿y entonces? Cultivo mis días robusteciendo con paciencia mi paso, entrenando la vista entre las mercancías del mercado, recapitulando mis conocimientos de mecánica y de ingeniería. Y consigo caminar un poco más

erguido cada día, y sé llevar mi mirada a la altura de la de Fatiha, que es una medida considerable. Y encontraré trabajo pronto, porque, tras pagar la cuenta de la clínica de ese usurero de Modrian, lo necesito. Sé que no hay verdadera felicidad en lo que hago cada día, pero crezco, lo noto. A mi manera, me curo viviendo.

Por eso, porque estoy aprendiendo a tener paciencia, no me han dado ganas de dejar Alejandría; ni por el desierto, ni por el mar, ni por vía submarina. No he necesitado mucho para comprender —aparte de que casi me cuesta la piel— que tenían razón todos aquellos más listos que yo que saben desde hace siglos que nadie encontrará el puerto sepultado. Pero existir, existe.

También existe Carlomagno —¿cómo podría ser de otra manera?—, existe aunque no haya llegado a verlo con mis propios ojos.

Nado mucho, eso sí. Hago muchos largos frente a mi playa, atento a no perderla de vista: estoy creciendo, pero todavía no me siento del todo seguro, sobre todo por la cabeza. Como la broma que me hizo mi padre, para entendernos. Y es en la playa, después de nadar un buen rato, cuando vuelve a mi mente con fuerza Pascal.

Pascal, mi hermano Pascal, mi bisabuelo Pascal; el quemado que volvió misteriosamente vivas mis noches de hospital.

Sus cenizas no se recogieron.

Busco el modo de recoger sus cenizas. No con una máquina de escribir, seguro. No, no así. Pero no he tenido el valor de tirar la historia que escribí sobre Pascal y que saqué del hospital envuelta en el traje de submarinista desgarrado. Ha estado en casa, tirada en cualquier parte, y para la Fiesta del Carnero se la llevé a Rubén, tal como estaba.

Cuando llamé a la puerta de El Meskin, con un traje de submarinista, un paquete de hojas y una oveja degollada, sabía en el fondo de mi corazón que todo era uno: una ofrenda de fraternidad para estar todavía con mis amigos, para ser parte de ellos. La historia de Pascal era mi Isaac, el hijo predilecto al que estaba dispuesto a sacrificar como gesto supremo de lealtad hacia mi gente. ¿Qué otra cosa podía ofrecerles?

La tipografía no había cambiado y los hermanos seguían casi iguales. Siempre sacerdotal Rubén, hierático y enjuto; siempre el mismo gran bailarín y nadador y gran preparador de café Amos, con las sienes apenas encanecidas. Era como si se las hubiera teñido para darse más importancia con las turistas, cada vez más numerosas y exigentes desde la guerra. Me abrazaron con amor, lo sentí.

Resultó fácil volver a ellos; simplemente había estado fuera un tiempo, como sucede con todos los hombres de Alejandría antes o después: el mar, la tierra, la cárcel, el hospital... Por eso fue fácil explicar, contar, omitir y mentir. Puse el envoltorio con la historia de Pascal en las manos de Rubén, diciéndole simplemente: «Guarda esto tú, por favor.» Y lo puso en algún sitio con naturalidad.

Estoy seguro de que antes de diez minutos le había echado ya una ojeada, y antes de despedirnos al final de la fiesta, cuando los tres estábamos llenos de los cálidos sentimientos del carnero, Rubén me lanzó una mirada más incisiva que una simple pregunta muda. Señal inequívoca de que había comenzado a leer.

El regalo había sido aceptado; ahora podía incluso renunciar para siempre a aquellas páginas: hay una gran diferencia entre tirar una cosa y regalarla. Yo le devolví la mirada tratándole de decir: «Déjalo estar, ¿eh?» Y así ha sido.

Hasta ayer en el Diwan Nabil, en la sala privada del piso superior, donde estaban todos los viejos libertarios y sus hijos y sus nietos. Café, pasas, cigarrillos americanos y Pepsi Cola emanaban un intenso olor: el olor de los tiempos que cambian y nunca cambian.

«Nos veremos todos, ven», me había dicho Rubén un par de días antes, pero no me imaginaba que se iba a tratar de asamblea plenaria. Si no fuera por el clima general de indiferencia, las miradas un poco perdidas de los viejos, los jóvenes con aspecto de estar esperando para hacer otra cosa, habría pensado en la resurrección de un movimiento subversivo, el recuento final antes de asaltar Dios sabe qué. Yo no recordaba nada igual.

Cuando entramos ya no había sitio para sentarse; me apoyé en una esquina de la gramola, en la otra estaba Amos. Me guiñó un ojo: se le escapaba la risa. Al

echar un vistazo a mi alrededor, me di cuenta de lo imponente de aquella reunión y tuve la extraña sensación de que los murmullos, las conversaciones, los sorbos y el tintineo de vasos y tazas se estaban acallando rápidamente, como si mi mirada impusiera silencio. Le di un codazo a Amós y por respuesta recibí otro guiño. Comenzaba a sentirme agitado.

En la esquina de la sala, junto al armario de los libros, Rubén dejó de ordenar papeles y se puso en pie. El silencio se hizo casi total. Sólo Fernando, el decrepito e infeliz marido de cuatro mujeres, continuaba gimoteando: tal vez ni siquiera supiese qué pintaba allí, viejo e idiotizado como estaba. Rubén, bien erguido, en su clásica actitud predicadora, carraspeó un par de veces para aclararse la garganta y, mientras todos le miraban en respetuosa espera, me dirigió una larga y antipática sonrisa.

Una sonrisa preocupante, como la del maestro que ha sacado a un alumno para recitar la lección delante del director; o como la del doctor Modrian, cuando ve llegar a un paciente lo bastante crédulo para poder administrarle sus estúpidas terapias. Sólo necesité un par de minutos para entender, porque el tipógrafo fue pronto al grano.

Me pregunto si las cosas hubieran sido diferentes de haber comprendido de qué se trataba, si hubiese intuido, por ejemplo, que los folios que Rubén tenía en las manos eran, nada menos, que mi historia de Pascal. ¿Habría podido largarme antes de que él comenzase? ¿Yo qué sé? A no ser que fuese esto, precisamente, lo que yo andaba buscando desde que saqué el envoltorio de la clínica. ¿Estaba yo allí porque aquel era el juego que yo quería jugar?

El hecho es que Rubén comenzó:

—Los días pasados me he reunido varias veces aquí con los compañeros y he leído lo que has escrito. No te he pedido permiso, Saverio, porque tal vez tú no habrías querido.

Pausa; igual que un actor, aquel sacerdote anarquista. Una breve pausa para regalarme una mirada muy afectuosa. ¿Abraham que le hace cosquillas en el cuello a su hijo allá en el monte? No; el viejo Abraham debía de ser más

sincero. Todos me miraron. Ojos simpáticos, los ojos un poco sorprendidos de quien nota por primera vez en una persona familiar un defecto o una cualidad insospechada y se esfuerza por mirar al viejo conocido de una manera nueva.

Por supuesto, lo que Rubén les había leído, les hubiera gustado o no, les hubiera importado o no, lo hubieran entendido o no, lo consideraban cosa suya. Esto sucede entre los expatriados de Alejandría, incluso con la segunda y tercera generación: todo lo que afecta a uno de ellos es sólo una imperfecta propiedad personal. Ocurre muchas veces con el dinero, con los nacimientos y las muertes, con los buenos y los malos negocios, con las casas y con las barcas para pescar en los canales; pasa continuamente entre los jóvenes con los cigarrillos y los discos, y se dice que, entre los viejos, también sucede con las mujeres; quién sabe. Ocurre también, claro está, con las historias, incluso con las solamente soñadas.

Obtenido el efecto deseado —¿cómo podría yo objetar algo ya?—> Rubén adoptó el registro severo, el de indiscutible autoridad moral e intelectual de la comunidad:

—No, no habrías querido, lo sé porque te conozco, y habría sido un error. Lo que tú has escrito y yo he leído a la gente de aquí es muy importante, y las cosas importantes no deben quedar ocultas. No ha sido fácil, sobre todo al principio, porque has escrito cosas a veces complicadas de entender.

Brevísima pausa para que todos pudieran intercambiar gestos: sí, ha sido difícil, pero lo hemos conseguido, no está mal, ¿eh?

—Nos ha llevado tiempo, pero las últimas tardes estábamos tan cautivados que hemos tenido que hacer algunos bises.

Yo estaba paralizado, como si la instalación eléctrica de la gramola me hubiera soltado una descarga.

—Es una hermosa historia. Y también muy importante, porque es una historia nuestra. Ninguno aquí había experimentado antes, por una historia contada, los sentimientos que con ésta hemos experimentado estas tardes. No sé cómo lo has hecho. No sé de dónde te has sacado todas esas cosas que has escrito. Es un misterio que alguien que no ha estado nunca en Carlomagno pueda

describirlo tan bien como tú lo has hecho. No hablo tanto de las cosas que se ven, los paisajes, etcétera, como de la gente, especialmente de la gente. De ese Pascal y de todos los demás. Pascal existió de verdad. Mi padre me habló de él cuando yo era niño. No lo llamaba con ese nombre, pero era él. ¿No es verdad, Fernando?

Pero Fernando seguía gimiendo con el leve silbido de un neumático que se deshinchaba; tenía los ojos semicerrados: no podía dar la razón a Rubén.

—¡Cómo no, cómo no! —aseguró Guglielmo, el ex cura, con la gravedad adecuada.

Algún otro asentía. Más de dos mil voltios me sacudían desde la gramola.

—Nadie ha pensado una historia tan hermosa para Carlomagno; te lo digo yo, Saverio, después de una vida dedicada a la tipografía. Más aún, nadie ha escrito ninguna historia para Carlomagno. Eres el primero. Así es que te preguntamos, sinceramente, cómo has podido imaginarla. Mmm... eh... —carraspeó—. Ahora queremos preguntarte cosas.

¿Preguntar? ¿Preguntar qué? El cortocircuito de la gramola estaba fundiendo mis huesos; en unos instantes, me parecía, me disolvería en una charca de miembros licuados.

—Antes de nada, la pregunta más importante que todos nos hemos hecho: ¿por qué no has acabado la historia? ¿Por qué?

Secondo, el maestro calafate en los astilleros Mafuh Elj, se levantó y me amenazó con su vaso de nabit para dar más fuerza a su reproche.

—Ya que estabas... —susurró dentro de su Pepsi el más joven de los hijos de Fernando.

—Será mejor que digas algo a éstos —me sugirió Amos.

Su tono fraternal funcionó como aislante entre la potente corriente de la gramola y yo. En el esfuerzo por mantenerme derecho, me brotó un sollozo.

—Puedes no decir nada, Saverio —Rubén no me lo ponía fácil—, pero para nosotros sería un gran dolor. Tendremos que renunciar a algo que ya pertenece a nuestro corazón.

—Sí, le quería. Le quería de aquella manera salvaje, le quería mucho, mucho. Pero no quería tener un niño, no en aquel momento al menos, quería hacer otras cosas.

—¿Cómo otras cosas?

—¡Que os calléis, Dios santo!

—Sí, quería hacer otras cosas. Quería aprender a escribir y a dibujar. ¿Recordáis? Todo aquel invierno hojeando el calendario que le había dado Pascal... Súa estaba más que intrigada por ciertas cosas. Estaba convencida de que en las palabras y en las imágenes se escondía algo grandioso. Cuando la conoció Pascal, ya se pasaba horas contemplando la página de almanaque que había conseguido en la Vía, no se sabe bien cómo. Se había hecho la idea de que todo aquello representado y descrito de modo tan intenso tenía un poder mayor que la realidad misma. Que se podía ejercer un poder inmenso sobre las cosas describiéndolas. No era la única que por entonces pensaba así; gran parte de la gente sencilla estaba cautivada por la fascinación de las escasas imágenes que llegaban a ver en toda su vida. Pero Súa había decidido ser autora de un libro.

»Sentía desde hacía mucho, de modo potente y confuso, una necesidad extraordinariamente excitante: algo así como las ganas de cantar su vida y la vida de su gente. Cuando Pascal le dio el primer libro verdadero que había visto en su vida, aunque fuese un sencillo calendario, se le metió en la cabeza escribir completo el relato de su pueblo, la Historia del pueblo nacido de la vasija de María de Magdala.

»De esto no le había hablado nunca a Pascal durante su primer año de matrimonio. Súa era una mujer joven, pero también muy lista, y sabía que no debía alarmar a su hombre con propuestas que aún no tenía claras. Tenía que usar el tiempo blando y quieto del invierno y la calidez del matrimonio para comprender mejor, para entrar en una relación mayor con los libros. No sabía

leer, pero eso no le preocupaba mucho: ella quería aprender a escribir. No le molestaba preguntar a Pascal, a su hombre, porque se había dado cuenta de que a él no le disgustaba responder e ir incluso más allá de lo que le preguntaba.

»Bastaba con que se hiciese de noche, que él regresase de sus escasas tareas como baile, y tener preparada leña para el fuego de toda la noche, y en la destartalada y ruidosa cama se abría la escuela de Súa. Y para esto no le bastaba el calendario, aunque en aquellas doce hojas estuviera toda la historia del universo: necesitaba todavía más para hacerse una idea precisa de lo que la esperaba. ¿Cuántos libros habría en el mundo? ¿Cómo será de grande el mundo? ¿Qué estarán haciendo en este momento las gentes que lo habitan? La curiosidad le electrizaba el pelo y ponía color en sus mejillas; Pascal la veía cada día más hermosa.

»Y cuando acompañaba a Cerina a asistir a los partos o a curar a los niños con tos, Súa se preguntaba: ¿qué figuras buscaré para esto? ¿Qué palabras tendré que encontrar para contar cosas tan complicadas? Y lo mismo se preguntaba cuando escuchaba al párroco Vilelmo las historias del señor Cristo y de los milagros de María y de Santiago.

»Y veía el invierno avanzar, y a los lobos bajar de las cuevas hasta el límite con las casas, y a los zorros de manto blanco buscar antes del alba cualquier cosa carnosa, y se decía: también esto tendrá que estar y no podré olvidarme tampoco de la primavera y de lo demás. Tenía necesidad de ver otros libros para comparar y ver cuál era el más bello, porque su intención era hacer un libro todavía más bello.

»Y así, Pascal se fue un día para tratar del aprovisionamiento con el marqués de Bramapane. ¿Os acordáis de él, no?

—¡Claro! El señor de Pascal, aquel flaco con botas. ¡Vamos, sigue!

De acuerdo, seguiría. A fin de cuentas, ¿por qué no? Resultaba muy fácil contar; la historia caminaba prácticamente por su propio pie, los sueños viejos de los meses anteriores salían de los cajones de la memoria, sacudiéndose lisos y limpios como camisas y calcetines.

—Como era invierno y había nieve por todas partes, le llevó casi una semana llegar al casal del marqués. Había querido viajar solo, a pesar de que el viejo Furná había insistido mucho en acompañarlo. Sabía que durante el viaje podría hacerse algunas preguntas y responderse con comodidad. La primera pregunta, de la que surgían las demás, era: ¿qué estoy haciendo?

»Pascal era un viejo gato salvaje. Había visto mucho, por eso estaba cansado, pero seguía siendo un estupendo viejo gato, siempre alerta. Sabía que seguía con vida, a pesar de los horrores y traiciones de cuatro guerras por los campos de toda Europa, gracias a su perspicacia instintiva, a su capacidad para colocar todo en su justa medida. Sólo podía influir en la realidad del mundo de manera mínima. Pero podía, pese a todo, seguir viviendo. Eso había hecho desde su juventud, escapando de la muerte por los pelos, como un felino que se salva en el último salto.

»En Carlomagno las cosas no habían seguido esta lógica. Era difícil ser prudente en un lugar como aquél. Una tierra de locos. También él se había permitido una locura, la última. Se había casado con Súa y había aceptado de un modo extraño, incomprensible e ilógico que irrumpiese en su vida y en cierto modo la condicionase.

»Tenía que admitir que se estaba enamorando de ella, y eso no era bueno. Doblabla la edad de la muchacha, tenía heridas que no habían cicatrizado; pero no era esa la cuestión. El amor requiere muchas energías, energías del corazón, del cuerpo y de la mente, y quien se mete en una aventura de esa clase no puede estar alerta como se debe. Esto era un hecho, y él advertía el peligro de aquella situación, pero aquel invierno había preferido calentarse en aquella calidez a helarse con la escarcha: era un viejo gato que se preparaba para su última caza.

»Súa estaba loca, como todos los demás, como Fuma, como el párroco, como su padre y su madre. Incluso más, porque tenía una tremenda fuerza interior y era maravillosamente bella. Quería ver libros y él iba a buscárselos. ¿Había enloquecido también él? Peor; ella había conseguido sacarle de la profundidad de las cavernas del alma el placer de hablar, el gusto de leer y comentar. Cosas

que matan. ¿Quién podía saberlo mejor que él, que por estas razones había sembrado de muerte las tierras entre Flandes y el Pinerolo?

»¿Qué se le había metido en la cabeza a Súa? Quizá nada, quizá sólo juegos de muchacha. Pero bastaba verla hojear el calendario, bastaba hacer el amor con ella, para quedar cautivado por su locura. Súa tenía la fuerza divina de la vida cuando está todavía intacta. A Pascal le parecía un milagro poder asistir y participar en aquel espectáculo. ¿Por eso iba a buscarle los libros? ¿Por conseguir que aquel espectáculo no terminase nunca? ¿O se había vuelto tan tonto que tenía ganas de leer?

»El marqués recibió a su baile en la sala de la chimenea, la única que habitaba en invierno; estaba descalzo, como acostumbraba cuando se calentaba. Se sentaron uno junto al otro delante del fuego: a la izquierda del marqués estaba Pascal, a la derecha, bien tiesas, sus botas. El marqués le hacía preguntas con la mirada fija en el fuego, y Pascal tenía que esforzarse para saber cuándo se dirigía a él y cuándo a sus botas. Bramapane quería saber de su nueva posesión, del color del mar que se veía desde su nueva tierra, de las naves que lo surcaban, de posibles desórdenes y de las cosechas. Después le preguntó por qué había ido en pleno invierno.

»—Me he casado.

»—¡Ah!

»—Con la hija del decano de la laguna. Súa. Es muy joven.

»—¡Ah!

»—No he pedido vuestro consentimiento.

»—No importa, has hecho bien. Un matrimonio ayuda en estas circunstancias. Te aceptarán de mejor grado.

»—No lo sé: es gente extraña.

»—Es cierto, pero los matrimonios son iguales en todas partes y a ti te sienta bien, se nota. Tienes buen color y tu voz no ha envejecido. Yo, en cambio, ahora le doy pena hasta a mi propio perro,

»—No diría yo eso.

»—Pero lo piensas, y si no lo piensas tú, lo pienso yo. Tal vez una mujer me fuera bien a mí también, pero no me dejaría en paz, y yo necesito, sobre todo, estar en paz.

»—Querría algún libro, si tenéis.

»—¿Para qué?

»—Mi mujer quiere que se lo lea.

»—Imposible.

»—Sé que tenéis algunos.

»—No. Se han perdido, los he quemado, se han podrido. Imposible.

»—Tal vez un libro de horas o un pequeño Evangelio.

»—¿Libros para mujeres? Nunca he tenido mujeres en casa. Tú, en cambio, te has hecho con una que quiere leer libros. En esa tierra de medio salvajes, quiere que le lean libros. No lo creo.

»—Un almanaque, un bestiario.

»—Tonterías. No te he oído. Veamos si nos traen algo de beber: has cogido demasiado frío ahí afuera.

»—No es sólo para mi mujer. También a mí me vendrá bien algún libro. Tengo mucho tiempo durante el invierno y leer me ayudará a no asilvestrarme.

»El marqués se levantó y empezó a gritar hasta que se presentó un viejo con una frasca y dos tazas. Bebieron, después el marqués cogió una de sus botas y con rara maestría fue encontrando pegotes de barro que rascaba con la uña. No era una uña muy cuidada, para ser uña de marqués. Apartó un momento los ojos de su amada bota y miró con franqueza a los ojos de Pascal.

»—Antes de Todos los Santos vino por aquí un tal Xavier, uno de Castilla, un jovenzuelo. Sacerdote, además. Uno de los sacerdotes de ese otro loco de Loyola, el vasco. Me soltó un buen sermón. Me hizo notar que en mis tierras,

radicados en mis parroquias, hay casos escandalosos de errores de fe, que por lo general los curas no saben ni leer el breviario, que hay que sacudir al pueblo de su ignorancia y así sucesivamente. Me dijo que los tiempos habían cambiado y que no sólo lo pensaban él y su superior, sino también el propio emperador. No hacía falta que me lo dijese, ya lo sabía yo. Llevaba consigo más papeles de concesión y autorización imperial y papal que un abad de Nôtre-Dame. De todas formas, tiene razón: no he cuidado lo suficiente este aspecto en mis posesiones. Le he dado permiso para abrir misión. Irá por todas partes, los conozco a éstos, ya han llegado más allá de Alessandria. Antes o después irá a Carlomagno.

»—No ahora.

»—No, no ahora, necesitará más tiempo. Pero antes o después irá, y es mejor que no encuentre gente demasiado instruida.

»—Al menos querría una Biblia. Cuando termine de leerla, la quemaré si es mejor así.

»—No sé si me equivoco, pero creo que he conservado una Biblia en algún sitio. Si así fuera, es una de esas que no debería haber tocado; aunque, en realidad, no la he tocado ni la tocaré. Si te la llevas será una preocupación menos para mi casa, pero una preocupación más para ti.

»El marqués se fue a su habitación y regresó con un libro no demasiado grande encuadernado en piel de cabra; lo envolvió en una servilleta y recomendó a Pascal que lo pusiera en el fondo de sus alforjas. Fuera nevaba y Pascal oía al mulo Baes que sollozaba de frío en el cobertizo. Si hubiera justicia, pensaba, Baes estaría en esta sala, calentándose junto con nosotros y las botas.

»Se quedó a pasar la noche allí.

»A la mañana siguiente, cuando Pascal se preparaba para partir, el marqués de Bramapane salió a despedirlo:

»—No quedes mal con tu mujer, si ella tarda en coger el sueño por la noche — le susurró al oído, mientras sus bigotes grises le raspaban la mejilla. Le puso

entre las manos su regalo de bodas: un par de escarpines casi nuevos, forrados de piel espesa y suave—. Te vendrán bien cuando leas; siempre se quedan los pies fríos.

»Pascal emprendió el regreso con dificultad: el mulo Baes estaba muy irritado por la noche pasada casi a la intemperie y no pensaba perdonar muy fácilmente.

Tenía que coger aire. En la mesita que había ante mí, se contaban cuatro jarras de cerveza y dos o tres copas para el moscatel, todas vacías. Me estaba emborrachando. Miré a mi alrededor y supliqué que me dejaran, que no podía más.

—Un poco más, Saverio, después descansas toda la vida.

Alguien abrió las ventanas y las puertas para hacer un poco de corriente, otro me puso delante una cerveza más. Pero cuando me levanté para estirar un poco las piernas, apenas me dejaron dar un paso y me sentaron otra vez en la butaca. Era la butaca de las anginas, no tengo ninguna duda.

¿Dónde me había quedado? La Biblia.

—Sí, la Biblia del marqués estaba escrita en italiano, la lengua que mejor conocía Pascal, y había salido de una imprenta de Ginebra, editada por un natural de Luca reformado, seguidor de Calvino. Pascal sabía que llevaba el libro más peligroso del imperio, pero regresaba contento: el viejo gato se había procurado para Súa el libro más bello del mundo. Después ya veremos, pensaba, ya veremos.

»Durante el resto del invierno y buena parte de la primavera, Súa hizo que Pascal le leyera cada noche algunas páginas del libro. No conseguía creer que el mundo hubiera tenido tantas historias y que alguien las hubiera contado de una forma tan asombrosa.

»Súa se abandonaba por las noches en los brazos de su hombre, pero no descansaba. Pensaba en cómo encontraría la fuerza y la sabiduría para escribir todo aquello que faltaba en aquel libro maravilloso. Al ir avanzando Pascal en la lectura, reconocía muchas cosas que el párroco predicaba. Al llegar al

Evangelio sollozó de estupor y emoción al encontrar, representadas de modo admirable, cosas que de forma tosca ya conocía. Lloró en la pasión de Cristo como si se acabara de enterar entonces.

»Pero en la cama pensaba en que le faltaba la parte más importante: el Evangelio de Carlomagno, la historia alucinante de la milagrosa vasija de María de Magdala, la vida, los sufrimientos, la muerte y resurrección de su pueblo. Faltaba el Cantar de Carlomagno.

»¿Cómo podía Súa pensar en embarazos? Y así siguió toda la primavera, y la gente pensaba mal, porque no era cosa de broma. Pascal no decía nada: tener hijos iba mucho más allá de sus expectativas. Por otra parte, sabía que había dado en el tálamo todo lo que tenía y estaba en paz.

»Con el buen tiempo, Pascal volvió a sus deberes como baile, y recorría los valles y gargantas en compañía del viejo Furná. Le gustaba. Por aquel tiempo, se podría decir que era feliz.

»Súa tenía un plan. Para lograr sus fines, necesitaba la complicidad de Pascal y la ignorancia de todos los demás. Nadie, ni siquiera Cerina y Rubén, debían estar al corriente de lo que tenía en la cabeza: sabía muy bien que era muy peligroso. Pero Súa era una joven capaz de cualquier empresa.

»Ya desde las primeras veladas con el calendario, Súa se había interesado en cómo se transformaban las palabras en aquellos signos negros puntiagudos, redondos, ondulados, delgados como patas de hormigas, que Pascal le leía. Súa no sabía lo que era la escritura; nadie en Carlomagno había escrito nunca nada. Pascal no le dio lecciones: las veladas nocturnas no se prestaban a ello y, además, no se sentía atraído por ninguna clase de enseñanza.

»Simplemente le contó lo que sabía de la escritura de los libros: pequeños caracteres fundidos en plomo, planchas donde se componían líneas y columnas, la prensa, la tinta y el papel. Suficiente para que Súa pensara que ella podría hacerlo. A fin de cuentas, ¿no era igual que hacer el tejido de una alfombra o un mantel en el telar? Bastaba con tener claro el dibujo en la cabeza y saber cómo mover las manos en la máquina.

»El plan de Súa consistía en ir a uno de esos pueblos donde Pascal había visto imprimir libros, procurarse lo necesario y componer el suyo. Y así, su gente, sus montes y sus lobos, sus flores y sus arroyos, sus pájaros y sus pensamientos tendrían su Libro.

»Sólo tenían que ponerse en camino, ella y su hombre.

«Rarísimamente la gente de Carlomagno salía de sus confines de siglos y siglos: no tenían ninguna razón para hacerlo y además, se encontraban a disgusto lejos de sus paisajes; sabían que estaban expuestos sin protección alguna a toda clase de peligros.

«Algunos, con todo, viajaban: unos para vender sus productos; otros, poquísimos, para hacer de espías en la Vía; y los peregrinos, naturalmente los peregrinos.

«Carlomagno tenía una única peregrinación y era muy especial. El propio lugar del peregrinaje se hallaba envuelto en la incertidumbre de las leyendas. Se trataba, nada menos, que de la visita a la barquilla de Santiago, la que había llevado al primo del señor Cristo y a María de Magdala a Carlomagno. Al punto donde se había detenido acudían los peregrinos para pedir a aquel madero un poco del extraordinario poder del que se había impregnado durante la larga permanencia a bordo de los dos santos.

«En Carlomagno se sabía que, para llegar a aquel lugar, había que seguir la Vía hacia poniente hasta el final. Se necesitaban meses de camino para alcanzar una pequeña colina donde relucía intacto el barco de Santiago. Allí se pedía para solucionar la única desgracia que temían: la esterilidad, que era cosa rarísima en Carlomagno. Desde que la vasija de María de Magdala había resucitado al pueblo y lo había fortalecido, eran muy pocas las mujeres que no tenían hijos.

»En el fondo de cada uno estaba muy presente que la esterilidad pondría a Carlomagno en la negra noche de la extinción. Una pareja estéril tenía toda la solidaridad para encontrar la forma de solucionar el problema; su fracaso era una pequeña fisura que se abría en los cimientos de la leyenda de Carlomagno.

»Súa pidió y obtuvo permiso de la asamblea para ir con su esposo a solicitar la gracia de un hijo a Santiago, primo del señor Cristo. Cerina no se opuso al deseo de la hija, aun sabiendo que Súa era una mujer fecunda y que el mulero, como se empeñaba en llamar al baile, se había curado gracias a sus lavados. Cerina comprendía que la hija estaba planeando algo y que a esto era insensato oponerse. No hay barrera que pueda detener sin destruir una vida que emprende su propio camino. Sentía que el deseo de la hija era para ella indescifrable; peor aún, adivinaba con la aguda mirada de su corazón que una niebla de dolor estaba envolviendo lentamente a los dos esposos.

»Hay un misterio en todo esto y ahora no logro resolverlo. Estoy demasiado cansado, de verdad.

¿Qué hora era? ¿La una, las dos de la madrugada? ¿Cuánto había bebido? Tenía el estómago revuelto y la resaca me subía a la garganta. En la sala, el humo de los cigarrillos, unido a los vapores alcohólicos, había formado un banco de niebla azulada de la consistencia de un jarabe.

—¿Qué misterio?

—¡Dios, Saverio! No podemos estar aquí hasta pasado mañana. Venga, ¿qué coño de misterio no puedes resolver? Si no eres capaz, te lo resolvemos nosotros.

¿Nadie se daba cuenta de mi estado? ¿No tendrían un poco de piedad? ¿Cuántas horas llevo contando? Y tengo que recordar e inventar el resto, todo de prisa, todo al mismo tiempo que voy hablando.

—Dadle de beber. ¿No veis que tiene la boca seca? Ánimo, Saverio, que ya estamos casi al final.

—A ver, ¿cuál es el misterio?

Tenía que continuar, seguir hasta el final.

—¡Joder! El misterio, un gran misterio: ¿Por qué Pascal aceptó seguir a Súa en esta historia del libro y de la peregrinación? ¿Qué razón le llevó a decir que sí cuando la mujer se lo propuso? ¿Por qué la secundó en lo que parecía la mayor tontería de su vida? No consigo imaginarlo. Punto final.

—Estaba enamorado...

—Tal vez. Pero os olvidáis de Pascal, de lo que había sido su vida. Aunque estuviera enamorado, su amor era el de un hombre experimentado y su instinto de supervivencia no le habría permitido perder del todo la conciencia de las cosas. ¿Por qué, entonces, se fue con Súa? Yo no lo sé y no puedo seguir con la historia.

—Los viejos gatos inteligentes saben cuándo tienen que dejar de vivir. Y, entonces, como cabe esperar de ellos, hacen lo más inteligente en tales circunstancias, aquello que en otra situación parecería lo más estúpido: van tras la pista de su última caza para agotar las energías que saben poseer aún.

El vaso que tenía en la mano se me deslizó como un pez vivo. Al oír aquella voz, la borrachera desapareció. Había hablado Fatiha; una buena intervención con el deseo de sacarme del atasco en el que nos encontrábamos en el Nabil.

¿Dónde estaba? ¿Cuándo había entrado? ¿Quién dejó pasar al sancta sanctorum de los libertarios de Alejandría a aquella peligrosa revolucionaria?

—¡Fatiha! —grité con voz de borracho—, ¡Fatiha!

Por fin has venido a buscarme, Fatiha, aunque sea a este nido de mentecatos. No me contestó, y yo no conseguía verla entre tantas caras a mi alrededor.

—La chica tiene razón.

—Pascal sabe que no puede continuar mucho tiempo; tiene su destino marcado. ¿Qué puede hacer mejor que cumplir los sueños de su mujer? Además, es un magnífico sueño. ¿O hemos entendido mal, Saverio?

—La idea de Súa es ingenua —dije yo.

—¿Ingenua?

¡Claro que era ella! ¿Dónde estás? Déjate ver, Fatiha.

—No hay ingenuidad en quien piensa que un pueblo puede existir de verdad sólo si hay algo, como un libro, que se lo cuente a los otros. ¿No lo crees, Saverio? —Rubén entendía de libros.

—Bueno, de acuerdo —era mi destino rendirme ante las evidencias de otros. Entonces Súa se puso en camino con la certeza de realizar su gran proyecto, y Pascal, en cambio, con la certeza de que aquél sería, en todos los sentidos, su último viaje.

—Ya.

—Sí.

¿Y si me equivoco, Fatiha? Supongo que después no me querrás. ¿Ves qué riesgos corro si continúo?

—Se ponen en camino ella, Baes y él, se dirigen a poniente. Villelmo canta con su mejor voz los himnos más espectaculares; Furná se desespera por el rechazo de Pascal ante sus ofrecimientos de acompañarles como escudero y protector contra los infinitos peligros del camino. ¿Cuánto durará el viaje? Nadie lo sabe. Sólo Cerina presiente que durará más que la propia vida de su hija.

»Fascal sabe dónde ir. A poniente y después al norte, más allá de las montañas a través de los pasos vigilados por los soldados del emperador. Y más al norte, hacia el lago Lemán, donde casi en cada pueblo hay una imprenta, un crisol para fundir los punzones y se prepara papel. Laboratorios que suelen mantenerse en secreto, escondidos en las carboneras o itinerantes de un casal a otro. Esos valles son la cuna de las peores herejías, y desde esos pueblos se propagan por tierras católicas las imprentas que el emperador y el papa no se cansan de maldecir e incendiar. Imprentas e impresores, se entiende.

»El mulo Baes andaba ligero con el peso de Súa. El olor de la muchacha lo calmaba y sus manos en las crines lo relajaban.

»Encontraron a Xavier a cuatro días de Carlomagno. El joven sacerdote seguidor del vasco de Loyola predicaba en la plaza de San Elmo. Estaba erguido sobre un escabel y tenía a su lado a dos alabarderos con el estandarte de la Santa Cruzada. Llevaba la cabeza descubierta, la sotana sucia de fango y sostenía firmemente en las manos una gran cruz de madera. Hablaba con voz alta, de fuerte y rica sonoridad castellana que daba a su discurso una peculiar fascinación. Se expresaba lentamente, haciendo una breve pausa entre un

concepto y otro, para que la gente tuviese tiempo de reflexionar. Había una muchedumbre escuchándolo y todos parecían seguirle con gran atención.

»Debía de ser el primer predicador en muchos siglos que se presentaba ante aquella gente sin sacar ante todo el mostrador para la venta de indulgencias, sin estar borracho y con aspecto y modos castos. Los esposos llegaron casi al final, pero les sorprendieron sus modales. Pascal reconoció en él al combatiente fogoso; a Súa la extasió su lengua, le parecía escuchar una voz que fluía directamente de los caracteres de un libro. Naturalmente, Pascal no pudo reconocer en él al sacerdote que le había anunciado Bramapane.

»Súa miraba el mundo y se maravillaba de lo que veía. Observaba todo: los huertos de olivos, que volvían de plata colinas enteras, las playas, las viñas, los pueblos relucientes con mil ventanas, los altos campanarios de las iglesias abaciales, magníficas como castillos. Le gustaba sobre todo el mar.

»—El mar de donde vino María de Magdala —exclama—. El mar, marido mío, me parece la cosa más bella que yo haya podido ver. La mayor crueldad contra Carlomagno ha sido privarnos de este bien.

»Y después quiso bañarse en el agua tibia donde pequeños cangrejos le cosquilleaban los pies, y quiso también bebería, pese a las advertencias de Pascal, y así supo también de su amargura al vomitarla sobre la blanda arena.

»Dormían en las posadas, si las encontraban, o pedían alojamiento en los pajares y establos del camino, siempre alejándose de la Vía, que debía mantenerse despejada en todo momento, para lo que la vigilaban los soldados desde las colinas. La gente que pasaba por la Vía andaba deprisa.

»Cualquiera que fuera el sitio donde pasaran la noche, procuraban mantenerse un poco apartados de los otros caminantes.

No sentían mucha simpatía por los que se encontraban; Pascal por prudencia, Súa por timidez y temor: siempre había algo torvo en las caras de aquellas gentes.

»A altas horas de la madrugada, Súa despertaba a Pascal, y éste, con una pequeña linterna de Flandes, releía a su mujer algún pasaje de la Biblia. Eran

los relatos que más la habían sorprendido. Pascal guardaba aquel libro en el fondo del saco de forraje de Baes y pronto se impregnó del fuerte olor del mulo. "A ver si se lo come un día", se decía Pascal, que anhelaba correr un peligro menos.

—Hay algo que no os puedo contar.

—¿Qué?

—¿Por qué?

—¿Qué es eso que no nos quieres contar?

—Si queremos llegar al final, antes de morir anegados en humo y cerveza, no puedo deciros todo lo que sucedió en su viaje a lo largo del camino de la sal que lleva hasta los Apeninos. Ni lo que les sucede cuando llegan al valle del Pinerolo.

—Pero trata de decirlo en dos palabras.

—De acuerdo, pero habría sido una bonita historia.

»Bueno, pues permanecen en los pueblos donde viven los libreros clandestinos que imprimen los libros reformados, las traducciones prohibidas de la Biblia. En uno de estos pueblos aprenden el arte de la fabricación del papel y las técnicas de impresión. Cuando se van, llevan un saquito con caracteres de plomo y una pequeña plancha para componer las páginas, y durante el viaje de retorno Pascal enseña a Súa a leer, para que pueda componer su Libro.

»Y llegados a poco menos de un día de camino de Carlomagno, se encontraron al cura Villelmo. El viejo párroco se arrastraba por el camino miserablemente. Iba descalzo y una capa amarilla lo cubría malamente. Miraba a su alrededor con ojos febriles y no reconoció a los esposos cuando se pararon a atenderlo.

»—¡Párroco! —Pascal lo agarró por aquella extraña casaca—. Párroco, ¿dónde vas vestido así? —pero en seguida comprendió de qué se trataba. Lo mira a los ojos y ve que no están mirando nada. Trata de sacudirlo con delicadeza y, casi

susurrándole al oído, le pregunta—: ¿Quién ha venido al pueblo, quién ha venido, Villelmo?

»Villelmo farfulla cosas misteriosas en la lengua que en Carlomagno consideran latín y se deja arrastrar hasta un árbol un poco apartado del camino. Allí se acurruca en la tierra, mudo.

»Súa lo mira desde lo alto de Baes. Es la primera vez que ve la desolación en la cara redonda y siempre alegre del párroco. Desmonta y se le acerca; le coge la mano y se la acaricia como a los niños:

»—Párroco, párroco, párroco, ¿qué te han hecho? —Villelmo llora en silencio y un hilo de baba amarilla le cae por la barbilla. Pascal también sabe la razón de esa baba: ha visto a muchas personas perder bilis de esa manera, y también ha visto a mucha gente, babeando o no, con la túnica amarilla—. ¿Quién te ha hecho daño, Villelmo, cuándo ha sido?

»Pero Villelmo sólo sabe ya balbucear en el dialecto de su teología:

»—Confíteor domine..., jay!, de profundis me dixi confíteor, jay!

Venit diabolus ad me et ora et nunc et in perpetuo...

Súa está espantada y pregunta en silencio a Pascal qué puede hacer para confortar al viejo, pero Pascal sabe que ya no habrá consuelos de ningún tipo de allí en adelante. Carga al viejo en su mulo, lo sujeta a la silla y coge a Súa de la mano.

»Dejan el camino y se encaminan lo más rápido que pueden hacia la montaña. Suben una larga cresta que lleva a las canteras de mármol más altas, a las canteras más antiguas. Caminan hasta la noche; abandonan los senderos, se adentran en lo más agreste, suben aún más, hasta llegar a una cantera abandonada. Es allí, en aquella especie de madriguera, donde Furná había llevado un día al baile para enseñarle un escondite seguro. Por si acaso, nunca se sabe. Comen y beben; el párroco bebe, llora y babea, pero no puede comer porque su boca es como una grieta sangrienta. Súa le desmenuza el pan y se lo da poco a poco, mientras Pascal tiembla de espanto.

«Pasaron la noche sin encender fuego y fue una noche fría.

»Con las primeras luces, Pascal cogió a Súa y la llevó a un pozo escondido entre pinares. Allí escondió la bolsa de los caracteres. Entonces Súa cogió a Pascal del brazo y le obligó a mirarla:

»—Háblame de lo que ha pasado, marido mío.

»Y Pascal le explicó a Súa que no podrían regresar al pueblo, que incluso sería bueno subir todavía más arriba en las montañas y tratar de hallar un pueblo muy lejos de Carlomagno, y desde allí encontrar fuerzas para ir a otro, quizá en el valle del Pellice, tal vez en el lago Lemán otra vez. Le explicó que a Carlomagno debía de haber llegado un sacerdote, quizá el mismo que habían visto en San Elmo —Súa recuerda a aquel hombre y su bellísima y misteriosa lengua—, y que ese sacerdote tenía el deber de erradicar las herejías y todo pensamiento deforme con los métodos legítimos, tal como había sucedido en otras partes del Imperio.

»Le recordó a Lutero y todo lo que había a su alrededor en el calendario —Pascal advirtió entonces un encogimiento en el estómago: cuando salieron, despreocupados, había dejado el calendario en el arca de su habitación— y le explicó que la ropa amarilla de Villelmo era el signo que tenían que llevar los herejes como penitencia. Eso significaba que en Carlomagno había habido procesos y castigos y, por tanto, habría no sólo sacerdotes, sino también soldados, esbirros, pregoneros y toda clase de autoridades.

»No quiso contarle que los que padecían el tormento de la rueda salían con el hígado roto y escupiendo bilis, como el párroco, ni que aquel tormento, como otros muchos, era un buen método para conducir a los pecadores a una cristiana confesión de culpas y al arrepentimiento. Súa no le comprendía, pero sentía el dolor cerca, tan cerca que casi lo podía oler; sentía el miedo de su hombre, la desesperación del párroco. Pero la causa, la razón de todo esto, ¿dónde estaba?

»Volvieron a su refugio. Villelmo volvía en sí y ya no babeaba. Sus ojos, brillantes por la fiebre, reconocieron a los esposos. Rompió a llorar y, entre sollozos, contó algo sobre sus tormentos y los de Carlomagno.

» Aquel sacerdote, de nombre Xavier, había llegado de España con un amplio séquito de soldados y notarios, una caja de bulas y patentes, y el coro de algunos curas de Sarezzana, que le seguían como perros hambrientos. Los soldados los había cedido el marqués, aquel que había jurado un par de años antes defender Carlomagno. No había habido forma de razonar con el cura castellano. Quiso interrogar al párroco, y aunque éste reconoció sus pecados y admitió sus faltas en hechos de doctrina y moral, aquel joven presuntuoso estaba escandalizado.

»Después quiso interrogar al pueblo, pero el pueblo no quería que lo interrogara un extranjero que decía venir en nombre de Dios y se presentaba en todas partes —campos, canteras y casas— seguido de arcabuceros. Cuando Xavier quiso apoderarse de la cabaña de San Juan para acabar con los antiguos ritos, comenzó una batalla de pedradas contra alabardas. Hubo muertos en las dos partes, pero al final ganaron los hombres del marqués, y Xavier entró triunfante en el corazón de la herejía, como había llamado a aquella pobre cabaña.

»Entonces comenzó un mes de dolor. Los cabezas de familia eran atormentados de cinco en cinco o de seis en seis con las más espantosas torturas. El sacerdote intentaba que dijeran palabras que ni siquiera conocían. Las decían al final, a cada vuelta de tuerca, a cada giro de la cuerda. Las decían, pero inmediatamente las retiraban de tan orgullosos como eran.

»Por fin hubo un consejo de padres. Carlomagno estaba tan destruido que había que tomar una decisión para salvar al menos a los niños. Abjuremos de nuestras santas leyendas, escupamos sobre nuestras canciones, confesemos lo que quiere oír, si con eso conseguimos un respiro. Después ya se verá.

»Lo que estaba claro para todos era que había sido un gran error confiar en el marqués y la ira del pueblo contra el universo del marqués fue enorme. Así es que cuando encontraron en la casa del baile Pascal unos papeles con grandes herejías, todos se apresuraron a acusarlo de ser el mayor corruptor de sus almas. "Vino hasta nosotros y extendió la herejía. Nos obligó con las palabras y las amenazas. Cuando supo que venía la autoridad, huyó raptando, como último daño contra nosotros, a nuestra queridísima hija." Habían sufrido

mucho y pensaron que si todavía le tocaba sufrir a alguien, que fuera al extranjero que, por otra parte, no sabían si volvería.

»Los padres estaban ciegos de dolor y rabia, embrutecidos por las prédicas y el tormento. El propio Villelmo no se había opuesto con energía a aquella traición; por eso lloraba ahora.

»¿Comprendía Pascal lo que habían padecido en Carlomagno? Sólo Furná, el quesero, se había opuesto a la decisión de los padres, y lo había hecho en su estilo: se había cortado delante de todos los últimos dedos que le quedaban y había escupido sobre ellos. Y tanto gritó y juró por las calles mientras iba sangrando, que lo encerraron en su propia casa, donde murió en silencio.

»Y Pascal comprendía, y no tenía nada que reprocharles a los que le habían traicionado en nombre de un poco más de vida. Había conocido muchas traiciones. Pascal explicó a Villelmo dónde ir a buscar nueva parroquia, lejos de Carlomagno, cuando pudiera quitarse el ropón amarillo.

»Después subió a su mujer al mulo y siguieron montaña arriba.

»Les prendieron al segundo día, cuando trataban de llegar a los dominios del Gran Ducado, mientras recogían sus escasas pertenencias con las primeras luces del alba. Eran tres o cuatro hombres de los más expertos que acompañaban a la soldadesca capitaneada por Xavier en persona.

»Cuando los vio, Pascal hizo un gesto a su mujer para que se alejase y de una patada lanzó lejos su arcabuz. No eran necesarias las locuras. El tiempo de las locuras se había terminado definitivamente aquella mañana. Por lo demás, no fueron necesarias las presentaciones. Pascal entregó a Xavier la patente de su mandato sin que se la pidiera. No habría dudas sobre su identidad.

»El sacerdote no quiso que los encadenaran. Y mientras el cortejo se encaminaba de vuelta a Carlomagno, Pascal consiguió rozar con su mano la de su mujer; un segundo apenas, ni siquiera el tiempo suficiente para añadir una palabra, una mirada. Las últimas, como él pronosticaba.

»Y así fue. Llegados al pueblo, los esposos fueron separados: la mujer encerrada en la cabaña de San Juan Bautista; él, encerrado en lo que servía

como sala de interrogatorios. No fueron capaces de decirse adiós, ni una sola palabra.

»Para ser juzgado de sus gravísimas culpas, Pascal fue trasladado a Roma a pie, en un extenuante viaje por la Vía que duró casi un mes. Le hicieron recorrer toda la Vía, como a los antiguos apuos. Habría sido fácil embarcarlo en algún punto de la costa del Tirreno y dejarlo en Tor di Nona en cinco días. Llegó lleno de heridas, cojeando, con una fuerte fiebre pulmonar. Fue una tortura inútil, un ensañamiento innecesario. Pero Xavier lo había querido así por razones superiores a las humanas. Esperaba convertir durante este viaje al baile.

»El sacerdote caminaba a su lado y, aunque sin cadenas, sufría con él el polvo, la lluvia, el barro, las piedras. Y le hablaba suavemente para explicarle la gravedad de sus culpas. Pascal no dijo una sola palabra en todo el viaje.

»Cuando por fin lo entregó a la Santa Inquisición de Roma, al extender la relación a su superior, no pudo poner una sola línea que supusiese una declaración del reo, después de compartir con él un mes entero. Antes o después tendría que recibir el adecuado castigo.

»Los dos meses siguientes de interrogatorios y torturas no cambiaron la actitud de Pascal, en particular su obstinado mutismo sobre las razones que le habían llevado a levantarse contra la ley de Dios y del emperador.

»Pascal redactó su confesión en una noche. Por esto Xavier se quedó muy alterado cuando, al final, en el acto de firmar su confesión, lo llamó por su nombre: "Xavier, deja que me vaya." Nunca había sucedido que se dirigieran a él directamente.

»Y basta, basta, basta. A Pascal lo queman al día siguiente. La hoguera y todo lo demás os lo ha leído Rubén. ¡No hay más que contar!

¿Eran las cuatro, las cinco, las seis de la mañana? Ya no razonaba, literalmente. Había hablado la última media hora, empujado tan sólo por la misma rabia del ciclista que pedalea contra sí mismo.

Nadie en la sala se movía: ¿Tenían que recuperarse de la emoción? ¿Estaban todos dormidos o qué?

—¿Y Súa?

—Eso, ¿y Súa?

—Sí, Súa. ¿Cómo acabó? —Fatiha es una socialista revolucionaria; sabe ser muy dura.

¿Súa? Yo de Súa no sabía nada, pero, ahora que lo preguntaba Fatiha, algo me pasaba por la cabeza, pero no exactamente una buena idea: una locura de ciclista falto de oxígeno.

—Súa desapareció.

Toses, sillas que se arrastran, vasos que vuelven a tintinear.

—¿Desaparecida?

—¡Ah!

—¡Oh!

—¡Virgen Santa, Saverio! ¿Pero qué dices?

—Desapareció o algo así. La segunda noche de prisión, Cerina fue a sacarla de allí. Volando, por el hueco de la cerradura, por las ranuras del pavimento, de alguna forma, Cerina la sacó de allí, a la laguna.

—No es posible, ¡venga!

—¡Oh Dios! ¿Pero cómo queréis saber lo que era posible o no en Carlomagno? ¿Eh? A Cerina no la habían detenido. Junto con su hombre estuvo donde nadie quería adentrarse, ni siquiera en nombre de Dios. Las ranas hablan a Rubén, Rubén habla a Cerina; y saben moverse cuando los otros están quietos y dormir cuando los otros velan.

»Y Cerina, la comadrona, la embalsamadora, la profetisa, la sanadora consiguió desencadenar a los encadenados. Y Súa se fue la segunda noche a la grupa de su madre, a la grupa de un demonio y nadie vio lo que sucedió, y ni siquiera Xavier oyó en su ligero sueño el soplo suave del vuelo.

»Seguro que al día siguiente alguien avisaría a Pascal de su desaparición y el baile se sentiría feliz por ello, pues estaba seguro de que Súa no habría podido soportar lo que la esperaba. No habría entendido nada de todo aquel dolor, de toda aquella doctrina, y habría tenido una muerte atroz.

»Y Súa vivió mucho tiempo en las chozas de cañas diseminadas por lugares remotos de la laguna. Dormía sobre sus propias cosas, como Rubén y Cerina, y se alimentaba de pescado crudo y mijo silvestre. Antes de terminar el año amamantaba a un niño moreno y robusto, que a veces la turbaba por su empeño en no llorar.

»Cerina le explicó que eso se debía a que había nacido envuelto en la placenta. Eso era una señal: buena o mala, dependía de las estrellas que todavía no se habían visto.

»Lo llamaron Pascal y lo bautizaron con el agua de un manantial. El semen de su hombre era un semen fecundo, y Súa quiso preñarse en el camino de vuelta a Carlomagno, porque pensaba empezar allí una actividad que iba bien con un niño jugando entre los pies. Se disponía a hacer un libro; un duro trabajo para el que debería encerrarse días y meses, y un niño sería un alegre descanso.

»Aunque lo sabía, no quiso decírselo a Pascal, porque no quería preocuparlo en aquel viaje ni fácil ni ligero. Cuando fueron detenidos, Pascal no podía imaginar lo que llevaba dentro.

»Al término de un año, Rubén consideró que podían volver los cuatro a Carlomagno. Los soldados del marqués se habían ido hacía ya tiempo y Carlomagno yacía adormecido bajo el manto de cenizas de la fe restaurada, tratando de no recordar. Un nuevo párroco y un nuevo señor trataban de acomodarse a aquel extraño país. Todos llevaban aún la túnica amarilla de penitentes, pero estaban ya tan gastadas que antes o después se caerían solas.

»Lo que perduraba era la gran cruz de madera que plantó Xavier al terminar su misión.

«Instalada de nuevo en su casa, Cerina pudo volver a practicar su oficio de comadrona, y Rubén volvió a pescar y a vender su pescado. Y Súa esperó un año viendo cómo le salían los dientes a su hijo y comenzaba a dar sus primeros

pasos y oyéndole las primeras palabras; después marchó sola a la montaña. Fue, como se esperaba, un viaje fatigoso, esta vez a pie y no en el mulo Baes, hasta la antigua cantera abandonada donde su hombre había escondido los signos, dentro del pozo.

»Los encontró. Comprobó todo: los caracteres, los listones para alinearlos, los útiles para hacer papel y la tinta; estaba todo.

»El viaje de vuelta fue todavía más largo por el gran peso, pero a Súa no le importaba. Caminaba de noche y comía fruta silvestre y hierbas, para que no la descubrieran. Cuando llegó a casa, rasgó sus vestidos más finos y las blancas sábanas, y dejó que macerara el tiempo debido. Llevó a su hijo a un arroyo tranquilo y allí comenzó a preparar el papel. Extendió más de cien hojas al sol, hasta constatar que tenía suficientes para comenzar. Después convenció a su padre para que le hiciera una pequeña prensa como la que se usaba para las uvas.

»Rubén cortó, pulió, clavó, martilló durante más de un mes. Llegó el otoño, y Súa esperó la primera helada, hasta que una mañana Rubén regresó de la laguna cantando la canción de los alciones, la canción que en Carlomagno anuncia el verano del martín pescador. Entonces Súa cogió a su niño en brazos y lloró un poco; sólo un poco, para que el pequeño Pascal no se asustase.

»Lloró sólo el tiempo necesario para que la nostalgia de su hombre, aquel soldado que había pedido el primer día de los amores del alción de tres inviernos atrás, dejara de quemarla. Después esperó la noche.

»A la luz de la linterna de Flandes que había encontrado junto con las demás cosas en el fardo de la cantera, puso ante sí los saquitos de caracteres y comenzó a coger aquí y allá. Antes de que amaneciese, había varias líneas de pequeños signos que brillaban débilmente bajo la luz. Trató de leer, y con gran esfuerzo:

Por la mano de los; siervos de Roma, el señor Cristo padeció en el Gólgota un gran tormento, y al final, de la sangre que le manaba del costado le brotó una vasija de límpida linfa que fue recogida a los pies; de la cruz que era su tormento. María de Magdala mantuvo escondida aquella vasija tomada de

licor divino, y cuando el hijo se sacudió del cuerpo el barro de su muerte para volar lejos hacia el reino de la paz, ella estaba en su morada esperándolo.

—Vete —le dijo—, vete de esta tierra de perseguidos. Después saldaré yo cuentas de la sangre de mis hermanos y hermanas, de mis hijos y de mis hijas.

María partió en una nave y solo llevaba consigo la vasija y calmaba el temporal en el mar echando una gota de linfa sobre las olas.

Y nunca sentía sobre ella la mano de la escarcha, ni la lluvia le tocaba los vestidos y el hambre y la sed se mantenían lejos de su cuerpo. Iba con ella Santiago, y Santiago, de pie en la alta proa, hablaba del hijo a los delfines y a las ballenas y a las murenas; y los peces del mar escuchaban y llevaban a los profundos abismos la historia del señor Cristo en forma de pequeñas burbujas de aire. Ante aquellas noticias los abismos gemían y la rabia que los sacudía se convertía en terribles azotes para las embarcaciones de Roma, que se estrellaban contra los escollos y se hundían en la arena. Y la nave de Santiago y María navegaba y mantenía siempre el rumbo hacia poniente, mientras su estela era para la ciudad de Roma y para su soberbia un tormento de fuego y piedra, de fiebre y peste, de ejércitos y oprobio

Fin

—Ah!

—¡Áh!

—¡Oh!

—Ya has terminado, Saverio.

Por las ventanas abiertas, la luz blanca de las primeras horas de la mañana absorbía los vapores densos de la sala, así el Diwan Nabil recuperaba un aspecto terreno. Estirándose, refunfuñando, tropezando, la gente se iba, deslizándose más allá de la puerta como si fuese parte de la nube de humo. Uno de los hijos sujetaba con dificultad al viejo y gordo Fernando, que continuaba gruñendo —quién sabe por qué—: «¿Qué decía yo, qué decía?»

Amos me dio un último apretón en el brazo y se largó deprisa; su hermano Rubén, en cambio, gesticulando con el fajo de folios ahora todo arrugado, trataba de alcanzarme apartando sillas y mesas.

—¡No! —le intimidé alargando los brazos desesperado—; no, otro día, ahora no, ¡te lo ruego!

Debía de tener muy mala cara, porque desistió sin rechistar y, con un gesto de complicidad, se fue también él.

En la sala desierta, entre los restos sucios y malolientes de aquella terrible velada, sentada en una silla y apoyada en la pared del fondo, resplandecía Fatiha. Me miraba erguida, asintiendo casi imperceptiblemente con la cabeza, y su trenza, que caía por el hombro hasta más abajo del pecho, parecía movida desde dentro por un duende. ¿Sonreía? Difícil saberlo. No estaba en condiciones de verlo claro. Tal vez empleé varias horas para llegar hasta ella, pero al final lo logré, porque la cara que tomé entre mis manos era la suya, ¿cómo podría confundirme?

Tuve, pues, su rostro entre mis manos y le besé la frente; no niego que aquel gesto, tan singular en un amante perdidamente enamorado, me fue dictado por la prudencia al considerar mi dudosa estabilidad en caso de maniobras más arriesgadas.

Fatiha supo apreciar mi buena voluntad. Dejó su cara entre mis manos durante varios minutos, permitiendo que su buen olor me penetrase lentamente en todo el cuerpo y me quitase toda la suciedad de aquella noche, y la de los meses pasados y me librase de cualquier intoxicación de todos mis años.

Cuando por fin abrí la boca para hablar, me di cuenta de que no tenía nada importante que decirle.

—¿Estás bien? ¿Tienes hambre? —le pregunté. Era mejor que tomase yo la iniciativa de las preguntas.

—Un poco, sí.

—Vamos a mi casa, que preparo algo.

Estaba tan borracho que podría haberme ofrecido para preparar la comida de todo el ejército del Sinaí.

Ahora duerme. Duerme boca arriba, con la trenza deshecha por toda la cama y una mano bajo la almohada. Yo sé por qué duerme con la mano así: para coger el revólver en caso de necesidad. Pero bajo mi almohada no hay revólver, nunca lo ha habido. Ahora duerme, pero antes no: antes hicimos el amor.

Algo muy hermoso el amor. Es la única verdadera interrupción en el vivir que conoce la humanidad; es un instante de pausa precioso que todos pueden permitirse; seas quien seas, hagas lo que hagas. Así pues, mientras nos divertíamos para descansar de nuestras vidas, Fatiha, como siempre pareciendo que hablaba de otro, me dijo que había sido definitivamente licenciada del servicio militar en su organización, y que ahora trataría, por fin, de ser obstetra, o quizá historiadora.

Pero mientras hacíamos el amor, pude observar largamente su vientre. No tengo dudas: en medio de su tripa le ha crecido una redondez extraña, una prominencia del vientre que tiene el aspecto de un escondite; como si, no sé, tuviese allí escondido un conejillo de Indias, allí, dentro de sí. En este momento, con la confusión que tengo en la cabeza, no soy capaz de hacer ningún tipo de cálculo, ni siquiera para saber si está embarazada de mí: han sucedido demasiadas cosas estos meses, aunque a un ojo profano pueda parecerle que no ha sucedido nada de particular.

Así pues, en el caso de que se tratase de un bebé, no podría decir si es mío o de otro. Me temo que no sea algo que le preocupe mucho a Fatiha. Ella es capaz de irse mañana, aun esperando un hijo mío, o bien quedarse por motivos suyos. A mí me gustaría mucho que se quedase, a costa de preparar comida para tres el resto de mis días. Por cierto, ¿qué come un niño? Quiero decir, aparte de la leche de su madre; antes o después se acabará, ¿o no?

Sinceramente, creo que ya puedo funcionar, que cualquier calle puede llevarte a la meta, y todo, por fin, adquiere sentido.

Hay una única cosa que no vuelve y no volverá jamás: quiero decir el viejo, el poeta. Murió y se terminó. Ya no hay forma de que algo funcione por él ahora,

no hay esperanza por aquel duende, haya o no haya otra vida o un lugar donde pueda estar ahora. Yo espero que, por ser un ginn, se las haya arreglado para estar pasándolo bien. Pero ya no se encuentra con nosotros, ésa es la cuestión.

Lástima, porque pienso en él a menudo. Parezca verosímil o no, es un hecho que lo que ahora soy depende en gran parte de un libro que hallé en la vieja panadería de mi padre, un par de poesías que encontré dentro y un papel que su autor me entregó en misteriosas y extrañas circunstancias. Lo que soy y lo que no consigo ser. Sé muy bien cuánto me falta para ser un hombre en su sitio, un buen ejemplar del género humano. Me ha faltado, y nunca hallaré la fuerza para tenerlo, el empuje necesario para encontrar el puerto sepultado, mi puerto náufrago en el fondo del mar.

Por eso pienso mucho en el viejo poeta, porque tal vez él lo consiguió. Quizá por un pelo, un instante sólo. Después todo se fue a pique; también él debió de cometer muchos errores.

Cuando me dio aquel papel, el papel de Pascal como ya sabéis, quizá consideraba que estaba realizando el gesto desesperado de pasarme el testigo.

¡A mí! ¡Imaginaos! Y, claro, las cosas han salido como han salido.

Un petirrojo de combate.

EXVOTO

La historia que acabo de contar vive conmigo desde hace bastantes años. Como suele suceder, al principio era algo muy distinto, quería ser una historia muy diferente; después, poco a poco, se fue haciendo como la habéis leído. Conserva de sus orígenes muchas cosas, a veces encubiertas, pero ninguno de los que oyeron mis primeros relatos sobre ella, podrían reconocerla. Quién sabe, quizá a alguno le haya desilusionado el rumbo que tomaron las cosas con el tiempo.

Lo que ha quedado seguro es un hombre: Gian Luigi Pascal, el quemado vivo. Por él comenzó todo; como en el relato, todo comenzó en la nota — auténtica— de los gastos de su hoguera. Encontré ese documento en un librito que cuenta otra historia, distante, pero no demasiado, de la mía. Las vicisitudes de un predicador que llegó desde Ginebra a Calabria en el siglo XVI para predicar su fe. La fe de los valdenses. Un hombre de mucho coraje, Gian Luigi Pascal, un hombre para la hoguera.

Y si es verdad que el autor de un libro no es nunca sólo y simplemente el que aparece en el frontispicio, yo tengo que reconocer como coautores, en primer lugar, y espero que no se ofendan por ello, a los hermanos de la comunidad valdense de los valles del Pellice, a todas esas personas que paciente y afablemente me han hablado de sus historias, me han explicado, me han escuchado. Ellos, perseguidos durante casi mil años y quemados y torturados por millares, han querido tanto a un descreído que le han ofrecido lo mejor: su fraternidad.

Y hay otros más que han escrito conmigo y es justo que los recuerde con nombre y apellido, porque yo los tengo bien grabados en mi cabeza, ahora que todo ha terminado y comienza el inevitable alejamiento de esta obra ya pasada.

Gracias a Tom Benetollo, Remo Ceserani, Enrico Fórmica, Franco Fortini, Paola Grillo, Domenico Maselli, Flavio y María Mongelli, Ida Mori, Cario Ossola y a la gente de mi casa editorial, por supuesto.

Y a dos chicas. Una se llama Grazia; es una persona muy importante, en el centro de las actividades literarias. Sin embargo, me ha dedicado tanto tiempo y trabajo que podría haber escrito ella un libro, un libro suyo; y estoy seguro de que le habría salido más interesante. Grazia quiere mucho a mi historia y a mí, y nosotros nos sentimos mejor por ello. Después Soni. Soni era otra cosa, no precisamente una mujer de letras, pero hizo lo que ni Grazia ni yo podíamos hacer: inesperadamente le dio a esta historia y a su autor esperanzas. Ahora que no está, no será tan sencillo encontrar un final feliz cualquiera.

Os abrazo.



MAURIZIO MAGGIANI nació en Castelnuovo Magra (La Spezia) en 1951. Ha sido profesor en la cárcel, maestro de niños ciegos, operador de cine, montador, fotógrafo, publicista... Se da a conocer como escritor en 1987 al ganar con un cuento largo el concurso literario convocado por *L'Espresso*. Con *El coraje del petirrojo* obtuvo en 1995 el Premio Viareggio —uno de los más prestigiosos en el panorama literario italiano— y quedó finalista, ese mismo año, del Premio Campiello. Anteriormente publicó otras tres obras narrativas: *Mduri, Mduri* (1989), *Vi hogid tutti sognato una volta* (1990) y *Felice alia guerra* (1991). En 1999 ha publicado su última novela hasta la fecha: *La regina disadorna*.